Colección Gómez Fregoso

Alejandra Isabel Franco Ibarra
Compiladora



J. Jesús Gómez Fregoso, SJ

Memorias, cartas y algo más...

TOMO I

CUCSH

Universidad de Guadalajara

J. Jesús Gómez Fregoso, SJ

Memorias, cartas y algo más...

TOMO I

Colección
Gómez Fregoso

Alejandra Isabel Franco Ibarra
Compiladora

J. Jesús Gómez Fregoso, SJ

Memorias, cartas y algo más...

TOMO I

Universidad de Guadalajara
2022

271.53092
JJE

J. Jesús Gómez Fregoso, SJ: memorias, cartas y algo más… / Alejandra Isabel Franco Ibarra, compiladora

Primera edición, 2022

Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2022.

Colección ISBN 978-607-571-757-9
ISBN 978-607-571-785-6

1.- Gómez Fregoso, José de Jesús, 1933 - 2020.
2.- Historiadores - México.
3.- Maestros universitarios - Guadalajara - México.
4.- Sacerdotes jaliscienses.
5.- Jesuitas - México - Historia. 6.- Historiadores - Jalisco - Siglo XX.
7.- Autobiografías.

I.- Franco Ibarra, Alejandra Isabel, compiladora .
II.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Primera edición, 2022

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
Guanajuato 1045
Col. Alcalde Barranquitas
44260, Guadalajara, Jalisco, México

Colección ISBN: 978-607-571-757-9
ISBN: 978-607-571-756-2

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

Índice

Agradecimientos 13

Prólogo 15

Introducción 17

Capítulo 1. Me alegro de haber vivido 27
En las tierras de El Rincón 27
Chanita 31
Ladrones con paliacates rojos 31
Nunca nos dejó solos 33
Años de infancia 34
El señor candidato 41
Por el honor del sur de Jalisco 42
Huitlacoche en quesadilla 43
El sur de Jalisco 44
Memorias de siglo (primera de dos partes) 45
Memorias del siglo (segunda de dos partes) 47
Memorias tapatías 50
Memoria política 57
Vuelta al Colegio Unión 60
Guadalajara 62

Tapatíos del mero centro 63
La Catedral que recuerdo 65
De la Guadalajara tapatía 66
Don Rafael 68
"Tata" Meza 69
Un inspirador 70
La secundaria en México 71
En el Instituto Bachilleratos 76
¿Por qué me hice jesuita? 77
Juniorado 81
Primeros años en el Filosofado de San Ángel 84
Magisterio 94
Chihuahua 96
San Ángel de nuevo 103
Los felices años en la Ibero 106
¿Qué haría cuando fuera grande? 112
París 114
Los profetas 119
La Sorbonne 121
La reunión en Roma 123
Un jesuita con los anarquistas del Comité Revolucionario 125
París, 21 de mayo de 1968 132
París, lunes 27 de mayo de 1968 133
Escala en Inglaterra 134
De nuevo en París 137
Año nuevo en Luxor 138
Luxor 139
ESNA 142
Llegada a Orly 144
Más recuerdos de los años de París 145
La comunidad mexicana de París 148

Por el mundo de los cosacos 151
Moscú y Leningrado (hoy, de nuevo, San Petersburgo) 153
Varsovia 155
Aires españoles 155
Vientos del regreso 156
Llegar a Guadalajara 160
De Puente Grande al ITESO 160
La vida en el ITESO 161
La comunidad de Tláhuac 163
La Universidad de Guadalajara 164
La aventura polaca 165
Rumbo a Polonia, algunas cartas de ese viaje *167*
Golfo de México, 30 de mayo de 1981 167
31 de mayo de 1981 168
Varsovia, 02 de junio de 1981 169
Varsovia, 03 de junio de 1981 170
Cracovia, 07 de junio de 1981 173
Varsovia, 18 de junio de 1981 176
Breslau, 22 de junio de 1981 179
Varsovia, 27 de junio de 1981 181

Capítulo 2. Los años de Roma 185
20 de septiembre de 1981 185
Fecha desconocida 186
Destacado historiador jalisciense dará conferencias en Varsovia 187
Los años de Roma 189
Regreso al aeropuerto de Caracas 192
Regreso a Guadalajara… y a Roma 192
Sobre el Golfo de México, 29 de enero de 1983 192

Roma, 15 de febrero de 1983 194
Roma, 03 de abril de 1983. Domingo de Pascua 195
24 de abril de 1983 199
08 de mayo de 1983 205
Roma, 27 de mayo de 1983 208
Roma, 29 de mayo de 1983 211
01 de junio de 1983 215
Roma, 05 de junio de 1983 216
11 de junio de 1983 219
Roma, 22 de junio de 1983 223
Roma, 26 de junio de 1983 226
07 de julio de 1983 230
Más recuerdos del 83 233
Roma, 14 de agosto de 1983 241
Pedro Arrupe, 27 de agosto de 1983 245
15 de septiembre (día de la "noche del grito") de 1983 249
Carta a los jesuitas de México *253*
Roma, septiembre de 1983 253
Roma, 15 de octubre de 1983 257
De nuevo en México 258
Mi llegada de Roma, 16 de octubre de 1984 259
Roma, 26 de octubre de 1984 263
Roma, 27 de octubre de 1984 266
14 de diciembre de 1984 269
07 de enero 27 de 1985 272
Padre Negrone 275
21 de marzo de 1985 277
21 de abril de 1985 280
Nota complementaria 283
18 de febrero de 1986 284

Domingo 23 de febrero de 1986 287
27 de marzo de 1986 290
Roma, 23 de mayo de 1986 294
Roma, 30 de mayo de 1986 295
16 de junio de 1986 298
Roma, 03 de agosto de 1986 301
Roma, 09 de octubre de 1986 304
Arrivederci Roma 306
Últimas semanas en Roma 307

Anexo Fotográfico 311

Agradecimientos

A través de estas memorias queremos dar testimonio de la vida maravillosa del Dr. Jesús Gómez Fregoso. Una vida llena de matices, retos y bendiciones. A un año de su partida, podemos contemplar, a través de estas memorias, la historia y obra de un gran ser humano. Su vida fue testimonio de esperanza, alegría, sabiduría y sencillez; ahora que ya no está físicamente podemos volver a disfrutar su compañía a través de estas páginas que él mismo quiso compartir a quienes con él se compartieron.

Un Agradecimiento especial al Rector del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, el Dr. Juan Manuel Durán Juárez, por su apoyo para la edición e impresión de esta obra. Estas memorias fueron encomendadas por Jesús Gómez Fregoso, mejor conocido como Padre Chuchín, a una de sus nietas que él adoptó para coordinar la obra y a Elías Iván García Ríos para revisarla, complementarla y darle estructura.

Se tuvo la fortuna de contar con la revisión y el visto bueno del mismo Padre para este primer tomo. Otro agradecimiento especial es para la Dra. Elisa Cárdenas por sus aportaciones a la obra y para la Dra. María Palomar por sus comentarios y apuntes acertados; ambas sabían de las memorias y tenían la encomienda de revisarlas a petición del Dr. J. Jesús Gómez Fregoso.

Gracias a cada una de las personas que colaboraron y animaron directa e indirectamente el desarrollo de esta obra. Gracias a mi familia y a mi esposo por motivarme a seguir cumpliendo las encomiendas del Padre Chuchín, a pesar de la tristeza y el dolor tras su ausencia. Un agradecimiento especial al Padre Tomás

de Híjar por sus palabras de aliento y su respaldo para seguir trabajando por la obra del Dr. Gómez Fregoso. Sinceras disculpas para todas las personas que forman parte de esta obra y no se alcanzan a mencionar aquí, nos consuela el hecho de saber que las encontraremos a lo largo de la obra, donde tendrán la cercanía y el aprecio del Dr. Gómez Fregoso, quien disfrutara mostrarnos de la mano sus páginas llenas de vida y amor.

La memoria es indispensable hoy más que nunca, nos hace sentir vivos, nos ayuda a recordar y a reconocer la cercanía de aquellos que se nos adelantaron. De manera particular, estas memorias me hacen sentir la presencia cercana del Padre Chuchín; me siento afortunada por poder volver a viajar y a soñar en su compañía, llena de esperanza, alegría y nostalgia. Deseo que estas memorias sean una lectura amena y dichosa. En cualquier capítulo de la obra el lector podrá sentir la cálida presencia de Chuchín como sus amigos le decían. Gracias Abuelo por tus memorias, gracias por compartirlas, gracias por tu presencia amorosa y fundamental para mi vida y para la vida de quienes te conocieron y supieron apreciar la grandeza de tu humanidad y tu espíritu.

Gracias por las experiencias compartidas y por enseñarnos que Dios siempre saca bienes de los males; nos enseñaste el arte fundamental de disfrutar la vida con buena comida y bebida. Nunca te cansaste de proclamar que como México no existe otra nación igual. Cierro diciendo que el Padre Chuchín fue un hombre inolvidable que amó profundamente y fue amado de la misma manera. Su vida y obras siempre se recordarán. ¡Hasta siempre, Padre Chuchín!

Alejandra Isabel Franco Ibarra

Prólogo

04 de diciembre

Estas páginas no son estrictamente mis memorias. Escribo lo que más recuerdo de mi paso por este bello mundo, y añado algunos escritos propios y ajenos que he ido encontrando y que quisiera compartir. Como son páginas pensadas para mis amigos, me siento con la libertad del anciano feliz que después de una buena comida animada por "el vino que alegra el corazón", según dice el salmo 104, comparte los recuerdos y experiencias con sus más cercanos amigos. Recuerdos agradables y también algunos que me gustaría poder olvidar.

No puedo silenciar que la idea de compartir estas páginas revoloteó en mi cabeza, pero al comenzar a escribirlas fueron apareciendo recortes de periódicos y varios cuadernos, ya completamente olvidados: durante algún viaje escribí un intento de diario; luego escribía cartas mientras viajaba y con papel carbón las copiaba sobre un cuaderno. Releer estos garabatos de hace 30 o 40 años fue una muy grata experiencia. En mi segundo año en Roma caí en la cuenta de que mis amigos y mis ex alumnos de la Prepa 2 me enviaban 2.8 cartas al día. Me desvelaba para contestarles hasta que se me ocurrió escribir de vez en cuando una narración de lo más reciente y fotocopiarla. Mis contestaciones eran copias de esas cartas con una breve nota manuscrita.

Lamento no haber hecho eso desde siempre. Fue un placer releer estas notas, sin ignorar que era muy complicado escribir una autobiografía en forma. Decidí compartir con mis amigos esas notas desiguales. A los 86 años se es consciente de una verdad para todo ser viviente: la vida sigue su curso y el dios Cronos es inmisericorde. Nos va restando facultades y, sobre todo, años de vida. Más vale

compartir con mis amigos aquello que más recuerdo, sabiendo que ciertamente no es la Historia de mi vida. Añado o intercalo artículos sobre Guadalajara y un apéndice sobre mis "experiencias" con un alto jerarca de la Iglesia tapatía y sobre la casa en que aún, 2019, habita… También incluí algunos "dichos" con que mis amigos me han honrado.

Introducción

A J. Jesús Gómez Fregoso

Eran los años del rescoldo de la cristiada, sus padres los señores Manuel Gómez y Francisca Fregoso se habían casado a escondidas en Guadalajara, en la capilla de San Nicolás de Bari de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar, en 1926; viéndose obligados a emigrar al Ingenio de El Rincón, del municipio de Zapotiltic, donde nació el 01 de junio de 1933. Sobre sus primeros años relata:

> Crecí feliz en el campo. Como eran (los) años cercanos a la Guerra Cristera, mi papá, por dignidad, no aceptó que asistiera la escuela (del gobierno) del rancho: aunque las maestras eran amigas de mi papá y por un año fui alumno único de la señorita Rómula… Luego llegó la señorita Victoria, después la señorita María de la Luz Ibarra… eso duraría unos dos años.

Con su familia emigró a Guadalajara para ser matriculado en 1942 en el Colegio Unión –por entonces primaria del Instituto de Ciencias–, donde completó su primaria. Ahí se perfilaría su vocación, evoca:

> era un colegio maravilloso: las mejores clases eran las de historia y las de religión; aunque nunca se habló de pedagogía ignaciana y de otras *maravillas* que ahora escucho; pero todos los profesores de la primaria, incluido el

director y el padre espiritual eran jesuitas que inculcaron: –igual (que) en mi casa– el amor a México y a la Iglesia Católica. La biblioteca era magnífica y cada semana me llevaba a mi casa una vida de Santos y otros dos libros: me encantaba leer y goce mucho a Julio Verne y Salgari.

El paso siguiente debería ser el ingreso al Instituto de Ciencias, pero su papá se encontraba en apuros económicos, así que con la ayuda del padre Jesús M. Escalante se trasladó a la Ciudad de México para internarse en la Escuela Apostólica de San José; las clases de secundaria las cursaba en el Instituto de Bachilleratos –versión moderna del Colegio de Mascarones y del colonial San Ildefonso– que luego se transformaría en el Instituto Patria.

Al terminar la secundaria, influido por sus lecturas de las biografías de los jesuitas San Francisco Javier y el padre Miguel Agustín Pro, ingresó a la Compañía de Jesús en San Cayetano el 05 de enero de 1949, cursando enseguida el bachillerato. Durante el cual ayudó al padre e historiador Daniel Olmedo a organizar la biblioteca del general Joaquín Amaro, regalo de su viuda a los jesuitas; además organizó el Archivo Cristero del padre Rafael Ramírez. Luego fue matriculado en la licenciatura de Letras Clásicas, donde se impartían las cátedras en latín. Sobre el nivel de estos estudios escribe:

> Era un sistema como en los mejores colegios jesuitas de la Francia del siglo XVII, como el de La Fléche que tanto recordaba Descartes, o el de Tepotzotlán de Clavijero. Gocé inmensamente esos estudios, sobre todo Virgilio y César. Leí muchos libros fuera de los obligados. (Tuve) excelentes maestros como Enrique Portilla y Xavier Gómez Robledo. Creo no faltar a la verdad si digo (que) en cierta época llegué a hablar el latín, como si hubiera sido (mi) lengua materna. Leí mucha historia europea y novela y ensayo en castellano, sobre todo a Azorín, Pérez Galdós, Valle Inclán. Mucho me gustó Platón y Homero… Nunca me he cansado de leer.

Al estudio de los idiomas clásicos –latín y griego– unió el de los modernos: francés, inglés y alemán, porque su sueño –como arriba habíamos mencionado–

era irse a misiones al Japón con el padre Arrupe, así que se negó a ir a estudiar a Europa.

A finales de 1958, inició su magisterio en Puente Grande, Jalisco, impartiendo latín, griego, español y francés; en 1959 fue enviado al Instituto Regional de Chihuahua, donde enseñó Historia de México y español, ahí duró hasta 1961. De regreso a la Ciudad de México, en enero de 1962, comenzó sus estudios de Teología en el colegio máximo de Cristo Rey en San Ángel durante cuatro años; ahí disfrutó de las cátedras de excelentes maestros y de una biblioteca estupenda –como él mismo la califica–; durante 1964 recibió las órdenes sagradas de manos del obispo auxiliar de la Arquidiócesis de México, doctor Francisco Orozco Lomelí: el subdiaconado el 16 de mayo, al día siguiente el diaconado y finalmente el presbiterado el 24 de octubre.

También en 1964 ingresó a la Universidad Iberoamericana para cursas la licenciatura en Historia; luego fue auxiliar del padre David Mayagoitia para atender a los estudiantes de la UNAM y el Instituto Politécnico; aunque había la posibilidad de enviarlo a Roma como prefecto de estudios del Colegio Piolatino; él pidió terminar la licenciatura en Historia, su intención era doctorarse en la UNAM, pero para su gran satisfacción se le mandó a Francia.

Ya en París ingresó a la Sorbona, becado por la Embajada de Francia. Su deseo era vivir en la ***Maison du Mexique*** para convivir directamente con los universitarios, argumentando: "Si voy a trabajar con universitarios, quiero conocer a fondo la vida universitaria… conseguí lugar –a pesar de las dificultades– para irme a vivir como cualquier universitario"; la mencionada *Maison* tenía "Bien ganada fama de vía muy libre y aún licenciosa…". Sin embargo, por solidaridad con el jesuita Raúl Mora fundaron la ***Communauté mexicaine de Paris***. Fue testigo y actor del célebre *Mayo Francés* del 68, sobre el cual hace las siguientes confidencias:

> La Revolución Estudiantil de 1968 me marcó: conviví con los del Comité de Agitación de la Sorbona: me persuadí de que tenía que hacer un gran esfuerzo para entender al mundo joven o me condenaba a permanecer fuera del mundo. Los chavos estaban contra todo lo *ordenado y bueno*: contra lo religioso, la idea de patria, los buenos modales, los valores occidentales, contra todo lo

establecido. Los jesuitas mexicanos de la izquierda, los *profetas* como los llamábamos los de *extrema derecha a ellos*, estaban también –según yo– contra la Iglesia jerárquica, contra lo que la Compañía de Jesús ordenaba. Fueron experiencias muy desgarradoras, pero fundamentales para mí que nunca dudé de seguir siendo jesuita.

Mientras se reconfortaba con la celebración de misa en la capilla de Montmartre. Este fue el mismo lugar donde Ignacio de Loyola se reunía con los futuros primeros jesuitas. Además, fue intérprete del Comité de la Sorbona ante los periodistas del ***Time*** y ***Life***; finalmente recibió el doctorado de Tercer Ciclo en Estudios Ibéricos por la Académie de Paris, "Sorbonne" con mención honorífica de "**trés bien**".

Regresó a México el 07 de agosto de 1970, el mismo día en que se repatriaban los restos del célebre jesuita Clavijero; fue destinado al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente –ITESO– en Guadalajara, donde del citado 1970 a 1981 y de 1989 a 1995 fue profesor titular, impartiendo las cátedras de: Historia Económica y Laboral en México en la carrera de Relaciones Industriales; Historia de la Cultura en Psicología e Historia del Derecho en México en Derecho; en 1994 fue distinguido como profesor numerario. Además, en el mismo ITESO fue superior de la comunidad de jesuitas y director del Departamento de Problemática Universitaria.

Luego de *discretísimas* gestiones –como entonces se acostumbraba– del otrora ***factótum*** de la Universidad de Guadalajara, Carlos Ramírez Ladewig ante el cardenal José Salazar López para que enviara jesuitas a la Universidad a fin de contener el comunismo, la drogadicción, elevar el nivel académico y apuntalar los valores morales ingresó en 1974 como maestro de Historia de México I y II en la Escuela Preparatoria núm. 2. Sobre sus vivencias magisteriales expresaba:

Me gusta mucho la docencia. Mi mayor alegría son mis clases en la Prepa 2. Las disfruto mucho. He encontrado el modo: les pongo orejas de burro o estrellitas, o les doy paletitas de dulce. Mis clases son como mi terapia personal. A mis alumnos procuro inculcarles el amor a México, el amor a su libertad y

un espíritu crítico. Como todo maestro he tenido épocas duras, pero el balance global de mi vida es el de un hombre feliz.

Sobre su estilo magisterial testimonia Juan José Solórzano Zepeda:

> Me tocó Chuchín de maestro en la Preparatoria núm. 2 de la UdeG. Recuerdo su gran entusiasmo en las clases, como platicaba y nos explicaba de los acontecimientos históricos y de las personas involucradas. Representábamos en clases, algunos de los pasajes históricos que se presentaban para ello; nos transportaba al momento histórico; tuvimos la oportunidad de conocer a una señora que había sido novia, o andaba con el general Álvaro Obregón; ella era una señora bastante jovial, platicaba de los bailes a los que iba con el general, de cómo se divertía y de lo que ella percibió en momentos importantes de la vida del general.
>
> Chuchín pretendía que, en cada sesión, nos ubicáramos en el momento histórico en cuestión, entender el entorno, los elementos que propiciaban o forzaban determinada situación; nos mostraba periódicos y documentos de la época. De lo que puedo recordar de las pláticas con mis compañeros puedo decir que la clase Historia de México de Chuchín me estimuló a conocer y entender a nuestro país; al menos en esas sesiones disfrutamos y aprendimos de los pasajes que estudiamos. Mucho tenía que ver la forma de explicar o más bien de platicar de Chuchín, siempre es grata una plática agradable y bien documentada; no se limitaba a dar información, sino a ponerla en el contexto, emocionar y reflexionar al respecto.

En el verano de 1981 fue profesor huésped de la Universidad de Varsovia en Polonia, impartiendo un curso de historia sindical mexicana; sobre dicha experiencia expresó:

Como sabían que iba allá gracias a la Universidad de Guadalajara –entonces oficialmente de izquierda– trataban de quitarme lo marxista. A los pocos días una maestra (polaca) me dijo: *Con todo lo que hemos platicado confiamos en que haya un maestro marxista menos en su Universidad.* Cuando les dije que era

un sacerdote, hubo un gran aplauso e hicimos un brindis tártaro. Fue interesante encontrarme en Varsovia a dos becarios marxistas de la UdeG. Estaban indignados de que los maestros polacos fueran católicos. Lo que pasa es que en Polonia persiste la idea de identificar lo católico con lo patriótico.

De 1981 a 1986 residió en la ciudad de Roma, Italia, para desempeñarse como investigador del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, coordinando la edición española del *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.* Como profesor huésped de la Universidad Gregoriana fungió varias veces como sinodal.

A su regreso a Guadalajara se reintegró a la Universidad de Guadalajara y al ITESO, donde dirigió la biblioteca "Jorge Villalobos" de 1989 a 1995 y fue miembro de la Junta de Gobierno de 1994 a 1995. Su ministerio sacerdotal lo ha ejercido en las Parroquias de la Trinidad y de Nuestra Señora del Sagrario. Lamentablemente en julio de 1995 se vio obligado a dejar el ITESO, él mismo así nos narra esa experiencia:

> Pensé que me iba a morir… pasé un año en muy profunda depresión… sentí que la Provincia de México me echaba fuera por años, y todavía en parte el día de hoy, me sentí desligado de ella, conservando mi amor a la Compañía de Jesús y a la Provincia –histórica– de México….

Fue recibido de tiempo completo en la Universidad de Guadalajara como Maestro Investigador Titular "C" del Centro de Estudios e Investigaciones Jurídicas del Centro Universitario de Ciencias Sociales –CUCSH–. Además, ha sido elegido miembro del Consejo de dicho Centro Universitario y de su Comisión de Responsabilidades; miembro del Consejo Social y de la Comisión de Homologación. Además de impartir las cátedras de Historiografía Grecolatina y Medieval en la Licenciatura y en la Maestría en Historia.

El 22 de noviembre de 2000 regresó al ITESO para entregar los premios que llevaron su nombre –en un concurso de ensayo sobre la justicia– a los estudiantes de Derecho; a los pocos días el padre rector David Fernández lo reintegró como profesor investigador a fin de que elaborara las memorias históricas de la institución; en 2003 integró el Consejo General Universitario, representando a los jesuitas.

Aunque es difícil no pasar por alto algunas de sus múltiples actividades que realizó, enunció algunas de ellas: vice-asesor nacional de la Coordinación de Estudiantes Mexicanos y de la unión Femenina de Estudiantes Católicas; Profesor del Seminario Salesiano; revisor del libro de texto de *Historia y Geografía de Jalisco* de la Secretaría de Educación Pública en 1996; jurado del concurso anual de tesis universitarias de la Cámara Nacional del Comercio de Guadalajara de 1991 a 1998; coordinador del Programa de Recuperación de Joyas Bibliográficas de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco 1997-2000; miembro del Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior –CENEVAL– por la Universidad de Guadalajara; miembro del Seminario de Cultura Mexicana y presidente del Consejo para la Transparencia y Combate a la corrupción en el Municipio de Guadalajara.

Su labor historiográfica y ensayística abarca las siguientes publicaciones: *Francisco Xavier Clavijero: grandeza y miseria del nacionalismo*, en *La Compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural*, México, 1972; *Francisco Xavier Clavijero, notas para su estudio y ensayo de interpretación*, Universidad de Guadalajara, 1979; *El origen de Sindicatos de Panaderos*, en Boletín del Archivo Histórico de Jalisco, 1980; *Notas para la historia de los Sindicatos Católicos en Jalisco*, en *Encuentro* revista de El Colegio de Jalisco, 1984; *El atentado contra Obregón*, en ***Christus***", México; *Historia de la Evangelización de la Cultura y de la Inculturación del Evangelio del Salvador*, Buenos Aires, Argentina, 1985; *Evangelización Integradora* en *VI Seminario Interdisciplinar del* ***Stipendlenwerk Lateinamerika-Deutschland***, Asunción, Paraguay, 1993; *La Iglesia en Guadalajara durante la Revolución y la Cristiada*, en *Capítulos de Historia de la ciudad de Guadalajara* tomo II, Ayuntamiento de Guadalajara, 1992; *El Diablo en las culturas prehispánicas*, en *Xipetotec*, Guadalajara, 1992; "La Sucesión Presidencial" en *Renglones* núm. 29 del ITESO, 1994; "Los tapatíos de antaño", en *Renglones* núm. 30 del ITESO; "Exilios de ex mandatarios", en *Signos* de la Universidad de Guadalajara, 1995; "De don Fernando a don Plutarco: El Regio Patronato Indiano y legislación del presidente Plutarco Elías Calles en materia religiosa", en *Jurídica Jalisciense*, mayo-diciembre 1996; "Las leyes de este mundo", en *Crónica legislativa*, Poder Legislativo Federal, México, 1997; "Reflexiones Jurídicas sobre el edicto

de ex comunión de don Miguel Hidalgo", en *Jurídica Jalisciense*, enero-abril 1997; "Plagiarios y piratas. Reflexiones sobre la ética de los Derechos de Autor", en *Jurídica Jalisciense*, septiembre-diciembre, 1997; "La orden religiosa de los jesuitas: la Compañía de Jesús", en *Religiones y Sociedad*, Secretaría de Gobernación, México, 1999; *Casi dos siglos de elecciones* en Víctor Ramos –coordinador–, Guadalajara, 2000; *La Constitución de 1917. Los asuntos religiosos*, en Carlos Sepúlveda –coordinador– Universidad de Guadalajara; "El Obispado de Guadalajara según las Leyes de Indias", en *Jurídica Jalisciense*, enero-junio 2000; tres artículos en la ***Oxford Encyclopedia of Mesoamerican cultures***, New York, 2001; sesenta artículos en el *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*; Madrid, 2001; y "Lo que nunca me atreví a decir sobre la educación", en *Sinéctica* del ITESO núm. 20. *Perspectivas de una vida*, edición homenaje con motivo de su septuagésimo aniversario de vida, mayo de 2003; *Benito Juárez guadalupano anticlerical*, 2006; *De la Guadalajara de ayer…y de antier*, Universidad de Guadalajara, 2006; *La Feria Internacional del Libro de Guadalajara llegó a su mayoría de edad*; "El maestro don Xavier", en *El magno magisterio de los Gómez Robledo*, 2009; *La fundación del ITESO. Una visión*, 2011; *Atenguillo* en dos tomos, *I. De los orígenes a la Revolución*, *II*, Universidad de Guadalajara, 2019. Queda pendiente la segunda parte de *Atenguillo*, y siguió trabajando en sus memorias.

Para la Universidad de Guadalajara elaboró los audiovisuales *Nuestras raíces indígenas*, *Los primeros mexicanos*, *Una visión de la historia*, *Arte Mestizo* y *El corrido mexicano*, que tanto han contribuido entre los preparatorianos para el conocimiento de México. En proceso tiene: ***Cursus Iuris Canonici Hispani et Indici*** de 1741, El Colegio de Michoacán, revisor de la traducción al castellano; *Introducción a los historiadores griegos*, libro de texto para el curso de Historiografía I en el Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara y traducción del latín de la *Biografía de Clavijero por Juan Luis Maneiro* para el ITESO.

Múltiples han sido las tesis que ha dirigido, en especial las de licenciatura y doctorado en la Universidad Gregoriana de Roma; además, destacan las de *Indicios de las Relaciones Laborales en México (1900-1936)*, la cual recibió el Premio Nacional de Derecho Laboral de 1981 y *Las Relaciones entre la Iglesia*

y el Estado en México, Premio Mariano Otero 1994. Sin duda se ha distinguido como articulista y editorialista en los periódicos de Guadalajara: *El Occidental* de 1991 a 1993; *El Siglo 21* de 1993 a 1997, *Público* y de *Milenio* de México, Torreón, Monterrey y otras ciudades de la República.

Guillermo Gatt Corona

Capítulo 1

Me alegro de haber vivido

En las tierras de El Rincón

Llegué a este mundo en una casa de adobe, en una ranchería del sur de Jalisco, adosada al Ingenio de El Rincón de la Magdalena en el municipio de Zapotiltic, a las once de la noche del jueves primero de junio de 1933, poco después de la Guerra Cristera y en las vísperas de que Lázaro Cárdenas expropiara las haciendas. Fue en los rumbos del Ingenio, conocido también como la Hacienda de El Rincón, donde se producía maíz, frijol y caña de azúcar.

Tengo muy pocas referencias de mis antepasados: no conocí a mis abuelos; solo a mis abuelas. Según me contaba mi padre, mi abuelo fue don Tiburcio Gómez Vizcaíno que nació en Pihuamo, pueblo limítrofe con Colima y calculo que nacería hacia 1865. Él con otros muchachos estudió con un francés lo referente al azúcar y al alcohol, de modo que era una especie de técnico o ingeniero de alcoholes y azúcares. Mi abuela paterna, la esposa de don Tiburcio, fue Rosario Bonales Martínez; ella era de una hacienda, La Higuera, del sur de Jalisco. Ambos, mi abuelo y ella estudiaron en Zapotlán, llamada ahora Ciudad Guzmán.

Ella quería ser maestra; se casaron ahí en Zapotlán y mi abuelo siguió trabajando en ingenios en la zafra: estuvo en el Ingenio de El Rincón, donde nació mi papá y nací yo. Mi abuelo murió en Santa Cruz, otro ingenio cercano a El Rincón, y mi abuela se fue a vivir a Zapotlán. El año 1913 hizo erupción el volcán Colima: mi abuela con mi padre de 15 años de edad, el mayor de tres hermanos, el mismo día de la erupción se fueron a Guadalajara a pie. Ya había tren, pero no podían pagarlo.

Llegaron a Guadalajara probablemente a casa de algún familiar. Por en aquellos antieres la ciudad limitaba al oriente con la Calzada Independencia, al poniente con lo que es ahora la avenida Del Federalismo y por ahí estaba la penitenciaría, donde en 1942 se acondicionó el Parque de la Revolución que ahora llaman el Parque Rojo. Al norte limitaba por el Santuario de Guadalupe y al sur por el pueblo de Mexicalzingo. No sé cuándo regresaron a Zapotlán, porque en 1915 después de la famosa batalla de la cuesta de Sayula entre carrancistas y villistas, mi papá trabajaba en una carpintería, y Villa vencedor de la batalla le solicitó a esa carpintería que le fabricara unos ataúdes para algunos de sus oficiales muertos. A mi papá le tocó entregar al Centauro del Norte esos ataúdes: los pagó y le dio una propina muy generosa. Mi papá recordaba que Villa traía un anillo de oro que, al mover la mano, el sol le "hacía una como llamita".

Mi madre era de Atoyac, del sur de Jalisco: el mundo de Juan Rulfo. En París, en el examen de doctorado en la Sorbonne, comenté que el idioma español que se hablaba en España no era idéntico al que se hablaba en México y un maestro, filólogo, enojado conmigo porque hablé de las invasiones a México de España, Estados Unidos de América… y Francia me preguntó: cuál era mi norma del buen español en México, y le dije: "mi mamá".

Quienes fueron a mi examen dicen que lo saqué de jugada: "¿ha leído usted *El Llano en Llamas* y *Pedro Páramo*? Le dije: "en el último cuento, de Anacleto Morones, sale Pancha Fregoso; y si usted recuerda a *Pedro Páramo*, el personaje es Juan Preciado; mi madre se llama Francisca Fregoso Preciado y mi padre se apellida Gómez Bonales Vizcaíno, sus apellidos Gómez Vizcaíno; todos los apellidos de mis padres aparecen en los escritos de Rulfo, son los que salen en Rulfo. Y mi madre hablaba como un personaje de Rulfo, con un castellano perfecto". El filólogo enojón ya nada me dijo y me aprobaron por unanimidad y mención "muy bien".

Mi abuelo materno era Víctor Fregoso, hijo de Pedro Fregoso y mi abuela era Ramona Preciado. En mis años de Italia cuando fui a Verona, la tierra de Romeo y Julieta, descubrí que en la catedral, en una de las capillas, entrando a mano derecha, estaba el altar Fregoso, que Ercole Fregoso regaló a su tío Pietro Fregoso que había sido dux de Génova. Encontré más datos sobre los Fregoso que envié a mi mamá, pero con la muy clara nota: "nosotros no venimos de los Fregoso

nobles, y en todo caso, de algún bastardo pirata, porque los herederos legítimos sin duda se quedaron allá".

Mi abuelo materno era talabartero en Atoyac, y se vino a Guadalajara buscando sustento para la familia. Llegó a Guadalajara y empezó a trabajar donde está ahora el Palacio de Justicia que era la Escuela Normal del Estado; vivió en unos cuartos que le prestaron: mi abuelo era conserje, el *factótum* de la Escuela Normal. Mi madre estudió ahí, en la escuela donde las futuras maestras hacían sus prácticas, sin duda que estaba a la vanguardia de la pedagogía del momento. Cuando terminó la primaria estudió la Normal ahí mismo. Mi abuela materna era analfabeta, pero sabía hacer cuentas: muy buena para manejar su dinero.

Mi mamá nació en el año 1908, mi papá le llevaba 10 años de diferencia. Mi mamá, niña, después de un tiempo vivió en una vecindad que aún existe, aunque ahora muy elegante, contigua al templo de Santa María de Gracia. Y en los años 1914 y 1915 a esa niña le tocó ver a gente que ahorcaba Pancho Villa frente al Teatro Degollado. Donde existe la Plaza de la Liberación había arbolitos y le tocó ver ahí a los ahorcados. Mi mamá, ya jovencita, trabajaba en una joyería. Entonces en Guadalajara había dos joyerías: "El Cronómetro" y "El Diamante"; mi mamá trabajaba en "El Cronómetro" que hasta hace poco existía aún, era propiedad de los Assad, libaneses, o como decían los tapatíos de entonces, *sirio-libaneses*; mi papá ahí la veía muy arregladita y bonita. Mi mamá se casó de 18 años: se casaron en vísperas de la Guerra Cristera.

El 31 de julio del 1926 se cerraron los templos y muchos novios adelantaron sus bodas, porque ya no habría ceremonias religiosas. Se casaron el 26 de julio muy temprano, en el templo de El Pilar; ahí en una capillita los casó un sacerdote de apellido Figueroa, pariente de mi madre. Fueron de viaje de bodas a México y a Cuautla; al regresar mi papá le puso a su joven esposa un maestro de cocina a domicilio y otro de repostería, mi papá era de buen comer. Luego, pronto, se fueron al rancho: a El Rincón. Mi papá era de ahí; les tocó la Guerra Cristera en El Rincón. Mi mamá recordaba que de noche y en la madrugada se oían en la azotea pasos de soldados, las botas, los balazos y le quedó un trauma de por vida; una vez en los setenta aquí en Guadalajara vine a arreglar la casa de mi mamá; no me acuerdo por qué, le dije que moviéramos un closet y empezó a llorar, le dije "¿qué pasa?", y me contestó: "hijo, pero ¿si hay balazos…?".

Mi mamá, después de su experiencia de recién casada durante la Cristiada tenía que dormir siempre en un cuarto bien cerrado, con puertas de madera gruesa atrancadas por dentro y siempre tuvo terror a los balazos. Tenía en el cajón de su buró un rosario y su pistola con la inscripción en el cañón "propiedad de la Policía del Distrito Federal", se la había regalado un cristero. En el archivo cristero que por años tuve en mi poder y ahora está en el ITESO hay una carta de mi padre que cuenta un poco de aquellos tiempos.

Mi papá estudió en el seminario: no existía en aquellos tiempos, 1915 a 1920, la Universidad de Guadalajara; solo había primarias y aún no se inventaban las secundarias; existía una escuela de Leyes, una de Medicina y otra de Ingeniería; no existían las facultades. Las familias ricas enviaban a sus hijos a estudiar a Europa, sobre todo a Inglaterra y Francia. En Guadalajara muchos varones, aunque no fueran a ser sacerdotes, iban al seminario a cultivarse, porque no había otra opción. Mi papá estudió en el seminario de Guadalajara y hablaba muy bien el latín, leía mucho en francés y odiaba el inglés.

Hacia el año 1924 o 1925 iba a estudiar teología y monseñor Orozco y Jiménez le habló para mandarlo a Roma y él dijo: "no, ese no es mi camino". Tuvo toda la excelente formación de letras y filosofía del seminario y mi mamá estaba en la Normal, como ya dije, no alcanzó a recibirse porque se casaron. Yo nací en 1933; contaba mi papá que para el bautizo en el Ingenio de El Rincón, cerca de Zapotiltic, el párroco estaba enojado con el rancho, yo creo que eran asuntos agraristas porque el rancho era agrarista, aunque antes había sido cristero. El corrido agrarista de los años treinta comienza:

Esas tierras del Rincón
las haré con un buey pando,
se me reventó el barzón
y sigue la yunta andando

Nací en el Ingenio de El Rincón y mi papá le pidió al párroco de Zapotiltic que me bautizara: "No, a ese rancho no voy", y mi papá le dijo "¿Pero qué culpa tiene mi niño del pleito entre la gente grande?". "Si quiere –dijo el párroco– lo bautizamos en el límite", pero "oiga Usted, dijo mi papá: ni modo que lo bau-

ticemos bajo un mezquite". Entonces el señor cura le dijo: "váyase a Zapotlán y ahí lo bautizan, yo firmo el acta en Zapotiltic". Así pues, fui bautizado en la parroquia, ahora catedral, de Zapotlán, pero mi acta de bautizo está en Zapotiltic. Hace como unos 15 años, la primera generación de la Preparatoria de la UdeG de Zapotiltic se graduó y me llamaron de padrino, no sé ni por qué, creo que la doctora González Claverán era amiga de la directora de la prepa y le contó de mí: que yo era de Zapotiltic. Fui a la graduación y un chavo de la prepa fue a la parroquia y sacó una copia del acta de bautizo, que me regaló.

Chanita

Nunca supimos con precisión su edad. Hará como veinte años, tuvimos necesidad de presentar un acta de nacimiento de Chanita y la obtuvimos en una comprensiva presidencia municipal del sur de Jalisco. Si mal no recuerdo, le asignamos 1910 como el año de su nacimiento, de modo que oficialmente tenía 87 años: "Cuando tú naciste, tu mamá me pidió que fuera a tu casa a ayudarle en la cocina. Me acuerdo muy bien que tu papá me enseñó a hacer los frijoles refritos calduditos y con elote tiernito. Tu papá no comía cualquier cosa y tu mamá lo chiqueaba siempre haciéndole de comer todo muy sabroso".

Chanita era la mujer con las manos más privilegiadas para tortear: cada una de las tortillas que ella hacía se inflaba esponjosamente y era una delicia comerla con sal, con miel de abeja, con frijoles, con queso o requesón, con cajeta de leche de cabra, o con cualquier platillo de la cocina mexicana del campo. Le gustaba recordar: "cuando el señor arzobispo de Guadalajara fue al rancho a las confirmaciones, me escogieron a mí para tortearle". Hasta hace muy pocos años aceptó que la cuidaran en un asilo, siempre que iba yo a desayunar a casa de mi madre me complacía en tortearme: tomaba una bolita de masa de maíz y la iba moldeando con las palmas de las manos hasta dejarla en el comal, perfectamente redonda y con la consistencia ideal para cocerse.

Ladrones con paliacates rojos

Cuando yo tenía siete meses de edad, el domingo 07 de enero de 1934, mis papás, junto con las "ayudantas" de mi mamá fueron de día de campo a un ojo de agua como solían hacerlo de vez en cuando. Mi mamá tenía varias colabora-

doras, a la que más recuerdo es a Feliciana González, a quien siempre llamamos Chana o Chanita. Ella me contaba la historia "de los ladrones":

> cuando tú tenías siete meses de nacido, tu papá nos llevó de paseo. Le gustaba que nos fuéramos a comer al campo al ojo de agua. Antes de meterse él a bañar nos ponía a todas las mujeres a tirar con la pistola. Decía que todas debíamos enseñarnos para defendernos. A mí me temblaba mucho la mano y cerraba los ojos al apretar el gatillo. Por más que tu papá me quiso enseñar, no aprendí. Tu mamá era muy buena con la pistola: no le temblaba la mano ni cerraba los ojos y le atinaba a la caja de cerillos que tu papá nos ponía para tirarle. En una de esas veces que fuimos al ojo de agua, tu papá se había acostado bajo un árbol a dormir cuando vi a unos señores, serían como unos ocho, con paliacates rojos y azules, serían de Tuxpan, porque ahí usaban ceñidores y paños azules en vez de rojos. Traían rifles. Desperté a tu papá y, como era el único hombre contra ocho hombres, nos dijo: ´No se asusten, yo voy corriendo a pedir ayuda´. Se subió al caballo y echó a correr: le mataron al caballo y también al perro, pero él se pudo escapar. Los ladrones le dijeron a tu mamá que si no entregaba 500 pesos de plata, no respondían. Tu mamá los convenció de que yo fuera al rancho a pedir el dinero y me llevara a tus hermanas y permitieron que otra mujer se quedara a acompañarla. Yo te abracé y me fui *corri y corri* hasta el rancho con tus hermanas que iban *llori y llori*... Tocaron las campanas del templo y toda la gente se juntó. Las mujeres se quedaron rezando en el templo y los hombres fueron a armarse. Me imagino así como cuando tu papá nos contaba del cura Hidalgo que iba con mucha gente armada. Los ladrones dijeron que el rescate debía traerlo un hombre solo y que si veían a otros, matarían a tu mamá y a Cuca Chávez que la acompañaba; pero tu tío Guadalupe, que había sido muy bueno *pa'* tirar en la Cristiada, se adelantó a los demás que venían con él y al primer tiro mató al ladrón que estaba apuntándole a tu mamá con el rifle. Tu mamá se tiró al suelo. Los ladrones corrieron, pero quedó uno muerto y otro herido. Al herido lo trajeron al rancho y lo encerraron en el torreón. En la noche, tu papá le llevó de cenar y al padre para que lo confesara, porque tu papá bien sabía que al ladrón lo iban a matar. Al día siguiente nos llamaron a tu mamá y a mí para preguntarnos si

el señor herido era de los ladrones. Tu mamá me dijo quedito: "sí, sí es, pero como de todos modos lo van a matar, ¿para qué decimos que sí fue?". Tu mamá les dijo que no estaba segura. A mí el herido me veía con unos ojos de súplica que me hicieron llorar. Yo también dije que no estaba segura. Luego lo sacaron amarrado de los brazos y se lo llevaron a Zapotiltic; al pasar el Puente Chico lo soltaron y le dijeron: "córrele, córrele, escápate". pero al comenzar a correr, le tiraron por la espalda. Me dijo tu mamá que a eso le llamaban Ley Fuga. Eso de los ladrones es de lo que más me acuerdo de cuando tú estabas de brazos. Entonces había muchos secuestros y muchos plagios.

Hace años uno de mis hermanos, en una fiesta en Zapotiltic, grabó un corrido que aun circula por esos rumbos: el Corrido de don Manuel en que se narra la aventura de aquellos años cercanos a la cristiada.

Nunca nos dejó solos

Cuando nos vinimos a vivir a Guadalajara, en noviembre de 1943, Chanita no nos quiso dejar ni en los peores años en que la cena era un té de hojas de naranja… sin azúcar. Éramos ya unos diez hermanos y las travesuras y pleitos de toda la familia numerosa debieron causarle a Chana muchos corajes y sinsabores, pero nunca nos acusaba y siempre intercedía por nosotros. A la muerte de mi padre, en 1964, se quedó como ama de compañía de mi madre y de mis hermanos menores. Al morir mi madre se fue con gusto al asilo de ancianos de la parroquia de San Felipe de Jesús, donde vivió muy atendida y rodeada de cariño de todo el personal y de las viejitas y viejitos del asilo. Siempre la encontré sonriente. Presumía de tener en su cuarto varias sillas: "A muchas compañeras les gusta venirse a platicar conmigo y les tengo sus sillas".

En marzo de 1997 se cayó: fractura de fémur. Resistió muy bien la operación y se recuperó, pero resultaba muy dolorosa la rehabilitación. De pronto una tarde comenzó con vómitos de sangre muy renegrida y, en diez minutos, se nos fue. La misa del funeral fue en San Felipe de Jesús con gran concurrencia de sus numerosas amistades. Mi hermana tuvo la buena idea de colocarla en un ataúd blanco. En la mañana lluviosa del 21 de marzo, mientras nos dirigíamos al cementerio, sentía que se iba parte de mi vida, de alguien que convivió mucho con mis pa-

dres. Me costaba trabajo pensar que estaban ya sin vida aquellos brazos que me abrazaron, cuando yo tenía siete meses para librarme de los asaltantes armados y que me cargó jadeante hasta dejarme en mi cuna.

Años de infancia

Regreso a los años de mi infancia en El Rincón. Mi papá tenía una situación desahogada en el rancho, era el cajero del ingenio. Existía la hacienda, pero muy reducida, la hacienda de los Vizcaíno y de los Fregoso, pero no parientes nuestros. Era el cajero y tenía una parcela que sembraba y algo de ganado; le encantaba la apicultura. Antes de la Segunda Guerra Mundial cuando tendría yo seis o siete años, recuerdo que llegaban trocas, camiones de carga, para llevarse la miel y mi papá tenía correspondencia con gente de Francia a los que les vendía la miel.

Recuerdos de mi infancia muy bonitos: cuando era la cosecha de la miel, en las noches, había un extractor de miel que era un gran tambo, tenía adentro una máquina, una centrífuga; mi papá sacaba los marcos de las colmenas y mi mamá con un cuchillo grande, calentado con vapor, cortaba la cera que cubría las celdillas llenas de miel y colocaba los marcos en la centrífuga para sacar la miel. Recuerdo muy bien las cascadas de miel que salían y mi trabajo de niño era poner las latas vacías en el conducto por donde salía la miel; mi papá recogía las latas alcoholeras llenas de miel y las iba sellando. De mis recuerdos más primitivos de la infancia es el de la cosecha de miel.

Casi diario íbamos a misa a las siete de la mañana, luego paseábamos por el campo brillante con el rocío de la noche. Caminábamos, mis hermanas atrás cortando flores silvestres recién desmañanadas, y yo con mi papá. De modo que tuve la fortuna de niño de caminar casi diario con mi papá, mucho de mi forma de ser es lo que él me enseñó. Me inculcó mucho el amor a la libertad, y un patriotismo en el cual la fe católica era parte esencial del ser de México, un país donde el partido oficial, el PRM, y la Revolución eran algo que atentaba contra la libertad y contra el "verdadero" México.

Mi padre era iturbidista, antiliberal y antijuarista. No recuerdo que me hablara de Porfirio Díaz ni de Francisco I. Madero. Odiaba a Venustiano Carranza y a Álvaro Obregón; apreciaba a Felipe Ángeles y a Pancho Villa; le gustaba mucho la música de los Strauss y de Rossini. Mi infancia fue la época de Lázaro

Cárdenas al que mi padre odiaba por aquello de la educación socialista y su política antirreligiosa. Si mi padre viviera ahora se extrañaría enormemente de mi visión de la historia universal y de México, y de que trabajé en la Universidad de Guadalajara, Universidad de Estado. No entendería que yo trabajé en una institución del gobierno que para él era sinónimo de persecución a la Iglesia y heredera de Carranza, Obregón y Calles.

En 1940, a mis siete años, la campaña presidencial fue entre el candidato oficial del PRM, Manuel Ávila Camacho, y el de la oposición del PRUN de Andrew Almazán. Por supuesto que mi papá era de la oposición. Una tarde sin más llegaron los soldados. En aquellos años, antes de que México entrara a la Segunda Guerra Mundial al lado de los gringos, el ejército mexicano usaba uniformes copiados a Francia. El casco francés era como media naranja con un reborde que sobresalía y en toda la parte media, de la cabeza al cuello, otro reborde.

Entraron a la casa: "señora, con su permiso" dijeron y tomaron la mesa y las sillas del comedor. Yo me acerqué a mi mamá, como buscando protección, luego salí a la calle. No había una plaza en el rancho ni algo que se le asemejara. Mi casa daba a un enorme espacio abierto "La Playa", que tenía a un lado a la derecha de mi casa y muy cerca el portón de entrada al casco de la hacienda, protegido por un torreoncito con almenas a cada lado. Al extremo La Playa, frente a la casa, estaba la capilla, pero no de frente sino a un costado. Casi frente a la entrada de la capilla había un puente, porque en tiempos de aguas el arroyo que bajaba de las montañas traía corriente muy crecida. Pues frente a mi casa vi la mesa del comedor sobre la cual los soldados, con sus botas claveteadas, arengaban a la gente a votar por Ávila Camacho. Corrí al casco de la hacienda a la oficina de mi papá y le conté lo que ocurría. Llegamos al mitin electoral y los amigos de mi papá lo detuvieron para que no se fuera contra los soldados… Esa primera experiencia con el partido del gobierno me marcó de por vida en mi odio al PRM y luego al PRI.

¡Cómo gozaba yo en tiempo de aguas! El arroyo muy crecido con todo lo que bajaba de los cerros, aguas turbias por la tierra, pero no contaminadas, arrastraban ramas de árboles y plantas desgajadas. Con mi pantalón "brincacharcos" era yo feliz con los demás niños metido hasta más arriba de la rodilla en aquellas aguas. Es de los recuerdos más memorables de mi infancia. Después, en la casa,

mi mamá me ponía un pijama caliente. Me daba un chocolate espumoso y humeante con un pan dulce y… a dormir. Son de los recuerdos más imborrables de mi infancia. El maravilloso tiempo de aguas en que los hombres salían al campo sin olvidar su bule con agua para beber, su sombrero de alas anchas y su "china": una capa de un ingenioso tejido de hojas secas, no sé de qué planta, que defendían del agua de la lluvia.

Mi papá no usaba la china, sino las "mangas": un gabán impermeable de hule y botas de hule también con un sombrero de alas no muy anchas y protegidas por una cubierta de hule. Hubo años en que las tormentas eran muy abundantes y recuerdo más de una "culebra", es decir, una tromba con ventarrones tremendamente fuertes que hacían que las campanas del templo convocaran a la gente para rezar y "pedir clemencia": en las casas se encendía el cirio pascual y se rezaba y se cantaba el trisagio:

A nuestro Dios sacrosanto
los dichosos querubines
ángeles y serafines dicen
santo, santo, santo.

Oh Divina Trinidad,
una esencia soberana
de donde el bien nos dimana
solamente por bondad.

Y porque vuestra piedad
pone fin a nuestro llanto.

De la subitánea muerte,
del rayo, peste y temblor,
el trisagio por favor
indemniza nuestra suerte
y como el brazo del fuerte
nos libra en todo quebranto.

Es el iris que en el mar,
en la tierra y en el fuego
y en el aire ostenta luego
que nos quiere libertar.
Por gracia tan singular
con que nos protege tanto.

Hubo años también en que no llegaban las lluvias, entonces todos, grandes y chicos, íbamos por los campos llevando la imagen del Sagrado Corazón y de la Virgen de Guadalupe. Recuerdo que se cantaba un himno cristero:

Tropas de María,
sigan la bandera:
no desmaye nadie
vamos a la guerra.

Nuestra capitana
Pues ya nos espera,
el arma tomará,
vamos a la guerra.

Recuerdo perfectamente la música o tonada de esos cantos y me emociona. Era un pueblo muy religioso y, como buenos mexicanos, muy fiestero: las misas solemnes en el templo con el coro del seminario de Zapotlán y muchos invitados; las comidas de fiestas, las bandas de música y los castillos por la noche. Recuerdo en especial a los sonajeros de Tuxpan con sus trajes multicolores y sus ceñidores azules que en El Rincón eran rojos.

Los hombres usaban camisa y calzón de manta con su ceñidor. El sacerdote, el padre Ortiz, y mi papá eran los únicos que usaban pantalón y zapatos; los demás hombres usaban el calzón de manta que tenía dos pequeñas bandas para sujetarse el calzón. Las películas y fotografías de la época porfirista y de la revolución muestran ese atuendo que usaron los hombres del campo casi hasta 1950.

La camisa era también de manta y toda la ropa la confeccionaban las amas de casa. Usaban huaraches de calidad variada. Las mujeres usaban rebozo.

Para las grandes fiestas era costumbre estrenar alguna prenda, costumbre que no se acostumbraba en mi familia. En el rancho no teníamos ningún médico: había que hacer venir al "doctor" desde Zapotlán o al "japonés" de Zapotiltic. Nunca supe el apellido de ese médico que, al comenzar la Segunda Guerra mundial, tuvo que concentrarse con los demás japoneses en algún lugar bien vigilado. Existían las sobadoras. Todos los niños nacían en su casa: el equipo médico consistía en unas tijeras, un rollo de algodón, un frasco de alcohol alcanforado y toallas o sábanas limpias. Las familias más pudientes hacían venir a una comadrona de Zapotiltic. No había cementerio y los muertos tenían que cargarse por cuatro hombres hasta Zapotiltic.

La comida, muy sana, era de muchos lácteos, de tortillas recién hechas; a la fecha no soy amante de las verduras y la fruta. Crecí comiendo carne de res, cerdo y pollo, pastas; el pescado no había forma de conservarlo; en cuaresma solo el camarón seco. En cuanto a postres, mi mamá era excelente dulcera de jamoncillos, charamuscas, chongos, jaleas y ates caseros. Los viernes primeros de cada mes mi papá invitaba a desayunar a todos los viejitos del rancho que fueran a misa: les daban de desayunar gorditas fritas en manteca de cerdo y atole de diversos sabores y, al despedirlos, le daba a cada quien un peso de plata. Cada mes yo ansiaba el desayuno de los viejitos, o mejor dicho las gorditas y el atole.

La cocina de mi mamá requeriría un capítulo aparte: ella, excelente cocinera, y mi papá, refinado gourmet, hicieron de mí un glotón. Nunca me he fijado en las calorías o en los carbohidratos o proteínas, siempre he comido simplemente lo que me gusta. Siempre he pensado que el comer es uno de los placeres esenciales de la vida. Es una herencia de mis padres amantes del buen comer… cuando hay dinero, cuando no, como dijo el Alcalde de Lagos, "cuando no, pues no". Aprovechando la abundancia de miel de abeja, que siempre había en la casa, mi mamá fabricaba melcocha que ya no se hace. Los jamoncillos me encantaban y siempre me tocaba quitar con una cuchara lo que quedaba adherido a la olla de cobre.

Había una escuela de gobierno con maestras amigas de mis papás, maestras católicas, pero mi papá consideraba indigno que después de la Cristiada sus hijos

fueran a escuela de gobierno. Cuando no sé qué edad tendría yo, pero era muy chico, mi papá contrató a una maestra, la señorita Rómula: una mujer amable, gordita, morena, tuerta, con la cara medio cacariza; luego la señorita Victoria de Zapotlán que pasaba dos o tres días semanales en la casa para instruirme; luego llegó la señorita Luz Ibarra de Zapotiltic.; jovencita, recién graduada en la Escuela Normal. Los lunes por la mañana su mamá la dejaba en la casa. Con la señorita Luz mi papá invitó a otros niños, éramos cuatro, tal vez cinco: una maestra para cinco niños sin duda fue muy especial, me acuerdo de tres: Salomón Blas el hijo del cartero, Octaviano y Margarito, cuyos apellidos no recuerdo.

La vida en el rancho fue muy feliz para mí. Los diarios paseos matutinos por el campo; el ciclo de las siembras y las cosechas. No olvido a los hombres descalzos sobre la tierra negra recién arada, donde iban dejando los granos de maíz que luego cubrían de tierra con los pies. Nacían las milpitas de verde tierno y, después de varias semanas venía la "escarda": una maniobra con el arado de suerte que, de estar la plantita en el fondo del surco quedaba ahora sobre él. Luego venían las primeras hojas de la milpa que anunciaban que era tiempo de hacer los tamales de ceniza. Pasaban otras semanas y comenzaban las milpas a "jilotear". Poco después cortábamos los elotes tiernos para hacer muy ricos tamales, envueltos en las mismas hojas del maíz. Luego la cosecha en las canastas de pizcar. Terminada la pizca, cada dueño de una parcela iba al templo a dar gracias, y al salir arrojaba cohetes para comunicar el éxito de su cosecha. Mi papá además de maíz sembraba cacahuate, y fue el pionero en el sur de Jalisco en cultivar la soya que los campesinos veían con desconfianza.

En el tiempo de lluvias se hacía un gran arroyo de las aguas que bajaban del cerro y los niños nos divertíamos enormemente con nuestros pantalones brincacharcos. La corriente traía ramas de los árboles. Al regresar a casa, mi mamá me secaba y me ponía ropa seca; luego una canela caliente y algo más para llenar el estómago, pero no me escapaba de mi cucharada de emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao, en tiempos en que aún no se inventaban las pastillas de Omega 3. La emulsión sabía a veinte mil demonios de mal humor. Después de lavarme los dientes con pasta Pebeco o Forhans, a la cama con sábanas calientitas. Ocasionalmente, si había llegado tosiendo del arroyo, entonces, ya en la cama, no faltaba la cataplasma de antiflogistina.

En los recuerdos más memorables de mi infancia sobresalen los temblores del 15 de abril de 1941. No se me olvida que fue un lunes, porque la señorita Luz, que pasaba los fines de semana con su mamá en Zapotiltic, nos dio los premios semanales que acababa de traer. Hacia la una de la tarde, le enseñaba yo a mi mamá mi premio, cuando comenzó a sentirse algo raro. La señora que le ayudaba a mi mamá en la cocina gritó: "señora, está temblando". Mi mamá me tomó de la mano y a mis dos hermanos menores y nos llevó hacia la puerta. Al llegar ahí, vi cómo la espadaña del templo se caía dando vueltas en el aire y las campanas caían también. Pensé: es el fin del mundo.

En cuanto salimos, oímos un ruido atrás: el corredor con techo de tejas se derrumbó atrás de nosotros. Toda la gente salía despavorida, se arrodillaban en el suelo y el movimiento casi los hacía caer. Se oía un zumbido que nunca he olvidado. Duró varios minutos que nos parecieron una eternidad. Mi papá llegó corriendo desde su oficina. Cesó el movimiento y luego otra vez la sacudida eterna. Alguien llegó corriendo a avisar que se estaban quemando los cerros de bagazo de caña que servían de combustible para quemar el melado, el jugo de caña. Después, cuando los hombres comenzaban a organizarse para ir a apagar el incendio, comenzó una tercera sacudida. Mi mamá me dijo que corriera a la casa y sacara de su buró un libro de rezos.

Corrí, pero al tomar el libro, comenzó otro temblor y salí corriendo. Después se supo que, además de los tres temblores muy fuertes, había habido otros 26 menores. Todo el día tembló. La gente, en fogatas improvisadas, comenzó a calentar agua para hacer "tecitos" de hojas de naranjas y sin azúcar para el susto. Mi papá consiguió el único auto que había en el rancho y se fue volando a Zapotiltic por mis tres hermanas que estudiaban ahí en el colegio de las monjas.

Cuando mi mamá vio a toda la familia sana y salva lloró de emoción. Creo que nadie murió en el rancho, pero sí en Zapotiltic, en Zapotlán y en Tuxpan. Al caer la tarde nadie quiso dormir bajo techo: sacaron colchones, colchonetas y petates y todos dormimos al aire libre. Nunca he olvidado que me despertaron los cantos de la gente al amanecer: se estaba celebrando la misa mientras salía el sol: fue el primer amanecer que vi. Durante una semana tal vez nadie quería dormir en sus casas y se comenzaron a construir casas de madera con techos de tejamanil, "ranchos" les llamábamos a esas construcciones. Mi papá que, según supe

mucho después, ya comenzaba a madurar sus planes para irnos a Guadalajara. Construyó un "rancho" enorme, así lo veía yo, para albergar a toda la familia.

El señor candidato

Por esos años tuve mi primer asomo al mundo de la política jalisciense. Debió ser en 1942:

> En el desayuno mi mamá comentó que daría su clase quincenal de cocina y repostería a las señoras del rancho: iba a enseñarles a hacer charamuscas de miel de abeja. Mi papá me dijo: "la casa va a estar llena de viejas, mejor vente conmigo a conocer al candidato: habrá puros hombres". Mi papá siempre fue de la oposición, pero por razones de trabajo era el cajero o tesorero del ingenio azucarero; tenía que vigilar los preparativos para la comida al señor candidato. "Papá, ¿qué es eso de señor candidato?". "El candidato es la persona que luego los políticos nombrarán como gobernador". Nos dirigimos a "La Huerta", donde estaban instalando grandes mesas bajo los mangos, aguacates y guayabos. "Don Remigio, deme un vaso de sidra para mi niño". Me encantó la sidra bien fría, porque estaban las botellas entre barras de hielo que habían traído de Zapotlán, o de Ciudad Guzmán como se dice ahora. "Aquí le encargo a mi niño, mientras regreso". "Te portas bien". Fueron llegando "los políticos", según me explicó don Remigio: gente de ciudad, con botas militares de montar, sombrero tejano, chamarras de cuero y pistolas bien fajadas. Siguieron llegando y se fueron sentando en las mesas. Luego alguien hablaba, los demás escuchaban y al final aplaudían. Muchos automóviles y muchísimos caballos. Mientras todo esto ocurría, yo le pedía a don Remigio otro vaso de sidra, luego otro y después otros más. Solo recuerdo que cuando iban a comenzar a servir la birria de borrego, algo me pasó en la cabeza: sentí como que estaba temblando o como que los árboles se movían. Don Remigio llamó a alguien de a caballo y le dijo: "llévate al niño a su casa". "Señora, aquí le mandan a su niño". Mi mamá me olió y dijo: "ay, hijito, comenzaste muy pronto"; y me dejó acostado en una cama. Meses después, debió ser en marzo de 1943, el señor candidato ya había sido nombrado gobernador. Para nada me acuerdo de las elecciones. El General García Barragán fue al cole-

gio, al Instituto de Ciencias. El director de la primaria, el padre Hernández Chávez, nos había dicho: "no falten mañana, porque antes los gobernadores como Zuno y Margarito Ramírez perseguían al colegio y ahora el nuevo gobernador viene a visitarnos". Por cierto ahora, de grande, en los libros de Historia de Jalisco que tengo, nada he encontrado de las elecciones estatales de 1942. ¿García Barragán fue candidato único? De haber sido así, una vez más mi papá no se equivocó: los políticos habían nombrado gobernador de Jalisco al señor candidato que, sin saberlo él, me hizo conocer la sidra de manzana, bebida de moderación, pero que, en exceso, lleva a los niños a dormir siestas prolongadas.

Por el honor del sur de Jalisco

Periódico *Siglo 21* / 29 de junio de 1996 / Sección: País, Opinión, página 22

Estas líneas, en broma y en serio, son una carta abierta al actual gobierno del estado de Jalisco. Aunque no sé a qué dependencia dirigirme, quiero manifestar mis protestas a la persona que organizó en la Casa Jalisco la comida que el señor gobernador ofreció al presidente Zedillo la semana pasada. Tengo a la vista del menú: presentado en un hermoso pliego en papel amate, café claro. Se ve que quién lo escribió a mano, con muy bonita letra muy parecida a la de mi mamá, es una persona que admira a Porfirio Díaz: "tortilla raspada de maiz (sin acento). Mi general Díaz se refinó mucho, pero Carmelita, su segunda esposa, nunca le quitó el hábito de decir *maiz y pais*. Así pues, el menú incluye además panela fresca, birria de chivo estilo Cocula, chamorro de cerdo estilo Ciudad Guzmán (debiera decir Zapotlán, porque las ricas comidas del sur de Jalisco son desde antes que le quitaran el hermoso nombre de Zapotlán el Grande). Se ofreció también filete de res bañado con salsa chipotle; dulces de la región. Jericalla de piñón (riquísima la que hacía melita mi abuelita Chayito). Por último nieve de garrafa de limón bañada con salsa de capulín.

Huitlacoche en quesadilla

Mi indignación se originó porque después de la tortilla raspada de maíz rellena de pollo y requesón, se sirvieron: "quesadillas de Huitlacoche, flor de calabaza y rajas de elote". Doy la razón a quien escribió el menú: gramaticalmente el sustantivo huitlacoche no tenía por qué escribirlo con mayúscula, pero muy inteligentemente con el derecho que le da el sentido común y sobre todo el buen sentido gastronómico, escribió Huitlacoche con mayúscula. El pobre Clinton no sabe de lo que se pierde. Me parece contra la dignidad jalisciense que en la Casa Jalisco, o en Casa Jalisco como se dice ahora, hayan dado algo típicamente chilango con una comida jalisciense. En todo Jalisco, y concretamente en el sur, tenemos comidas muy refinadas sin tener que acudir a las fritangas chilangas: a la quesadilla. De paso diré que las mejores quesadillas de huitlacoche las he paladeado en el mercado de Tepotzotlán, Estado de México (no Tepoztlán, Morelos). Podían haberle dado a Zedillo huitlacoche, pero en taco: no en quesadilla; eso no es jalisciense y tenemos variada y muy sabrosa comida típica.

En Zapotlán el Grande, y en todo el sur de Jalisco, en mis tiempos de infancia, después de terminar la "labor", es decir, después de la rastreada, arado del terreno, de la siembra, la escarda y la segunda tenía que haber fiesta, a esto se le llamó "los acabos"… Una vez que los labradores terminaban con el último surco colgaban del yugo los arados y formaban una hilera con las yuntas de bueyes, luego hacían una cruz sobre el suelo con los sombreros de soyate… A la hora de comer se acostumbraba a hacerlo con el "puerco tirado". Salían primero las brevas o cueritos sancochados sazonados con naranja agria, sal, chile de árbol, luego aparecían las carnitas, enseguida los chicharrones, más tarde el pozole y a la mañana siguiente los tamales y la rellena, que en mi tierra le decían morcilla; los frijoles "refritos". (Le pedí este párrafo al doctor Juan José González Moreno, en *Y mi pueblo Zapotlán se hizo Ciudad Guzmán*). El mismo doctor González Moreno recuerda las comidas en Zapotlán:

> Generalmente diario se desayunaba en casa de los rancheros con chocolate en agua muy caliente, acompañado de roscas de pan de vapor, huesitos de manteca, leche acompañada de tamales de ceniza, de elote o cernidos. Los frijoles no faltaban con su chilito molido en molcajete con jitomate, cebolla

y cilantro. Normalmente al mediodía y por costumbre se servía caldo, sopa, carne y frijoles. A esto casi siempre lo precedía el aperitivo de las once, con ponche de granada, recién preparado o mezcal que se acompañaba con un ajo, cebolla, orégano, sal, azúcar y trocitos de chile de árbol frescos. El caldo que se tomaba al mediodía era de res con todas las verduras que se daban en la Laguna; la sopa de arroz o de tortilla, con su crema de leche de vaca, los tamales de elote con sal, con mantequilla y chile de tomate verde con rajas. La carne podría ser de puerco, gallina o de res y los frijoles aguados o refritos y por último el postre de cajeta de leche, de membrillo, durazno, cuajada con su polveo de canela o bien arroz con leche.

La comida es algo esencial de la cultura de un pueblo, como la lengua, la música, las fiestas y antes la religión: lo que agrupa a todos, lo que nos hacía sentir que nos pertenecíamos unos a otros: a nuestros antepasados, a nuestros parientes, a los amigos y a los vecinos.

El sur de Jalisco

Zapotiltic, Tuxpan, Tamazula, Tecalitlán, Zapotlán y el mundo de Juan Rulfo es distinto a Los Altos y a Guadalajara. En el sur de Jalisco, concretamente en Zapotlán, durante "la bola" como decía mi padre (o en la Revolución como dice la historia oficial) estuvo el cuartel general de Pancho Villa y de Manuel M. Diéguez y no se diga en la mera Revolución (es decir, en la Guerra Cristera). Una vez que íbamos de Zapotlán a Huescalapa me dijo mi papá: "mira, hijo, fíjate bien en esa lomita: ahí tus parientes descabezaron muchos federales. Como en la familia todos eran muy buenos venaderos…, los federales nomás asomaban la cabecita… e iban cayendo".

Espero que los amables lectores disculpen, pero la verdad no entendí que un gobernador del sur de Jalisco le ofreciera quesadillas al presidente. Deben comprenderme: mi madre se llamaba Francisca Fregoso Preciado: en "Anacleto Morones", de *El Llano en llamas* sale Francisca Fregoso, y en *Pedro Páramo* el personaje es Juan Preciado. Por lo que se refiere a mi padre también en *El Llamo en llamas* salen varios Gómez y varios Vizcaíno: mal haría en negar mis raíces del sur de Jalisco; tierra del Camino Real de Colima a Guadalajara. Además, me

resulta imposible desligar a Zapotlán de las ricas fritangas y postres de la región: siempre que viajábamos a Guadalajara o al regreso no olvido al garrotero del tren: "Ciudad Guzmán… veinte minutos para comer". Los catrines de primera clase se bajaban al restaurante del chino Basid, nosotros a las fritangas; tacos de güilota, de chicharrón en salsa roja, de rellena, todos estilando sabrosa manteca de cerdo. Bebíamos agua fresca de jamaica o tamarindo y rematábamos con la riquísima palanqueta de nuez. Mis papás, muy inteligentes, nunca hicieron caso a las ridiculeces de medir las calorías o de preocuparse del colesterol, por eso nunca tuvieron que acudir a un psicólogo o a un consejero conyugal.

Memorias de siglo (primera de dos partes)
Periódico *Público* / Sección: Opinión / Viernes 17 de diciembre de 1999 / página 18

Mi padre nació en 1898. De sus recuerdos más memorables de infancia era la erupción del volcán Colima a principios de 1913: mi abuelita, ya viuda, tuvo que hacer un hato de ropa y salir huyendo de Zapotlán, hoy Ciudad Guzmán, hacia Guadalajara en busca de protección para sus tres vástagos. Ya existía el ferrocarril de Guadalajara a Manzanillo, pero la pobre abuela sin dinero para el pasaje simplemente tomó a sus hijos y se puso en camino en la dirección opuesta a donde caía la lava y la ceniza del volcán. Salió huyendo por el camino, pidiendo algo para poder comer. Huida a pie, en compañía de muchos pobres más, mendigando a otros menos pobres que le compartieran su pan. Fue un camino de más de 8 días, camine y camine hacia Guadalajara por caminos polvorientos, sin idea de adónde llegar. Nunca supe adónde llegaron en Guadalajara. Tampoco supe cómo se ganaba la vida mi pobre abuela. Sé que regresaron a Zapotlán, porque en los años de 1914 y 1915 cuando las batallas de Sayula, entre Villa y Diéguez y la matanza de la cuesta de Sayula, mi padre, chamaco de 16 años, le ayudaba a un carpintero en Zapotlán, donde conoció al Centauro del Norte, quien fue muy generoso con el chamaco que le entregó unos ataúdes.

Los primeros recuerdos de mi madre fueron también de esos años. Ella había nacido en 1908, en Atoyac, de donde mis abuelos se vinieron también a Guadalajara en los mismos meses de la erupción del volcán. En enero de 1915 cuando

Guadalajara era codiciado botín de villistas y carrancistas, mi madre, niña de siete años, que vivía a un costado del Teatro Degollado veía horrorizada los ahorcados por Villa frente al teatro: al carnicero y al panadero del barrio que el temible guerrillero mandó ejecutar para escarmiento de "los riquillos".

Mis primeros recuerdos de niño, en un rancho del sur de Jalisco, son trágicos también y se refieren a los últimos años de los treinta, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas: recuerdo a la gente que salía del templo del rancho y traía en una parihuela a un matado, perfectamente limpio, con camisa y calzón blanco de manta muy limpiecitos con huaraches nuevos y ceñidor rojo colocado entre flores. Corrí asustado a contarle a mi madre: "son agraristas", me dijo muy tranquila: "están matando a muchos. Parece como si volviéramos a los años de los cristeros".

Creo que fue la primera vez que oí la palabra "cristeros", porque del día que nos secuestraron, el 07 de enero de 1934, para nada me acuerdo: tenía yo siete meses de nacido y obviamente lo que sé de esa historia me lo contaron mis padres. Las pistolas, los rifles, los máuseres y los cartuchos fueron parte de mis juegos de niño: después de comer, mientras mi papá y sus amigos limpiaban sus armas, aprendí a desarmarlas, aceitarlas y armarlas de nuevo. Los niños sabíamos manejar y respetar mucho esos instrumentos: no veíamos películas gringas de acción y de policías; por experiencia directa sabíamos que las armas quitaban la vida, que deberíamos respetarlas. No gozábamos en el cine viendo cómo se mata a la gente. Lo veíamos con nuestros propios ojos. Mi mamá era una muy hábil tiradora con su 38: "propiedad de la Policía del Distrito Federal" que le había regalado un cristero.

Pero mi infancia, totalmente rulfiana o rulfesca, en su ambiente trágico y violento, fue muy feliz, jugando entre cañaverales y milpas tiernas, viendo cómo la tierra se iba abriendo y los surcos interminables comenzaban a verdear. La emoción indescriptible de la plantita verde que, día a día, iba creciendo y entregando la belleza de sus hojas diminutas muy tiernas y olorosas. El paseo diario por la mañana con mi papá y mis hermanas por las veredas bordeadas de hojas y flores frescas con el diario rocío del amanecer. Las visitas a los nidos de los pajaritos para ver dónde había huevitos y dónde nacían los polluelos.

Un capítulo muy importante de mi vida de niño eran las clases de cocina y repostería que mi mamá daba a las señoras de esos rumbos. En la casa siempre hubo abundancia de leche y sus derivados. El azúcar y el melado nunca faltaron. Mi papá, presidente vitalicio de los apicultores del sur de Jalisco, siempre llevó a la casa latas alcoholeras de muy transparente miel de abeja. Antes de la Segunda Guerra Mundial llegaban a la casa enormes trocas cargueras para embarcar hacia Guadalajara o Manzanillo los cargamentos de miel de abeja; los jamoncillos y las melcochas abundaron siempre en la casa.

Mis padres eran muy religiosos, con una religiosidad muy combativa en el terreno cívico y muy inteligente y humana que regulaba sabiamente los ciclos litúrgicos con la gastronomía: en los días de penitencia y sacrificio, en la larguísima Cuaresma, era cuando mejor se comía: ¡qué inteligente religión que tanto nos hacía gozar en sus tiempos de penitencia y mortificación! Las lentejas preparadas en muy diversas formas, las tortitas de camarón, la torta de garbanzo y mil delicias más.

Junto con el 12 de diciembre, el Jueves Santo era el día en que más sabroso se comía: el lomo mechado, relleno de almendras, nueces y pasas, nadando en salsa dulce de naranja y jitomate con perejil: ¡qué delicia de delicias! Por supuesto que, como toda familia mexicana que se respetaba, no se conocían las ensaladas gringas: comíamos verduras y hortalizas, pero para acompañar las carnes. Los postres de Cuaresma, además de jamoncillos y melcochas, se enriquecían generosamente con los que mi papá adquiría en Zapotlán: alfajores de Colima, fruta cristalizada y la insuperable palanqueta de nuez. Entonces, digo yo ¿cómo es posible que a mi edad mis matasanos pretendan que me ponga a dieta?

Memorias del siglo (segunda de dos partes)

Periódico *Público* / Sección: Opinión / Viernes 31 de diciembre de 1999 / página 16

Las elecciones presidenciales de 1940 sobresalen entre mis recuerdos de infancia: en los meses previos, caravanas de jinetes recorrían los pueblos y los ranchos: “Les guste o no les guste, les cuadre o no les cuadre, Almazán será su

padre". Los mítines y reuniones de gente de a caballo o a pie terminaban todos con tiros al aire. Los niños de entonces distinguíamos muy bien, por el oído, los disparos de rifles y de pistolas. El mes anterior a las elecciones, en junio, festejaban mi cumpleaños, cuando llegaron los guachos, soldados federales, con sus uniformes verde olivo y sus cascos franceses y, sin más, se metieron a la casa: "Señora, con permiso" le dijeron a mi mamá, mientras sacaban la mesa y las sillas del comedor, y sobre ellas, un tipo empistolado, entejanado y con botas nuevas, comenzó a decirnos que deberíamos votar por el candidato del señor presidente de la República. Mi repudio al partido oficial es simple recuerdo imborrable de infancia. Llegó el domingo de las elecciones y solo recuerdo que mi papá nos prohibió salir de la casa. Por la tarde regresó muy disgustado: "El gobierno se va a salir con la suya": es todo lo que me acuerdo.

Mi educación primaria la comencé en mi casa: eran los años de la Escuela Socialista. Aunque las maestras de la escuela oficial eran diligentes catequistas en el templo y muy amigas de mi familia, mi papá, después de la Guerra Cristera, nunca hubiera consentido en su dignidad que sus hijos e hijas estudiaran en escuelas del gobierno: más que ideología era asunto de dignidad y coherencia. Maestras particulares, o personales, me enseñaron a leer y escribir. Irónicamente un niño ranchero, en épocas del agrarismo y la Escuela Socialista, tuvo una educación principesca más que personalizada; con su aya o su preceptora, como en los cuentos de hadas.

Para que el niño no estuviera solo, tenía siempre amiguitos, muy seleccionados que lo acompañaran. Creo que nunca fuimos más de siete niños en la escuela… A los nueve años, cuando me matriculé en Guadalajara, en la primaria del Instituto de Ciencias me colocaron en el cuarto de primaria por razones de edad. En Ciencias Naturales andaba yo medio mal, pero muy bien en aritmética, español e historia. No sé cómo se ingeniaron para inscribirme sin más en el colegio, sin ningún papel oficial: se ve que la burocracia era menos exigente.

En 1941, el 15 de abril a la una y cuarto de la tarde ocurrió el primer gran temblor de tierra: digo "el primer", porque fueron tres muy grandes terremotos ese día, sin contar otros 26 temblorcitos; todos fueron el día 15. Era lunes, y la maestra nos llevaba premios; le estaba enseñando mi premio a mi mamá, cuando se comenzó a oír un zumbido y el piso se comenzó a mover, mi mamá me tomó

por la mano y nos llevó a la calle. Al salir, vio horrorizada cómo el campanario de la Iglesia se venía abajo y, atrás de mí se derrumbaba mi casa. La gente gritaba y lloraba, se arrodillaban a rezar, pero el movimiento era tal que, de rodillas, les doblaba las piernas. Fueron como tres interminables minutos.

La gente se comenzaba a rehacer y… de nuevo el zumbido y el temblor mientras veíamos la horrorosa columna de fuego de las toneladas secas de bagazo de caña que se incendiaban hacia lo alto. Con el piso moviéndose traté de correr hacia el casco de la Hacienda en busca de mi padre que ya venía corriendo como podía. Como a la media hora, en carro de sitio llegaron del pueblo mis hermanas. El tercer temblor nos pescó a todos ya reunidos: ya nada importaba si estábamos juntos. Fue una tarde interminablemente triste y melancólica. Todo mundo sacaba de sus casas camas y colchones en previsión de la noche. Fueron luego semanas dramáticas, viviendo casi al aire libre.

En 1942, en Guadalajara, comenzó mi vida de trotamundos y siempre nuevas experiencias. El Colegio Unión, que era la primaria del Instituto de Ciencias, era maravilloso. En los salones de clase teníamos mesabancos para dos personas. Mi compañero de banca era Hugo Gutiérrez Vega, quien me invitaba a comer con mucha frecuencia los domingos después de que pasábamos la mañana en las resbaladillas del parque de la Revolución. El papá de Hugo trabajaba en la *Canada Dry* y nos surtía de variados ricos refrescos. La abuelita era excelente cocinera. Hugo me prestaba muchísimos cuentos y libros para niños, siempre fue muy generoso conmigo. La última vez que lo vi fue cuando éramos compañeros de primero de secundaria en 1945, y solo lo volví a ver hace un año aquí en Guadalajara.

Otros compañeros del salón eran Guillermo Chávez Vega, Manuel Baeza González y Manuel Castañeda Morales. Fueron años inolvidables: un colegito pequeño donde todos nos conocíamos; muy buen nivel de estudios, bastante deporte y enorme convivencia de maestros y alumnos. Los sábados, a las ocho de la mañana, caminábamos a tomar el tranvía a la terminal en la esquina de Maestranza y Prisciliano Sánchez hacia el Club Atlas en el paradero. Jugábamos fútbol toda la mañana. Con frecuencia nos tocaba ver a los jugadores del primer equipo; en aquellos tiempos ninguno de los jugadores tenía estrellitis y tanto los nacionales como los argentinos (Valdatti, Novelo), como los ticos (Cubero

y otros) eran muy sencillos y muchacheros. Nos confiaban sus secretos y nos enseñaban a jugar. A mediodía nadábamos en la alberca y, después de comer, volvíamos a jugar por la tarde. Siempre he guardado un muy agradable recuerdo de aquellos tiempos del Atlas paradero. Muchas páginas me llevarían mis recuerdos, pero solo se trataba aquí de terminar el año con algunas remembranzas.

Memorias tapatías

En 1942 terminó mi vida feliz en el rancho y me vine a Guadalajara, al Colegio Unión, que era la primaria del Instituto de Ciencias. ¿Por qué a un colegio de jesuitas? Resulta que mi abuela paterna, Chayito, iba al templo de San Francisco en la Ciudad de México. Es un templo barroco-churrigueresco con muy bella portada, en la antigua calle de Plateros, actualmente Francisco I. Madero casi esquina con San Juan de Letrán, actual eje Lázaro Cárdenas.

Durante la Reforma se lo carranceó el gobierno juarista y hacia 1940 un grupo de señores se lo compró al gobierno de Manuel Ávila Camacho y lo entregó a los jesuitas, quienes lo aceptaron con la idea de restituirlo luego a sus antiguos propietarios, los franciscanos, cosa que ocurrió hacia 1960, pero estamos en 1942: mi abuela asistía a ese templo y se confesaba con el padre Jesús M. Escalante, quien le recomendó a mi papá que me matriculara en Guadalajara en el colegio de los jesuitas. El padre Escalante era un hombre extremadamente blanco, robusto, encarnación del Manual de Urbanidad de Carreño; hijo, ¿o nieto? de Félix María Escalante, quien fue uno de los finalistas del concurso para la letra del himno nacional mexicano, que como todos saben ganó González Bocanegra.

Recuerdo muy bien la tarde en que el padre fue a visitar a mi abuela enferma: “mire padre, este es Jesús mi nieto del que ya le hablé”. Yo tenía ocho años y a partir del mes siguiente ya de regreso al rancho, el padre me escribía tarjetas postales y me enviaba estampitas. Además del padre Escalante, por lo que se refiere a los jesuitas, mi papá, allá por 1913, recién llegado a Guadalajara, había sido acólito del templo de San Felipe Neri de los jesuitas; desde la azotea del templo veía el patio de juegos del Instituto de San José, en el actual edificio de la Prepa 1, adjunto al templo.

Ese Instituto se lo carrancearon Álvaro Obregón y Manuel M. Diéguez el 08 de julio de 1914, cuando los norteños tomaron Guadalajara. Sin entrar en toda

la historia basta decir que hacia 1942 el colegio estaba en Tolsa (no Tolsá como dicen los que no saben historia de Guadalajara) y la primaria, el Colegio Unión, estaba en Madero 808, esquina Camarena. A ese colegio me llevó mi papá en agosto de 1942; me examinaron y le dijeron que podía ir a sexto año, pero que estaba muy chico, en ese tiempo no había tanta exigencia de papeles y sin más trámites me admitieron y me pusieron en cuarto año. Para entonces ya era yo un lector asiduo.

En el rancho comencé a leer mucho, yo tendría seis años o siete y para mi cumpleaños me regaló mi papá "La Nave Victoria". Era un libro pequeño muy bonito con muchos dibujos, editado en Suiza, en Friburgo de Brisgovia, lo recuerdo muy bien. A la semana me dijo mi papá, ¿ya lo leíste? Le dije "voy apenas en el primer capítulo" y se lo comencé a repetir. Me explicó que los libros eran para leerse, no para memorizarse, que leer era enterarse atentamente de lo que el autor había escrito. Ese libro tenía en la portada a colores una imagen de Magallanes que zarpaba de Lisboa; los barcos en el fondo y en primer plano las mujeres, con bellos vestidos y complicados peinados que agitaban pañolones de colores, diciendo adiós a los marineros. Me emocionó la historia del viaje de Magallanes alrededor del mundo, fue la primera vez que oí hablar de las islas del pacífico, de las Filipinas y otros lejanos países.

Al llegar al colegio en Guadalajara, a mis nueve años, leía a Julio Verne; me gustaba mucho. En el colegio tenía de compañero de mesabanco a Hugo Gutiérrez Vega, su papá trabajaba en la embotelladora *Canada Dry*. Escribo estas líneas dos o tres años después de la muerte de Hugo. Siempre nos vimos con mucho afecto. Vivía con su abuela, una alteña guapa, amable y excelente cociera. Hugo me invitaba los domingos a comer en su casa. Tenía una excelente biblioteca infantil; ahí conocí a Salgari, a Hugo Wast que era un autor de moda. En el rancho ya había leído alguna novela de Julio Verne, pero en la biblioteca de Hugo leí algunas más. En el colegio había una biblioteca excelente y cada viernes por la tarde sacaba algo para leer el fin de semana.

Al llegar yo al colegio a Guadalajara viví con mi abuela materna, pero no la quería, no nos entendíamos, porque me gustaba ir a misa con mis compañeros del colegio a la cripta del Templo Expiatorio y ella quería que fuera a San Felipe de Jesús muy cercano. Otra cosa muy curiosa era que mi abuela me invitaba al

cine, al Alameda y al Avenida; yo le decía: “abuelita, la película no es para niños”. Y ella: “no, no importa, tú vente conmigo”. Yo le argumentaba que mi papá me había dicho que solo viera películas en clasificación “A”, y me molestaba que la abuela contradijera a mi papá, y esa fue la razón por la cual no me gustó vivir con ella.

Además, con mis primos, hijos de un hermano de mi mamá, tenía yo continuos roces por convicciones religiosas; ellos estudiaban en escuela oficial y con frecuencia discutía yo sobre ideas religiosas y sobre la Iglesia, ellos y mi tío eran bastante anticlericales y yo me enfurecía: –Sus libros de texto, muy de la época, con monos feos de Diego Rivera, eran muy diferentes de los míos, de Marín, Bruño y FTD, es decir, de autores maristas. Me molestaba mucho que hablaran contra el Arzobispo Garibi Rivera y contra el párroco. Se burlaban de los “frailes” y los curas, y yo, a mis nueve años, no ocultaba mis raíces “cristeras”–. Solo debí vivir con mi abuelita dos o tres semanas. Mi papá buscó dónde quedarme y, en una carta del 29 de septiembre de 1942 escribió a una señorita, recomendada por el colegio, que tenía una casa para estudiantes; la señorita Carmen Ramírez Fuentes, solterona, hermana de un franciscano y un jesuita:

> Respetable srita.:
>
> Suplico muy atentamente a Usted me hiciera el favor de decirme cuánto me cobraría dándole a Jesús, mi hijo, la asistencia por las tres comidas y cuarto para dormir, es decir, internado completo. Me importaría saber para ver si me es posible hacer ese gasto. Le estimaría que me diga cuánto importaría con aseo de ropa y sin este aseo.

Por cartas posteriores, colijo que el costo era de cuarenta pesos mensuales y la ropa me la lavarían las hermanas Luna, dos solteronas, amigas de mi papá. En carta de octubre 1942, las solterona Rómula y Mónica Luna, le escriben a mi mamá:

> “...con pena te decimos que con veinte centavos de jabón no se ajusta porque la ropa sale muy sucia, pero más las sábanas tú ves que los jabones son

delgados y chicos y con uno de 25 centavos si no se te hace mucho creo que ajustara".

La verdad no guardo ningún recuerdo sobre cómo me lavaban la ropa, pero los documentos hablan. Mis papás sin duda tenían mucho de historiadores en su afán de conservar las cartas. Mi mamá conservó todas las que yo le escribí, desde esos años de primaria hasta las que le escribí de París, Roma y de varios viajes. Transcribo algunos cobros que Carmen Ramírez, de la casa de estudiantes le hacía a mi papá, en noviembre y diciembre de 1942:

libreta colegio . . . . . O. 55
Para historia y otro libro 1.55
Su domingo 0.15
Hacerse el pelo 0.35
Su domingo y salida con su Abuelita 0.50
Compostura de calzado 2.00
Ida al Atlas y cine 0.35
Para lápiz y gasto 0.30
Para papel mapas 0.30
Par su viaje para ir a México 65.00
Ropa que le compré según nota adjunta 12.99
Viaje al Club Atlas 0.25

La casa de Carmelita Ramírez Fuentes estaba en Libertad 927, casi esquina con Tolsa. Tenía cuartos para estudiantes, eran de secundaria y de prepa. Mis papás guardaron muchos papeles; ambos eran historiadores. Las observaciones siguientes las copio de los papeles que conservaron. Los cuartos de estudiantes estaban en la planta alta, en la baja vivía la dueña con una hermana y un hermano, ambos solterones; además otro hermano, franciscano, inválido que se dedicaba a componer música sacra. En la planta baja, en un rincón del jardín interior, había otro cuarto que yo compartía con un muchacho de Silao, quien no estudiaba en el Instituto de Ciencias como todos los demás. El colegio me quedaba como a tres cuadras. La comida buena, pero no tan buena como la que hacía mi mamá.

En el colegio eran grupos como de 40 alumnos, obviamente mucha disciplina de la época; formarse en el patio para entrar a clase en orden. El cambio del rancho a la ciudad fue fuerte para mis nueve años de edad. Pasé el año, bien a secas, no saqué ningún premio, creo que de puntualidad si acaso.

Un día de junio nos dijeron que al día siguiente llegaría el presidente de la República, y que nos invitaban a ir a hacerle una valla de honor. La curiosidad me animó a ir. Creo que éramos unos 15 niños cuando mucho, pienso ahora que para los tapatíos a menos de 15 años de la Guerra Cristera el presidente no era bien visto. Nos llevaron a una casa en la Avenida Vallarta casi esquina con Prado, a una cuadra de Tolsa, a mano derecha si uno camina del centro hacia los Arcos. Estaban los guardias presidenciales y seguíamos nosotros; lloviznaba, se bajó de su coche Manuel Ávila Camacho y nos saludó de mano a cada uno; luego Doña Chole, la primera dama, alabó nuestra "hombría" porque estábamos muy firmes a pesar de la lluvia y a cada uno nos dio un beso.

Al llegar a casa le escribí una carta a mi papá comunicándole mi emoción. Como a la semana llegó mi papá a Guadalajara y me invitó a tomar una nieve. Yo sabía que ir a tomar nieve era sinónimo de que me iba a "dar consejos", y así fue; llegamos al jardín de San Francisco, nos sentamos en una banca, me dio noticias de la familia y luego: "un hijo mío tiene dignidad y no debe darle la mano a ningún sinvergüenza del PRM, aunque sea el presidente de la República de estos gobiernos que se imponen por las armas".

Años después, allá por 1954, estando en el seminario fuimos a un balneario cerca de Cuautla, Morelos, y tuvimos que hacer un alto en la carretera, porque llegaba el presidente Ruiz Cortines. Recuerdo muy bien que nos tocó en la fila de adelante. El viejo Ruiz Cortines daba la mano a cada persona; cuando llegó conmigo di un paso atrás. Mis compañeros me dijeron "pero, es el presidente", "sí, pero es del PRI". Seguía muy firme en mi memoria la frase de mi papá aquella tarde de junio de 1943 cuando me llevó a tomar nieve. Debo decir que años después, en 1962, le di la mano al presidente López Mateos muy cerca del palco presidencial del Palacio Nacional.

Aquí en Guadalajara, hacia 1972, cuando se inauguró el Museo Regional fui invitado y le di la mano a Luis Echeverría, y no dejé de pensar en qué pensaría mi papá que ya había muerto. En diversas circunstancias y en muy diversos

años, saludé de mano a Portes Gil, muy viejito ya, y a Miguel Alemán. A Lázaro Cárdenas lo vi muy de cerca en su casa, una vez que Federico Lamicq, cuando estábamos en secundaria en México; me pidió que lo acompañara a recoger un libro a la casa de su amigo Cuauhtémoc Cárdenas.

A Díaz Ordaz lo vi muy de cerca cuando fui al aeropuerto de México para ver a John F. Kennedy. A Felipe Calderón lo saludé un día en la redacción de *Siglo XXI*, un día en que fui con Diego Petersen a reclamarle, porque el corrector de estilo me corrigió que Francisco Ignacio Madero se llamaba Francisco Indalecio. Me dio mucho coraje y le llevé una copia del acta de bautismo de Panchito. Estaba yo enojado, y teatralmente exageré con toda intención; llamé al corrector, hice bolita el papel del acta y le dije: "¿quién eres tú para corregir mis datos? Te vas a tragar esta hoja". En eso estaba yo, cuando llegó Diego; "te presento a Felipe Calderón".

Creo que en ese tiempo era presidente nacional del PAN, pero como haya sido, eran tiempos en que nadie se imaginaba que Felipe sería candidato a la presidencia. Acababa yo de leer un libro de Luis Calderón Vega, papá de Felipe, en que hablaba de sus recuerdos en la UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Católicos) que fue una agrupación estudiantil de la capital, dirigida por los jesuitas en los años treinta. Eso me dio tema de conversación con Felipe, quien prometió enviarme otro libro sobre el tema, libro que a la fecha no me ha llegado.

A fines de junio de 1943, en el teatro Degollado, fue la ceremonia de fin de cursos y volví al rancho a El Rincón para vacaciones. A fines de agosto regresé al colegio. Cuando salíamos del rancho, a pie, a Zapotiltic para tomar el tren estaba un primo mío unciendo una yunta de bueyes: "mira a tu primo, el Güero, que se fue contigo a Guadalajara, pero no aguantó, míralo bien, es un campesino con sus bueyes. ¿Tú quieres pasarte la vida trabajando la tierra?". Nunca lo he olvidado. Tomamos el tren en Zapotiltic como a la una de la tarde. En el mismo carro de segunda venían algunos estudiantes de Colima que iban también al Instituto de Ciencias a Guadalajara. Después supe que eran los hermanos Rangel Hidalgo.

En septiembre de 1943 entré a quinto año. Mis tres hermanas se vinieron ya a Guadalajara, no recuerdo en qué colegio se inscribieron. Teníamos una casa contigua a la casa de mi abuela materna y ahí vivimos mis tres hermanas y yo.

En noviembre mis papás con el resto de la familia se vinieron a vivir con nosotros. Un argumento decisivo para mi papá era la futura educación de mis hermanos menores, pero hubo otra razón importante. En El Rincón mi papá siempre se opuso a la CTM por ser comunista, mi papá era religioso, pero muy libre y antigobiernista. Los de la CTM decidieron matarlo y contrataron o a un señor Sotero que yo conocí, un tipo alto, moreno quemado, mi papá se le enfrentó y lo desarmó, pero era obvio que ya su seguridad personal peligraba.

La casa de Guadalajara la había comprado mi papá hacía algunos años: un vecino de mi abuela murió y la viuda le dijo: "¿por qué no le dice a su hijo que me compre la casa?". Mi papá la compró: la casa tenía de frente como 8 metros y 35 de fondo, en el sector libertad; mi papá dio 500 pesos de contado y 600 en abonos; nada más tenía dos cuartitos, una cocinita y tuvimos que improvisar un lugar para bañarnos con una manguerita.

Antes de que la familia se trasladara a Guadalajara, mi papá de pronto decía "vámonos"; y yo encantado de viajar a Guadalajara. Muchos años después supe que esos viajes repentinos eran por seguridad nuestra, eran los tiempos del agrarismo, el fin era sacarnos del rancho a un lugar seguro. También en un tiempo vivimos en Zapotiltic, en una casa a media cuadra de la plaza principal que una vez fui a visitarla, era simplemente para proteger a la familia.

Recuerdo mucho esos viajes en tren; yo viajé siempre junto a la ventana viendo el paisaje. A la fecha me choca que en los autobuses cierren las ventanas, yo las abro, quito las cortinas y me encanta ver desde niño el paisaje; yo gozaba mucho las idas en el tren de Zapotiltic a Guadalajara. La carretera es de la época de Agustín Yáñez, en los 50, antes había un camino, el camino real de Colima. En tren también fui a México a ver a mi abuela paterna; fueron experiencias muy bonitas. En tren de Zapotiltic a Guadalajara llegábamos como a las 7 de la tarde y luego salía el tren a México. Durante la noche siempre me dormía, cuando despertaba, habíamos llegado a lugares como Tula, Huichapan y otros que no recuerdo. Tenía sed y mi papá siempre me compraba una cosa horrible; agua de Tehuacán embotellada que siempre aborrecí por el gas, era como una medicina.

Luego se subía al tren un señor con una armónica y un acordeón, y mi papá siempre le pedía que tocara "La Panchita" y "Las Alteñitas". En el tren, tanto de Zapotiltic a Guadalajara como hacia México, siempre me asustaban los soldados

de la escolta. Desde los años de la Cristiada y tal vez hasta mediados de los años cincuenta, iba en el tren una escolta militar por si algún grupo atacaba al tren. Por mis experiencias desde muy niño siempre vi con mucho temor a los soldados, a "los guachos" como les decíamos.

En México, el tren llegaba a la estación de Buenavista donde tomábamos un taxi, "un carro de sitio" decíamos, que nos llevara al mero centro a la calle de Justo Sierra número 27, casi frente al Colegio de San Ildefonso, a espaldas del Templo Mayor, que entonces estaba bajo tierra. Había a cuadra y media, en la esquina de Argentina y Guatemala, la librería *Robledo*; y en Argentina y Justo Sierra ya estaba la *Porrúa*, donde mi papá siempre me llevaba a comprarme algún libro.

Vivíamos, pues, en el corazón del Centro o como dicen ahora del "Centro Histórico". Mi papá me llevaba a visitar toda esa parte muy hermosa de México. Mi abuela vivía ahí porque mi tío, el hermano de mi padre, se fue a vivir a México desde los años treinta. Había sido cristero en El Ajusco. Después de "los arreglos" tuvo que huir del país para que no lo mataran; se fue a Estados Unidos, trabajó de lo que pudo y en Nueva York se graduó de ingeniero químico. Regresó a la ciudad de México, y entonces fue cuando mi abuela se fue para hacerle casa. Siempre quise mucho a mi tío José, pero no fue sino a principios de 1964, pocos meses antes de su muerte, cuando supe que había sido cristero. Me sorprendía que nunca se firmaba como José Gómez Bonales, sino José G. Bonales para disimular un poco su verdadera identidad como ex cristero. Mi tío se casó, pero no pudo tener hijos y pidió a mi papá llevarme a México para encargarse de ponerme en un buen colegio. Mi papá aceptó y yo también, pero resulta que él quería llevarme y adoptarme legalmente como hijo. Ahí la cosa terminó. Pero siempre lo quise y le guardo un gran cariño.

Memoria política

Vuelvo a mi abuela y a su casa en el centro de México. Cuando íbamos a visitarla mi papá me llevaba a la catedral; me explicaba los altares, la tumba de Iturbide que está en catedral, me explicaba lo que era el churrigueresco y el barroco, el Altar de los Reyes y el "Cristo del Veneno". Me hizo apreciar el arte colonial. En Palacio Nacional acababa de pintar sus murales Diego Rivera y recuerdo que los

murales, obviamente, con su visión opuesta a la de Rivera y eso a mí me hizo ver desde niño que la historia tiene versiones distintas. Los murales de Diego Rivera nunca me gustaron, se me hacían figuras como traumadas, de gente enojada, a la fecha no me gustan.

A Diego después lo aprecié mucho como pintor en una exposición que le vi hacia 1972 con su obra de caballete, pero a la fecha es el muralista que menos me gusta como los monumentos del centro. Me llevó también al panteón de la Villa que está en el cerrito. Nunca olvidé la tumba de Luis Segura Vilchis, quien fue el que quiso matar a Obregón en el año 1927, en su lápida dice: "Luisito".

Hace unos ocho años con la doctora Lilia Oliver y Águeda Jiménez estábamos yendo a las juntas del CENEVAL en México, y un día la doctora Lilia me pidió que fuéramos a la Villa y las llevé al panteón que ahora es museo; no dejan entrar, yo recordaba a Luis Segura y le dije al guardia: "oiga, ahí está un tío mío sepultado, mi tío abuelo Luis Segura Vilchis está ahí entrando a la derecha; y eso valió para que nos dejaran entrar. Con Lilia y con Águeda volví a visitar el panteón, y por cierto está ahí Delfina Ortega, la esposa de Porfirio Díaz; está Santa Anna.

Mi papá me contó la historia de otros muertos, pero ya no recuerdo con precisión. Como sea, sin esfuerzo mi papá me fue inculcando el gusto por la historia, en cuanto a monumentos, en cuanto a personas. En Guadalajara también me llevó de niño a Palacio de Gobierno a que viera los murales de José Clemente Orozco: "aquí hay pinturas de un señor de Zapotlán al que le falta un brazo", así que también me dio su versión sobre los murales de Orozco que sí me gustaron. Habló de sus versiones anticomunistas sobre los murales de Rivera y Orozco; debo decir que mi papá odiaba a los comunistas y a los gringos, un perro de la casa era el Trotsky y otro era el Roosevelt.

Mi abuela murió el 21 de octubre de 1941. Fue la primera persona muerta que vi en mi vida. Me refiero a haberla visto de cerca, porque en el rancho ver muertos, de lejos, era frecuente: "llevan a enterar a don fulano al que mataron ayer". Recuerdo especialmente una tarde en que vi que salía toda una procesión del templo; llevaban sobre una parihuela a un muerto con su calzón y camisa blanca inmaculada, su ceñidor rojo y totalmente rodeado de flores. Me acerqué lo más que pude, pero no le vi la cara: "Debe ser algún agrarista", me comentó

mi mamá. Más de una vez me acerqué curioso a alguna casa donde velaban a algún balaceado.

En mi mundo infantil eso de las balaceras y de las armas de fuego era algo cotidiano. En más de una ocasión en que mi papá invitaba a comer a sus amigos, al terminar de comer mi mamá retiraba el mantel y traía algunas toallas que ponía sobre la mesa, los señores sacaban sus pistolas, a las escuadras les quitaban los cargadores y a los revólveres les quitaban las balas, luego, por las dudas, disparaban hacia el techo. Mi papá me enseñó que siempre que yo tomara un arma la apuntara hacia abajo. Aprendí a poner y quitar cargadores y seguros. Los niños distinguíamos por el ruido el disparo de una pistola y de un rifle; y mi papá, cada mes que íbamos de día de campo al "Ojo de Agua" ponía a las mujeres a practicar tiro al blanco, era algo esencial.

Cuando en 1990 murió mi mamá, tenía en el cajón de su buró sus medicinas, su rosario bendecido por el Papa y… su pistola. Pero, ya me desvié con lo de los muertos. Decía que mi abuelita paterna fue la primera persona muerta que recuerdo haber visto. Mi tío José no lo acababa de creer, le colocó un espejo debajo de la nariz para ver si en algo lo empañaba; mi papá le cerró los ojos. Llegaron las vecinas y la vistieron toda de negro, le pusieron un algodón entre los labios y con un paliacate le sostuvieron la mandíbula. No hubo velorio, por la tarde llegaron los de Gayosso, lo recuerdo muy bien, para llevarla a sepultar al Cementerio Español.

Como vivíamos en un tercer piso, tengo muy muy presente la imagen del ataúd negro que bajaban por las escaleras, haciendo malabares los cargadores para poderlo llevar en un espacio estrecho. Me quedé en la casa con una vecina que me acompañó. Cuando mi tío José y mi papá regresaron, me trajeron unos merengues y un Atlas Histórico a colores. Creo que ahí se me despertó la curiosidad por la geografía. Mi papá me introdujo en la geografía y también en la historia. Mi mamá, a su vez, me tenía un altero de recortes de revistas con muchas noticias, por ejemplo, el hundimiento del Titanic, la tumba de Tutankamón en Egipto; desde niño me hicieron que me interesara por la historia.

Vuelta al Colegio Unión

Vuelvo ahora a mis años en el Colegio Unión. La primaria fue muy bonita, la clase de historia la gozaba inmensamente y la esperaba con ansias. En quinto de primaria (1943-1944), mi maestro fue el señor Alfonso Madrid, jesuita joven, enojón, pero excelente maestro. Estaba de moda la canción "La feria de las flores" y nos resumió la historia de Roma, desde Rómulo hasta César con la música de la canción de moda. Después de setenta años, aún recuerdo algunas frases sueltas de la canción.

Teníamos de texto de historia el libro de Thomas B. Lawler; hojas muy blancas, pastas azul turquesa, con muy bonitos dibujos sobre Egipto, el Imperio Romano, las catedrales góticas, el Feudalismo y las Cruzadas, el descubrimiento de América hasta el presente. Libro que yo leía y volvía a leer y eso hizo que me gustara mucho más la historia, como un cuentito. Carlo Magno fue para mí una figura muy apasionante; en 1970 ya para regresarme de París a México estuve en la tumba de Carlo Magno y fue para mí una emoción muy grande, la tumba está en Aachen, cerca de Colonia. Yo gocé mucho la primaria y de mis compañeros, sigo viendo a dos de ellos a Manuel Castañeda y Manuel Baeza.

Los sábados jugábamos futbol en el club Atlas. Nos íbamos del colegio que estaba en Madero y Camarena caminando a Prisciliano Sánchez y Maestranza, ahí estaba la terminal de los tranvías. En el Atlas jugábamos toda la mañana; después a la alberca... después a comer y… de nuevo a jugar toda la tarde. Aprendí a jugar futbol y a nadar en el Atlas. Cuando regresé a Guadalajara en 1970 algunos de mis mejores amigos como los De Obeso Martínez y Manuel Fajuri, con su odio al Guadalajara me hicieron odiar al Atlas, me pasa lo mismo que con Marx y Benito Juárez. Nada tengo contra ellos, pero…. los marxistas y los juaristas son como muchos atlistas, pero algunos de mis amigos muy queridos le van a ese equipo.

Por cierto hará unos dos años, dos de mis mejores amigos, Don Julio García Briseño y Don Salvador Ibarra, me invitaron a la presentación del libro sobre la historia del Atlas. Con distinción que agradezco. Me sentaron entre los invitados distinguidos. Al terminar la ceremonia, muchachos y muchachas jóvenes se dedicaron a pedir autógrafos de antiguos jugadores; llegaron conmigo: "señor,

¿Usted jugó en el Atlas?". "Bueno, yo jugué en el Atlas de El Paradero". "Entonces, denos su autógrafo" y firmé no sé cuántas veces.

Regreso al Colegio Unión, en quinto de primaria, si mis cálculos no me fallan, después de las vacaciones de Semana Santa y Pascua de 1944 nos cambiamos de edificio a Madero y Prado; era un colegio maravilloso con un patio inmenso, jugábamos fútbol ahí, teníamos un zoológico: había guacamayas, pavos reales y cada grupo tenía un terrenito para cultivar flores, era una belleza el colegio.

Después leí las memorias del colegio, yo estaba en quinto de primaria, cuando estaba Manuel Clouthier en cuarto. Guadalajara era mucho más pequeña, por supuesto, y los colegios masculinos de mayor importancia eran el Instituto de Ciencias y el Cervantes; comenzaba el Anáhuac y ya. De mujeres estaba el Nueva Galicia, el Aquiles Serdán, el del Sagrado Corazón, actual colegio Guadalajara; eran los popis, no había más. Venía mucha gente de todo el norte, Sinaloa, que está más cerca con Jalisco.

Al año siguiente, ya en sexto, un día en clase se cayó una parte del techo; era una casa vieja, no pasó nada, y comenzaron a construir el nuevo colegio y 6º B se pasó al nuevo edificio en la esquina de Prisciliano Sánchez y Prado. El maestro era un jesuita joven llamado Maurilio Montemayor, después tuvimos a un maestro de apellido Curiel, a la fecha mis amigos se acuerdan de él y pobrecillo nunca lo quisimos, me da vergüenza decirlo. El señor Montemayor era muy amable, muchachero.

En sexto año yo reprobé inglés por supuesto, caligrafía y dibujo, en geografía y español 9 e historia 10. Fue muy triste haber reprobado, yo no quise decirle que había reprobado a mi papá; pasó julio, agosto. El director era el padre Indalecio Dávila, quien era durísimo, el último día de clases, a fines de junio, cuando estábamos formados en el patio para entrar a clases nos dijo: "quiero decirles que no los volveré a ver porque desde el próximo mes el superior me envía a León de los Aldama", y… todos comenzamos a brincar de gusto, aventar las mochilas al aire. Muchos años después, hacia 1959, cuando yo era profesor en Puente Grande recibimos su cuerpo para sepultarlo y me acordé de cuando nos habíamos alegrado porque no lo volveríamos a ver, y me dio cierto remordimiento muy tardío.

Vuelvo a mis materias reprobadas en sexto. Tuve la suerte de que al irse el padre Dávila llegó el padre Toño Romo, a quien yo no conocía. A fines de agosto se habían terminado los días de la matrícula y fui con él; le supliqué, le lloré y logré que me diera el certificado de sexto año. Con mi mamá fui al Instituto de Ciencias. Como se había pasado la fecha para la inscripción le cobraban a mi mamá más un recargo y mi mamá no pudo reprimir las lágrimas. Verla llorar a causa de mi flojera me dolió mucho y nunca lo he olvidado, me cambió la vida. Recuerdo muy bien que mi mamá, haciendo sacrificios al máximo, me llevó a las Fábricas de Francia a comprarme un traje, gris con rayitas blancas.

Entré a la secundaria en el edificio que estaba en Tolsa 274, entre Prisciliano Sánchez y Miguel Blanco. Fue medio año muy bonito, estaba en primero A; había A, B y C. El rector, el padre Manuel Figueroa, dijo que iba a haber un cuarto grupo, pero en el edificio de la primaria, el nuevo Unión y pidió voluntarios. Varios pensamos que, si nos apuntábamos, de ser los más chicos, "los mamones", seríamos lo mayores. Pasamos al edificio del Unión; fue un medio año de lo más feliz que recuerdo. Estuve con Hugo Gutiérrez Vega, Manuel Castañeda, Manuel Baeza. Otros de mis mejores amigos fueron Jorge Elizondo Díaz, Adolfo Iturbide Camarena. El medio año de primero de secundaria fue muy bonito, nada más que me tuve que ir a México a la secundaria.

Guadalajara

Algo de lo que más recuerdo de mis años en Guadalajara es el tiempo de aguas. Los viejos decían: "en Guadalajara comienzan las aguas el día de San Antoñito, 13 de junio, llueva o no llueva". Por eso, desde los siglos coloniales la Virgen de Zapopan llegaba a Guadalajara el 13 de junio y la "llevaban" de regreso el 4 de octubre, día de San Francisco de Asís. En 1942, el arzobispo José Garibi Rivera, en plenos festejos del cuarto centenario de la fundación de Guadalajara, tuvo la buena idea de que "la llevada" de la Virgen se moviera del 4 de octubre al 12 que por ser día de la raza, día de asueto, facilitara que hubiera más gente y esa costumbre continúa. En el colegio oí una historia interesante sobre el 13 de junio; en 1823 se firmó el acuerdo o decreto por el cual la provincia de Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, se convirtió en el Estado Libre y Soberano de

Xalisco en el momento en que la imagen de la Virgen entraba en Guadalajara; se le nombró Generala de Jalisco.

En la Guadalajara de mi infancia y adolescencia, las lluvias convertían las calles en arroyos y cuando la tormenta amainaba, hacíamos barquitos de papel que escoltábamos en la corriente hasta que, humedecidos por el agua, naufragaban sin remedio. Luego con piedras y tablas hacíamos "puentes" para que pasara la gente grande, les dábamos la mano para que pasaran, porque los niños estábamos metidos en la corriente. Cobrábamos la pasada a cinco centavos. También nos divertíamos mojándonos unos a otros. No había basura en la corriente, ni vidrios ni otros objetos peligrosos.

En todo el territorio lo de "más allá de la Calzada", es decir, en la totalidad del sector Libertad y del Reforma, o sea en media Guadalajara, solo estaban empedradas las calles de Obregón, República, Belisario Domínguez y Medrano, además de la calle 34. Las calles estaban sin pavimentar y se prestaban a que jugáramos tranquilamente. En no pocos barrios para jugar futbol sobre la tierra teníamos "pelotas" que las mamás nos hacían con calcetines viejos. Recuerdo que se alquilaban bicicletas por dos centavos la media hora. Llegaba uno al lugar donde se alquilaban y, sin ninguna identificación, prestaban la bicicleta: nadie las robaba y religiosamente la regresábamos a "la media hora" que uno calculaba a la buena de Dios, porque no teníamos reloj.

Tapatíos del mero centro

Periódico *Público* / Sección: El tema, Análisis / Domingo 18 de abril de 199 / página 06

Mi mamá era tapatía del merito centro; pasó su infancia en el Palacio de Justicia. Mi abuelo era empleado de confianza en la Escuela Normal del Estado que estaba en el edificio que edificaron religiosos en tiempos virreinales y que Benito Juárez se carranceó en tiempos de la Reforma. Luego mi abuelo se mudó a un departamento de una multifamiliar, que en esos tiempos se llamaban vecindades, contiguo al templo de Santa María de Gracia y donde mi madre, años antes, era catequista.

En el año de 1915 en que mi madre cumpliría siete años, la niña veía horrorizada a los villistas que los odiados carrancistas de Álvaro Obregón ahorcaban frente al Degollado. Desde mi más remota infancia, mis padres me hicieron gozar "el centro" con sus portales señoriales donde las dulcerías, neverías y taquerías deleitaban mi paladar de niño guzgo y amante de la buena vida. Mi papá me enseñó el reloj de Palacio de Gobierno y me hizo notar que la gente de Julián Medina nos había dejado ese recuerdo: "Que los tapatíos no olviden la hora en que les arrebatamos Guadalajara a los carrancistas".

En los días de calor me hacía saborear un buen vaso de tejuino o de tepache. En la catedral me mostraba orgulloso la tumba de don Francisco Orozco y Jiménez: "fíjate en el monumento: un León herido por un dardo. Así fue el Arzobispo: invencible y valiente". El santuario de Guadalupe era para mi padre una parte del centro; la visita a la Virgen y los infalibles buñuelos a la salida. Mi padrino Pepe trabajaba en las Fábricas de Francia, donde un viejito francés, bien trajeado, muy amable, me buscaba zapatos de futbol a mi medida y me inició en mi afición al Guadalajara.

Mi tío Cuco trabajaba en el Nuevo Mundo, y cuando yo no traía los diez centavos para el camión, mi tío me los daba en el edificio de Corona y Pedro Moreno. En esa esquina me explicó mi papá el origen de la palabra "cuico": "Fíjate en el letrero de arriba: *in vanum laborat qui custodi eam* (en vano trabaja el que la custodia). Siempre había ahí un policía: abajo del quicus; que le quedó el quico o cuico". Las serenatas de la Banda del Estado en la Plaza de Armas me encantaban. La música y la cena obligada en un puesto del portal de Hidalgo; tacos al vapor, rematados por la nieve con los Nicolases frente a la plaza Universidad. Semanas antes de su muerte, mi mamá me dijo: "Llévame a la serenata del quiosco". Después quiero una nieve. La objeté a mi mamá, medio gripienta, que le haría mal algo frío: "tú, cómpramela: yo la caliento en la boca". Con mis papás no se podía: siempre tenían razón, eran muy tapatíos del centro.

La Catedral que recuerdo
Periódico *Público* / Sección: El tema: Análisis

Debió ser en junio de 1940, porque andaría yo por los siete años, cuando conocí la Catedral. Era un Jueves de Corpus; mi papá con su traje dominguero, igual que ellos. Los ropajes de los canónigos y del arzobispo, el olor del incienso, los cantos de hombres y mujeres; el repique de las campanas, la majestad de toda la ceremonia me dejaron admirado; había gente mayor, jóvenes y muchos niños. Me encantó la procesión. En otra ocasión, me llevó a visitar la Catedral con calma; me contó la historia de cada santo, las vidas de los primeros obispos y aún recuerdo los nombres de Gómez Mendiola y de Garabito.

Nos pasamos un buen rato en una de las capillas del lado derecho, en la tumba de don Francisco Orozco y Jiménez, cuya vida también me contó: "fíjate, hijo, en el monumento; es un León herido por el dardo de un cazador; ninguno de su misma categoría lo pudo vencer; fue un arzobispo invencible por el gobierno. Fue un león muy valiente, un hombre que nunca se rindió". Me llevó a una tumba de una mártir cristiana de hacía muchos siglos; me contó historias de heroísmo y de la libertad. Me enseñó unos cuadros en la sacristía de señores muy serios de barba y con anteojos muy chistosos. Señores con grandes capas y libros viejos sobre escritorios muy garigoleados.

Volví después muchas veces. Atrás, sobre la calle del Liceo, había, y hay, unas ventanas con rejas casi pegadas al piso. Según mi papá, mi abuelo decía que por ahí se oía correr el río Jordán. Cada visita a Catedral culminaba en los puestos de los portales: tacos al vapor con riquísimas salsas y aguas frescas y, en días especiales, la muy sabrosa nieve de Los Nicolases frente a la plaza de la Universidad.

Años después nos vinimos del rancho a vivir en Guadalajara y los viernes primeros nos llevaban del colegio a la Catedral a la misa de ocho. Cuando se alargaba, me entretenía leyendo letreros muy curiosos: *Dominus temporum… propter homines… saecula saeculorum* y otras frases, cuya traducción pedía a mis profesores del Instituto de Ciencias. Ya para entonces, 1943 y 1945, además de las ceremonias del Jueves de Corpus me gustaba ir a la bendición de las palmas el Domingo de Ramos y, como mi papá y mis hermanas mayores, a la misa

de medianoche el 31 de diciembre. A diferencia de los niños tapatíos de ahora que ni siquiera conocen la Catedral para mí formó parte importante y muy regocijada de mis años de niño.

De la Guadalajara tapatía

Periódico *Público* / Sección: Opinión / Viernes 24 de noviembre de 2000 / página 18

El conglomerado que es ahora Guadalajara hace mucho que le quitó lo tapatío a nuestra perla. Esto ocurrió a mediados de los años cincuenta, cuando nació el niño un millón, aunque el festejo por ese acontecimiento fue algo muy auténticamente tapatío. De esa Guadalajara tapatía era esencial el hecho de que la ciudad se formaba por barrios y los últimos en crearse fueron Santa Tere en el Poniente y San Felipe de Jesús en el Oriente. En ambos casos fue determinante el templo parroquial; a su alrededor o bajo su cobijo se fue creando el barrio.

En el caso de Santa Tere el gran animador fue el padre Román Romo, y en San Felipe de Jesús fue el padre Rafael Meza Ledesma, con cuyo nombre se bautiza el jardín que está en la confluencia de las calles Gigantes y la 34 del sector Reforma. Es único el jardín en muchísimas manzanas a la redonda. Mañana, el presidente municipal pondrá ahí mismo la primera piedra del monumento del mencionado Padre Meza. Un monumento y un jardín en su memoria es lo mínimo que se puede hacer para recordar al creador de ese barrio; en aquellos años, de finales de los años treinta, la parroquia de San Felipe de Jesús abarcaba desde Belisario Domínguez hasta el pueblo de San Andrés y desde la actual calzada Revolución hasta la barranca de Huentitán.

Recuerdo un día de 1939 cuando mi mamá nos dijo: “Como regresamos al rancho, iremos por la mañana a pedirle la bendición al señor cura Meza”. Debió ser una mañana fría, porque el señor cura traía una gran capa azul oscuro de lana gruesa. Me acarició y me obsequió algunos caramelos. Años después, a finales de 1943, nos vinimos a Guadalajara buscando escuelas. Esos años en el barrio resultan memorables; los juegos de fútbol en las calles enzacatadas y todavía sin empedrar; solo había veredas que se iban haciendo con el pasar de la gente y “canchitas” del fútbol en las que jugábamos cuatro contra cuatro, o simples

espacios en el piso de tierra donde bastaban dos personas para jugar "penales" con pelotas que las mamás hacían ingeniosamente con calcetines y medias de desecho. Todos nos conocíamos en la cuadra, sabíamos los nombres de todos. Por diez centavos, alquilábamos la bicicleta por una hora sin necesidad de dejar identificación o un depósito, todos confiábamos en todos.

El señor cura Meza merece una buena biografía; fue construyendo el templo; fundó varias escuelas y una academia para muchachas donde aprendían corte de ropa, cocina, cultura de belleza, confección de flores artificiales y no sé qué más hasta un total de diez diferentes oficios. Muchas mujeres en Guadalajara y en Estados Unidos de América reconocen agradecidas que se ganan decorosamente la vida con el oficio que aprendieron en la Academia de Santa María de Guadalupe.

Don Rafael Meza conservaba la organización cristera y de la Unión Popular de Anacleto González Flores de los jefes de manzana que tenían un completísimo censo de la gente, repartían semanalmente la hojita parroquial y el Boletín "Mi parroquia", además del periódico infantil "El amiguito" que, debo confesarlo, me gustaba mucho. Se repartían suscripciones de la Buena Prensa, todo el mundo en la parroquia leía bastante sobre temas religiosos y cívicos. En el barrio había bastante conciencia de que se debía acudir a las urnas electorales.

Don Rafael animaba a toda la gente a estudiar. El piano de su casa sonaba todo el día con las aburridas lecciones que practicaban las muchachas pobres de la Escuela de Música que ahí cumplían sus diarias lecciones. Becaba a muchachas en escuelas normales particulares para que luego fueran maestras en las escuelas de la parroquia. Recuerdo cuando me fui a México a la secundaria, insistió en que pasara a despedirme de él y me obsequió una enorme bolsa de chocolates, comprados en El Grumete, una tienda en Juárez y 16 de Septiembre, y me dio un billete nuevecito de 20 pesos.

Cada vez que regresaba de vacaciones iba a visitarlo y ayudarle. Creo que mi afición de toda la vida por libros y bibliotecas se la debo a él; al regresar de México en las vacaciones mayores de 1946 me pidió que hiciera el inventario de una biblioteca que acababan de regalarle. Resultó raro, pero a mis trece años descubrí yo mismo el gusto por los libros, por las ediciones antiguas, por las encuadernaciones artísticas, por los grabados y por las láminas. Mis alergias y asmas que aún me acompañan son el precio de una vida pasada en bibliotecas,

nunca he usado guantes ni tapabocas y ya estoy afectado y al mismo tiempo inmunizado del polvo de bibliotecas. Afición que sigo gozando y cuyo precio pago con mucho gusto. Mi maravillosa y feliz vocación de ratón de biblioteca se la debo en buena parte a don Rafael, cuya figura inspiró también mi deseo de ser sacerdote, yo lo acompañaba a visitar enfermos. Me sorprendía ver cómo dejaba consoladas a las familias en aquel barrio de casas de adobe, pisos de tierra y donde con frecuencia la gente dormía en petates. A mis ojos de niño era impresionante ver cómo los enfermos y sus familias quedaban animados con las visitas de don Rafael.

Mucho me queda por comentar de ese párroco constructor de un barrio y de su gente que ahora lo recordamos; es un claro ejemplo de que los muertos siguen vivos en el corazón de quienes los amaron y que la presencia física no es siempre la más importante. En este caso, la presencia espiritual y moral de don Rafael sigue fuerte y, para acentuarla, nos reuniremos mañana para poner la primera piedra de su monumento; aunque el principal monumento es el que muchos le hemos levantado en la parte más agradecida de nuestro corazón, forjado en las calles enzacatadas del barrio de San Felipe de Jesús.

Don Rafael

Periódico *Siglo 21* / Sección: País, Opinión / 24 de mayo de 1997 / página 24

En la Guadalajara tapatía fue probablemente el último de sus barrios, aunque sin el abolengo o la antigüedad del Santuario, la Capilla de Jesús, San Antonio, la Concha, Analco, Mezquitán y Mexicalzingo. A fines de los años treinta "más allá de la calzada", es decir, al oriente no tenían pavimento como en los sectores catrines Hidalgo y Juárez; por allá, en los sectores Libertad y Reforma, las calles empedradas terminaban en Belisario Domínguez y su continuación con la Calzada del Ejército de norte a sur; y la avenida Álvaro Obregón de oriente a poniente que comunicaba Guadalajara con San Andrés y Tlaquepaque, aunque, por el rumbo de Analco creo que también tenía empedrado la calle de Catalán. El resto eran calles de tierra.

Recuerdo muy bien la calle Gigantes de zacatales y bordos con algunos caminos que encantaba a los chamacos amantes de andar en bicicleta. Era una zona

de gente que iba llegando del interior del estado a Guadalajara en busca de trabajo o de escuela como fue el caso de mi familia. Era una de zapateros, carpinteros y otros artesanos muy especialmente los joyeros; por eso en muy buena parte del campo deportivo del barrio era el Club Oro. Me estoy refiriendo al barrio de San Felipe de Jesús.

"Tata" Meza

Debió ser en 1939 o 1940 en que mi mamá nos dijo: "mañana regresamos a Zapotiltic: hay que madrugar y, antes de tomar el tren, ir a misa y pedirle la bendición al señor cura Meza Ledesma". Vi a un hombre joven, alto, al menos para mi visión de niño, sonriente y muy amable que me preguntó mi nombre. La capilla de San Felipe era lo que ahora es el pequeño atrio del templo. Después, nos vinimos a vivir a Guadalajara y me tocó ver toda la construcción del templo parroquial. Era una parroquia ejemplar: diversas asociaciones de artesanos que organizaban sus cursos de estudios y otra para niñas; infinidad de agrupaciones piadosas, culturales y religiosas; equipos de futbol, básquet, ciclismo y atletismo para niños y jóvenes; las muchachas tenían equipos de voleibol; coro polifónico y caja de ahorros.

La Academia con artes y oficios y carreras semiprofesionales para muchachas: secretariado, economía doméstica, corte de ropa, decoración, cocina y repostería, cultura de belleza y pintura. Muchas señoras actualmente en Guadalajara, en Jalisco y en varias regiones de Estados Unidos, se ganan la vida con lo que ahí aprendieron en la Academia de Santa María de Guadalupe del "Tata" Meza. Había estudiantinas y rondallas, grupos de teatro y de oratoria, biblioteca. Conservaba la organización cristiana de jefes de manzana para dar avisos y consignas, distribuir publicaciones, colectar limosnas, llevar al día el censo parroquial y la lista de enfermos, de nacimientos y defunciones.

Era muy ingenioso en obtener dinero para la construcción del templo; en un barrio de obreros y artesanos pobres repartía un pollito a cada familia con la obligación moral, después de unos meses, de devolverlo como un pollo ya crecido que se vendería en el mercado. Cada familia tenía un marranito de barro de Tlaquepaque que iba llenando con morralla; cada año se pagaban así los festejos del novenario de San Felipe de Jesús con fiestas pueblerinas de música, fuegos

artificiales y eventos religiosos, culturales y deportivos. Era un templo muy popular; con frecuencia los chamacos saludábamos ahí a jugadores del Oro y del Guadalajara, que, allá a mediados de los cuarenta, comenzaban a llamarse "Chivas". Los argentinos y ticos del Atlas, "las márgaras", andaban por otros rumbos.

Fue una parroquia que compartía mucho de la mística y empuje del señor don Francisco Orozco y Jiménez, el obispo indomable y querido de los tapatíos, que sin enfrentarse a la autoridad civil lograba que, en buena medida, se gobernara soslayando la labor de la Iglesia, a pesar de las leyes que hubiera. Era al mismo tiempo una parroquia al estilo Garibi Rivera: de un mundo oficialmente jacobino y anticlerical, pero que en la práctica mimaba a la Iglesia. El "Tata" Meza consiguió oficinas de correos a espaldas del templo, y después un mercado municipal. Antes había alentado la construcción del sanatorio Pedro Loza, a media cuadra del templo.

Don Rafael Meza Ledesma era una mezcla de los pueblerinos padre Othón y padre Federico del pueblo en Vilo de Luis González, y del don Camilo de Giovanni Guareschi; era el alma del barrio. Todas las mañanas salía a repartir la comunión a los enfermos; conservo un recuerdo imborrable del padre Meza que entraba a las casas con piso de tierra a visitar enfermos recostado sobre petates, en cuartos que tenían también petates como puertas. Nunca he olvidado la mirada de aquella gente que, al despedirnos, quedaba reconfortada por la visita de don Rafael; han sido para mí, durante toda mi vida, de las imágenes que más me gusta recordar.

Un inspirador

Don Rafael fue de los muchachos que, durante la guerra cristera trataron de estudiar teología en la barranca, corriendo continuamente para esconderse de las tropas callistas de Amaro. Tiempos de una Iglesia perseguida sanguinariamente por el poder civil, sobre todo el federal. Don Rafael, ya sacerdote, fue una inspiración tratar de ser como él; confortar a la gente. Son decenas de sacerdotes cuya vocación nació en la parroquia de San Felipe de Jesús; y cientos de muchachas que en ese ambiente eligieron la vida religiosa. Don Rafael a todos ayudaba; el piano de su casa todo el día estaba sonando; muchachos y muchachas pobres de la escuela de música iban ahí cada día practicar sus lecciones. Tenía mil formas

de apoyar a la gente joven que deseaba estudiar. Sostuvo un dispensario médico muy eficiente. Años después, la parroquia se dio el lujo de tener un asilo para ancianos que a la fecha continúa muy sólidamente establecido con magníficos servicios.

En 1973, don Rafael pasó a ser párroco de El Sagrario, la parroquia de Catedral. Falleció el 27 de diciembre de 1987. Hoy, sábado 24 de mayo, sus restos serán depositados en la Capilla de Cristo Rey del templo de San Felipe de Jesús con grandes y muy merecidos festejos. Es de los jaliscienses ilustres que por lo menos merecía una calle con su nombre. No tiene ni en la ciudad ni en el barrio ningún monumento, pero sigue vivo y activo inspirando a miles de tapatías y tapatíos que recibimos de él ánimos e ideales de vida.

La secundaria en México

Cuando terminé la primaria, en junio del 45, mi papá estaba pobrísimo. El padre Escalante, confesor de mi abuelita en México, tenía un internado de muchachos que estudiaban en el Instituto Bachilleratos que se convertiría en el Instituto Patria. Era una especie de pre-seminario de los jesuitas. Entre 1941 y 1944 mi papá le enviaba al padre Escalante una pequeña ayuda. Cuando la situación cambió, en el 45, el padre le dijo a mi papá: "Usted me estuvo ayudando, ahora yo le voy a ayudar a usted; envíeme a Jesús a México y yo me encargo de él".

Mi papá aceptó y me llevó a México a fines de enero para el curso que comenzaba en febrero, terminando en noviembre. El internado estaba en Tacubaya, en Gaviota 21. Al llegar yo al internado, por la tarde, estaban jugando futbol y rápidamente me puse mi uniforme que usaba en Guadalajara; la camiseta rojiblanca del Guadalajara, que aún no les decían "Chivas". Al llegar al campo, un muchacho gritó: "miren, un nuevo y es de Guadalajara". Acto seguido tomó el balón, de cuero y con todas sus fuerzas me lo estrelló en los testículos. Casi me desmayo, pero comprendí que tenía que sacar fuerzas como fuera; como pude me mantuve en pie y con mucho esfuerzo, jadeante, le dije: "los de Guadalajara aguantamos". Nunca olvidé su nombre: Nicolás Lafarga Corona.

Asistíamos a clase al Instituto Bachilleratos que estaba en la calle de Gelati 29, en Tacubaya. Hacia 1900 los jesuitas después de más de un siglo de su expulsión por el Rey Carlos III y del cierre de sus colegios abrieron el Colegio de San

Francisco de Borja, oficialmente el Instituto Científico y Literario, pero al que todo mundo conocía como el Colegio de Mascarones, porque estaba en un bello edificio de la colonia Santa María de la Ribera y donde después, hacia 1940, estuvo la Facultad de Letras de la UNAM.

El edificio de cantera tenía unos muy bellos mascarones en la fachada y a lo largo de todo el frente: de ahí su nombre Mascarones. En 1914 los carrancistas se lo carrancearon y los jesuitas tuvieron que salir del país. Creo que se reabrió el colegio hacia 1930, con el nombre de Instituto Bachilleratos. El edificio de la calle de Gelati era una casa porfiriana muy bonita, no apta para colegios, con muchos recovecos para esconderse. Los alumnos eran clase media y alta, también de familias acomodadas y de ricos venidos a menos de la era porfiriana. Todos educados y amables, aun los ricos venidos a menos.

Mis compañeros eran en su mayoría gente de educación muy refinada, pero sencillos, digamos que el Manual de Urbanidad de Carreño estaría ahí en su apogeo. Éramos en primero de secundaria como 60 en el salón, de mis compañeros guardo muy buenos recuerdos, pienso que nadie era mala persona o cruel con uno, eran muy buenos todos. El primer año me fue más o menos bien en calificaciones, el segundo año no sé por qué razón flojeé; no reprobé el año, pero fue bastante flojo. Nunca me gustó el Algebra, siempre fui reacio a las matemáticas.

Recuerdo a muchos de mis maestros. En segundo había un maestro, el señor Correro, que nos daba solfeo y canto, lo hacíamos ver su suerte. Éramos muy crueles con él y tenía un hijo en la primaria, robusto en una forma un tanto ya enferma, y años después se convirtió en un organista famoso. El maestro Correro era muy buena persona, muy humano, religioso y a mí me daba lástima ver cómo lo hacíamos al pobre.

Había otro maestro, nos daba zoología, no recuerdo su nombre, "el zoólogo" le decíamos. Y un día le reclamé que había sacado 8, había notas mensuales dijo: "¿8 usted señor Fernández? No, está reprobado, se porta muy mal en clase, da mucha guerra"; y tenía un compañero Fernández, hijo de un cineasta famoso y, pues a él no le importaba realmente la calificación, entonces le siguió la broma. Yo pasé inadvertido en cuanto a mi nombre y más de una vez "el zoólogo" me repitió: "señor Fernández, usted quedará reprobado".

Íbamos a deportes, a jugar fútbol los sábados, a un club cerca del hospital militar que estaba en construcción y quedaba obviamente muy lejos del colegio. Y los ricos del colegio, que sí había, iban al club hípico que suponía mucho tener un caballo, costaba mucho pagar al entrenador; los ricos tenían su club hípico.

El colegio para mí tenía un nivel académico menos que el del Instituto de Ciencias de Guadalajara. Algunos maestros, como el padre José Bravo Ugarte, jesuita, era aburridísimo en clase; era muy erudito. Había un maestro jesuita joven, Rodrigo Fernández del Valle, tapatío, me impresionó mucho y me marcó hasta cierto punto su ejemplo me influenció a ser jesuita. Nos daba en tercero de secundaria trigonometría, el primer día nos explicó la clase y yo no entendí absolutamente nada, el siguiente día llegó con una explicación fabulosa y yo pensé que ese hombre se pasó toda la noche estudiando para darnos su clase, pero una forma notablemente distinta y esto me llamó mucho la atención, como que se dedicó a estudiar para darnos la clase y me demostró con hechos lo que era ser jesuita. No se ordenó sacerdote. Estoy hablando de 1946-1947 y nunca lo volví a ver, y hará unos 10 o 15 años aquí en Guadalajara murió su mamá, no sé por qué un hermano de él me invitó a decir la misa de la mamá difunta, lo volví a ver y me dio mucha emoción, le dije: "usted fue mi maestro y soy jesuita en parte por usted porque me inspiró".

Otros maestros que recuerdo: el señor Bortoni que era jesuita. En lugar de clase nos leía puras novelas de Hugo West, pero muy buena persona. Fue una época feliz la del colegio. En tercero de secundaria yo iba decidido a ir al seminario, mi último día de clases me dio mucha emoción, era mi último día de colegial. Antiguamente, los jesuitas tenían gente joven de maestros, jóvenes jesuitas de mucha cercanía, mucha confianza y es lo que a muchos nos incitó a ser jesuitas; uno de adolescente admiraba a sus maestros, para mí eran muy sabios y jóvenes agradables normalísimos, simpáticos, fue decisiva esa influencia, ese deseo de ser como ellos, gente joven realizada, contenta, era una propaganda maravillosa; el curso se terminó en noviembre, en enero entramos al seminario cinco y después otros cinco, de esos 10 han muerto ya tres, casi todos seguimos de jesuitas.

Los maestros jesuitas eran muy pobres; todos tenían solo dos trajes que se iban alternando semana por semana. Otro jesuita que me impactó fue Emilio

Suárez Molina, yucateco, descendiente de la rancia sociedad de Mérida, creo que nieto de Olegario Molina, de la más alta alcurnia porfirista. Recién llegado él al colegio, en alguna ceremonia oficial, un niño de la primaria se desmayó y se le abrieron los esfínteres y dejó todo asquerosamente pestilente, y don Emilio Suárez, venciendo toda repugnancia, abrazó al chiquillo y lo llevó al baño para asearlo en lo posible. Me impactó la actitud generosa del joven jesuita. No fue mi maestro, pero los domingos iba yo con él a hacer labor social a un barrio pobre por el rumbo de la Calzada de San Antonio Abad, en el suroriente de México.

En una ocasión organizó unas primeras comuniones en la parroquia del barrio y lo acompañé a repartir ropa y despensas a esos niños y a sus familias. Me sentí molesto, porque la gente casi le arrebataba la ropa y nadie le dio las gracias: "Qué curioso –le dije– que nadie le agradeció, me parece muy mal". Y me respondió: "el Evangelio nos pide que hagamos el bien sin esperar recompensa, y hay que ayudar al que más lo necesita". Fue un ejemplo que me dejó una huella muy profunda: ver que los jesuitas, maestros sabios, como yo les tenía en mi visión de adolescente, fueran además gente preocupada por ayudar a los pobres.

Los sábados, después de jugar futbol, don Emilio nos preparaba una especie de michelada l*ight*; un enorme frasco aguafresquero con agua de limón, hielos y cerveza. Él también me hizo conocer monumentos de México que yo no había visto antes: el convento de Churubusco, la Bombilla donde mataron a Obregón; barrios antiguos como Mixcoac, San Ángel, Coyoacán, repetidas visitas al museo de historia de Chapultepec, el Desierto de los Leones.

Regreso al tema del colegio, del Instituto Bachilleratos. Diré que estaba en una casa porfiriana de los De Teresa; una casa señorial muy bonita, obviamente no construida para colegio; tenía tres patios, el de la entrada debió ser la parte principal de esa residencia afrancesada muy del gusto de "los científicos" de Porfirio Díaz con salones para recibir visitas y donde estaba la dirección del colegio. Algunos torreones muy bellos de cantera. Otro patio en cuyo alrededor había salones amplios que probablemente eran las recámaras familiares que servían para los salones de clase de la preparatoria.

Más adentro estaba otro patio en el que había árboles frondosos y un gran salón convertido en una sala de teatro con su escenario y más salones de clase. Al fondo, separado por una reja, otro gran espacio que, según voz común, había

servido de escondite de los famosos ladrones de la banda del automóvil gris de los años 1914-1915 de la invasión carrancista a la capital, y tema para una de las primeras películas de la cinematografía mexicana.

El alumnado era de clase media alta y de aristocracia porfiriana venida a menos, pero todos educados y respetuosos: no recuerdo ningún incidente desagradable en los tres años que estuve. Apellidos de relumbrón: Esteva, Solana, De Teresa, Gamboa, Casasús, Raygosa, Creel, Mier, Montes de Oca. Uno de los compañeros que más aprecié fue Ángel Lerdo de Tejada, sobrino bisnieto de Don Miguel, hermano de Don Sebastián, el solterón aburrido del que según José Fuentes Mares, "igual que Don Benito (Juárez), debió hacer el amor con la ley en la mano y con sencillez republicana".

Mis maestros casi todos fueron excelentes, uno de ellos nada menos que el ingeniero Joaquín Gallo, director del observatorio nacional y que nos daba Geografía. Carlos Alvear Acevedo, autor de diversos textos de Historia que se usaron por muchos años en las secundarias. En tercer año nos dio Literatura Española e Historia el Lic. Ubaldo Vargas, autor de libros y que nos tenía con la boca abierta cuando nos contaba las guerras de César y Aníbal; y en Literatura nos hizo admirar al Cid Campeador y a Lope de Vega.

Mi afición por la Historia se la debo en muy buena parte al Lic. Vargas. Años después, cuando estudiaba yo Historia en la Ibero, lo encontré, ya anciano, y tuve el gusto de decirle que pronto viajaría a París para estudiar Historia y que él me había inspirado. De los maestros jesuitas largo sería mi comentario: Rodrigo Fernández del Valle, Emilio Suárez, Carlos de la Torre Uribarren, antiguo cristero, de "la segunda" es decir de los años treinta. Salvador Bortoni, simpatiquísimo, pero mal maestro; en la clase, como ya indiqué, se dedicaba a leernos novelas de Hugo Wast. Nos leía un capítulo y al grupo siguiente les abreviaba lo que nos había leído a nosotros y leía el capítulo siguiente, de suerte que él seguía leyendo su novela.

Otro maestro fue Ramón Cepeda, hermano de un famoso Tomás Cepeda, marista, cuyos textos de Geografía se estudiaron durante varias generaciones. Al licenciado José Laguardia Villar, chaparrito, lo recuerdo mucho, muy buena persona, nos daba Civismo; después de más de setenta años recuerdo que nos explicó lo que eran las garantías individuales, el artículo 123, el derecho de

huelga, las juntas de Conciliación y Arbitraje. El Rector del Colegio era el padre Enrique Torroella, hijo de un cubano de los muy encumbrados del Estado Mayor Presidencial de Porfirio Díaz. Hacia 1924, en el Congreso Eucarístico Nacional se representó *El Divino Narciso* de Sor Juana Inés de la Cruz y Enrique Torroella fue *El Divino*, en muy buena medida porque era muy codiciado por las muchachas de la alta sociedad capitalina. Torroella después fue de los principales fundadores de la Universidad Iberoamericana. Sin embargo, yo siempre pensé que el Instituto de Ciencias era mejor que El Instituto Bachilleratos, que luego se convertiría en el famosísimo Instituto Patria.

En el Instituto Bachilleratos

Ángel era extremadamente blanco y muy pulcro. En cierta ocasión estuvo enfermo varios días y yo iba a su casa, en la calle Pomona, muy cerca de la Sagrada Familia, a explicarle las tareas y ponerlo al corriente. Era huérfano de padre y la mamá era increíblemente amable conmigo. Vivían modestamente, pero tenían cuadros y objetos que yo nunca había visto. Otro compañero, que después de muchos años, fue y murió jesuita, era Fernando Soto, emparentado con el "compadre" (de Porfirio Díaz) Manuel González, famoso entre otras cosas porque su mujer lo dejó.

Inesperadamente al llegar al primero de Secundaria me encontré con Cristián Ochoa Velasco, mi compañero en la primaria, en Guadalajara, en quinto y sexto año. Entró conmigo a la Compañía de Jesús; nos ordenamos juntos y fue quien promovió que me enviaran a París. Fue de los compañeros más queridos de mi grupo durante los largos años de formación en la Compañía y que, con gran sentimiento de todos, murió prematuramente. Manuel Esparza, futuro antropólogo, con quien a la fecha (febrero de 2018) mantengo correspondencia por correo electrónico.

Demetrio Sodi, homónimo de su abuelo, famosísimo porque fue el defensor de José de León Toral que le agujeró la cabeza al Caudillo, con mayúscula, Álvaro Obregón, el 17 de julio de 1928. Demetrio fue después uno de los grandes especialistas en la cultura maya y siempre se declaró "católico con la fe del carbonero" como me decía. Tuve también como compañero a Castro Mendizábal, creo que Alberto; excelente amigo y latosísimo como buen adolescente, a quien

todos los maestros le tenían miedo por sus ocurrencias. Una hija de él es ahora en Guadalajara la exitosa Marisa de las pastelerías. Resumo esos años en Bachilleratos, diré que fueron muy felices. Recuerdo mi última tarde en noviembre de 1948 en vísperas de entrar al noviciado jesuita. Esa tarde había muy poca actividad en el colegio y lo recorrí lentamente; cada patio, cada árbol me traían recuerdos amontonados de mi vida ahí: me dolió despedirme.

¿Por qué me hice jesuita?

Ya comenté que la figura sacerdotal del Señor Cura Meza Ledesma me había marcado. Además, la lectura de dos libros me habían emocionado: la vida de San Francisco Javier y la del padre Miguel Agustín Pro, jesuitas ambos. Sin embargo, creo que lo que me motivó a hacerme jesuita fue que en el Colegio Unión y en el de Bachilleratos tuve maestros jesuitas. Para un adolescente es muy fuerte la presencia de jóvenes alegres, realizados. Admiré a mis maestros, jóvenes realizados, cultos y amables con los que jugábamos futbol, íbamos de excursión, eran simpáticos y nos leían vidas de jesuitas, como los mártires de Inglaterra, los misioneros de Asia y del norte de México.

En la primaria, en el Colegio Unión, nos leían biografías de jesuitas mártires, de misioneros, de benefactores diversos. Todo eso me invitaba a ser jesuita; quería imitar a esos hombres que me inspiraban. Pedí que me admitieran. Cuatro examinadores me entrevistaron: el padre Mayer, provincial durante la persecución religiosa; el padre Maya, anciano que trabajaba en la parroquia de la Sagrada Familia; el padre Torroella, rector del colegio Bachilleratos y el padre Emigdio Fernández, quien era consejero espiritual en ese mismo colegio.

En aquellos tiempos, 1949, entraban al noviciado al terminar la secundaria. Mi papá estaba en aquella época económicamente muy mal, pasábamos épocas de hambre en la casa en Guadalajara, y yo le dije: “papá me quiero ir de jesuita”, y me dijo: “mira si tienes vocación es asunto tuyo y de tus curas”. Y le dije: “pero me dicen que no puedo entrar porque lo normal es que yo me quede en la casa a trabajar por la familia”; me dijo: “por mí no te detengas, haz lo que quieras, eres mi hijo mayor, pero si yo de viejito tengo que pedir limosna no importa, tú haz lo que quieras”.

Acabé la secundaria en noviembre de 1948. El 03 de enero del 49, en Guadalajara, mis papás me acompañaron a la estación y me despidieron. Yo pensé que nunca los iba a volver a ver, me fui llorando; es tal tu vocación, tu convicción, tu certeza, que dejé a mis padres con la idea de que no los volvería a ver. El 05 de enero llegué al colegio, Instituto Bachilleratos, que después sería el Instituto Patria, porque 10 ex alumnos entraríamos de jesuitas. Cuatro terminábamos la secundaria y seis la preparatoria. Se añadieron dos "viejitos" treintones; uno de Yucatán y otro de la alta aristocracia capitalina. Un autobús escolar del Instituto Patria nos trasladó a Santiago Tianguistenco, en el Estado de México, a la casa del noviciado.

Era una vieja construcción que había albergado un famoso molino de trigo; construcción de ladrillo y mucha madera. Estaba en el valle de Toluca con mucho frío durante el invierno. Éramos aproximadamente 60 novicios; el siguiente año, 1950, llegamos a ser 101. Fue la época en que entraron más jesuitas en México. Tristemente ahora han bajado mucho las vocaciones, la franja fuerte es la mía, o sea los setentones y ochentones; hay una decadencia en jóvenes.

El noviciado merecería que hubiéramos tenido a Fellini para que filmara; era algo surrealista, con herencias medievales como el uso de la "disciplina", un pequeño látigo de cordeles con algunos nudos encerados debía uno azotarse tres veces por semana antes de acostarse. Los lunes existía el "ejercicio de modestia": todos reunidos en bancas en un salón con el Padre Maestro presidiendo. Nombraba a alguien que en el centro se arrodillaba y por orden se iba uno poniendo de pie y decía algo del modo de proceder el arrodillado: "da bromas pesadas", "es presumido", "es muy tímido", "narra cuentos atrevidos"; "come con la boca abierta"… Luego el maestro resumía lo dicho y añadía algo de su cosecha. Una de las veces en que me tocó arrodillarme y escuchar lo que pensaban de mí, me fue mal porque casi nada me dijeron, pero el maestro me dijo: "el terminar lo espero para hablar con usted". Fui a verlo y me dijo: "casi nada le dijeron porque usted viene de una familia muy educada, pero eso no es de ningún mérito". Luego me puso una buena regañada.

A pesar de extravagancias y otras que no recuerdo, fue una época muy feliz. Una experiencia muy importante fueron los ejercicios espirituales de San Ignacio durante un mes. Era la parte central de la formación en la que uno se

adentraba en tratar de profundizar en la vida de Jesucristo y en su invitación a trabajar con Él para cooperar en su obra. En los dos años del noviciado se daba lo fundamental de la experiencia jesuítica; básicamente la vida de Jesucristo.

Se adentraba en el Evangelio, codo con codo, con JESUCRISTO en una experiencia de amistad personal muy profunda que nos marcó de por vida. Las meditaciones sobre El Rey Temporal y Rey Espiritual y "las dos banderas". Son una mezcla genial del cristianismo medieval y de la visión cristiana renacentista del siglo XVI; una fusión maravillosa del Evangelio, de la Ciudad de Dios de San Agustín y la experiencia espiritual del caballero valiente y profundamente amigo de Jesús que fue Ignacio de Loyola, un cristiano español heredero de ocho siglos de lucha entre cristianos y musulmanes, cuando España maravillada se abrió al mundo europeo, asiático y africano y los herederos del Cid Campeador se disputaban el mundo con los herederos de Mahoma.

La visión de la Ciudad de Dios del medioevo, enfrentada al paganismo grecorromano y el azoro del renacimiento de la gestación de Europa en el apogeo renacentista, los sucesores de los caballeros medievales cuando la Ciudad de Dios se enfrenta a la Ciudad del egoísmo; Loyola fue un renacentista español. Según él, el mundo es un campo de batalla entre el bien y mal, entre el amor y el egoísmo: entre Jesucristo y el Demonio. Jesucristo promete acompañarte en todo, en las dificultades, en las luchas para compartir con Él las dificultades y también la gloria.

Jesucristo, Rey Espiritual, te invita a ser generoso a ver por los demás, el demonio, Rey temporal que te invita al egoísmo; el rey generoso invita a estar con él, a vivir con él, acompañarlo en todo, en el trabajo, en buscar el bien de los demás. El mes de ejercicios espirituales es una experiencia maravillosa, esencial en la formación del futuro jesuita, ver el mundo con una tarea a la que te invitan a hacer el bien, aguantar lo que sea, no asustarte por nada, estar seguro de que el bien y la justicia triunfarán un día.

Así me explico por qué la Compañía de Jesús tuvo tanta fuerza en los siglos virreinales en el norte de México como el Padre Kino; la visión de que se va a la conquista del mundo, literalmente, ir a lugares nuevos, no explorados, a hablar del evangelio. Fue una visión de San Ignacio muy de su tiempo, del siglo XVI, le dio al clavo en ese momento, hoy falta que hablaran del Evangelio en términos

de astronautas, de computación. La espiritualidad de San Ignacio fue muy del siglo XVI, siglo de descubrimientos, de conquistas, de riesgos, de audacias y que a los jóvenes nos resultaba apasionante.

Años después al estudiar la historia de los jesuitas en México comprendí por qué la Provincia de México brilló tanto; todo el norte de Sinaloa hacia arriba era un territorio inmenso donde ganar almas para Dios, por eso gente, como Kino, Salvatierra y muchos más se aventuraron por montes y desiertos antes de que los españoles conquistaran esos territorios. La experiencia de los Ejercicios Espirituales nos marcó de por vida. Sin olvidar que la vida y el mensaje de Jesús nos abría panoramas antes no imaginados. Veíamos el mundo con otros ojos. Reitero: el noviciado y después todos los años de formación fueron años globalmente muy felices, a pesar de cosas absurdas, anticuadas y surrealistas. Con toda la buena voluntad y generosidad de la juventud nada parecía complicado o difícil.

Después de esa visión del Rey Espiritual que te invita a conquistar el mundo para que se haga el bien y la justicia, venían, como ya dije, meditaciones sobre la vida de Cristo. Jesús que comenzaba su vida pública y una tarde ve a unos jóvenes pescadores que le preguntan "Señor, ¿dónde vives?". "Vengan a ver", y Juan, Andrés y Pedro lo siguen y los invita a estar con Él. Escribo estas líneas a los 86 años, después de haber estado "con Él" 70 años; he sido muy afortunado. Redacto esto el 20 de junio de 2019, dos semanas después de haber superado una bronconeumonía que casi me quita la vida; según los médicos que me atendieron en el hospital si hubieran tardado dos horas en llevarme, me hubiera muerto. Me pregunto por qué Dios me mantuvo con vida: sólo Él lo sabe. Seguí a Jesús para estar con Él y quiere que aún esté.

Regreso a mis memorias del noviciado; básicamente formación espiritual y principios de los estudios de las Humanidades Clásicas en latín y griego. En esos dos años del noviciado nos iniciábamos en el estudio del latín y del griego; mi primer maestro fue el anciano Juan Cañizal, español de nacimiento y que casi recién entrado a la Compañía de Jesús pidió venir a México a trabajar en la misión de la Tarahumara. Ya ochentón vivía en San Cayetano y le encomendaron que nos diera los rudimentos del latín. En mi grupo varios apenas andábamos arañando los 16 años: Agustín Rivera, Agustín Rozada y yo. El viejito Cañizal nos veía como nietos y bisnietos y gozaba enseñándonos el latín; comenzamos

con fábulas de Esopo, cuentitos y algo de Cicerón; seguimos el sistema jesuita típico del siglo XVII. La Compañía de Jesús fue notable en Europa en colegios, me tocó todavía a mí eso en el sentido casi estricto. Después del latín de los dos años de noviciado, venían cuatro años de Letras Clásicas.

Juniorado

Los últimos meses del noviciado se dedicaban a prepararnos al paso "del Noviciado a los Estudios", según el título de un librito impreso a máquina que trataba de que todo "el fervor" de la formación espiritual que habíamos recibido no se diluyera con los estudios de una vida dedicada a la formación religiosa no se cayera en la "vida aseglarada, secularizada", en un ambiente de intensa vida académica.

En el noviciado todas las lecturas se referían a Jesucristo, a San Ignacio de Loyola y jesuitas ejemplares, mientras que en los estudios había muy diversos temas, incluidos algunos que podrían debilitar las convicciones religiosas. La segunda etapa de la formación era el Juniorado, el mundo de "los más jóvenes" en el que obtendríamos la licenciatura en Letras Clásicas, grecolatinas y españolas; básicamente en Literatura e Historia.

En el noviciado se habían cursado las materias de "Gramática Ínfima" y en el Juniorado (Gramática) Media y Suprema como preparación al estudio de Humanidades y Retórica. Leíamos los primeros libros de "Las Guerras de las Galias" de César; el segundo libro y el tercero me los aprendí de memoria, es un latín austero, exacto y muy conciso. Tuve muy buenos maestros de latín; de griego no tanto; veíamos a San Lucas, Jenofonte, después, Platón y Homero, Tucídides.

En Gramática Media tuve a Alberto Hernández Medina, aún no sacerdote. Excelente maestro, muy exigente y duro. Años después, en 1972, en el ITESO fui superior religioso de la comunidad y el padre Hernández Medina fue mi "súbdito" y a veces me resultaba complicado negarle algún permiso. En Suprema Gramática tuvimos de maestro a Enrique Portilla, primo hermano de Miguel León Portilla, un maestrazo (Enrique), él me inculcó mucho la traducción correcta, había que dominar muy bien el latín y muy bien el español; no traducir literalmente, sino dando la versión exacta, pero con la índole del español.

En Humanidades, en el tercer año, el padre Javier Gómez Robledo que la gente del ITESO y de la UdeG apreció mucho. Con "Javiercito" veíamos a Virgilio, "La Eneida", que me encantó tanto que una vez me dijo Xaviercito que mi defecto en latín era que era un latín poético, virgiliano y me eximió de clases; y eso propició que tuviera mucho tiempo de leer, teníamos una biblioteca muy buena, buenísima, mucha literatura española, clásica, mucha poesía desde el siglo XIII hasta Machado y García Lorca; gocé mucho las lecturas.

Esos años creo que aparte de las lecturas normales de clase leí un libro por semana. Luego el rector me decía "lea lo que quiera y luego me comenta qué le pareció el libro para yo decir si es apto o no". Había cierta censura, pero me dejó leer lo que yo quisiera, cosa que le agradezco mucho. Leí mucha historia de México; había una academia de misiones, yo fui presidente un año, se trataba por una parte de inculcar en los seminaristas la historia de las misiones y luego a mí se me ocurrió una campaña para que cada misionero mexicano que había en la Tarahumara o en China o en Japón para su santo o cumpleaños recibiera una carta de felicitación.

Por esos años en los seminarios de España y América Latina se leían mucho los libros del misionero español como de Segundo Llorente que trabajaba en Alaska; establecí correspondencia con él y luego yo presumía sus cartas. También, por cartas, me relacioné mucho con el padre Andrés Lara, de la Tarahumara, quien durante la persecución religiosa, hacia 1929, estuvo en el paredón en Chihuahua, esperando su ejecución y terminó siendo amigo del "come" curas Eulogio Ortiz.

Hacia 1965 lo visité en Cerocahui, Chihuahua, y le guardo un muy afectuoso recuerdo. Vuelvo a la Academia de Misiones. Nos metimos a estudiar las misiones jesuitas de la colonia: el padre Kino, Salvatierra, en la historia jesuítica misional de México. Las cartas a los misioneros sobre todo de la Tarahumara, Japón y China nos abría horizontes; aunque estábamos metidos en los clásicos grecolatinos y españoles, teníamos una visión muy amplia del mundo.

El último año del Juniorado tuvimos de profesor de latín al padre Juan José Coronado, con quien estaría después en el ITESO. Como estaba recién ordenado nos daba a leer autores cristianos, tenía su razón, pero yo, atrapado por los clásicos, le decía "estamos aprendiendo latín no teología, los autores son bue-

nos, pero como latín no valen". Trató de dejarme un año más en el Juniorado, castigado "por rebelde", pero el rector, José Gutiérrez Casillas me dijo "tú tienes razón, no te preocupes". Debo decir en honor del Padre Juan José Coronado que a pesar de mis diferencias con él, cuando fui su alumno, fue él, en 1970, quien se empeñó en llevarme al ITESO; fuimos luego grandísimos amigos y hermanos, le guardo un enorme cariño.

Los estudios de Letras correspondían al "Juniorado", a los jesuitas más jóvenes. El Juniorado de mi grupo fue de muy alto nivel. Años después, a fines de los años sesenta, Jorge Manzano estudiaba en Roma, y yo en París, comentábamos que nuestro latín era mejor que el de los italianos y franceses, aunque claro está, había excepciones. Recuerdo que en mayo de l986, en un congreso sobre la Latinidad en el Capitolio de Roma, en la mesa de trabajo en la que entre otros estaba Jorge Luis Borges, un mes antes de su muerte, presenté una ponencia en Latín sobre "La Mexicanidad" y, perdón por la presunción, fue muy alabada.

Éramos ochentaitantos juniores, muy agradable el ambiente; el padre espiritual era el padre Rafael Ramírez a quien, hacia 1970, Jean Meyer alabaría mucho porque fue el primer autor de la historia cristera que nunca se ha publicado. Don Rafael era un hombre muy inteligente, muy humano; yo era muy nervioso en cuanto al estudio, era como muy tensionado, muy preocupón, todo me preocupaba, me decía: "si le entra la preocupación de saber la clase, cierra su libro, se va a pasear por el jardín", y yo con la cara de admiración: "y no estudie, se va a clase y lo van a regañar por no haber estudiado… y no le va a importar". Ante mi cara de enorme admiración, me decía "me va a obedecer". Me hizo despreocupado.

Le debo un monumento. Desde fines de los años veinte, Don Rafael había ido juntando todo lo que se refería a la persecución religiosa en México y a la Cristiada, de suerte que cuando Jean Meyer publicó su libro que cambió la visión sobre la Cristiada afirmó que ese archivo era *fundamental* para la historia de esa rebelión armada. Hacia 1954 destinaron al Padre Rafael a Tabasco y, aunque yo era muy joven pero interesado en la Historia, me encomendó ese archivo. Hacia 1963, ya en Teología, el padre Daniel Olmedo, el gran historiador de la Provincia de México en ese momento, me pidió, casi me exigió, que le entregara ese archivo y me negué argumentando que debería estar en Jalisco y no en la capital del país. En 1981 cuando me fui a Roma lo dejé en el ITESO y luego,

alumnos de Historia de la UdeG, lo clasificaron científicamente y es consultado por investigadores.

Cuando se fue a Tabasco Don Rafael, llegó el padre Alfonso María Barragán que ya a mediados de los años cuarenta era amigo de varios militares y de la esposa de Joaquín Amaro, secretario de Guerra de Calles. Hablaré de él, de Amaro, cuando llegue a los años de Filosofía en San Ángel. El padre Barragán era un extraordinario jesuita, como fueron casi todos mis "formadores". El rector del Juniorado era don Manuel Aceves a quien encontraría como rector de San Ángel en Teología y me asistió durante la primera misa que celebré y al que visité varias veces cuando fue superior de la misión de la Tarahumara y que, en 1981, me recibió y me "chiqueó" en Roma.

Después de don Manuel, en San Cayetano, en el Juniorado, llegó el Padre José Gutiérrez Casillas, de quien ya hablé y hablaré después; otro jesuita excepcional. Con él como rector mi juniorado fue muy feliz. Toda la formación, del 05 de enero de 1949 a septiembre de 1967 cuando viajé a París, fue globalmente maravillosa, sin que mi año "solitario" en Puente Grande (1959) me haya marcado. Reitero que los primeros años de formación tenían mucho de medieval y absurdo, pero la juventud e idealismo con que entrábamos superaba todo. En esa época de Letras, las vacaciones eran en julio y agosto; teníamos clases de matemáticas, aritmética, álgebra y geometría, historia del arte: pintura, escultura, historia de la música, apreciación musical. Tuve una formación literaria y humanista privilegiada, de lujo.

Primeros años en el Filosofado de San Ángel

Una tarde de agosto de 1954, un autobús fue a San Cayetano para llevarnos de ahí a San Ángel, oficialmente Villa Obregón al sur de la ciudad de México. Recuerdo muy bien que me dolió dejar el arbolado del viejo Molino y pasar a México a la calle Río Hondo número 1, en los límites con Tizapán. El Filosofado, desde los años veinte, había estado en Ysleta, en El Paso, Texas, y hacia 1951 se había cambiado a San Ángel, a fines de la presidencia de Miguel Alemán y de Rojo Gómez como jefe del Distrito Federal.

El gobierno de Alemán había dispuesto que Ferrocarriles Nacionales trasportara todo el menaje desde Ysleta, en El Paso, Texas, a San Ángel en forma gra-

tuita y Rojo Gómez ordenó pavimentar dos calles de terracería para poder llegar a Río Hondo. Hacia los años noventa se vendió el edificio al ITAM (Instituto Tecnológico Autónomo de México). El terreno se había adquirido hacia 1956 en una región de huertas, pero a mediados de los cincuenta pasó por ahí el nuevo anillo periférico y se disparó la plusvalía.

Salimos de San Cayetano con sentimientos encontrados porque ahí éramos los escolares mayores, lo más antiguos, y en San Ángel seríamos los menores. Estaban ahí ya los teólogos y los filósofos. Nosotros seríamos "los científicos". Como la mayoría habíamos entrado al noviciado al terminar la secundaria deberíamos cursar algunas materias de preparatoria: Física, Matemáticas, Biología y Química.

Tendríamos dos maestros: Marcelo Izaguirre nos daba Biología y Química; excelente maestro y muy simpático. El otro maestro nos dio Física y Matemáticas; buena persona, pero mal pedagogo sobre todo en Matemáticas. En ocasiones llenaba los dos pizarrones con fórmulas y cálculos y ante nuestras miradas atónitas por no haber entendido nada concluía: "pero esto no es lo que quería demostrar…". Veíamos cálculo diferencial e integral y no sé qué otras monsergas; mis compañeros Manuel Ramos Gómez Pérez y Eduardo Calderón Villegas se esforzaron para ayudarme en todas las cuestiones de números, pero *quod Deus non dat Salmantica non praestat* (lo que Dios no da no lo aporta la Universidad de Salamanca) decían los antiguos y al terminar el año.

Hablé con el Rector, el padre Francisco Robinson, toda una gran figura entre los jesuitas de entonces, hombre finísimo y amable, sonorense, pariente de Álvaro Obregón. Tomás Robinson, hermano del padre Panchito había acompañado a Obregón a su entrevista con Pancho Villa en septiembre de 1914 y en las memorias de Obregón en una foto aparecen los dos, Obregón y Robinson en Torreón cuando Villa dudaba en mandarlos fusilar. Hablé con el padre Robinson: "Padre, fui muy muy feliz en mis estudios de Letras; pero… las Matemáticas no me entran. Por favor, exímame del examen". El compresivo Panchito me eximió.

Del maestro de Matemáticas decíamos que trataba a las personas como si fueran máquinas y a las máquinas como si fueran personas; sufrí mucho en sus clases. En cambio gocé las clases de Biología y Química del padre Marcelo Izaguirre, quien era muy simpático y humano; no le gustaba la Química, pero sus

clases eran muy divertidas. Años después, hacia 1972, el maestro de Matemáticas y yo viviríamos en la misma casa, en Ciudad del Sol en Guadalajara y ambos trabajábamos en el ITESO. El maestro, Gilberto Ramos, murió de un infarto fulminante y acompañé al padre superior al hospital civil a recogerlo; aunque ya muerto, le administré la absolución y los santos óleos con la famosa fórmula: "si estás vivo, yo te absuelvo…".

Por esos meses de mi año de Ciencias murió el General Joaquín Amaro que había sido secretario de guerra de Elías Calles durante la Guerra Cristera. La viuda de ese general apreciaba mucho al padre Alfonso Barragán, quien había sido nuestro consejero espiritual en el Juniorado. La señora viuda de Amaro decidió regalar a los jesuitas la biblioteca de su marido. Poco después de llegar a San Ángel me fui relacionando con el padre Daniel Olmedo, quien era la gran figura de historiadores de la Provincia.

No recuerdo cómo comenzó la relación, el hecho es que cuando fueron llegando a San Ángel con todos los libros de Amaro ayudé yo a clasificarlos. Toda una sección de la planta baja del filosofado se empleó para almacenar e ir clasificando esos libros y no sé por qué artes Olmedo me dio copia de las llaves de donde se almacenaban los libros; luego comencé a ayudarle en una gran sección de la biblioteca central del seminario, la biblioteca Cuevas.

Esa biblioteca la había iniciado a mediados del siglo XIX el padre Basilio Arrillaga que había sido provincial de los jesuitas en México, diputado del partido conservador y no sé cuántas linduras más como rector del seminario de México. Al morir Arrillaga, heredó la biblioteca el padre Mariano Cuevas, la gran figura de historiador jesuita de los años veinte a los cincuenta del siglo pasado. La Biblioteca Cuevas formaba parte de la biblioteca central, pero solo el padre Olmedo tenía acceso a ella.

Tampoco recuerdo cómo, pero el hecho es que a mí simple estudiantillo, el padre Olmedo me dio llaves de las bibliotecas. Si las Matemáticas y luego la Filosofía no me interesaban, me fui apasionando cada día más en los tesoros de lo que se guardaba de Amaro, Arrillaga y Cuevas. Fui extremadamente afortunado por tener llaves de la Amaro, de la Cuevas y de la Central, de las cuales tampoco teníamos llaves los estudiantes (solo yo).

Los estudiantes teníamos una sala diferente a la de los sacerdotes maestros. Los jueves, día de descanso, nos llevaban algunas revistas que recibían los maestros. Recuerdo que *National Geographic Magazine* frecuentemente iba con artículos "prohibidos" con páginas señaladas con clips. Obviamente, lo primero que hacíamos era quitar los clips para ver "lo prohibido" y luego ponerlos como antes. Sobra decir que las páginas prohibidas eran de reportajes de pueblos africanos y suramericanos con fotografías de mujeres con poca ropa. Creo recordar que no teníamos acceso a los periódicos.

Teníamos un aparato de radio, pero solo podíamos escuchar la XELA de música clásica, y los domingos los toros y el futbol. Comenzaba en México la televisión y en el laboratorio de Física existía un aparato muy rudimentario en el que, de vez en cuando, el padre Rector autorizaba que se viera algún programa. Recuerdo que a algunos nos autorizaron a seguir un curso de inglés televisado. Reitero, no teníamos un receptor de televisión y solo un "aparato moderno" en el laboratorio de Física.

El grupo de "científicos" y filósofos era muy numeroso, como 80, y como 60 los teólogos. Guardo recuerdos muy agradables de mis compañeros de esos años, pero no de los estudios. Comenzamos la filosofía: filosofía escolástica muy anticuada que nunca entendí. La filosofía fue para mí un aburridísimo túnel obscuro muy largo. Menos mal que aprendí mucho de dos maestros: Ignacio Gómez Robledo y Daniel Olmedo.

Muchos años después, digamos que hacia 1985, cuando viví en Villa María, en Guadalajara, con el padre Nacho lo encontré increíblemente anticuado y conservador, pero en los años de filosofía, mediados de los cincuenta, era muy avanzado; nos proporcionaba lecturas modernas que abrieron mucho el panorama. El padre Olmedo estaba en su apogeo intelectual y fue consejero de los obispos mexicanos durante el Concilio Vaticano II; nos daba historia de la filosofía. Sus clases sobre Platón, San Agustín, autores medievales y modernos eran maravillosas.

En ocasiones nos reprimíamos para no aplaudir al terminar la clase. Sus clases eran en español, todas las demás en latín. Olmedo nos daba lecturas "avanzadas" y novedosas. Le encantaba hablar más de que escuchar; muchos, tanto teólogos como filósofos, en el descanso después de cenar, le sacaban la vuelta y

yo, al revés, lo buscaba porque a la pregunta que yo le hiciera respondía él con una verdadera conferencia.

Recuerdo bien algunos temas de los que le escuché. Como me gustaba oírlo, él comentaba que era una amenidad conversar conmigo. En una clase sobre filosofía medieval se le ocurrió aplicarnos títulos de autores medievales: *doctor angelicus, doctor irrefragabilis, doctor sutilis, doctor aristotelicus*…. Al referirse a mí me puso *doctor amenus* (doctor ameno), porque mi conversación era muy amena. ¿Cuál conversación? porque solo él hablaba y yo escuchaba. Aprendí ahí que a la gente le gusta que uno la escuche, y el buen conversador no es quien mucho habla sino el que sabe escuchar. Don Daniel me privilegiaba en mucho y me ayudó enormemente que, como contaré adelante, vino un rompimiento inesperado. Como sea, le debo mucho sobre todo en la forma de escribir Historia.

Hubo un maestro, de Metafísica, excelente persona, pero tremendamente aburrido y obscuro con quien nos ocurrió algo que aún se recuerda: un día nos dio una clase tan brillante que nos dejó boquiabiertos y él mismo se asustó al ver nuestra reacción, pero luego dijo: "res clara est, obscuremus aliquantulum" (La cosa está clara, vamos a obscurecerla un poco). Menos mal que mis llaves de bibliotecas aligeraban lo aburrido e ininteligible de la escolástica.

No hace mucho que me topé con los libros de texto de esos años y me admiré cómo dedicamos tres años de nuestra juventud a estudiar esos contenidos. En filosofía tuve dos "encuentros" con los maestros. Uno con el padre Ramos, quien nos había dado Matemáticas en Ciencias y en Filosofía nos daba Cosmología. El asunto era explicar la "transubstanciación": cómo en la Eucaristía el pan se convierte en el cuerpo de Cristo.

Creo recordar, después de sesenta años, que el argumento aristotélico era aproximadamente que la materia exige cuantidad: "la exigencia del efecto formal primario de la cuantidad". Le decía yo al maestro: "yo creo firmemente en la presencia de Cristo; ¿cómo? no sé, pero creo en ese misterio. Es para mí un misterio ¿cómo quiere usted que entienda, casi que me imagine, lo que es misterio?".

El otro problema era cómo combinar la Providencia Divina con la existencia del sufrimiento de los niños. La respuesta simplista del maestro de Metafísica y Teodicea (una especie de Teología filosófica) fue el mismo de "res clara est…",

era que el sufrimiento “es un mal relativo” que en nada se opone a la bondad y a la providencia de Dios. Recuerdo muy bien que el padre Nacho Gómez Robledo me prestó un libro en inglés de un jesuita, no sé si era D’Arcy o Martindale, porque ambos autores me gustaban, donde decía que al ver a Jesús en el Monte de los Olivos: “Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz”; y en la cruz: “Padre, ¿por qué me abandonaste?”. Comenzaba uno a entender que el sufrimiento es un misterio: “Eso sí me convence: que es un misterio, que no se entiende”.

En mi examen final oral de filosofía esos dos maestros me reprobaron. Después, al entrar a Teología, los que reprobábamos ese examen de Filosofía entrábamos a “Curso Menor” para los tarados, porque los inteligentes entraban a “Curso Mayor”. A la fecha los sacerdotes jesuitas estamos en dos categorías: los “profesos” y los “coadjutores” (ayudantes). Los segundos serían jurídicamente eso: ayudantes. Ya en Teología los de Curso Mayor llevaban algunas materias como hebreo y griego que no llevábamos los de Curso Menor. Un maestro se sorprendió de que yo estuviera en Curso Menor: “pero, si todos lo consultan a usted para los textos griegos...”.

Cuando me iba a ir a París y buscaba yo certificados escolares, en 1967, fui con el padre Enrique Portilla, rector de San Ángel y le dije: “en el examen final oral de Filosofía me pusieron 5, pero en el examen final escrito “ad Licentiam” (para la licenciatura) en latín, tengo 10; sume usted 10 más 5…, divida entre 2 y resulto aprobado”. Al padre Portilla le pareció bien mi razonamiento y me improvisaron un certificado, en latín, diciendo que era licenciado en Filosofía, pero insistió Portilla: “estás reprobado para efectos de la Compañía”, es decir, no podría ser profeso.

Al tratar de inscribirme en la *Sorbonne* presenté mis títulos de la UNAM y de la Ibero, pero al ver la paginita en latín de San Ángel me dijeron: “con esto tiene usted de sobra para inscribirse”. Hacia 1973 cuando iba a pronunciar mis últimos votos de incorporación definitiva a la Compañía, ya había cambiado la legislación y mi doctorado en la *Sorbonne* equivalía a que yo hubiera estudiado el Curso Mayor en Teología y pude ser profeso. Actualmente, esa distinción, entre profeso y coadjutor, en la práctica ya no funciona, pero en mis días de estudiante para algunos el no ser profeso era una tragedia.

Por fortuna, repito, eso cambió. Lo de los últimos votos conviene aclararlo. En este momento, noviembre de 2017, no tengo al dedillo lo último en legislación canónica y diré lo que recuerdo al respecto en mis años jóvenes en todas las congregaciones y órdenes religiosas el noviciado duraba, y creo que dura, un año, pero San Ignacio estableció dos años. Por lo común se hacían votos perpetuos; en la Compañía uno se comprometía definitivamente, pero la Compañía no nos aceptaba definitivamente y cada seis meses uno renovaba sus votos hasta los "últimos votos" o incorporación, cuando la Compañía lo aceptaba a uno indefinidamente.

Regreso a los años de Filosofía, materia que no me gustó, pero la vida en comunidad fue inolvidable: los compañeros de grupo, después de siete años de convivencia, eran más que amigos, eran verdaderos hermanos. Teníamos como "Padre Espiritual", es decir, como consejero a Pedrito Cárdenas, hijo del Lic. Cárdenas, quien disputaba la gubernatura de Coahuila con Venustiano Carranza. El Lic. Cárdenas tuvo una hija y dos hijos; para alejarlos de la influencia clerical los envió desde muy niños a los Estados Unidos de América, pero… la hija se hizo religiosa, hermana de la caridad y el hijo mayor, Pedro, se hizo jesuita.

Casi recién entrado tuvo una enfermedad que solo le permitía leer por poco tiempo, pero era tan buen muchacho que los jesuitas decidieron que debían conservarlo en la Compañía aunque casi no podía estudiar y le exigían lo mínimo. Llegaba uno a platicar con él, nos escuchaba y nos decía alguna frase aparentemente sin relación con lo platicado: "sea bueno; sea humilde; rece un rato…", y uno salía reconfortado y animado. Era un hombre santo. Pancho, el hermano menor de Pedrito se quedó con toda la fortuna y viajó en grande y después de meses de cacería en África decidió él también hacerse jesuita. Años después, a mediados de los sesenta, murió en Puente Grande, Jalisco, no fue sacerdote, sino "hermano coadjutor". El padre Pedrito Cárdenas fue muy querido por varias generaciones de jóvenes jesuitas. Yo lo recuerdo con cariño y agradecimiento.

En San Ángel para ayudar al rector existía el "ministro". Era el más cercano superior para la vida diaria. Tuvimos dos: el primero fue Agustín Parada, hijo de un millonario capitalino. Agustín era muy simpático, sencillo, humanísimo, inteligente y bondadoso. En una ocasión lo llamaron para que auxiliara a un moribundo; le llevaba los santos óleos y la comunión, pero al llegar con el enfer-

mo este ya había fallecido. Al bueno de Agustín Parada no se le ocurrió lo más elemental: consumir, comer, la hostia consagrada que llevaba y, como jugaban las Chivas del Guadalajara en Ciudad Universitaria hizo una oración: "Señor, perdóname, pero te voy a llevar a ver a las Chivas"… y … lo llevó a ver el juego.

Después de Agustín Parada tuvimos al padre Agustín Reynoso, de quien guardo también un recuerdo muy agradecido y cariñoso. Con su apoyo, y con recursos que él consiguió, instalé un pequeño laboratorio de lenguas con unos ocho compartimentos con audífonos independientes para escuchar discos de lecciones de francés, inglés y alemán. Teníamos en la mañana tres o cuatro horas de clase, no recuerdo bien, y descansos entre clase y clase de 15 o 20 minutos. Yo corría y escuchaba diariamente un disco en francés y otro en inglés.

Los jueves eran los días de descanso y casi todos se iban al campo, al Ajusco cercano. Yo iba al British Council y al IFAL (Instituto Francés de América Latina) para que me prestaran discos y películas. Dos días por semana pasaba yo un documental francés y otro inglés; gocé enormemente en especial los franceses de asuntos de arquitectura, arte e historia medieval, de pintura modernista e impresionista. Sin darme cuenta se me fue despertando algo aparentemente irreal: el sueño de un día estudiar en Francia.

En el IFAL conocí a una hermana, Alicia, de la señorita Elena Jeanetti que había sido la eterna secretaria académica del Instituto Bachilleratos donde yo había hecho la secundaria. Sin saberlo, años después, Elena Jeanetti me facilitó enormemente mi inscripción en la Ibero. En cuanto a Alicia resultó que me ayudó a conseguir mi beca para Francia en la embajada y, ¡quién lo diría!, al llegar yo a París, en 1967, era secretaria en la embajada de México. Más de una vez la invité en París a comer o a cenar. No olvido que en París, hacia 1969, cuando iba yo a ir a Polonia, Alicia me sugirió que cambiara mi pasaporte en el que constaba que yo era sacerdote para darme otro en que yo aparecía como maestro de profesión, porque en ese momento la católica Polonia era oficialmente comunista. Un absurdo como que en el México católico los constituyentes carrancistas de 1917 decretaran que "no se reconocían a las llamadas iglesias".

Teníamos una actividad social-religiosa en diversos puntos cercanos al seminario. Yo fui durante cuatro años a vecindades pobrísimas en Tizapán, contiguo a San Ángel. Algunas muchachas de clase media de calles vecinas nos ayudaban

como catequistas. Recuerdo especialmente a las hermanas Guirant y a las Diosdado. Las primeras, Marta y Rosita, eran hijas de un futbolista famoso en los años treinta del Necaxa y que asistió a un mundial. Las Diosdado, de una familia originaria de Guanajuato; el papá trabajaba en la fábrica de Loreto y la esposa era una excelente mujer consagrada al marido y a las hijas: Isabel, María, Elvira, Bertha e Irene, con quien a la fecha, febrero de 2018, de vez en cuando platico por teléfono y recordamos aquellos años, mediados de los cincuenta.

Los domingos a media mañana me acompañaban por las calles tocando una campana para invitar a los niños al catecismo, que teníamos en una vecindad pobrísima, la infantil. En vísperas de Navidad, las muchachas Diosdado organizaban a la gente para dar y pedir posada con un San José jalando de un burrito sobre el que iba María; pedíamos posada en diversas casas y terminábamos con las piñatas y regalos para los niños. Con comerciantes del barrio obtuve dinero para uniformar a varios equipos de futbol de adolescentes.

A mediados de los años cincuenta, entre los jesuitas de México se despertó una especial preocupación por tratar de priorizar el trabajo entre la gente más pobre y de estudiar asuntos sociales. Un jesuita cubano, el padre Foyaca era el principal promotor de temas relacionados con esa modalidad. Cuando Foyaca visitó el seminario en San Ángel había una larga cola para hablar con él. Para sorpresa mía y de mis compañeros me mandó llamar y me ofreció hablar con las autoridades de la Provincia para enviarme a Europa a estudiar Sociología.

Creo que Pablo Latapí, quien años después sería muy respetado por la SEP de México, fue el que me recomendó. Agradecí a Foyaca su ofrecimiento, pero le dije que yo andaba tramitando mi destino a la misión del Japón. Ese tema merece comentarse más. Tanto en el Juniorado como en el Filosofado existía una "Academia de Misiones" que fomentaba el estudio de las misiones presentes y pasadas. En el Juniorado fui director o presidente de esa academia y se me ocurrió la idea de promover la correspondencia con misioneros de la Tarahumara, de China y Japón.

Redacté la lista de esos misioneros y las fechas de sus cumpleaños para luego ir pidiendo que les escribieran cartas de felicitación por sus cumpleaños. En lo personal inicié una relación que se prolongó por muchos años con el padre Andrés Lara, de la Tarahumara. Durante la persecución religiosa de Elías Calles

fue hecho prisionero y condenado a ser fusilado; ya en el paredón de fusilamiento, el Gral. Eulogio Ortiz suspendió la ejecución y le propuso que fuera con los cristeros del volcán de Colima a convencerlos de que se rindieran.

Don Andrés se negó y propuso ir con los cristeros simplemente para informarles de todo el armamento que tenían los federales. Los cristeros al principio pensaron que era un espía gobiernista y por poco lo fusilan. La relación con el padre Lara se prolongó y yo, ya sacerdote en los años sesenta, conviví con él varias veces en Cerocahui, en la Sierra Tarahumara. Recuerdo también que en los tiempos del Juniorado, los años cincuenta, era muy famoso el Padre Segundo Llorente, misionero español en Alaska y sostuve correspondencia con él. Lo mismo con jesuitas mexicanos en Japón y China.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, agosto de 1945, el papa Pío XII pidió al General de los jesuitas, el belga Jansens, que la Compañía de Jesús hiciera un gran esfuerzo por misionar el Japón. A fines de 1950 o 1951 los jóvenes jesuitas mexicanos tuvimos el gusto enorme de conocer al padre Pedro Arrupe, jesuita español quien había trabajado en Japón varios años y al que en Hiroshima le tocó atender heridos por la primera bomba atómica que los gringos arrojaron el 06 de agosto de 1945.

Después, cada año, regresaba el padre a México para conseguir recursos. Los jesuitas mexicanos siempre lo apreciamos y admiramos. ¡Quién me hubiera dicho que en 1983 y 1984, en Roma, yo lo visitaría cada domingo en su cuarto de la enfermería del padre general! Hubo en esos años, principios de los cincuenta, una verdadera euforia por ir a Japón y en parte fue lo que me impulsó a estudiar idiomas, sobre todo inglés. Hacia 1956 solicité que me enviaran a ese país oriental. No fui el único que pidió ese destino, pero recuerdo perfectamente que el padre Pedrito Cárdenas, del que ya hablé, al ver la respuesta que recibí de Roma me dijo: “esa respuesta es altamente favorable, tiene usted pie y medio en Japón”.

Por eso cuando el padre Foyaca me propuso enviarme a Europa a estudiar Sociología, le dije que yo esperaba mi destino al Japón. En 1959, siendo yo profesor en Puente Grande, vino a Guadalajara el padre Arrupe, quien era el provincial en Japón, pero no sé por qué circunstancia no lo pude ver. Me enteré luego de que las autoridades de la Viceprovincia del Norte de México, a la que

yo pertenecía, trataron mi caso y que el padre Nicolás Gómez Michel afirmó que yo era enfermizo y no convenía enviarme a Japón.

Siempre me he preguntado por qué ocurrió eso, puesto que Gómez Michel nunca me había conocido. Años después, hacia 1970, curioseando en los archivos de Puente Grande encontré todos los papeles del archivo del juniorado de San Cayetano y ahí me enteré de que, hacia 1955, al tratar el tema de en el futuro preparar maestros apareció mi nombre para ser maestro de Letras Clásicas y se hablaba de la conveniencia de enviarme a estudiar a Oxford. Mi destino al Japón o a Oxford quedó en lo que los escolásticos llamaban *futuribles*, es decir, algo que "pudo haber sido".

Los años de Filosofía, lo reitero, fueron muy pesados con la excepción de las materias que nos dio Nacho Gómez Robledo y Daniel Olmedo, quien me sacó copia de las llaves de la Biblioteca. La convivencia con mis compañeros nunca la he olvidado; pasamos juntos 10 años, los dos de Noviciado, los cuatro de Letras Clásicas, el de Ciencias y los tres de Filosofía. De ese grupo solo sobrevivimos, en 2019, Carlos Escandón y yo. El último que se nos adelantó fue Agustín Rozada con quien viví los tres años de secundaria y los diez de San Cayetano y San Ángel que mencioné. Volveríamos a estar juntos en Teología y en la ordenación sacerdotal. Fue de mis muy grandes amigos: inteligente e ingenioso, de memoria extraordinaria, con maravilloso sentido del humor. En los años de formación éramos los acólitos de las ceremonias más solemnes y en los tiempos de Filosofía de los acólitos indiscutidos para las ordenaciones sacerdotales.

Magisterio

Es la primera experiencia apostólica "en serio". Un periodo de trabajo docente entre los estudios de filosofía y teología. Después de largos años de vida encerrada, dedicada a los libros y profesores, lo lanzaban a dar clases en un colegio. En mi caso no fue a un colegio, sino a un seminario de jesuitas en formación: a Puente Grande, Jalisco, donde después del noviciado los jóvenes se dedicaban a estudiar Letras Clásicas. Mientras todos mis compañeros iban como maestros a un colegio "normal" a Guadalajara, Chihuahua o Torreón, de la Provincia del Norte, a mí me "sepultaban" en un seminario, sin compañeros de mi edad, sino entre sacerdotes ya formados y estudiantes muy jóvenes.

Entre las costumbres muy absurdas que existían se contaba la "separación de clases". Los sacerdotes eran una clase, los hermanos coadjutores otra, los novicios otra y los juniores otra distinta. Como yo era el único "maestrillo", es decir, el único escolar maestro tenía "el privilegio" de hablar con los sacerdotes en los ratos de recreo después de comer y de cenar y también podía leer los periódicos que recibían los sacerdotes. pero solo la primera sección y la página de deportes, sin que se me permitiera leer la sección de sociales, probablemente para que no viera las fotografías de las guapas novias tapatías.

Debía enseñar latín, griego, español y francés (que solo conocía por lecturas y nunca lo había hablado). Mis cursos correspondían al segundo y tercer año de Letras Clásicas que yo había estudiado. En latín explicaba a Cicerón y a Virgilio, un orador y político de los últimos años de la República romana, y al poeta "oficial" del Imperio. En griego leíamos los diálogos de Platón. Eran 8 o 9 jóvenes jesuitas, todos muy estudiosos y dos notablemente inteligentes; uno de ellos, Pancho López me ponía a temblar con sus preguntas muy agudas, pero sinceras.

Otro, que años después salió de la Compañía, preguntaba maliciosamente para ponerme en apuros. No teníamos libros, porque la riquísima biblioteca de San Cayetano con sus herencias de Ysleta College se había quedado almacenada y resguardada bajo llaves y candados en el Estado de México, en Santiago Tianguistenco, porque los "juniores" de la Provincia Mexicana del Sur iban a estudiar a Veruela, en España.

En Puente Grande estaban solamente los juniores de la Vice-Provincia del Norte. Escribí una muy respetuosa carta al provincial del sur Luis Mendoza Guízar, solicitando nominalmente los libros necesarios para comentar Virgilio y Cicerón, pero no me los prestaron; aunque luego los que se enteraron del asunto protestaron, pero yo andaba en el colegio de Chihuahua.

Durante mi año de Puente Grande, en Guadalajara, había muy pocas librerías y sumamente limitadas. Siempre me he admirado de cómo di clases ese año con tan poco material, pobrísimo respecto de lo que habíamos tenido en San Cayetano. Mis alumnos en ese año presentaron varias obras de teatro; *el final de Julio César* de Shakespeare en español, un entremés de Cervantes y un conjunto del Romancero de la Reconquista, además del musical *Amahl y los visitantes nocturnos* en Navidad. Cuando representaron César ocurrió algo chusco con

una pared de cantera como fondo, el jardín fue el "salón" de teatro. Al final con César "muerto" sobre el césped, Antonio pronunció su discurso fúnebre y de pronto el "muerto" se levantó rascándose desesperadamente la espalda: había caído sobre un hormiguero….

En noviembre de 1960 me llegó la orden de que continuaría mi magisterio en el Instituto Regional de Chihuahua. El penúltimo día de ese año, diciembre 30, por la noche, tomé un Ómnibus de México hacia Torreón. Viajé toda la noche y desperté en Durango, donde pude ir a comulgar en la catedral y desayuné. El padre ministro, ecónomo, de Puente Grande, Toño Romo, me había comprado el boleto a Torreón y me dio dinero para el boleto hasta Chihuahua. En Torreón, en la terminal, al comprar el boleto para Chihuahua, no me alcanzaba el dinero. Tomé un taxi para ir a la casa de los jesuitas del colegio de Torreón, pero como era el último día del año todos andaban fuera en vacaciones.

Providencialmente estaba ahí Carlos Escandón, quien viajaba hasta Montezuma, en New Mexico y me dio dinero. Compré el boleto a Chihuahua y recuerdo muy bien que, en Ciudad Delicias, previa a Chihuahua, solo me quedaban 10 pesos y, aunque tenía hambre, no pude cenar. En Chihuahua tomé un taxi a la casa, Mirador 201, que me cobró 5 pesos. En la casa estaba el velador que me abrió y me llevó a un cuarto. Me fui a dormir sin haber cenado, porque, como eran vacaciones, el refrigerador de la cocina estaba vacío. A la mañana siguiente llegaron todos.

Además del rumbo de Zapotlán y El Rincón, yo solo conocía Guadalajara y había hecho el viaje por tren varias veces a la Ciudad de México y una vez por carretera los trayectos de Guadalajara a Puebla. El viaje más al norte de Guadalajara fue todo un descubrimiento; las planicies de Durango, Coahuila y Chihuahua me sorprendieron. Como era invierno me extrañaba ver en las ciudades a mujeres con medias de colores. No tenía idea de lo que era el invierno en el norte del país.

Chihuahua

Los dos años en la ciudad norteña fueron maravillosos. Mi primer rector durante el primer semestre de 1961 fue el alteño José Gutiérrez Casillas, quien había sido mi rector en San Cayetano. Durante sus últimos años conviví con él en

Villa María y lo recuerdo con mucho cariño y agradecimiento. En agosto de ese año nos llegó el padre Nicolás Gómez Michel, a quien los alumnos del Instituto de Ciencias de Guadalajara habían bautizado como "Herodes". Era un hombre amable y generoso, pero tenía la idea de que había que "formar" a los jesuitas jóvenes que pasaban dos o tres años enseñando en los colegios.

La formación consistía en pedir cosas absurdas para probar la obediencia. Al principio no trató de "formarme", al contrario, me puso a enseñar algo que sabía y me gustaba; Español, Castellano se decía a en los colegios particulares. Debía dar esa clase en primero y segundo de secundaria e Historia de México en tercero, un grupo que había llevado la materia de septiembre a diciembre con un maestro al que no le gustaba esa materia. Había dos grupos, A y B, en este último, los más grandes, yo tenía que lidiar con 30 alumnos, de los cuales 20 habían reprobado la materia.

Hacerlos callar para poder comenzar la clase era una proeza. Las primeras dos o tres clases fueron un tormento para mí. Como había exámenes cada mes se me ocurrió algo. Como no lograba callarlos les dije: "como no me dejan dar la clase, doy por explicada esta lección" y cerraba el libro de texto. Al fin del primer mes, enero del 61 reprobé a todo el grupo; al comenzar febrero, ya no batallé para imponer silencio. En primero y segundo año, en la materia de Castellano, me tocaron los grupos A, los más chicos.

Recuerdo que en la primera semana de febrero cayó una nevada y se me ocurrió leerles el cuento del Gigante Egoísta de Oscar Wilde, en el cual se habla de un día nevado con un final encantador. Les hacía memorizar poesías de Machado, García Lorca y otros poetas de mi gusto. Escribo estas líneas a fines de diciembre de 2017 y quiero decir que el año pasado, 2016, en la Pascua, fui a Chihuahua y me reuní después de 50 años con alumnos. Algunos al terminar la comida que me dieron, se pusieron a declamar poesías que yo les había hecho aprender. Se acordaban de que yo tenía dos trajes grises: uno liso y otro a rayas. Me emocionó el cariño que guardaban al colegio, el Instituto Regional y a los jesuitas.

Los compañeros de magisterio inolvidablemente queridos y solidarios: Carlos Soltero, Raúl Mora, José Guadalupe Quezada, Eduardo Levy y José Trejo, quien no continuó en la Compañía y a partir de 1970 encontré muy frecuente-

mente en Guadalajara y con el que continué cultivando nuestra ya notable amistad. El padre Jacobo Blanco era nuestro consejero espiritual y Manuel Sánchez Aldana el "ministro", algo así como el encargado de la comunidad. Como la casa estaba al lado del colegio no necesitábamos gastar en transportes, y, como el peluquero iba a la casa, no traíamos en la bolsa ni un solo peso, pero no añorábamos traer dinero.

Los sábados por la mañana vigilábamos los deportes en el amplísimo terreno del colegio. Los domingos acompañábamos a los alumnos a misa por la mañana en el templo de los jesuitas, en el Sagrado Corazón. Por la tarde había que vigilar en el cine del colegio, al que muchas mamás enviaban a sus hijos con la certeza de que se exhibían películas apropiadas. Asistían también las alumnas internas de dos colegios católicos. Me tocaba escoger cada semana las películas y recoger el dinero de las entradas.

En junio de 1961 nos cambiaron de rector y llegó "Herodes". Reitero que era un hombre bueno y generoso, pero con la idea de "formarnos", a pesar de mis objeciones, me encargó enseñar inglés en preparatoria. Como estado fronterizo, un buen número de alumnos dominaba la lengua de Texas; me informé de quiénes sabían inglés y los exenté de asistir a clases, pero en lugar del examen mensual me debían entregar un resumen y comentario, en inglés, de una novela que yo les asignaba. Me quedé con el resto que me comentaba que mi inglés les parecía más entendible y yo les decía que yo no hablaba el inglés texano, sino el británico.

Reitero que a pesar de "Herodes" fueron dos años felizmente inolvidables. Al principio me costó entender la sinceridad y franqueza norteña, pero según fueron pasando las semanas y los meses me iba sintiendo más feliz y realizado. El colegio, el Instituto Regional, se había fundado en los años cuarenta después de la Revolución, de la persecución religiosa y del Agrarismo. Sale sobrando recordar que la Revolución (1910-1920) fue decisiva en Chihuahua, y todos los papás de mis alumnos recordaban aventuras y tragedias familiares.

Se seguía hablando de muchos jesuitas memorables: del padre Guerrerito, Guerrero a quien frecuentemente mandaban llamar de la cárcel cuando los villistas iban a fusilar prisioneros. Contaban que Guerrerito iba a confesar a los infelices condenados a muerte y, después de oírlos en confesión, les daba palmaditas

en la espalda: “ándale, hijo, ya estás listo; que te fusilen”. Se recordaba al padre Andrés Lara, quien durante la persecución callista, ya en el paredón para ser fusilado, recibió la visita inesperada del general comecuras Eulogio Ortiz, quien suspendió la orden de ejecución y pidió al padre que fuera a Colima a convencer a los cristeros que se rindieran.

El padre aceptó ir, pero solo para informar a los cristeros sobre el armamento nuevo, incluidos aviones, que acababan de recibir las tropas de Calles. Recordaban los peligros que corrieron los padres Robinson y Ginori; este último fue de los que promovieron la fundación del colegio. Quiero decir que los jesuitas en Chihuahua eran muy recordados y queridos. El colegio tenía un régimen medio militar con una excelente banda de guerra que, en 1962 en Puebla, en el desfile del 05 de mayo obtuvo el primer lugar. El castigo que más se usaba era obligar a correr a paso veloz, dando vueltas al enorme patio que comprendía las riveras del río Chuviscar: “vas a dar cinco vueltas al patio”. Un castigo más fuerte era obligarlos a ir “a estudiar” durante la tarde del domingo.

Eran muchachos muy nobles. Recuerdo perfectamente que en mi último mes en el colegio, haciendo ya las maletas para irme a México a estudiar la Teología, sorprendí a un alumno que estaba pasando algo de banca en banca. Cuando pedí que me lo entregaran, al dar unos pasos hacia mí un muchacho de apellido Valdés, no lo olvido, se lo arrebató. “Valdés, vas a dar dos vueltas al patio”. El muchacho aceptó el castigo, pero al revisar el objeto que se estaban pasando, descubrí que Valdés, el castigado que no reclamó, estaba organizando una fiesta para despedirme y no quería que yo me enterara; quería darme la sorpresa y en el papelito que recogí estaban anotando con ¡cuánto contribuiría cada quien para festejarme!

Mis dos años en Chihuahua fueron maravillosamente felices, a pesar de los métodos “formativos” de Gómez Michel, a quien luego aprecié mucho. Los chihuahuenses abiertos, sinceros, amabilísimos, generosos, inolvidables. Si al regresar de mis años de París me hubieran permitido escoger sin la menor duda habría escogido Chihuahua, aunque mis últimos años de Teología, de la Ibero y de mi gente de la Corporación y de la UFEC en México me habían hecho enormemente feliz.

Junto con mi comunidad del ITESO, de la calle Tláhuac de Guadalajara, de los años setenta, la de Chihuahua fue inolvidablemente agradable. En la ciudad norteña, como en la Perla Tapatía de los setenta, cuando uno salía extrañaba a la comunidad y se regresaba con verdadera ilusión de encontrar amigos y hermanos con quienes se compartía la alegría de ser jesuitas. Muy memorable también fue la comunidad de la Casa de Escritores de Roma, de la que hablaré más adelante.

Se agolpan los recuerdos y experiencias de personas maravillosas de Chihuahua. De momento se me opacan los nombres de alumnos y sus familias, pero no la memoria de haber sido bendecido con la compañía de gente encantadora a la que no le he podido retribuir algo de lo mucho que me dieron. No quisiera nombrar personas, porque seguramente, sin quererlo, dejaría de nombrar a muchas. Aunque creo haberlo dicho ya, cuando en diciembre de 1961 tomé el Ómnibus de México para irme a estudiar Teología, durante las dos primeras horas del viaje no paré de llorar de tristeza de separarme de mis alumnos de Chihuahua.

La verdad en cada sección de estas memorias quedan huecos muy difíciles de llenar y, como repito a mis queridísimos amigos, Dios me ha bendecido enormemente con amigos muy queridos, sinceros y entrañables. Debo también agradecer mi salud y debo ir aceptando mis limitaciones y carencias; la ancianidad exige irla aceptando y gozando a su ritmo decadente. En el verano de 1961, Gómez Michel, que había estudiado la Teología en los Estados Unidos y tenía amigos jesuitas, nos consiguió becas para estudiar inglés en colegios y casas jesuitas: a mí me tocó el noviciado-juniorado de California, en Los Gatos, cerca de San José.

Los estudiantes de Letras, los juniores, fueron notablemente generosos. A la hora de lectura espiritual, un estudiante iba a mi cuarto y hacía su lectura en voz alta. En los recreos después de comer y de cenar otro estudiante platicaba conmigo y obviamente corregía mi inglés; otro cada día me corregía mis escritos en inglés; dos días me llevaron a San Francisco. Curiosamente a veces me consultaban para sus tareas de latín y de griego. Les guardo mucho agradecimiento. No recuerdo las fechas en que traté de organizar en las secundarias de la ciudad de Chihuahua un concurso de conocimientos y fui con el gobernador, digno heredero de Pancho Villa, a pedirle apoyo económico y me dijo: “mire, profesor, yo

no fui a la escuela y soy el gobernador…". Encuentro, traspapelada, una copia incompleta de una carta que escribí, probablemente en enero de 1962, desde San Ángel a mis exalumnos de Chihuahua, sin fecha:

> Queridos exalumnos del inolvidable Instituto Regional de la muy noble y siempre leal Chihuahua: Han sido ustedes muy amables al tomarse el trabajo de escribirme las cartas que me han alegrado mucho y han hecho sentirme de nuevo uno de ustedes conviviendo en sus clases, en la preparación de exámenes, en las canchas del colegio y en los campeonatos. Los felicito por haber sido de nuevo, como en mis tiempos, campeones de tercera y cuarta fuerza y siento no haber estado en la banca junto con sus entrenadores para animarlos y organizar "las porras".
>
> Pienso en las veces que, estando Uds. todavía en primaria, me tocaba llevarlos bien uniformados a diversos actos el día de la bandera, el día de la raza, el 05 de mayo. No se me olvida el día en que, con disgusto del secretario de Educación nos entregaron el certificado de primer lugar en los concursos de aprovechamiento. Y ni hablar de los juegos de básquet hace dos años y del día en que fuimos a recibir del gobernador la bandera nacional para representar a México en el campeonato mundial infantil de básquet en Chicago.
>
> Siempre que ustedes me escriben, vuelvo a vivir tantos ratos que vivimos juntos en clase y en el patio. El día que me vine, hubiera querido decirles muchas cosas, pero me venció la emoción y solo pude ir a un salón; ya no pude ir a todos.
>
> No se imaginan ustedes lo feliz que me hicieron en esos dos años y lo mucho que gozaba con ustedes, aunque en clase tuviera que ponerme serio y regañar y… castigar. Me sentía feliz jugando en el patio o corrigiéndoles la ortografía durante el recreo, mientras los demás jugaban. Cómo me gustaba ir con Uds. al río de Santa Isabel y subiendo por las arboledas de Aldama y de Majalca. Todos esos ratos y los que pasamos estudiando juntos, ensayando comedias, preparando desfiles: todo eso me hace decir que mis dos años de convivencia con ustedes han sido tal vez los años más felices de mi vida. Alguna vez me preguntó la mamá de uno de ustedes si no me aburría al estar todo el día en clases o en el patio vigilando los juegos y que cómo tenía pa-

ciencia para estar en el patio los sábados, porque según esa mamá cinco días de estar "lidiando con semejantes calamidades" eran para cobrarles temor.

La verdad no hacía yo ninguna gracia en estar con Uds. Claro que me alegré mucho cuando me dijeron que regresara a México a estudiar Teología, porque, después de una espera de trece años, ya está uno impaciente por llegar a ser sacerdote: ha sido la aspiración mayor de mi vida, pero a pesar de todo me sentí triste por separarme de Uds., porque experimenté que hay más gusto en dar que en recibir. Me daban alegría, me daban entusiasmo y buen humor.

El último día que pasé con Uds., ese miércoles 20 de diciembre de 1961, hubiera querido decirles muchas cosas, pero estaba muy triste para hablarles.

Ojalá que todos saquen muy buenas calificaciones en todas las materias; que todos salgan muy buenos deportistas. pero no es eso lo principal. En otros colegios tal vez Uds. podrían aprender más matemáticas; en otros colegios podrán tener mejores equipos de básquet, mejor banda de guerra, mejores entrenadores de natación. Nosotros, los jesuitas, no pretendemos solamente eso: lo que yo quisiera es que Uds. aprendan que "hay más gusto en dar que en recibir".

Es lo que le falta a Chihuahua. Ustedes mismos, puesto que nacieron ahí, no se dan cuenta de las muchas cualidades que ustedes tienen. Yo, como cualquier "fuereño" que abra los ojos, puedo decir que los norteños son de lo bueno que hay. Chihuahua es tal vez el estado más rico de la República: tienen ustedes ganadería, agricultura, minería, bosques, aduanas, etc., pero lo que no tienen es abundancia de gente persuadida de que la mejor manera de vivir felices es darse uno a los demás.

Y no sé qué daría yo porque todos ustedes se persuadieran de eso: que donde ustedes trabajen después lo practiquen: el médico, el abogado, el ingeniero, el agricultor, el ganadero, lo que sean, que vivan para los demás. Figúrense lo bien que estaría Chihuahua si cada gobernante pensara así; si supieran que es uno más feliz trabajando para los demás que acaparando dinero para uno mismo. Y es lo que yo quisiera que hubieran aprendido del colegio, de sus maestros.

Les repito que deseo que todos saquen puros dieces y que sus equipos sean los mejores. A ustedes les consta el ridículo que hacía yo en el gimnasio dirigiendo las porras para animarlos en los juegos, pero eso no importaba. No importa que digan: "los ex alumnos del Colegio Regional no saben jugar básquet ni saben nadar, pero que se diga de aquí a diez o veinte años: fulano debe ser del Regional porque se preocupa por los demás. Ustedes podrán encontrar muchos defectos en los que fuimos sus profesores, pero creo que no podrán decir son "una bola de gente triste y pesimista". Yo, aunque tuviera que madrugar, era muy feliz, aunque trabajara en el colegio diez u once horas diarias, sin contar las desveladas corrigiendo tareas y exámenes.

Ya se alargó esta carta más de lo que hubiera querido. Les repito que los recuerdo mucho y, si ustedes me recuerdan, les pido que no olviden esto: que es uno más feliz dando a los demás que quitándoles a los demás.

Reciban el agradecimiento de quien les debe mucho a ustedes y a sus familias: Jesús Gómez Fregoso (mal llamado "El Frijolito").

Nota a los lectores de estas "Memorias": ese fue mi apodo en el Instituto Regional de Chihuahua.

San Ángel de nuevo

En octubre o noviembre de 1961 me llegó la noticia de que pasaría a México para estudiar la Teología y prepararme para la ordenación. El padre Nicolás Gómez Michel dejó de ser "Herodes", porque así lo creo yo ya no estaba en "formación". Mi rector fue ya otro, a la semana viajó a El Paso, Texas, a no sé qué asunto y me compró dos trajes de muy buena calidad y varias camisas y el trato fue muy diferente; un gran señor generoso y cariñoso.

No recuerdo si pasé por Guadalajara para ver a mi familia o me dirigí directamente a México. Solo recuerdo que llegué a la capital el mismo día en que las Chivas, jugando en Toluca, ganaron otro campeonato, cuando aún no había liguillas. El Teologado en San Ángel estaba a reventar, éramos más de 90 con un buen número de extranjeros: españoles que trabajaban en Perú, un filipino,

un inglés, bolivianos, estadunidenses. Yo estaba en "curso menor", donde no se estudiaba griego bíblico ni hebreo.

El mejor maestro de esos años, si no es que de toda mi vida fue Adalberto González Morfín, hijo de Don Efraín González Luna. En una ocasión, junto con otro compañero, le conté las citas en griego bíblico: 42 en una clase de poco más de una hora. Citaba espontáneamente y cuando caía en la cuenta de que nos deslumbraba se ponía rojo, al contrario de otro, u otros, que trataban de impresionar. Hay temas, como qué es la fe, que nunca he olvidado. El padre Olmedo nos daba historia de la Iglesia; sus clases seguían siendo brillantes, pero creo que menos que años antes en Filosofía y siguió dándome llaves de todas las bibliotecas.

La Teología me encantó; aunque hubo materias pesadas. Hubo una, no recuerdo su título, en la que casi todo el semestre oímos decir que en el texto hebreo del Génesis la serpiente, la culebra, era masculino en hebreo: "el culebro". Después me dijeron que el maestro era un biblista muy avanzado, pero que tenía miedo de exponer lo que sabía y que sin duda nos expuso algo anodino sin el menor peligro de que le llamaran la atención.

Otro maestro, con enorme fama de inteligente, pero muy mal pedagogo, fue el padre Fernando Bustos. Nos entregaba antes de cada clase unas hojas tamaño oficio sin ninguna separación de párrafos, que luego nos leía en clase con su mirada sobre las hojas o hacia el techo. Era excelente y amable persona, pero como maestro aburridísimo. Afortunadamente, la biblioteca era magnífica; libros y revistas de Teología muy actuales.

Más de algún maestro nos prestaba libros "a escondidas" sobre temas controvertidos. Leíamos en privado autores como Theillar de Chardin, Danielou, de Lubac y profesores de Furvier, teologado de las provincias francesas. Nunca, ni por sueños, pensé que años después conocería yo a Danielou y de Lubac. En París, a fines de los sesenta, el padre de Lubac los jueves iba a comer a la comunidad de Rue de Grenelle. El padre de Lubac había sido uno de los más brillantes autores de *la nouvelle Theologie*, condenada por Pío XII a fines de los cuarenta. Cuando yo lo conocí, hacia 1968, de Lubac era ya cardenal y el Vaticano II lo había reivindicado. Le pregunté, con el mayor tacto y respeto que pude, qué opinaba de Pío XII y el viejito con su bondad y sencillez de siempre me dijo: "él procedió de acuerdo a lo que le habían informado".

El Rector del Teologado era al padre Manuel Aceves. Fueron años muy felices. Éramos treintones y el ambiente era cordial, maduro, culto, alegre. Habíamos convivido por diez años y había enorme amistad, después de muchas experiencias en común. A fines del segundo año, el padre Aceves me pidió que fuera "bedel" del Teologado. La palabrita bedel se había inventado en la *Sorbonne* de la edad media; era algo así como representante estudiantil ante el rector. Un intermediario por medio de quien el rector comunicaba órdenes o cambios.

En un Teologado de más de 90 suponía emplear mucho tiempo. El bedel se encargaba de organizar, de ser posible cada semana, actividades diversas como excursiones fuera de la ciudad, buscar conferencias con diversas personalidades y conseguir películas para verlas en el salón del club Vanguardias de la Congregación Mariana del templo de la Sagrada Familia. Me apoyé mucho en Alberto Navarro, compañero desde San Cayetano. Era un experto en literatura, sobre todo francesa, y en cine. En mis años de Teología veíamos el mejor cine del momento, con gran escándalo de los padres mayores. Veíamos lo mejor del año, con la cooperación del padre Jesús Romero Pérez, director de la escuela o facultad de cine de la Ibero. Veíamos mucho cine europeo, sobre todo francés e italiano.

Al fin del segundo año cambiamos de rector y llegó Enrique Portilla, mi antiguo rector en San Cayetano. Por esos días, 1963, Eduardo Calderón al que también le gustaba la Historia me animó a pedir permiso de entrar a la Facultad de Historia de la UNAM. Un domingo, hacia octubre, presenté mi examen de admisión. Al salir del examen para tomar el autobús frente al estadio de la UNAM, llamado después "México 68" me enteré de que estaba jugando el Necaxa contra Guadalajara.

Pude comprar un boleto en la parte más alta del estadio y pude ver el segundo tiempo. Pocos días después me encontré casualmente, muy cerca de la Bombilla con la Srta. Elena Jeanetti, quien había sido secretaria del Instituto Bachilleratos, mujer de memoria prodigiosa; se acordaba del nombre de muchísimos ex alumnos. Muy amable me dijo: "¿Cómo está, padre?". Me sorprendió que me hablara de "usted", siendo que me había conocido 20 años antes. Le comenté que pensaba entrar a la UNAM a Historia. La Srta. Jeanetti era secretaria Académica en la Ibero, de suerte que me preguntó por qué me interesaba la UNAM y no la Ibero.

Platicamos un rato y me dijo que ella me facilitaría las cosas en la Ibero y, como jesuita, me conseguía una beca. Además, hablaría con la directora de la escuela que era la Lic. Alicia Huerta, y con cada uno de mis maestros para que me permitieran entregar los trabajos según fuera pudiendo y que a pesar de mis inasistencias que iban a ser muchas me permitieran presentar exámenes ordinarios. El ofrecimiento era monumental y decidí el maravilloso ofrecimiento que me hacía la Ibero que acababa de estrenar sus flamantes instalaciones cerca de Río Churubusco, las cuales se derrumbaron en el temblor del 85.

Los felices años en la Ibero

En el Teologado, el rector, Enrique Portilla, me permitió asistir a la Ibero solamente los jueves, día de vacación. Como bedel, cada mañana, de lunes a viernes, a las ocho y media de la mañana pasaba yo un buen rato con el rector para tratar diversos asuntos del Teologado. Luego asistía a tres clases diarias. Para ir a la Ibero, después de comer, salía corriendo a tomar un autobús, de Río Hondo a la esquina de Taxqueña y Calzada de Tlalpan para abordar el trolebús que, por Río Churubusco, me dejaba a unas cinco cuadras de la Ibero. Por la mencionada esquina de Tlalpan y Taxqueña pasaba un auto con los jesuitas de la Ibero, pero nadie me conocía y nunca me atreví a presentarme como estudiante jesuita que iba a la Universidad de ellos. Mi permiso era de ir solamente los jueves, pero yo iba no solo los jueves…

Mis tardes en el Ibero fueron memorables; en clase éramos cuatro hombres entre cuarenta guapísimas muchachas. Todas iban muy elegantes, de vestido y peinado de salón. Siempre se dirigieron a mí como “padre”. No muchos días después de comenzado el curso, cuando nos conocimos mejor, no faltó quien se ofreciera a darme aventón de la Ibero a la Avenida Insurgentes donde tomaba yo el autobús a San Ángel. Después se pusieron de acuerdo para recogerme en Río Hondo y llevarme a clases. Sobre todo, fueron dos de mis guapas compañeras que amabilísimamente pasaban por mí a la puerta del seminario: Lucero Topete y Carmen Cordero, a quien unos dos años después casé en Cuernavaca, fue la segunda boda en la que oficié; la primera boda fue de otra compañera, Tere Pichardo.

Todas mis compañeras fueron amables, cariñosas y respetuosas. Cuando yo no asistía a clases ellas se ponían de acuerdo para que alguna me guardara apuntes de cada clase. Después de varios meses habíamos formado un grupito más relacionado: Carmen Cordero, Carmen Palacios, hija de un senador por Oaxaca, Lucero Topete, nieta de Everardo Topete, ex gobernador de Jalisco a fines de los treinta y Mecenas de Clemente Orozco, Lucía Correa, nieta de uno de los fundadores del Partido Católico en tiempos de Madero. A las cuatro mujeres nos añadimos tres de los cuatro hombres del salón: Pepe Iturriaga, en el futuro el más brillante y productivo de todo el grupo; Javier, cuyo apellido no recuerdo y que se casaría con Carmen Palacios, y… yo. Carmen Palacios tenía una excelente biblioteca y algunos sábados estudiábamos ahí. Pero obviamente yo era quien las proveía de libros que secretamente sacaba de la Biblioteca Cuevas, a escondidas del padre Daniel Olmedo.

En el primer semestre tuvimos una maestra bastante ignorante; nos daba Geografía Histórica mundial y de México. Frecuentemente, cuando no sabía qué responder, acudía a mí: "a ver, padre, ¿qué respondemos?". A fines del primer mes, en Geografía Histórica de México explicaba ella el viaje de Hernán Cortés a México-Tenochtitlán y preguntó al grupo ¿qué hacía Cortés en Cuba? Me preguntó a mí y respondí: "Cortés era escribano". "¿Qué más hacía?" insistió; "no sé" respondí, y ella continuó: "cuidaba puercos"; lo dijo en un tono como de reproche a mi ignorancia.

Siguió la clase y llegamos a Veracruz, la maestra comentó que entre la gente de Cortés venía "un minorista". Alguien del grupo preguntó: "¿qué es eso?", y la maestra para variar se dirigió a mí: "a ver, Padre, explique". "Es un clérigo que recibió las primeras órdenes para el sacerdocio". Siguió la clase: "la misa en Veracruz la celebró el minorista". Yo, que seguía molesto con la maestra, la interrumpí: "un minorista no puede celebrar misa. La celebró el capellán de Cortés, el sacerdote mercedario Fray Bartolomé de Olmedo, no un minorista". La maestra salió precipitadamente del salón y todos nos quedamos admirados. Minutos después llegó la maestra Alicia Huerta, directora de la Escuela de Historia y nos dijo que la maestra de Geografía Histórica había renunciado a la clase… El grupo me aplaudió y me echó porras.

Mis compañeras fueron increíblemente amables y cariñosas conmigo. Yo faltaba muchísimo a clase. Me daban copias de sus apuntes de clase, no me dejaban pagar en la cafetería; me invitaban a sus casas, y papás y mamás eran notablemente finos conmigo. Ya comenté que mi primera boda fue la de Tere Pichardo, cuya familia me siguió favoreciendo con su cariño. La segunda boda fue la de Carmen Cordero en Cuernavaca. Recuerdo que la comida fue en un jardín. En cierto momento la mamá me dijo: "padre, por favor, quítese el saco". Cuando me lo quité, casi todos los varones se lo quitaron, pero consideraban, de acuerdo con el *Manual de Urbanidad* de Carreño, que delante de un sacerdote no se podían quitar el saco. En años posteriores, cuando yo iba a la ciudad de México, la familia Cordero me prestaba siempre un auto. Mis compañeras veían con agrado que yo fuera sacerdote y el día de mi ordenación invité a varias, no a todas porque nos ordenamos 29 y se restringió el número de invitados.

Los maestros de la Ibero eran en buena parte los mismos que en la UNAM. Recuerdo muy en especial al Lic. Ernesto de la Torre Villar, católico declarado, director de la Biblioteca Nacional de México, que en ese momento estaba en el antiguo templo de San Agustín. Don Ernesto me permitía entrar como en mi casa a todos los rincones de la Biblioteca. Recíprocamente, él iba los sábados por la tarde a nuestro seminario, en San Ángel, en Río Hondo número 1, a la Biblioteca Cuevas.

Muy estimado era el maestro Eduardo Blanquel, marxista muy respetuoso y brillante como expositor. Queridísimo de las muchachas el maestro Miguel Mansur Kuri, notablemente simpático y ameno, católico también; sus clases a reventar de oyentes de otras escuelas. Muy bien me trataron Norma de los Ríos Méndez, María de la Luz Parcero, Andrea Sánchez, Cristina González, cuya boda celebré en Coatzacoalcos, Veracruz; el Lic. Tarsicio García Díaz; la Dra. Rosaura Hernández que fue la primera mujer doctorada en Historia por la UNAM: la maestra "Chagüita" fue muy querida por todos.

Capítulo aparte estuvo Virginia Guedea, quien más tarde sería destacadísima catedrática y funcionaria en la UNAM. Es bisnieta de Porfirio Díaz y por historia larga de contar la considero como una hermana. Hace dos años, escribo en 2018, en el homenaje nacional al jesuita Xavier Clavijero en la UNAM, tuve la muy agradable sorpresa, el día que presenté mi ponencia, de ver a Virginia

presidiendo la mesa; ella con un puesto muy elevado en la UNAM al saber que yo iba a presentar una ponencia pidió presidir la mesa, nos dimos un gran abrazo en público.

Regreso a los años de la Ibero. Al comenzar 1965 fui con el rector Enrique Portilla para pedir permiso de volver a inscribirme en la Universidad: "No" me dijo Enrique: "tu permiso era por un año. No te puedes distraer de la Teología". Le enseñé mi nota de diez en Teología y dieces en la Ibero: "Además, no se le olvide, fui bedel de 90 teólogos y no fallé en nada". Se quedó un momento pensativo: "Tienes razón, pero algo anda mal, no puede ser que tengas puros dieces, o la Ibero está mal, o San Ángel está mal, pero no te puedo reprochar nada. Puedes inscribirte de nuevo".

Fueron años muy pesados para quedar bien tanto con los maestros de Teología como con los de la Ibero. Los jueves en que todos se iban de día de campo o a jugar, yo me iba a la biblioteca, lo mismo los domingos. Ahora me alegro de haberlo hecho así. En vacaciones del Teologado aprovechaba yo para entregar trabajos pendientes de la Ibero. Presenté varias materias "a título de suficiencia" y logré cursar todas las materias obligatorias en tres años y medio. Fueron años laboriosos. Contaba yo con la biblioteca Cuevas en San Ángel. La habían fundado a mediados del siglo XIX el padre Basilio Arrillaga, todo un personaje excepcional; provincial de los poquísimos jesuitas que había, rector de la Universidad de México, diputado del partido conservador.

Al comenzar el siglo XX el padre Mariano Cuevas la enriqueció aún más, y luego la heredó el Colegio Máximo de San Ángel. Todos los libros de historia colonial de México que los maestros nos citaban en la Ibero estaban en la Cuevas; manuscritos de Iturbide, Benito Juárez y otros personajes. Mucho material original de jesuitas de los siglos del Virreinato, sin olvidar la maravilla del manuscrito original de la Historia Antigua de México del padre Javier Clavijero.

También de ahí rescaté el manuscrito que me sirvió para el doctorado. Ya hablé del encargado de la biblioteca, el padre Daniel Olmedo, con quien hice muy buenas migas al llegar yo al filosofado en 1954; me prestó copia de las llaves de esa biblioteca y de la que nos heredó la viuda de Joaquín Amaro. Cómo gozaba yo con la Cuevas hasta que un mal día hacia 1966, con rostro adusto que no le conocía, me recogió las llaves. En esas fechas, como creo haberlo dicho,

me permitieron vivir con la comunidad de profesores de San Ángel, del Colegio Máximo. Un día en que estaban varios de los maestros manifesté mi extrañeza de la forma en que don Daniel Olmedo me pidió las llaves. Los profesores intercambiaron miradas, como de interrogación o de consulta.

Comenté que me había pedido las llaves haría como dos meses, entonces uno de los maestros comentó que la fecha coincidía con una reunión importante de los maestros para pensar en maestros del futuro para cada asignatura, y al tratar de la Historia de la Iglesia por unanimidad dijeron: "ahí está Chuchín". Y según comentaron dos de los maestros, don Daniel Olmedo no pudo disimular su disgusto. He pensado que don Daniel, a quien tanto le debo, se obnubiló aunque era muy inteligente, y en lugar de alegrarse de que uno de sus alumnos lo sucediera, se molestó. Abrevio esta historia, diré que el pobre Olmedo, anciano, se fue quedando sin amigos en lugar de envejecer rodeado de ex alumnos que lo admirábamos.

Por lo demás, los años de Teología fueron maravillosos. Los compañeros teníamos fraternal amistad de años. Con toda una vida deseando ser sacerdotes, veíamos cerca nuestra meta. A diferencia de fechas posteriores, me refiero a los años posteriores a 1970, en que creo que algunos jesuitas llegaron al sacerdocio como a un requisito para "influir en las masas"; nosotros queríamos completar la obra del Señor Jesús.

Los jesuitas a los que me he referido, de ver el sacerdocio como un modo de influir en la sociedad, ninguno ha perseverado por fortuna. De esto creo que hablaré de nuevo cuando mis recuerdos se refieran a París, 1967-1970. A medio siglo de mis años de Teología, los recuerdo con nostalgia y enorme felicidad; reitero que éramos hermanos muy amigos, con enorme confianza mutua, con ideales comunes, con muchos gustos semejantes.

La Compañía de Jesús era un valor indiscutido con enorme deseo de servir a la Iglesia, de seguir los pasos de nuestros mayores, de San Ignacio de Loyola y sus compañeros que deciden ponerse al servicio del Papa para ir "a cualquier parte del mundo" a llevar la palabra de Dios. En aquellos años no teníamos casa para ancianos y enfermos, sino que iban a una de las casas grandes, es decir, a San Cayetano y a San Ángel, de suerte que los jóvenes los visitábamos y escuchábamos sus historias, cosa que ya no sucede ahora cuando los viejos y

enfermos estamos en una enfermería, donde ciertamente la atención médica es inmejorable, pero se perdió la maravilla de que los jóvenes escuchen las aventuras, la historia, de los mayores.

Mi año en la Ibero, en vísperas de la ordenación, me fortaleció humanamente. Creo que la vida con mis compañeras de Historia fue una fortuna; convivir con muchachas guapas, a quienes les agradaba mi deseo de sacerdote, afirmó y maduró mi opción. La ordenación fue una experiencia difícil de describir; fue en latín con expresiones con distinto sabor en español: la unción de las manos *ut omnia quae benedicant maneat benedictum in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, "*para que todo lo que bendigan quede bendecido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*"; poder de absolver en nombre de Dios!!!!! Tiene la facultad de perdonar. El mismo día de la ordenación, por la noche, cuando le avisé al padre Manuel Acévez la hora en que saldríamos para celebrar mi primera misa, el padre me dijo: "siéntate", luego tomó él una estola que estaba sobre la mesa y se arrodillo: "escúchame en confesión", me dijo. La experiencia de mi primera confesión me estremeció de por vida…. Nos ordenamos 29, el grupo más grande en toda la historia de la Provincia de México: había un inglés, varios españoles, centroamericanos y un filipino.

Al día siguiente de mi primera misa, Lucero Topete, una de mis compañeras más queridas de la Ibero que me había acompañado en la ceremonia de la ordenación me pidió que fuera a un hospital a confesar a un trabajador de su familia a quien iban a someter a una operación muy peligrosa y que en forma angustiante pedía confesarse. Después de la confesión quedó muy en paz y murió durante la operación.

Fue también una experiencia inexplicable; haber contribuido a que ese hombre entrara sin temor al quirófano y sin ninguna angustia haya muerto. A la fecha, después de más de cincuenta años le sigo agradeciendo a Dios el que me haga el inmenso favor de contribuir a que la gente quede en paz. No sé a cuántos he ayudado a morir. Recuerdo muy especialmente que hará unos tres años tuve entre mis manos las de Jorge Manzano y que durante la última hora de su vida no dejé de repetirle "Jorge, vete en paz", "Jorge, ve con Dios". Repetir a la gente que Dios la quiere sigue siendo algo de lo más hermoso que El Padre de todos me ha concedido.

Me sigo admirando de que mi profesor de Teología Moral, en dos o tres ocasiones en que le pedían un sacerdote para confesar a "gente complicada", me pedía que yo fuera, siendo que era él un hombre experimentado. La ordenación fue el 24 de octubre de 1964. Se hacía la víspera de Cristo Rey, en aquellos años era el último domingo de octubre. La primera Navidad la pasé en la Tarahumara para acompañar al padre Acévez.

¿Qué haría cuando fuera grande?

En antevísperas de la ordenación sacerdotal era obvia la pregunta o la inquietud de cuál sería mi futuro como jesuita. Siempre deseé ser sacerdote, los ejercicios ignacianos de mes y la invitación hecha a los apóstoles: "vengan para estar conmigo". Me impactaron de por vida. Los dos años de magisterio me hicieron apreciar en grande el trabajo en los colegios, en el Instituto Regional de Chihuahua viví años maravillosos que me hicieron suspirar por dedicar mi vida a los colegios. El sueño del Japón había quedado como eso como un sueño, pero en plena paz y seguridad de mi vocación como jesuita. Al comenzar la Teología me dijeron que me dedicaría a trabajar con grupos de universitarios y movimientos estudiantiles, y fue la razón por la que pedí estudiar en la Universidad.

En Chihuahua había descubierto que los muchachos no apreciaban a los "directores espirituales" de los colegios si no les constaba que eran eminentes en alguna rama del saber. Quería entrar a la UNAM a Estudios Políticos; debo decir que en San Ángel en Filosofía y en Teología siempre me distinguí por ser alguien interesado en la vida política del país. Era yo uno de los 4 o 5 que veíamos el informe presidencial por la tele. Sin embargo, pensé que era más fácil que me permitieran estudiar Historia, que desde niño me había gustado. Mi afán de la Universidad era para estar más capacitado para influir en la gente joven.

Después del cuarto año de Teología se hacía la "Tercera Probación", último periodo de la formación, antes de darle a uno el destino para su trabajo. En esos años estábamos repartidos en dos Provincias; como yo era del Norte no podría seguir en la Ciudad de México, lo que suponía que yo no podría ir a la UNAM para el doctorado y pedía al Provincial que me dejara en México para terminar. La Tercera Probación se hacía por lo común en Europa y, a partir de 1967 se haría en México, lo que suponía que yo no la haría en Europa y todos mis com-

pañeros me decían que yo cometía un error monumental para quedarme en la UNAM, porque nunca iría a Europa.

Como me habían dicho que yo trabajaría con jóvenes universitarios quería sacar el doctorado para tener algún ascendiente académico. El Provincial de México Norte me permitió quedarme en la capital, pero debí buscar casa. En el seminario, en San Ángel, solo estaban los estudiantes de Filosofía y Teología con sus maestros. El Rector Enrique Portilla consultó con todos los padres de la comunidad y aceptaron que nos quedáramos con ellos dos sacerdotes estudiantes: Manuel Marzal, español de la Provincia de Perú que estudiaba Antropología en la Ibero y yo.

Por cierto que al siguiente año varios que estudiaban en la Ibero o en la UNAM ya no gozaron de ese privilegio. Me asignaron un cuarto frente al padre Salomón Rahaim. Don Salomón tenía bien ganada fama de ser muy inteligente y dotado. Fue un compañero maravilloso. Mucho después, en los años noventa, volveríamos a estar en la misma comunidad, en Villa María. Recuerdo muy bien que cuando murió le lloré cariñosamente. En esos años en San Ángel, cuando terminaba mi carrera en la Ibero, el padre Salomón y otros padres me pedían diversos ministerios que ellos no podían atender, sobre todo conferencias variadas, retiros y ejercicios ignacianos en colegios femeninos de la "alta burguesía capitalina".

Siempre había excelente remuneración económica y el Provincial, Ignacio Rentería, que me acababa de indicar que iría a París me autorizó a juntar todo el dinero que pudiera. Fueron meses de intensa vida social con mis compañeras de la Ibero y gente que me invitaba. El padre David Mayagoitia que dirigía la Corporación de Estudiantes Mexicanos, sucesores de la UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Católicos Mexicanos), fundada por el Padre Pro hacia 1927 y de donde saldrían los principales fundadores del PAN, hacia 1936, me invitó a sugerencia del Padre Jesús Hernández Chávez que me había recibido en el Colegio Unión en 1942 a colaborar en la Corporación y en la Unión Femenina de Estudiantes Católicas (UFEC), donde conocí, entre otras, a Patricia Mercado. Trabajé ahí de 1965 a septiembre de 1967 cuando me fui a París. Eran estudiantes de la UNAM y del Poli; experiencia maravillosamente enriquecedora para

mí. Al mismo tiempo escribía mi tesis de licenciatura y estudiaba francés. Años que recuerdo con añoranza y enorme agradecimiento con Dios.

Hacia 1966 vine a Guadalajara a saludar a mi familia y le pedí al Provincial que me dejara en la capital para terminar mi doctorado y, con enorme gusto de mi parte, me dijo: ¿qué te parece si en lugar de la UNAM te vas a París? Brinqué de gusto. Cristián Ochoa, compañero mío desde la primaria en el Colegio Unión de Guadalajara, luego en la secundaria en México y que sorpresivamente entró conmigo a la Compañía de Jesús el mismo día que yo y que también nos ordenamos juntos, era el "socio", el secretario particular del Provincial Ignacio Rentería fue quien tuvo la idea de enviarme a París.

Con el apoyo de las hermanas Elena y Alicia Jeanetti, con palancas en la embajada de Francia en México, conseguí una beca para París y las familias De la Parra y Argüelles, durante mis tres años en París me enviaban mensualmente 300 dólares, cantidad fabulosa para un estudiante. Por influencias de papás de mis compañeras de la Ibero, conseguí un lugar en la Casa de México de la Ciudad Universitaria de Francia. Algo sumamente difícil y complicado pero, como luego diré por solidaridad con otros jesuitas mexicanos en París, me fui con ellos a la Comunidad Mexicana de París con las consecuencias de que hablaré más adelante. Logré que la Ibero me concediera rápidamente el examen para la Licenciatura y, después de casi un mes de despedidas con mis muchachos y muchachas de la Corporación, de la UFEC y compañeras de la Ibero me fui a París el 08 o 09 de septiembre de 1967.

París

Las últimas dos semanas en México fueron tremendamente agitadas. Adriana Portillo, alumna de la Ibero, acababa de perder a su mamá y durante mi último mes me prestó el coche que había dejado su mamá; un Studebaker deportivo, con el cual me pude mover sin restricciones. El último día celebré la misa con las carmelitas de Reforma 32 en San Ángel y Federico Lamicq, hermano de Xavier, me llevó al aeropuerto, donde me esperaban decenas de muchachas de la UFEC y muchachos de la Corporación.

La víspera por la tarde fui a un hospital del Seguro a visitar a mi amigo el Dr. Kramis, esposo de "mi mami de México", la Sra. Ángeles Joublanc. El Dr. Kra-

mis Tejeda no era nada religioso, pero me apreciaba mucho. Cuando me despedí me dijo: "cuando regreses de París te recibiré con un mariachi y, como adelante diré: el Dr. Kramis murió durante mis años parisinos, pero al regresar, su esposa Angelita me recibió con mariachis. En aquellos antieres en los aeropuertos no había las revisiones de ahora y las muchachas de la UFEC me acompañaron casi hasta la escalerilla del Boeing 707 *Château de Versailles* de Air France, mientras un mariachi tocaba "las Golondrinas" que me hicieron llorar de nostalgia y emoción.

Durante el vuelo México-Houston iba pensando si mi decisión de ir a París era la acertada. En New York, mientras caía la noche, al embarcarme hacia París casi me arrepentía de mi decisión. Los buenos vinos que servían entonces en los vuelos internacionales aminoraron mi pena. Noche muy corta y nunca olvidaré cuando el piloto dijo "estamos cruzando el Canal de la Mancha". Aterrizamos en París hacia las 9 de la mañana, hora local. Humberto García Bedoy y Roberto Guevara me esperaban y luego me llevaron a la casa de Rue de Grenelle 42, en plena zona parisina de embajadas. Con dos semanas de despedidas de México y cambio de horario, dormí durante casi 24 horas.

En aquellos años los cursos universitarios en París comenzaban al día siguiente del "Armisticio" de la Guerra del 14, el 11 de noviembre, de suerte que disponía yo de dos meses para mejorar mi francés. Por la mañana asistía a la Alianza, a tres cuadras de mi casa, y por la tarde a la Escuela Berliz en pleno centro muy cerca de La Ópera. Al salir de la escuela, por la tarde, me dedicaba a pasear. No olvido la tarde en que, sin saberlo, desemboqué de pronto en la Plaza de la Concordia; quedé boquiabierto.

Todas mis lecturas se agolparon en mi imaginación: el gran obelisco egipcio en el centro; las estatuas en las cuatro esquinas, en una de las cuales había estado la guillotina en los trágicos meses de la Revolución. Recordé mis clases de secundaria, cuando el Lic. Ubaldo Vargas nos describía la ejecución de Luis XVI; la multitud expectante, el infeliz rey subiendo las gradas del cadalso, los tambores a todo volumen para evitar que la gente oyera lo que el rey decía. Los nazis desfilando por la plaza, y otras anécdotas leídas, sobre todo de la vida de San Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros en sus tiempos de París.

La comunidad jesuita de *Rue de Grenelle* no era la única de París, pero la más importante sí; unos 60 franceses con gente tan ilustre como el predicador de *Notre Dame*, en ese momento el Padre Riquet, que yo había leído ávidamente en México; los capellanes universitarios de las facultades de Derecho, Medicina, Ciencias Políticas y otras escuelas; capellanes de cárceles y hospitales, escritores e investigadores de fama. Junto con los franceses, unos 70 sacerdotes jóvenes, jesuitas, de todo el mundo que estudiaban diversos doctorados. La verdad nos tenían especial aprecio a los mexicanos.

Pronto hice algunos amigos: el padre De Bourget que era el cuidador de la sección egipcia en el museo de *Louvre*; el viejito Pelletier, menudito en su sotana que nunca dejó y especialista en autores griegos. No recuerdo el nombre de un viejito sin piernas, quien perdió en el primer combate en el frente el año 1914. Tenía un hermano, también jesuita, quien durante la primera guerra perdió una pierna, de suerte que solo había una pierna para dos hermanos; el padre sin piernas era especialmente amable y siempre se refirió a mí como "el niño Jesús".

Había también algunos muy alzados, pero eran los menos. Los estudiantes jóvenes éramos de muchos países: estadunidenses, un inglés, vietnamitas, africanos, latinoamericanos, españoles, polacos, checos, italianos y de otras partes. El padre ministro, algo así como el administrador, era un bretón muy amable y servicial. Le pedí me consiguiera una maestra de conversación en francés y me recomendó a una viejita, maestra jubilada, muy religiosa que perdió a su novio en la primera semana de la guerra del 14 y nunca se casó. Vivía casi frente a la entrada de la famosa prisión de *La Santé* y que recordaba que, antes de 1940, guillotinaban a los condenados a muerte a pocos metros de su casa.

Llegaba yo y me metía a su cocinita a preparar el café; luego la clase de francés. La viejita, Madeimoselle Legris sabía latín. Me decía que mi latín y el dominio de la gramática nos permitían avanzar rápidamente. Pronto le conseguí más alumnos entre los jesuitas colombianos y venezolanos a los que les aceptaba una pequeña retribución monetaria, pero a mí no me aceptaba ni un centavo y tenía que ingeniarme para llevarle discretamente algunos regalitos. Presumía a sus amigas que "le pére jesuite mexicain" se metía a la cocina a preparar el café. Por otra parte, el padre superior Gaston Dujardin, quien siempre había trabajado con universitarios, me recomendó con una de sus ex alumnas, Madeleine Denis,

maestra en el Instituto Católico de París que en 1969 me ayudó con el francés para redactar mi tesis.

Varios jesuitas mexicanos estudiaban en París y Raúl Mora tuvo la idea de juntarlos para fundar la Comunidad Mexicana de París. Para nada se me antojaba llegar a París a una comunidad de jesuitas mexicanos. Yo quería meterme lo más posible en el mundo universitario francés. Por familiares influyentes de mis compañeras de Historia en la Ibero logré que me dieran un lugar en la Casa de México de la Ciudad Universitaria de París, muy solicitada, pero por altas influencias, a través de mis compañeras de la Ibero, obtuve un lugar.

Lo más maravilloso del caso fue que el Provincial de México, el padre Ignacio Rentería me autorizó, pero los de la naciente comunidad mexicana de París insistieron en que me fuera con ellos. Me parecía absurdo vivir con mexicanos y no con franceses, sobre todo porque yo quería aprender bien francés, pero no hubo remedio. La comunidad vivía en la Rue D´Assas, a unas tres cuadras de la *Rue de Grenelle*, en un departamentito que durante la Segunda Guerra sirvió de escondite a los jesuitas; había 5 o 6 cuartitos, una cocineta diminuta y un W.C. Desde los años de la guerra nadie había instalado una regadera.

Los mexicanos, al día siguiente que llegamos, improvisamos con cortinas de plástico un pequeñísimo baño al que conectamos una manguera con una regadera. Desayunábamos y cenábamos en el departamentito y a medio día íbamos a comer a la *Rue de Grenelle*, donde el jefe de la cocina, "el Gordo Eguía" ofrecía una copa de Cognac a los mexicanos. Casi diario lo hacíamos. En la *Rue de Grenelle*, ya lo dije, había gente muy ilustre, como el asesor espiritual de los jesuitas estudiantes, el padre Duance, quien había sido durante muchos años el superior de Theillard de Chardin. Duance era un anciano maravilloso: culto, muy religioso, humano, comprensivo, paciente, del que guardo un agradecido recuerdo. El superior era Gastón Dujardin. Fue especialmente amable conmigo, al grado de que algunos franceses decían que yo era su chiqueado.

Yo lo invitaba al cine y él luego me invitaba a "un demi", es decir, una copa de cerveza. En las vacaciones de 1968, en que fui a Londres a estudiar inglés le envié una foto en la que yo, elegante en mi traje gris obscuro, estaba entre melenudos y niñas en minifalda en una famosa fuente londinense. El superior tenía mi foto sobre su escritorio y presumía al "padre mexicano que anda con la gente

joven". Meses después de haber dejado París, a fines de 1970, el padre Dujardin me escribió una carta muy cariñosa que guardo como un tesoro.

Desde mi segunda semana en París, el superior me envió a confesar el viernes a las 10 de la noche al santuario de *Monmartre*. Eran solamente hombres. Para llegar al santuario había que atravesar la zona de centros nocturnos famosos como *Le moulin rouge*. Regresaba en el último metro, a medianoche. Solo fui tres semanas; entendía todo, pero me faltaba vocabulario para poder ayudar y animar a los que se acercaban. Transcribo parte de una carta a mi mamá de noviembre 27 de 1967:

> Estamos en otoño y ya hace un frío terrible: los pocos días asoleados son iguales porque el sol no calienta. Es obligado salir con dos suéteres, saco y abrigo, guantes, bufanda y paraguas, porque a la hora menos pensada comienza a lloviznar. El frío es tal que entre las muchachas está de moda usar botas altas y pantalones. La vida es muy cara y gasto mucho en el correo aéreo porque debo contestar dos cartas diarias.
>
> Muchas aventuras: la última hace 25 días en Strasbourg, frontera con Alemania, fui a visitar a tres jesuitas mexicanos que estudian ahí. Estábamos en la planta baja de la casa donde ellos viven y de pronto vimos humo en el segundo piso; corrimos y no pude entrar al cuarto donde me hospedaba porque había mucho humo; qué bueno que no entré porque en ese momento se derrumbó el piso: se quemó una cámara, muy cara, que me prestó una de mis compañeras de la Ibero; perdí libros, ropa, apuntes, medicinas, mi pasaporte, mis lentes de repuesto. Al regresar a París fui a la Embajada de México a sacar otro pasaporte y resultó que dos de las secretarias eran mis conocidas de cuando estudiaban la Prepa en el Colegio Francés del Pedregal en México, donde yo celebré la misa de las niñas durante dos años.
>
> Creo que ya conozco París mejor que Guadalajara. Antes de ir a cualquier barrio o zona, estudio su historia: ya sé dónde descabezaron a Luis XVI y a María Antonieta, donde desayunaba Napoleón y por donde se paseó Hitler. La semana próxima visitaré la tumba de Porfirio Díaz.

En estas pocas semanas he recibido visitas de mis compañeras de la Ibero: me han traído Tequila, dulces y diversos regalos. Gracias a eso, a pesar del incendio, tengo ropa para el próximo invierno.

Los profetas

La Comunidad Mexicana de París merece un buen párrafo. Creo haber indicado que el Provincial de México me autorizó a vivir en la ciudad universitaria de París, en la Casa de México donde era sumamente difícil inscribirse. Por influencia del papá de alguna de mis compañeras de la Ibero logré un lugar en la famosa casa, pero Raúl Mora que tenía ya varios años en París tuvo la idea de juntar a los jesuitas mexicanos que estudiaban en Europa para formar la Comunidad Mexicana Jesuita de París.

A mí me parecía absurdo que los mexicanos nos aisláramos de los franceses. Según oí, Mora escribió una carta al Padre General Pedro Arrupe proponiéndole la idea y que se aceptó la propuesta. Muchos años después en Guadalajara me enteré de que el Padre Arrupe no aprobó la idea, pero que Raúl Mora interpretó como una aprobación. Desde que se enteraron de que yo iría a París me incluyeron en la famosa comunidad en la que estarían, además de Raúl Mora, quien estudiaba Literatura, Humberto García Bedoy, quien estudiaría Sociología lo mismo que Roberto Varela, además de Roberto Guevara, Martín de la Rosa y Óscar Maisterra, quien estudiarían Teología, se sumaba Raúl Durana, quien en París continuaba su carrera de Filosofía, pero inscrito en Alemania.

La comunidad me resultó muy de extrema izquierda marxista, con excepción de Raúl Durana, quien pensaba como yo y que pasaba largas temporadas en Alemania. Me encontré con colegas "de izquierda". Antes de irme a París, durante varios años había yo trabajado con el Padre David Mayagoitia entre estudiantes de diversas ciudades de la República y sobre todo de la UNAM y del Politécnico de México, además de mi experiencia en la Ibero. Creo que yo tenía una idea acertada del mundo universitario de México y me resultó muy novedosa y desagradable la visión de mis colegas de la Comunidad Mexicana de París.

Desde el principio choqué con ellos, fieles admiradores del Che Guevara y del sacerdote colombiano Camilo Torres, quien había tomado las armas. Yo les insistía en que ellos no conocían el mundo universitario de México y que

solo iban a "importar" desde afuera una mentalidad que no existía en la generalidad del mundo universitario mexicano. Hablo de 1967 y no del mundo de 1974, cuando entré a la Universidad de Guadalajara. A Principios de ese 1967 los jesuitas mexicanos que estudiaban en Europa eran unos 25, y se reunieron en Galarate al norte de Italia para desde Europa estudiar la realidad mexicana, a raíz de una muy importante carta del Padre Arrupe en que manifestaba: "la opción preferencial por los pobres".

En esa reunión estuvo el gran profeta, o gran *gurú* Porfirio Miranda, a quien el Padre Arrupe le parecía tímido y aun falto de carácter. Al llegar yo a París, en septiembre de 1967, ya se estaba anunciando para el año próximo una reunión que terminara los estudios iniciados en Galarate ese año. Mi desacuerdo fue desde el primer día. La Comunidad Mexicana oficialmente se echó a andar a principios de noviembre de 1967, creo que el día 10, cuando el padre Dujardin, superior de Rue de Grenelle, presidió la eucaristía en nuestro departamento en la Rue D'Assas número 14.

El P. Dujardin, quien nos escuchó a todos, me dijo al final: "tú, *mon vieux, (tú, viejo)* eres un hombre piadoso deberías aprender de tus compañeros que son animosos, aguerridos, valientes". Cuando nos fue conociendo más, el buen Padre Dujardin fue cambiando: "viejo, no te conocía, dispénsame, me gusta tu modo de ser", y ya comenté que a la vista de los franceses yo era su chiqueado. Me presentó a una maestra del Instituto Católico de París, quien había sido de las jóvenes de sus grupos de estudiantes católicos que me resultó en el futuro de muy importante ayuda. Era maestra de español en la Universidad Católica y muy amiga de Madeimoselle Darán, quien coordinaba a los maestros de español de todos los Liceos (las "prepas") de París. Como estábamos, en 1967, en vísperas de los juegos olímpicos había especial interés por México y me invitaban de las prepas a hablar, en español, sobre de México; yo gozaba, me divertía y… me daban un dinerito.

Vuelvo al tema de la comunidad. Raúl Mora consiguió un departamentito en el número 14 de la Rue D´Assas, casi esquina con Rue de Rennes, en la elegante sección de embajadas y casi colindando con el Barrio Latino. Teníamos una reunión semanal para tratar muy diversos temas; uno fundamental era que obviamente el dinero era común: las entradas y los gastos. De hecho, yo era quien

más aportaba; los 90 dólares que nos mandaban los jesuitas desde México eran suficientes para sobrevivir en París, los 150 dólares que igual que Raúl Mora recibía del gobierno francés, los 300 dólares que me enviaba la familia De la Parra, lo que me daban por las charlas en los liceos, las prepas y aquello que me daban las Madres Auxiliadoras de *Monmartre* a las que yo les celebraba la misa por las mañanas.

Raúl Mora había regresado a México y solo esperaba fecha para su examen en la *Sorbonne*. A principios de enero del 68, en pleno invierno parisino, me resfrié y pedí que alguien de la comunidad me supliera en mi misa de las 7 de la mañana en *Monmartre*… Ninguno se ofreció y decidí que el dinero que me daban por mis misas matutinas no entraría a la bolsa común. A la semana siguiente, en junta de comunidad, a la que yo no pude asistir se decidió que terminaba la "bolsa de la comunidad" y que cada quien se administrara… Obviamente quien salió ganado fui yo; podía ir más al cine y, como luego contaré, me permitió viajar.

La Sorbonne

Por lecturas de muchos años, la *Sorbonne* era para mí un sueño, un sueño de fantasía. Durante mis años en San Ángel y en la Ibero leí mucha historia de Francia, sobre todo de los tiempos medievales del arte gótico y del nacimiento de las universidades. Tenía yo un fuerte "bagaje" francés. Además, San Ignacio de Loyola y todos los primeros jesuitas habían estudiado en la universidad de París. Todo eso me preparó para gozar de la capital francesa. El mundo universitario medieval de Abelardo y Eloísa y los renacentistas de Ignacio de Loyola y sus compañeros le daban a París un ambiente maravilloso de historia parisina.

En el sistema de los años 60 los doctorados de la Sorbona no tenían planes de estudio, de *curricula* como dicen ahora en una palabrita de latín agringado. El estudiante aceptado debía buscarse un tutor que le dirigiera sus estudios y su tesis. Había una larga lista de posibles tutores. Yo deseaba que fuera Robert Ricard, autor de "La Conquista Espiritual de México" que despertó en buena parte en Francia y en México el interés por la historia religiosa en nuestro país.

Había un inconveniente; sin yo saberlo, Ricard se había jubilado dos años antes, 1965, y ya no estaba en la lista de posibles tutores. Logré localizarlo; era un hombre muy religioso y amante de México. Me aceptó y me hizo mi plan de

estudios para el doctorado con clases en la *Sorbonne* y en la Escuela de Altos Estudios. Mes y medio después fui a su casa y le dije que los cursos que él me había recomendado no me gustaban y me dijo: "haga usted un plan a su gusto y luego hablamos". A la semana siguiente le presenté mi propuesta y la aceptó con los cursos y maestros que yo escogí. Creo que pocos habrán tenido la suerte, o bendición, que yo tuve.

En toda universidad hay dos o tres maestros excepcionales que le dan renombre y hay otros excelentes, buenos, medianos y malos. Además de Ricard, recuerdo mucho a Oscar Cullmann, protestante alemán y al Dr. Orcibald. Un día Cullmann nos repartió un texto en griego; mis compañeras, porque eran mayoría mujeres, expresaban sus dudas y preguntas, mientras yo sudaba. Debo decir que, en San Ángel, en Teología, tenía yo fama de saber griego, pero… el nivel de la *Sorbonne* era muy alto. La mayoría de los cursos eran de grupos muy pequeños de 15 o 20 cuando mucho. Aquí en la Universidad de Guadalajara tengo grupos de 40 o 50 alumnos.

Para llegar a la *Sorbonne* debía yo atravesar el bellísimo jardín del *Louxembourg*. Había días en que terminaba clases a la una de la tarde y tenía otras a partir de las dos. Comía en la calle una "baguette", es decir, un virote largo al que le ponían dentro una salchicha y una mostaza muy fuerte. Nada que ver con las tortas compuestas de la Ciudad de México o los lonches de Guadalajara con jitomate, jalapeño, aguacate, jamón o carne deshebrada. Recuerdo una clase en Altos Estudios, de dos a cuatro de la tarde, de Historia de Francia con el doctor Orcivald. Éramos unos ocho alumnos alrededor de una mesa; yo era el más joven, en una ocasión, mi vecino, un gordito, comenzó a cabecear y luego… a roncar. No me atrevía a despertarlo y todos los alumnos nos sentíamos avergonzados.

Mi primera Navidad en París fue muy triste. Tuvimos nuestra misa por la noche del 24 y una cena especial. Nos pusimos a cantar villancicos navideños, pero era para tratar de disimular nuestra melancolía. Mi primer enero, 1968, casi me lo pasé en la cama con catarros y gripa. Es muy hermoso ver nevar y contemplar los paisajes nevados, pero otra cosa es, ya que pasó la nevada, caminar metiendo los zapatos entre la nieve que se está deshaciendo; ponerse dos swéteres, abrigo, guantes, bufanda y gorro.

La reunión en Roma

Desde diciembre de 1967 la Comunidad Mexicana de París comenzó a preparar la reunión de jesuitas mexicanos que andábamos en Europa y que sería algo así como la continuación de la reunión de Galarate, de la cual ya hablé. Desde el principio manifesté mi desacuerdo y que yo asistiría a la reunión por elemental solidaridad, pero absteniéndome de participar activamente.

En febrero del 68 decidí ir a Roma para documentar mi tesis de doctorado que era sobre el padre Juan María Salvatierra y las misiones jesuitas en el norte de México. Se tomaba el tren nocturno en París, se dormía toda la noche mientras se atravesaba Francia, se pasaban los Alpes por túneles, obviamente, y se amanecía en Italia con el pasaporte ya sellado. La emoción de llegar a Roma. Me hospedaría en el Colegio Belarmino: un edificio imponente del siglo XVII en el corazón de la Ciudad Eterna; cerca del Panteón, de la fuente de Trevi, del palacio del Quirinal y otros monumentos importantes.

En el Belarmino se hospedaban jesuitas de todo el mundo que sacaban doctorados. Yo trabajaría en los archivos centrales de la Compañía de Jesús, en la casa del padre General y comería en la Casa de Escritores, adosada a la del padre General. Vivían ahí unos 30 jesuitas de todo el mundo que manejaban la Radio Vaticana y aproximadamente otros 35 del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús. El segundo día que comí ahí me tocó sentarme junto al padre Ernest J. Burrus, estadunidense de El Paso, Texas; era especialista del padre Kino y que hablaba perfecto español, y a quien yo había conocido alguna vez en México.

Me preguntó la razón de mi estancia en Roma y cuando supo que era para trabajar en la historia de las misiones mexicanas en el norte se sorprendió de que no me hospedaran con los historiadores y habló con el padre general Pedro Arrupe para que me dieran hospedaje en la Casa de Escritores y en un cuarto contiguo al suyo para apoyarme en todo. El me indicó qué secciones del archivo debería consultar y me daba datos muy concretos que me ahorraron mucho trabajo.

Una tarde, antes de la hora de cenar, llegué yo eufórico porque había "encontrado" la carta manuscrita del padre Kino en que decía que la Baja California no era una isla sino una península. El buen padre Burrus me dejó que me desahogara en mi entusiasmo del "descubrimiento", y cuando le comenté que al día siguiente en los archivos pediría una copia del documento, el padre abrió un cajón

de su escritorio y me dio una copia del original y ya paleografiado, es decir, ya a máquina, porque el original era manuscrito.

Según pasaban las semanas, me fui sintiendo como en mi casa y un día tocaron a mi puerta el director del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús y el padre Ignacio Iparraguirre, el gran especialista en San Ignacio de Loyola. Me sorprendió ver a los dos y más me maravillé cuando me dijeron que si se podían sentar para tratarme un asunto; me proponían que me quedara en Roma como miembro del Instituto Histórico. Yo no lo podía creer. Me quedé mudo y les pedí que me aclararan el asunto, no había duda.

Agradecí la amable invitación y luego de pensarlo les dije: "encantado de trabajar aquí; con gusto me quedaría unos diez años". Se miraron uno al otro y, con mucho tacto y educación, me dijeron: "no, la invitación es para que, como todos nosotros, se quede de por vida". Obviamente mi atenta respuesta fue que me encantaba trabajar como investigador de historia de los jesuitas, pero que me hacía falta la gente joven con la que yo quería vivir mi apostolado como jesuita y que no pensaba pasar el resto de mi vida como investigador en archivos.

La gente de la Casa de Escritores me trató maravillosamente bien. Un día un grupo de españoles me invitó a conocer Asís y fue una visita inolvidable. La presencia de San Francisco es muy sensible, es uno de los hombres más maravillosos de toda la historia; no se le puede poner ningún "pero"; nada se le puede reprochar; todo en él es admirable; una persona única, ejemplar en muchos sentidos; su amor a la naturaleza, a la vida, a la humanidad, a la existencia, a la belleza, a la bondad.

A principios de abril, de 1968, comenzaron a llegar noticias de París, problemas con los estudiantes, enfrentamientos con la policía. Las cosas se fueron complicando y creí que lo mejor era regresar a la Ciudad Luz. Era obligada una escala en Venecia; durante dos días visité lo más que pude de sus maravillas, aunque me tocaron días lluviosos. Regresé a París en el último tren que llegó de Italia, al día siguiente ya no hubo trenes. En París ya no funcionaba el metro y tuve que cargar mis maletas varias cuadras en tiempos en que aún no aparecía uno de los grandes inventos: las maletas con rueditas.

Al día siguiente, probablemente el 10 de mayo, armado con mi cámara Leica 3, me dirigí a la *Sorbonne*. Lo de la cámara Leica, muy cara, tiene su interés; en

una de las despedidas que me hicieron mis compañeras de la Ibero, salió el tema de las fotografías y comenté que yo no tenía cámara y el hijo del Gral. Gómez Huerta, del Estado Mayor del presidente, me dijo: "mi papá tiene una cámara que nunca usa, se la voy a pedir", y al día siguiente me la "prestó".

Además el Lic. Manuel Palacios, papá de mi compañera Carmen, me prestó otra Leica. Así que usaba una cámara para fotografías y otra para transparencias. El 11 de mayo con mi cámara y mi grabadora fui a la *Sorbonne*, me dediqué a fotografiar grafito; tres de los que más recuerdo: "seamos realistas: exijamos lo imposible"; "la imaginación al poder"; "prohibido prohibir". Mientras cambiaba rollo, un barbón melenudo me preguntó por qué fotografiaba; le enseñé mi credencial de estudiante y se sorprendió más; me dijo que él era miembro del comité de información del movimiento estudiantil y me pidió unas fotos para sus compañeros; luego me llevó con ellos y, cuando menos acordé, me extendieron una credencial como miembro del "Consejo de información y agitación" con permiso para fotografiar, pero sin poder grabar nada.

El Consejo sesionaba en el Odeón, o Teatro de Francia, en el Barrio Latino, muy lejos de la Ópera. Asistí a las reuniones de información e intercambio en el gran auditorio de la *Sorbonne*. Al tercer día a mi credencial le añadieron "permiso para grabar", de suerte que grabé lo que me parecía más interesante. Cada día me daban copia de todo lo que imprimían. Mi único problema era retirarme discretamente por las tardes. Digo "discretamente" porque los camerinos y demás dependencias del Odeón se convertían en "dormitorios" comunes y resultaba raro que alguien se retirara sin aprovechar la "libertad" que se pretendía instaurar en todos sentidos. Por esos días escribí una carta a los jesuitas de México que aquí transcribo.

Un jesuita con los anarquistas del Comité Revolucionario
Tomado de "Noticias de la Provincia de México", julio de 1968

Las experiencias de esta revolución son múltiples; unas muy dolorosas como mirar desde nuestro departamento del tercer piso de 14 Rue D'Assas –a media cuadra del barrio latino– cómo la policía golpea con furia a los universitarios;

cómo maltratan salvajemente a una muchacha hasta que la gente indignada grita desde los balcones a coro el peor insulto en lengua francesa: "nazi, suéltala nazi".

Hay otros recuerdos muy peculiares también, como haber visto durante varias noches consecutivas cómo los muchachos levantaban barricadas en el Boulevard Saint Michel, desde Saint Germain hasta el Luxemburgo. Sentir en Saint Germain los efectos punzantes de los gases lacrimógenos. Debo confesar que siempre al comenzar las ráfagas fuertes de gases lacrimógenos, y al ver que la policía cargaba en serio, siempre me vine a casa para seguir por radio el desarrollo de los combates sobre un plano del barrio latino extendido sobre la mesa.

La verdad no creí que en esta ocasión, al menos mi puesto estuviera sobre las barricadas, y me daba cierta vergüenza conmigo mismo venirme corriendo a casa, mientras los muchachos seguían arrancando los adoquines del Boul-Mich para defenderse; y mientras las muchachas de la escuela de Medicina con sus batas y cascos blancos organizaban a todo lo largo de la Rue Racine una caravana de ambulancias improvisadas que se preparaban para atender a los cientos de heridos de cada noche.

Estos muchachos, sobre todo los de las primeras filas ciertamente han sido muy valientes. Y esto lo puede afirmar cualquiera que se haya acercado a estas barricadas –históricas en verdad–; cualquiera que haya sentido esos gases y se haya medio aturdido con las molestísimas sirenas de la policía, los bomberos y la cruz roja. No hay duda, estos muchachos melenudos y estas niñas de minifalda, han sido increíblemente valientes.

No olvido esa tarde de antier –27 de mayo– cuando el anfiteatro Richelieu de la Academia de París de la *Sorbonne*, los dirigentes de la UNEF dieron las últimas instrucciones para la manifestación de esa tarde que daba un muchacho barbudo, de sweater rojo: "no olviden llevar todos casco; sobre todo las muchachas, todas lleven pantalones gruesos y chamarras de cuero". Al llegar el orador a este punto, se dejó oír un aplauso cerrado; aplaudían las niñas encaramadas en la cabeza del adusto Robert de Sorbonne y del pensativo Descartes; aplaudían también los muchachos mientras agitaban caricaturas de mi General De Gaulle y el Che Guevara, impasible en efigie desde las piernas de la estatua de Víctor Hugo, seguía a control remoto la escena desde el patio de honor frente a la tumba del gran Richelieu.

Luego el orador continuó: “lleven lentes de motociclistas, pañuelos húmedos y limones”. Aquí, desde un ángulo del anfiteatro, preguntó una niña: ¿para qué sirven los limones? ¿Para qué sirven? –preguntaron todos. El orador, un muchacho que duerme solo dos o tres horas al día se exasperó: “Silencio, por favor, aún no termino; los que aspiren gases lacrimógenos, no coman ni beban nada durante cuatro horas; se pueden refrescar con buches de agua, pero no la pasen. No se froten los ojos. Finalmente, los limones son para echarse el jugo en las pupilas”.

He vuelto a la *Sorbonne* y el comité de ocupación me extendió una licencia para fotografiar y grabar lo que quiera, y envió una recomendación al comité de prensa para que diariamente me den dos ejemplares de todo lo que se va imprimiendo. Pero, mi experiencia más profunda y humana ha sido con los artistas y anarquistas que ocupan el Odeón, o –como ellos gustan recalcar– el ex teatro de Francia. Estos tres últimos días han sido de estrecha convivencia con estos muchachos y les he ayudado como fotógrafo del comité de información y como intérprete.

No se me había ocurrido ir al Odeón, me sentía más ligado a mi escuela –a la *Sorbonne*–, pero el sábado último pensé que debía ir al Odeón. Tardé un rato en entrar, porque la gente es siempre más de la que se puede instalar en la sala que acude. Asistí a esas discusiones de la tribuna libre que es ahora el Odeón. En el fondo los debates son entre viejos y jóvenes, porque esta revolución es una lucha, un choque de generaciones, de visiones de la vida; es sobre todo una revolución de estructuras, casi una lucha entre dos civilizaciones: “Toma tus deseos por realidades, porque crees en la realidad de tus deseos”, dice un slogan de los muchos escritos sobre las paredes de la *Sorbonne*. Y en el Odeón: “mírate en el espejo: verás que tú también eres revolucionario”.

Los viejos, quienes han vivido la guerra, tienen miedo, tienen horror a una guerra civil, pero los jóvenes, tanto estudiantes como obreros exigen un cambio radical en la estructura social: “Queremos llegar al absurdo máximo”. He oído gritar en el Odeón a un muchacho: “Quiero ser anarquista entre anarquistas”, dice otro melenudo. Los viejos se alarman y preguntan: ¿qué sucederá después? ¿Qué sucederá si cae Gaulle? Los muchachos responden: “no lo sabemos”, “pero sí sabemos que esta estructura ya no funciona, está podrida y hay que enterrarla muy abajo”. Los jóvenes se burlan del nacionalismo francés, de la bandera tri-

color, de la Marsellesa, de la guardia republicana, de la llama votiva en la tumba del soldado desconocido.

Eso sí, los jóvenes tienen en la *Sorbonne* y en el Odeón una capacidad enorme de diálogo; escuchan a todo mundo y se habla de todo: "Prohibido prohibir" dicen los comités de acción revolucionaria, pero –ilógicos consigo mismos– los muchachos prohíben por principio tomar fotografías. Es una medida explicable, que necesita protegerse de la policía y evitar represalias, pero me han permitido fotografiarlo todo; y debo decir que esta tarde del 29 de mayo los muchachos anarquistas del Odeón me permitieron visitar todo su servicio interior: la cocina, los dormitorios, las oficinas diversas, "silencio –decía un aviso del dormitorio– revolucionarios en reposo, pero no dormidos". Y otra "Prohibición de no prohibir la ocupación de las recámaras".

Tuvieron también la atención de subirme al estrado y, desde ahí, fotografiar de frente a toda la concurrencia; me dieron permiso por cinco días –renovables sin dificultad– mientras que a los fotógrafos de *Time* y *Life* les dieron permiso solamente por un día. El hecho es que, retrocediendo en la narración, el viernes pasado, mientras me ingeniaba para fotografiar a escondidas se me acercó un muchacho melenudo y me dijo: "¿a usted le interesa de veras la revolución?". Platicamos un rato, y me dijo luego: "necesitamos unas fotografías para nuestro servicio de información, ¿nos puede usted ayudar?". Así se inició mi amistad con la gente del ex teatro de Francia.

Ayer aquí en la casa dije misa a las 10 de la noche, cansado de tanto vivir y feliz de la vida; quiero decir, fatigado de un día tan intensamente vivido y muy contento de todo lo ocurrido. Y en misa –contra mi costumbre de cada día– no hablé al Señor ni de mi familia, ni de mis compañeros jesuitas de México y París, ni de mis ex alumnos de Chihuahua y Puente Grande, ni de mis amigos, ni de la gente con quien trabaje a mi regreso a México y que aún no conozco. Sé que a mi familia, mis ex alumnos y mis amigos me dispensarán, si digo que ayer en la misa solo pensaba en los anarquistas del comité revolucionario de ocupación del ex teatro de Francia. Esos anarquistas que mañana –30 de mayo– sabrán que el fotógrafo e intérprete mexicano que conocen, el "camarada du Mexique" es un sacerdote jesuita.

Ayer y hoy recordé lo que sucedió en el Odeón cuando las tres niñas anarquistas encargadas del mimeógrafo, y para ese momento ya me hablaban de tú, me pidieron algo para calmar la sed, porque hacía mucho calor. Les conseguí un vaso de vino; cada una tomó un trago: Marie-Claire, la francesita de pantalones rojos, Monique la de botas vaqueras y lentes oscuros y Mari-Carmen la españolita que desde la frontera se vino a París pidiendo "aventón", y está aquí simplemente porque le gusta la revolución y le repugna el sistema universitario español.

Cada una de las tres tomó un trago en el mismo vaso; luego en el mismo vaso sin lavar nos sirvieron vino a los que estábamos en la oficina de prensa; a Alain, el francés idealista, cuya esposa de 18 años estudiante de Filosofía trabaja ahora en la "cocina revolucionaria" que ha instalado en la *Sorbonne* el comité revolucionario de ocupación; a mi amigo Oliverio, el chileno, y al último tomé yo. Oliverio me dejó después boquiabierto: "dame tu dirección –le dije–, porque cuando esto acabe nos tenemos que seguir viendo y yo estaré un año más en París". Él contestó: "¿Sabes? Yo me entregué de lleno a la revolución; y cuando termine aquí, no sé a dónde iré; a España tal vez, a Italia, a Bolivia, no lo sé. No tengo casa en París, solo tengo tres domicilios de amigos –cuatro con el tuyo– adonde acudiré si la policía me persigue". Luego tomó la hoja de papel en que yo le había apuntado mi nombre y dirección, recortó la hoja con mucho cuidado y solo dejó un trozo muy pequeño con mi domicilio.

"¿Sabes? –me dijo– tu nombre no lo olvido y además no quiero comprometerte; si los flics (los "azules") me echan el guante, me tragaré este papelito con tu dirección". Yo le insistí en que lo más que me podía pasar era que Luis XIV (es decir, mi General de Gaulle) me corriera de Francia. "No –insistió Oliverio– tú tienes una beca y debes aprovecharla, no quiero que por mi culpa la pierdas". ¿Cómo no pensar en mis amigos del Odeón cada vez que concelebro aquí con los otros jesuitas mexicanos?

En la noche sueño que estoy en el ex teatro de Francia –convertido ahora en tribuna popular y libre–. Sueño que digo misa en el estrado desde donde tomé fotografías y sueño que alrededor del altar están Marie-Claire, Monique, Mari-Carmen, Alain y su esposa, Oliverio. Sueño que con nosotros comulgan los del servicio de información: Jean-Paul que hoy me enseñó una serie de palabras

francesas que no están en el diccionario, Pierre el periodista y Madeleine que insistía en que fuera yo a uno de los liceos en poder de la revolución a dar una conferencia a las muchachas sobre motivación revolucionaria. Y, la verdad, le conté un cuento chino a Madeleine para no dar la tal conferencia. En fin, esta misa en el Odeón es ahora un sueño, un deseo; aunque pensándolo bien creo que es muy real el *slogan* que citaba: "toma tus deseos por realidad, porque crees en la realidad de tus sueños". Mis amigos "revolucionaros" son simplemente muchachos de 1968. Me parece luminoso y constructivo lo que dicen en los volantes que reparten: "queremos una sociedad al servicio del hombre, y no un hombre al servicio de la sociedad".

Ayer asistí en el Odeón a la entrevista con France Press. Una periodista –una francesa muy sofisticada con maquillaje que tanto contrastaba con la sencillez de las muchachas del Odeón– les preguntó: "¿Qué buscan ustedes?" –dijeron los muchachos– "queremos acabar con la cultura industrial y dar su lugar a la creación personal y colectiva permanente, pero una colectividad –una sociedad nueva– al servicio del hombre. Ya nos cansamos del tipo de hombre de la cultura burguesa, del individuo al servicio de la sociedad". "¿Qué opinan de la guerra de Vietnam? ¿Del Mercado Común?" Mari-Carmen, con su acento de la Costa Brava intervino con decisión: "El Vietnam, la política solo nos importa en cuanto nos sirven para dialogar con todos, por ejemplo con usted".

Los reporteros hicieron una última pregunta: "¿Se trata de una nueva revolución francesa?". Mis amigos se posesionaron de su condición de anarquistas y perdieron la calma: "ya estamos hartos de nacionalismos. Vea usted; la revolución es mundial, de toda la gente de buena voluntad. Claro que aquí somos franceses la mayor parte, pero vea, el camarada este es chileno, la camarada que les acaba de responder es española y este camarada que nos ayuda es mexicano y es como nosotros". Tampoco olvido la entrevista con los fotógrafos de *Life*. Aquí les serví de intérprete y me permití burlarme un poco de mis amigos: Françoise –una bretona de ojos azules y sombrero cordobés– trabaja en el departamento de cine del comité de ocupación y me dice: "pídeles que nos regalen algunos rollos de película".

Le digo a uno de los dos periodistas y me entrega cinco rollos de una película muy sensible (500 Asa), y me siento tentado a mi vez a pedirle a Françoise que me dé un rollo en obsequio a mis servicios, pero no lo hago, y al entregar yo los

rollos le digo a Françoise: tanto que hablamos contra los capitalistas y contra la sociedad consumista y estamos mendigando unos rollos de película a estos imperialistas. Françoise hace una mueca y me dice: "¿qué quieres que hagamos? Todo sea por la revolución.

Ya para retirarse, los de *Life* hacen una última pregunta: "¿Cuál es el motor, la idea principal de la revolución?". Alain se impacienta porque no puede dialogar con estos norteamericanos que habían venido a cubrir las negociaciones de su país con el Vietnam y que aprovechan el viaje para un reportaje sobre el Odeón. Alain impaciente se rasca la oreja y me dice: "tú explícale todo lo que hemos discutido; dile que este es un ejemplo típico de la cultura nacionalista burguesa de la *Sorbonne*, los franceses solo hablamos francés; ustedes los del tercer mundo hablan inglés y francés, además de su propio idioma".

Y, mientras Alain descansa unos segundos, porque lleva muchas horas sin dormir, le repito al norteamericano lo que durante estos días me han dicho los muchachos: "el motor de nuestra revolución es el diálogo y la comunicación humana, por eso hemos hecho del Odeón una tribuna libre donde todo mundo pueda hablar y decir lo que piensa, donde todos –en cuanto personas– puedan expresar sus ideas y comunicarlas a los demás.

Le explico que nos apoderamos del Odeón por razones prácticas –porque está en el barrio latino–, pero que la idea primitiva era apoderarse de la *Comédie Française*; y que el Odeón ya no será un teatro, sino una tribuna libre, donde cada hombre –y no cada francés– pueda expresar lo que piensa y donde todos los demás –estén o no de acuerdo con él– se comprometen a oírlo. Le digo que la ocupación del Odeón es un símbolo del diálogo permanente, cuyo fin es darle al individuo su lugar, lugar usurpado por todas las formas de alienación, partidos políticos, nacionalismos, sindicatos profesionales, etc.".

Cuando se van los periodistas de habla inglesa vuelvo a hablar francés, caigo en la cuenta de que estoy alienado: que tengo ya una serie de *slogans* en inglés y francés. Pero luego reflexiono con serenidad y veo que no existe tal alienación, sino que –al contrario– estos muchachos me están liberando de muchas cosas y me están haciendo ver el mundo real de gente joven de 1968. Y, al terminar estas líneas, en las primeras horas del 30 de mayo, me siento cansado, pero no tengo

sueño. Tal vez –contra lo que acabo de decir 5 líneas arriba– me está alienando la revolución.

O a la mejor estoy comulgando en otra forma con mis amigos anarquistas del Odeón: estoy en vigilia como ellos. Sea lo que fuere, voy a dejar ya de escribir. Menos mal que mis vecinos de cuarto me han asegurado que no los despierta el ruido de la máquina y que puedo escribir toda la noche, pero no quiero ser indisciplinado, y voy a cumplir con la consigna que aparece en todas las oficinas de los comités de la *Sorbonne* y del Odeón: "Camarada, la revolución te necesita. Tienes la obligación de dormir por lo menos 5 horas cada 24 horas: necesitamos tu salud para continuar con la revolución".

Decididamente, como se lee en los muros de la *Sorbonne*, "la imaginación ha tomado el poder". Antes de acostarme voy a saludar al Señor aquí en la capilla –a tres metros de mi cuarto– y voy a pedirle que entre los jesuitas de México y de todo el mundo sea también muy cierto que "la imaginación ha tomado el poder". En ese famoso "mayo" en París no estaban abiertos los bancos; no había correo ni teléfono a larga distancia; eran los tiempos en que nadie soñaba en los celulares y otros modernidades, pero pude enviar una carta

París, 21 de mayo de 1968

Muy querida mamá:

Como no hay correo por ahora en Francia, aprovecho la amabilidad de la Sra. Moreno Valle que me va a hacer el favor –gracias a sus influencias diplomáticas– de poner mis cartas en Londres.

Estamos sin autobuses, sin el metro, sin trenes ni aviones. Mañana comienza la huelga en estaciones de gasolina y probablemente de teléfonos, electricidad y gas. Dicen los expertos que desde 1936, antes de la Segunda Guerra, no había habido una crisis tan grave en Francia; sin embargo muchos creen que todo se arreglará pacíficamente, pero desde mañana se suprimen las clases en las secundarias y preparatorias.

De todos modos, no les crean a los periódicos: exageran muchísimo. A nosotros no nos pasará nada. Espero, si las cosas de exámenes en mi escuela, la *Sorbonne*, no se complican más, poder irme en julio y agosto a Inglaterra: claro que depende de que mis amigos de México y Ensenada me envíen unos dólares: así que necesito que el correo ya funcione.

Una vez más: no les crean a los periódicos. Cierto que las cosas se están poniendo cada día más serias, pero los extranjeros no corremos ningún peligro. Además, aunque no descartan la posibilidad de una guerra civil, lo más probable es que todo se arregle a la francesa, es decir a base de hablar y hablar, de discutir y discutir.

NO SE ASUSTEN
Saludos a todos. Mándeme la bendición
Chuy S. J.

Otra carta brevísima hice, manuscrita a todo correr

París, lunes 27 de mayo de 1968

Muy querida mamá:

Aprovecho que sale un amigo a España.

No se preocupen. Estoy muy divertido y sin peligro. Soy fotógrafo oficial del grupo de ocupación del Teatro de Francia y me paso el día en el barrio latino, feliz oyendo discutir a los muchachos contra la gente grande.

Estos días he llorado como nunca: los gases lacrimógenos son muy fuertes, pero el secreto está en echarse agua en los ojos.

Esta mañana, en la radio, antes de las declaraciones del Primer Ministro, tocaron "Guadalajara": ponen todo el día música alegre para distraer a la gente.

NO hay para nosotros, los extranjeros, ningún peligro. No les crean a los periódicos.

Hasta la próxima:
Chuy S. J.
Dispensen los garabatos, pero, si no, no sale esta carta.

Escala en Inglaterra

El 31 de mayo los parisinos partidarios de De Gaulle organizaron una enorme manifestación, apoyando al gobierno que marcó el final del legendario "mayo del 68". Por la tarde de ese día estaba yo en el patio de la *Sorbonne* cuando comenzaron a llegar rumores de la famosa manifestación que enfureció más a los ya enfurecidos. En mi pequeño radio de transistores, y entre pancartas de Marx y el Che Guevara, escuchaba yo la Marsellesa, entonada por miles de parisinos cerca del Arco del Triunfo, mientras en la *Sorbonne* cantaban La Internacional como respuesta a la gente que apoyaba a De Gaulle. Los "revolucionarios" estuvieron de acuerdo de que significaba el fin del movimiento estudiantil.

Dos días después tomé el tren hacia *Le Havre* para embarcarme a Inglaterra: me había inscrito en un curso de inglés para extranjeros, en el sur de Inglaterra, en *Bornemouth*, algo así como el Acapulco… de Inglaterra que ofrecía diversos cursos de verano para extranjeros. Fue emocionante tomar un barquito para atravesar el Canal de la Mancha. El llegar a *Southampton* resultó que había huelga de trenes y tuve que tomar un autobús "lechero" para llegar a mi destino. Viaje largo, pero tuve la fortuna de sentarme junto a una mujer mayor y frente a una pareja inglesa.

Durante el trayecto entablamos conversación, cosa rara en Inglaterra. Al llegar a *Bornemouth* les rogué a los ingleses que me recomendaran un hotel no caro para pasar la noche y la inglesa se dirigió a su marido: "Norman, ¿cómo es posible que este señor extranjero vaya a un hotel si está nuestra casa?". Y Norman, muy amable, me dijo: "si usted no es muy exigente puede llegar a nuestra casa y dormir en la sala, porque el cuarto de huéspedes lo va a ocupar la señora que está sentada junto a usted y vinimos a recibirla". Acepté agradecido la invitación de los "fríos e inhospitalarios" ingleses tan amables.

Resultó que Norman era pastor protestante; llegamos a la casa, tomamos el té y en el sillón de la sala improvisaron mi cama, luego leyeron un párrafo de la Biblia que comentamos todos. Me dejaron solo y me metí en la cama. Minutos

después, como en las películas inglesas, se presentó la señora con su camisón hasta los tobillos, un gorrito en la cabeza y me traía un té tranquilizante para que durmiera mejor: "usted, por su edad, podría ser nuestro hijo durante el tiempo en que esté aquí", luego me dio un beso en la frente y se retiró. Así que Inglaterra me dio esa increíble bienvenida. Al día siguiente, Míster Norman me acompañó a la casa que me habían designado en París para vivir durante el curso. No recuerdo el nombre de la calle. En la casa vivía un matrimonio sin hijos y que alquilaba tres cuartos, en uno vivía un muchacho austriaco, en otro una francesa medio loca que ya había hecho tres intentos de suicidio y yo; cada noche aseguraba muy bien mi cuarto desde adentro en previsión de que la francesa me quisiera "suicidar".

Al día siguiente me presenté en la escuela; a todos nos hicieron un examen escrito para ver el nivel de nuestro inglés y quedé en el grupo avanzado. Los alumnos eran en su mayoría mujeres de Francia sobre todo, Austria y Grecia. Había clases mañana y tarde. Salíamos como a las seis. Pronto entablé amistad con varias francesas y descubrimos, cerca de la escuela, una piscina con agua calientita, de suerte que resultaba muy cómodo irse a nadar después de clases.

Una de las francesas tenía un carro pequeño, en el cual cómodamente se instalaban cuatro personas de modo que cada sábado podíamos ir a algún sitio interesante. Casi siempre era yo el que sugería el lugar. Compartíamos los gastos de la gasolina y cada quien pagaba sus comidas. Yo proponía lugares históricos cercanos. Recuerdo muy bien que, cuando fuimos a *Hastings*, les sorprendió mi emoción: "Es que desde la secundaria recuerdo que el maestro de Historia nos dijo que aquí Guillermo el Conquistador, Guillermo de Normandía, conquistó el sur de Inglaterra".

Eran los días de junio y julio de 1968 cuando en México comenzaban los disturbios estudiantiles. Por las noches, mi pequeñísimo radio de transistores captaba estaciones de Francia y yo buscaba ansiosamente alguna noticia de México, porque obviamente en los periódicos ingleses ni por equivocación se mencionaba al lejanísimo: México. A propósito de la lejanía de mi país y de lo desconocido que era en el viejo mundo recuerdo el principio de mi amistad con Bernadette, mi queridísima amiga a quien, después de París, nunca he vuelto a ver.

La maestra de mi grupo de inglés era una mujer ya madura, nos dijo un día que su hija estaba organizando una fiesta "típicamente inglesa" en un barco por la bahía de *Bournemouth*. Me pareció interesante la experiencia, compré mi boleto y bien trajeado, según lo ordenado, me subí al barco que comenzó a recorrer la bahía en una noche relativamente cálida para el mundo inglés, noche estrellada. Estaba yo admirando el mar, apoyado sobre una barandilla cuando una francesita de los grupos inferiores me saludó e iniciamos una interesante conversación; cuando le conté que yo era de México me preguntó si era cierto que había gente que moría de hambre; no era la primera vez que una europea me hacía esa pregunta; yo tomé un tono irónico y le contesté que efectivamente había muchos muertos y que en las calles había que ir saltando para esquivar los cadáveres.

Muchacha inteligente entendió la ironía y ofreció excusas; luego me pidió que bajara con ella a bailar al salón; como no accedí a la invitación me preguntó la razón de mi negativa y le expliqué que yo era sacerdote católico y que no me parecía conveniente; entonces ella me comenzó a hablar de usted, porque era una católica devota que tocaba el órgano en la parroquia de Versalles. Siguió la plática en francés y bajamos a la sala de baile y nos tomamos una copa. Nos dimos nuestros números telefónicos y, de regreso a París, el mes de noviembre, me invitó a su casa a comer y la familia me adoptó: sus papás, una hermana mayor y dos hermanos.

Casi cada mes iba yo a comer a su casa en Versalles y a mediados de 1969 llegó a nuestro departamento para invitarme al gran festival nocturno de Versalles. Como en ese momento me estaban visitando dos mexicanas, Lucero Topete y una nieta del famoso general Buelna, las invitó a las dos. El día del festival ella se fue a dormir con su hermana para dejarme su recámara y no sé adónde mandó a sus hermanos para que Lucero y su amiga pudieran dormir en la casa. Fue bellísimo festival de luz y sonido con sofisticados fuegos pirotécnicos y música de Haendel y Mozart. El papá de Bernadette, como buen francés, admiraba a Napoleón y tenía tres o cuatro recámaras de la casa dedicadas a recrear algunas batallas del Gran Corso: Jena, Austerliz, Magenta, con cientos de soldaditos de plomo, cañones, carritos, reproduciendo los terrenos donde se combatió.

Regreso a mis amigas francesas, aparte de Bernadette, cada sábado íbamos a algún lugar histórico que yo les comentaba. Un sábado resultó ser el 14 de julio y les maravilló que yo invitara el té y los pastelitos para festejar su fiesta nacional. Los europeos siempre se sorprendían cuando yo, como todo mexicano que se respete, invitaba a algo. En Europa decir "te invito al cine" significa que quieren que los acompañes al cine, pero nunca te pagan la entrada. En una ocasión, en *Bornemouth*, las invité al teatro y no salían de su admiración porque yo pagué las entradas.

Vuelvo a la maestra de inglés, quien me invitó un día a caminar y, sabiendo que yo era jesuita, me confesó sus dudas sobre la iglesia anglicana y su simpatías crecientes por el catolicismo. En junio y julio seguí cursos de inglés en la escuela de verano de *Bornemouth*; en agosto alquilé un cuarto en *Wimbledon* y prácticamente diario tomaba el tren a Londres. Recuerdo el primer día en que visité el Museo Británico y mi gran emoción porque en el corredor de entrada, al fondo, admiré la Piedra de Rosseta, en la cual se pudieron descifrar los jeroglíficos.

Durante varios días visité detenidamente las salas que más me interesaban: las esculturas del Partenón y maravillas de las culturas del Oriente. En septiembre y parte de octubre un matrimonio maltés me invitó a vivir a su casa con la única obligación de celebrar diario la misa en un internado de mujeres españolas que trabajaban por esos rumbos. No recuerdo los nombres y apellidos del matrimonio de Malta; una pareja encantadora. Vivían en un pueblo ya muy cerca de Londres. Muchos fines de semana aprovechaba las excursiones para turistas que comprendían el sábado y domingo. Aproveché también para asistir a diversos conciertos de música clásica y teatro. A fines de octubre regresé a París. Despegué en *Heatrow*, no estoy seguro del nombre, en Londres y aterricé en Paris en *Le Bourget*, famoso aeropuerto anterior a Orly.

De nuevo en París

Volví a la *Rue D´Assas* y a la *Rue de Grenelle* y a mis clases. Entre los 60 jesuitas franceses de la comunidad de la *Rue de Grenelle* me sorprendió que solo algunos jóvenes hablaran inglés y hubieran viajado algo. La mayoría de los maduros y ancianos casi nunca habían salido de Francia y solo hablaban francés, aunque en

México teníamos la idea de que los europeos eran políglotas y viajeros. Un día vi en una agencia de viajes que ofrecía una excursión a Egipto. Fui con el Padre Dujardin y le expresé mi deseo de ir a Egipto. "¿Y a qué vas?". Yo no esperaba la pregunta y pensé rápidamente: "quiero ver si hay relación entre las pirámides egipcias y las de México", le dije. "¿Y crees que hay semejanzas?". "Pues es lo que quiero investigar….". "Entonces, vete a Egipto". Me fui a Egipto el 25 de diciembre de 1968. Al regresar de ese viaje, en el avión, escribí lo siguiente:

Año nuevo en Luxor

Hace muchos años, cuando aún no había televisión y mi padre todas las noches, después de cenar, nos contaba historias, nunca imaginé que un día –o mejor, una noche– pasaría el año nuevo y solo hablando francés bebiendo té con beduinos del desierto. Aunque me había desvelado la noche del 24 en la cena navideña, muy temprano llegué al aeropuerto de Orly. En la fecha que era, 25 de diciembre, el enorme Boeing 707 iba casi vacío en el vuelo París-El Cairo, Karachi-Tokyo.

En clase turista nos dieron comida de primera clase y rociada generosamente con champagna. Como a la hora de vuelo avisaron que había tormenta de arena en El Cairo y que nos desviarían a Atenas en espera de que la tempestad amainara. En el aeropuerto de Atenas me dio mucho coraje pensar que estaba a poca distancia de la Acrópolis, sin poder verla. Casi todo un día desesperante en el aeropuerto. Al caer la noche nos dijeron que un avión egipcio nos llevaría a El Cairo.

Era un bimotor Iliuschin de fabricación rusa. No sé cómo convencí a una aeromoza que me llevó a la cabina de pilotos y admirado contemplé el cielo estrellado del Mediterráneo: ¡Qué emoción! Luego avisaron que la tempestad de arena había disminuido y podríamos aterrizar en El Cairo, pero después de iniciado el descenso, el avión volvió a tomar altura; luego un segundo intento, pero el piloto debió remontar de nuevo. Me puse nervioso pensando que el combustible se estaba agotando. Por fin, al tercer intento, logramos aterrizar. Todo el interior del aeropuerto con montañitas de arena. Luego, al hotel.

El primer día visitando El Cairo. Por la noche, a la estación del tren: un pulman con destino a Luxor. Cenamos en el vagón comedor y me fui a mi camarote a dormir. Al despertar en mi cama y levantar la cortina, vi maravillado el desierto

arenoso, con algunas palmeras y beduinos con sus túnicas y turbantes: ¡Otra inolvidable emoción! Al visitar el Valle de los Reyes cumplía uno de mis sueños de adolescente. El último día del año regresamos a Luxor.

Luxor

Los promotores de turismo habían organizado un baile de año nuevo y nos habían preparado un programa con danzas nubias y sudanesas, con fiesta de disfraces y atracciones orientales. A mí me parecía absurdo pasar el año nuevo hablando francés, inglés e italiano con los otros 60 compañeros de expedición; qué absurdo estar en las riveras del Nilo tomando Coca-Cola, armagnac o cointreau; qué absurdo vestirse de traje obscuro y corbata entre europeos que se escondían de la gente de Egipto.

Me puse mi suéter de lana tlaxcalteca y me fui al barrio árabe. Los libros de viajes, las guías turísticas y los franceses que han viajado dicen que nunca debe uno aventurarse solo a un barrio árabe, pero ¿quién puede resistir la tentación de un cielo estrellado, a orillas del Nilo durante las últimas horas de un año que se va? A orillas del Nilo, más allá del Valle de los Reyes y del templo de Hatshepsut, de la tumba de Ramsés II y Tutankamón quedaban unos cuantos girones rojos del sol que ha visto desfilar a los faraones y que los ha visto morir en este Egipto milenario.

En la primera calle de Luxor me encontré unas flores que –según nos había explicado la guía egipcia– eran flores exóticas, las poinsettas que se encontraban en la villa del Aga Khan. Los franceses habían anotado cuidadosamente el nombre de esas flores cuando yo me permití indicar que poinsettas debían su nombre al sinvergüenza gringo ladrón que se robó de México las "Nochebuenas", originarias de México y que podían consultar la edición de 1968 de la *Enciclopedia Larousse* para cerciorarse de mi afirmación.

Esa mañana –en la visita al jardín exótico– otro francés preguntó que si esos árboles –los mangos– daban frutos; y debo confesar que Luis XIV –si me hubiera oído– habría reprendido mis modales tan poco versallescos, porque mi carcajada debió oírse desde la presa de Asuán hasta el templo de Abu Simbel: "Sí" le dije al francés, y junto con los mameyes, los mangos son las frutas más sabrosas que existen en la tierra, pero se producen solamente en países alejados del mun-

do europeo y donde el sol superó ya la difícil etapa del subdesarrollo como en México y en Manila… Para los mangos no basta el sol del Marché común y de la comunidad europea.

Crucé la primera calle de Luxor: a mi derecha el barrio occidental con sus letreros en inglés, sus Night Clubs que anunciaban la "belly dance". A mi izquierda el templo de Amón y ahí muy cerca, entre el templo y el Nilo, una reunión al aire libre, donde los nubios incansables interpretaban su música: un tamborcito y cuatro o cinco flautas. En el grupo un muchacho de unos doce años bailaba al son de esa música triste y somnolienta; se contorsionaba, se acostaba sobre el suelo y se volvía a incorporar.

El ritmo de la música me fue ganando y, cuando menos acordé, estaba yo marcando la cadencia batiendo las palmas. Los músicos me miraban –yo sonreía con ellos–, me alegraba tanto que ellos me sonrieran, me alegraba tanto sentir que había algo común; comenzábamos a entendernos a pesar de que yo no hablaba árabe ni ellos español. El muchacho –siempre danzando– vino hasta mí, me tomó de la mano y me invitó a bailar y me fue enseñando los diversos pasos; mis zapatos gastados, llenos del polvo de Luxor, comenzaron a seguir los pasos de aquellos pies descalzos que asomaban bajo la *gallabía* –túnica– de mi amigo.

En ocasiones me tomaba de la mano, en otras me indicaba que debía yo alejarme, pero siempre debía yo hacer los mismos movimientos que él, la danza me fue ganando, me fue gustando, el ritmo fue en crescendo y mi suéter comenzó a mancharse de sudor –uno mezclado con la arena que traía el viento que soplaba desde Karnak, desde el gran paseo de los carneros y las esfinges–.

Cuando la danza acabó, mis amigos, sudaneses, árabes y nubios, aplaudieron. Uno de ellos hablaba algo de inglés, me preguntaron que de dónde era. Les dije que era de un país muy lejano, pero muy parecido al de ellos, que también tenía pirámides: "Mi pueblo –el pueblo donde nací– les dije, es como el barrio árabe de Asuán y Luxor; en mi pueblo, allá en México, la gente come caña de azúcar como ustedes, en el mercado hay rábanos, camotes, maíz; comemos elotes asados como ustedes y tenemos que refrescarnos del calor del sol; yo no soy europeo y aquí me siento en mi tierra". Un estudiante árabe –vestido con pantalón y camisa y no como el resto de mis acompañantes– vino en mi ayuda: hablaba mejor inglés.

Bailamos todos de nuevo. Cuando la danza acabó, me invitaron a beber algo de thé con ellos. Salimos a la calle, la luna daba de lleno sobre los capiteles del único obelisco que los europeos dejaron en Luxor. Se distinguían los bajorrelieves del dios Min en el templo de Ramsés II. Recorrimos varias calles: del cine "Osiris" salían los últimos espectadores; la animación reinaba aún en el café "Isis". Luxor era un islote en este Egipto, en esta República Árabe Unida amenazada de guerra. Luxor es calma y quietud provinciana, tan distinta de El Cairo, donde la guerra flotaba en el ambiente. Aquí no se hablaba de aviones, ni de Migs, ni de Mirages, ni de Phanthoms ni de bombardeos, ni de atentados contra Atenas o Beyrouth. Aquí mis amigos hablaban, mientras yo –sin entender nada– procuraba poner cara de que entendía, y sonreía a todos. Bebimos, bailamos.

Las estrellas brillaban en lo alto como brillaban sobre mi pueblo cuando mi padre, hace 30 años, me contaba la historia de Tutankamón y de los arqueólogos que se aventuraban a explorar Troya y el Valle de los Reyes. Y ahora estaba yo ahí, frente al Valle de los Reyes. Se interponía el Nilo en el que estaba anclado el barco donde los turistas europeos festejaban al Año Nuevo. El cielo estaba tan limpio, el Nilo estaba inspirador, la música y las danzas nubias hechizaban tanto que no podía regresar con los "occidentales" que bailaban.

Avancé por la orilla. Qué extraña comunión: las estrellas, el Nilo, la luna, la noche. Qué importaban ahí las declaraciones de Nasser y de Moshe Dayan, de los acuerdos de París, de las diferencias entre el Mercado Común y el Reino Unido. Ahí existían solamente hombres: herederos del pasado, herederos de aquellos señores que habían decorado el mausoleo de Sethi primero y Ramsés segundo, de los constructores de Medineth Abú. Había egipcios que me habían invitado a bailar y a beber con ellos; había seres humanos que ahora sonreían, pero que mañana –como todos los días en Egipto– verían el cielo azul y el sol cálido del desierto para iniciar la lucha por la vida que combatían esa guerra absurda contra la miseria. Era absurda, porque resultaba absurdo que los niños de Luxor y Denderah se pusieran felices al poseer cinco piastras y nosotros los occidentales malgastábamos los dólares; absurdo porque eran niños de ojos chispeantes y alma inquieta; niños que saludaban y reían, quienes a pesar de que –dada su pobreza y su miseria– solo deberían saber llorar. Por eso, sin ninguna

ironía decía yo: feliz año, feliz 1969, felices quienes vivimos en esta época absurda y contradictoria.

Era el Año Nuevo en Luxor en 1969 que se inició con el temor de la guerra en Egipto y el Medio Oriente, con la miseria de Biafra y el dolor de Vietnam. En Luxor, bajo este cielo estrellado se anima uno a vivir, hay razones para vivir, porque hay beduinos junto al Nilo, porque hay turistas europeos alegres que se besan, porque hay árabes que invitan a danzar y a beber, porque hay niños que sufren y debe uno consolar, porque cuando uno viaja despreocupado por el Nilo de los cañaverales surgen festivos los niños y sonríen; surgen las niñas con sus vestidos rojos y con la mano desde lejos nos saludan.

Como a las tres de la mañana regresé al Barco. Yves, mi amigo francés de Normandía, estaba platicando con su esposa: "¿dónde andaba? Lo buscamos en la fiesta y lo extrañamos; se perdió de una gran fiesta". "No lo creo –les dije– los que se perdieron la fiesta fueron ustedes; perdieron la ocasión de pasar una noche con los árabes y de danzar y beber con ellos. Hoy fue para mí el mejor día del viaje: hoy me sentí mejor".

ESNA

La víspera del día 30 me había sentido muy mal cuando visité el templo de Esna: población de unos 30,000 habitantes, después de Asuán la más importante del Alto Egipto. Fue la antigua capital del principado de "las dos plumas" y de "Latópólis". Y ahí, como en Cuautitlán o en Sayula cuando el tren se detiene en la estación, los vendedores se amontonan, los niños y los pobres piden "bashish" (propina, limosna), mientras la policía militar los aparta para que no "molesten" a los turistas.

Qué mal me sentí cuando un soldado alejó de mí a una niña de once años; si algo no olvidaré en la vida será ver que un soldado con ametralladora en la mano aleja de mí a una niña. Es una vergüenza que una ametralladora rusa, en manos de un soldado egipcio, se interponga entre una niña hambrienta que sonríe y un "occidental" que acaba de saborear un abundoso menú francés. A nadie le deseo esa experiencia, que lo protejan a uno para que los niños pobres no lo contaminen, niños descalzos, con sus túnicas sucias hasta el suelo o sus trajes ligeros –como nuestras pijamas– a rayas verticales.

Por eso, sin hacer caso del soldado y su metralleta soviética atravesé la fila y acaricié a la niña; y a pesar de la suciedad y la mugre era una princesita, compañera del principito de Saint-Exupéry; traía un vestido rojo intenso y un cántaro; me pidió a señas que la fotografiara: la hice posar varias veces, de cara al sol y con su cántaro sobre la cabeza. Saqué de mi bolsa un papelito donde había anotado unas frases en árabe y con cuidado –pronunciando bien– le dije ¿Esmak-e? (cómo te llamas) ¿Kam-om-rrak? (qué edad tienes). Su nombre, nunca lo olvidaré, era Saída.

Todavía no revelo las fotografías, pero hoy 06 de enero, mientras escribo estas líneas al regresar a París –volando sobre los Alpes– mientras escribo estas notas le pido al Dios niño que tuvo que huir a Egipto y pasó sus primeros años con niños como los que encontré en Esna y en Luxor, con niñas como Saída, le pido que no me haya fallado el exposímetro de mi cámara, que el grano de la película haya sido buen grano, la luz del sol no haya sobre expuesto la fotografía, el color resulte brillante; le pido a Dios que la semana próxima que me entreguen los rollos revelados pueda yo tener una buena fotografía de Saída: la niña egipcia a quien acaricié en Esna a pesar de que un soldado egipcio con ametralladora rusa trató de alejar de mí a una princesita que pedía *bashish*, porque aunque nunca vuelva a ver a Saída, no la quiero olvidar, quiero recordarla como la vi por primera vez con su cabello negro y sus ojos color miel, una bella flor del desierto.

Aun el Valle de los Reyes en su geografía cálida, sin el menor brote de verdura, sin gota de agua –simple geografía de arena, de piedras, de sol– no es un desierto: ahí brota la vida; hay sangre roja y ojos color miel en el Valle de los Reyes y en el desierto de Esna; si no que lo diga Saída, a pesar de sus cabellos sucios y su vestido gastado y mugroso. Saída no me pedía que le dibujara un borreguito –como el Principito que Saint-Exupéry encontró no muy lejos del Valle de los Reyes–. Saída me pedía que le comprara algo de lo que traía en las manos: una muñeca “de trapo” o una tela de algodón multicolor, y ahí estaban los policías egipcios alejándola para que no me molestara, pero Saída, esa niña de 11 años era una princesita de cuento de hadas.

Llegada a Orly

Ahora que estoy por llegar a París, llegaré dentro de media hora, dudo si en lugar de escribir estas líneas debería escribir una carta a Antoine de Saint Exupéry, cuyo avión se estrelló en el desierto y darle la buena noticia; le daré una noticia capaz de alegrar al hombre más triste, capaz de alegrar al solitario más miserable: el principito que se perdió en el desierto está por volver y lo espera Saída. Ella existe y el desierto no. El desierto es un concepto subjetivo, es simple conjunción de relatividades. El desierto está en el egoísmo de la incomunicación; el desierto lo podemos crear nosotros, cuando nos encerramos sin querer abrir el corazón a la alegría de vivir.

Los ingenieros de la presa de Asuán, quienes ambiciosamente le van robando cientos de kilómetros cuadrados al desierto y han inundado Abu-sim-bel, como ellos todos podemos ir doblegando al desierto. Es lo que me enseñó Saída: a borrar la aridez del desierto, a apagar la sed y la soledad con una sonrisa, aunque se quiera interponer una ametralladora rusa. Y, mientras el Boeing de Air France se prepara a aterrizar en Orly, sigo pensando en Saída y en el templo de su tierra. Y pienso en Egipto, pienso en el Nilo por el cual navegué diez días: el río que se amplía y se estrecha con márgenes áridas y arenosas que de pronto hacen brotar cañaverales tan verdes como las turquesas de Tutankamón; el Nilo con sus caseríos ribereños de donde salen corriendo niños para saludarnos desde la orilla: las niñas con sus vestidos de un solo color.

El Nilo es protector fiel de Egipto desde los arquitectos geniales del reinado de Djoser, quienes modelaron en parte la geografía egipcia en el Sahara hasta los ingenieros rusos que construyen ahora la presa monumental –faraónica y egipcia en sus proporciones, en su capacidad, en su ambición– en Asuán. Este sitio es lo más moderno de Egipto, es la esperanza de Egipto; y al mismo tiempo Asuán es la subdesarrollada que se aferra pertinazmente a sus costumbres –propias ya por inveteradas– impuestas hace muchos siglos por los conquistadores Árabes.

El Boeing inició ya su descenso y ya veo a mi izquierda, a pesar de la bruma invernal de París, los campos bien delimitados y las autopistas, pero mientras la aeromoza nos recuerda que debemos asegurar nuestros cinturones, en mi imaginación sigo viendo el Nilo: en la orilla se recortan las siluetas de palmeras y las velas de felucos. Las mujeres, vestidas siempre de negro, lavan ropa en el río

y nos saludan. Los niños gritan; es una fiesta para el caserío el paso de nuestro barco. Pero vamos a aterrizar, y quisiera quitarme el miedo que siempre me da. Tengo que preparar mi pasaporte mexicano y mi monedero con 5 francos para el autobús de Orly a París: traigo 6 francos y 5 piastras egipcias junto con mi "mascota" prerrevolucionaria: una monedita de oro de cinco pesos mexicanos del año de 1906.

Orly (París), 06 de enero de 1969.

Más recuerdos de los años de París

Al regresar fui con el padre Du Bourget, jesuita de la comunidad de Rue de Grenelle, "curador" o encargado de la sección egipcia del museo de *Louvre*, con quien había cultivado amistad y me había hecho un encargo para un jesuita de la residencia de El Cairo. De regreso lo invité a ver mis transparencias en un visor portátil; fue apartando algunas 10 y me dijo: "¿le interesaría que el Louvre se las compre?". "Claro" le dije: me las pagaron muuy muuy bien. Luego le compré su libro, en francés claro está, con un título algo así como "Los faraones a la conquista del arte". Y añadió: "han conquistado al padre Gómez Fregoso, a quien tengo el gusto de dedicar este libro". Después, en varias ocasiones me decía Du Bourget "mañana haré una visita guiada a la sección egipcia a fulano (algún personaje importante) y si usted quiere, está invitado; favor de presentarse a la puerta tal a tal hora". En esta forma tuve la fortuna de conocer mejor la sección egipcia del museo *Louvre*.

Ya conté arriba que en una junta en la cual no estuve presente "los profetas" marxistoides de extrema izquierda decidieron que se acababa la bolsa común y que cada uno se administrara con sus recursos. Eso me permitió cumplir otro de mis sueños: ir a Grecia. Entre los jesuitas de la *Rue de Grenelle* con quien hice amistad estaba un viejito muy amable, menudito, delgado que siempre andaba de sotana, especialista en literatura griega y por cierto como muchos de esa comunidad nunca había salido de Francia. Le conté que iría a Grecia y, con el itinerario de la excursión en que iría, preparé mis lecturas en griego: Homero para cuando anduviéramos en las islas, Demóstenes para la Acrópolis y para el teatro de Epidauro, San Pablo para Corinto y así por el estilo.

El 30 de marzo de 1969 en un avión de hélice de Olympic Airlines despegamos y, después de cinco horas de vuelo, llegamos a Atenas; aunque estaba lloviendo nos recibieron con el letrero en inglés: "bienvenidos a la tierra donde brilla el sol". Llegamos a un hotel en el centro de la ciudad, donde estuvimos tres días: el magnífico museo, las muy bellas iglesias bizantinas, la Acrópolis con el muy imponente y el legendario Partenón; la Plaka atestada de turistas; el Areópago donde San Pablo les habló del "dios desconocido", pero donde "nos movemos y somos". Luego en el Pireo nos embarcamos para las islas. Aunque mi grupo era como de 80 franceses, compartí el camarote con un gringo, amable y simpático, profesor de historia griega quien me comentó que en su mesa del comedor estaba una pareja mexicana a la que pronto localicé. Una cantante, Irma Carlón y su esposo Bob Mione, gringo simpático que hablaba español.

El primer día, al atardecer, llegamos a Delos con su colección de estatuas de leones. Fuimos a Rodas con muchos recuerdos de los cruzados. En Creta visitamos el famoso "laberinto" en Cnosos. Recuerdo mi emoción en Olimpia, y en el teatro de Epidauro una francesita, con muy buena voz, recitó en griego varios párrafos de Demóstenes. El idioma griego moderno difiere del clásico que yo había estudiado. Algo así, en español como el idioma original del Poema del Cid comparado con el español actual.

Un día en el hotel la señora que arreglaba mi recámara me dijo, no recuerdo en qué idioma nos entendimos, me dijo: "señor, me permití ver los libros que trajo usted, están en un griego como el de la iglesia". Me llamó la atención el respeto de los jóvenes hacia los ancianos. La gente en la calle, a diferencia de París, es amable y respetuosa. En la Iglesia Ortodoxa Oriental, no sé por qué razón, la Semana Santa se celebra una semana después que nosotros y recuerdo muy bien que el Viernes Santo pasamos por Patras, el puerto más al norte del Peloponeso para pasar a la Grecia continental y me sorprendió que todo mundo estaba en las plazas y en la calle; todos, hombres y mujeres, de riguroso luto.

No recuerdo en qué ciudad nos tocó ese día ver la procesión por la noche; muy hermosa con toda la gente cantando y rezando y, lo reitero, todos de luto. Le comenté a una persona que hablaba francés que me recordaba a la procesión del "santo entierro" en el rancho donde nací. El Sábado Santo estábamos de regreso en Atenas y nos tocó presenciar la inolvidable procesión de la noche de Pascua,

del centro al monte, cuyo nombre no recuerdo, con cientos de antorchas en la noche estrellada.

Como en todas las excursiones se hacen amigos y además de mi compañero de camarote por las islas y la familia Mione, hubo dos amistades especialmente memorables: una fue una enfermera instrumentista en cirugías, con quien cené después varias veces en París. El mismo año 69 y 70 me invitó, con otra pareja conocida también en el viaje a Grecia, a los festivales de mayo en Les Halles, algo así como el mercado de abastos en un barrio famoso durante la Revolución Francesa.

Mi amiga trabajaba en la organización de los festivales: nos citaba media hora antes y nos prendía en la solapa un gafete como "acomodadores", de suerte que entrábamos gratis a los conciertos y obras de teatro, con entradas muy caras. La pareja en cuestión, cuyos apellidos no recuerdo, el año 70 me financió la portada y le encuadernación de mi tesis. La amable instrumentista en 1971 vino a México a saludarme: la llevé a Teotihuacán, al centro de la Ciudad de México, al museo de Antropología y a Coyoacán. Desafortunadamente, en aquellos antieres el único modo de comunicación era la carta y en ese casi medio siglo olvidé su nombre.

Otra amistad fue Monique Carlier, jovencita estudiante también en la *Sorbonne*. Conservo la foto de Monique con su compañera de camarote en el viaje a las islas griegas; una gringuita simpática, estudiante también en París. Monique me visitaba en la comunidad, y en el 69 me invitó, y también a la Comunidad Mexicana, a festejar mi cumpleaños en su departamento. Solo asistí yo y me acompañaron varias de sus amigas y algunas mexicanas. Mientras servían los bocadillos, una francesa me dijo: "¡¿ya se dio cuenta de que es el único hombre entre catorce mujeres?!". "Claro que ya lo noté": y otra dijo: "es usted simpático, culto"; otra añadió: "y tiene el atractivo de ser extranjero", y otra: "además es fruto prohibido".

Monique vivía en Senlis, al norte de París, un pueblito que se emplea mucho para películas de ambiente medieval. Me invitó un fin de semana a su casa y también invitó a la gringuita. El papá era el cartero del pueblo. El domingo asistimos a misa y en la comida la mamá se esmeró en cocinar algo muy sabro-

so. También, lo mismo que ocurrió con Bernadette Wilmart, Madeleine y otras amistades, perdí el contacto lamentablemente.

La comunidad mexicana de París

A fines de los años sesenta un buen número de jesuitas mexicanos tuvimos la fortuna de estudiar en el extranjero; sobre todo en Roma y en París. En la capital francesa cinco estaban en el Instituto Católico de París y dos en la *Sorbonne*, me refiero a Raúl Durana y a mí. Después llegó Eugenio Maurer, pero él se instaló en la *Rue de Grenelle*. Curiosamente del grupo del Instituto Católico solo uno perseveró en la Compañía de Jesús.

Los tres que estábamos en la universidad laica y en buena parte antirreligiosa continuamos, lo mismo que Eugenio Maurer, quien ha desarrollado una labor brillante en Chiapas; Raúl Durana, quien murió hace pocas semanas, fue excelente maestro, era muy inteligente y de una memoria privilegiada. Así pues, frente a "los profetas" marxistoides la extrema derecha la formaban Eugenio Maurer, Raúl Durana y yo. Maurer dirigió al equipo que tradujo la Biblia al tzezal. Cuando el Papa Juan Pablo fue a Chiapas, Eugenio Maurer fue quien le entregó un ejemplar de esa traducción. A la fecha, marzo de 2019, Maurer es uno de mis muy grandes amigos.

En París viví muchas y variadas experiencias. En el famoso mayo del 68 resultó que el padre Dujardin comentó un día en el comedor, dirigiéndose a los padres franceses que trabajaban con universitarios: "ustedes están en sus oficinas o despachos esperando informes de lo que está ocurriendo en esta rebelión estudiantil. Aprendan del mexicano que anda en las barricadas y en el Odeón". Cuando regresé de Inglaterra, en octubre del 68, resultó que varios jesuitas franceses me invitaban a que les compartiera mis experiencias en el movimiento estudiantil y de varios colegios jesuitas de Francia me invitaron también. Resultaba curioso que un mexicano los "ilustrara" sobre el mundo universitario francés.

Fue inesperado que con frecuencia recibiera un telefonazo de muchachas mexicanas desconocidas y que eran amigas de mis compañeras de la Ibero. Me invitaban a algún lugar adonde no podían ir solas sin la presencia de un caballero, incluidos restaurantes y cabarets caros. Disimuladamente, me pasaban dinero para pagar la cuenta. También se fue extendiendo la fama de la Comunidad –de

jesuitas– mexicanos y llegaban compatriotas, sobre todo mujeres, quienes deseaban alguna asistencia espiritual, incluso arreglamos el bautizo de Janitzio, una francesita, hija de mexicano y francesa; el capellán de la Comunidad Católica Latinoamericana nos facilitó los trámites parroquiales.

El capellán era el P. Guedain, jesuita belga, descendiente de uno de los mariscales de Maximiliano; una fundación alemana financiaba la oficina y demás gastos del capellán. A principios de 1970, cuando ya se vislumbraba mi regreso a México, Guedain me propuso que me quedara en su lugar. Lo pensé media tarde y no acepté: creo que hice muy bien. De la "feligresía" que nos buscaba para asuntos religiosos, recuerdo muy bien a una colombianita, cuyo nombre no he olvidado, que estaba embarazada de un francés que le pidió que abortara; ella no aceptó y un mal día perdió el producto.

Una amiga me pidió que fuera al hospital civil a confesarla y llevarle la comunión. Recuerdo que, antes de abordar el metro, compré *Le Monde*, un periódico vespertino y, a ocho columnas, hablaban de "la balacera en Tlatelolco"; lo recuerdo perfectamente. Esto requiere un comentario más. Cuando comencé a trabajar en la documentación de mi tesis, después de celebrar la misa y desayunar con las religiosas auxiliadoras, regresaba yo a la casa y, si no tenía clases, me sentaba a escribir: escuchaba música clásica en la radio, cuando comenzaba la FM y la estereofonía.

El 03 de octubre de 1968, al sintonizar oí frases entrecortadas que hablaban de Tlatelolco, de soldados, de gente que corría y de pronto se interrumpió la transmisión y, curiosamente, pusieron una versión orquestada de "Guadalajara". Como por la cercanía con las Olimpiadas, México era un tema recurrente, creí que estaban leyendo párrafos de "La visión de los vencidos", libro de reciente aparición con la versión náhuatl de la toma de México-Tenochtitlán y creí maravillado que los "cultos" franceses leían ese libro. Hasta que en la tarde leí el periódico caí en la cuenta de que yo había oído algo de la transmisión en vivo de la matanza. Yo oí la radio a eso de las nueve de la mañana, de suerte que probablemente, en la madrugada en México, estaban dando esa noticia.

Vuelvo al tema de las muchachas mexicanas en París, recuerdo que durante varios meses los domingos temprano asistían a misa cuatro de ellas en la casa; una era sobrina de Eugenio Maurer y una amiga de ella, una poblanita muy

simpática, además Beatriz de la Fuente y una colombianita, cuyo nombre no recuerdo después de sesenta años. Desayunábamos en algún bar cercano y luego nos íbamos a visitar museos. Después de comer, cada quien regresaba a su casa.

Si hablo de museos, diré que como becario del gobierno francés tenía yo una tarjeta para visitar, sin pagar, todos los museos de Francia, lo cual significó un gran ahorro. También los becarios podíamos ir al palacio de la Ópera a diversos eventos, solo debíamos acudir a la taquilla 15 minutos antes de que comenzara la función y nos vendían los boletos de los palcos que no se hubiera vendido; claro que era eventual, a veces no había quedado ninguno. Boletos de 50 francos nos quedaban a 5 francos. Recuerdo muy en especial que cuando se presentó el conjunto operístico del ballet Bolshoi, en su segunda visita a París en todo el siglo, pude presenciar el bellísimo espectáculo del Príncipe Igor, con una escenografía y realización de muy alto nivel.

En México, el papá de Adriana Portillo, compañera de la Ibero, me presentó con el agregado de turismo de la embajada mexicana en París, el arquitecto Salamanca. Al llegar a París fui a saludarlo y poco después me invitó a que fuera a no recuerdo qué ciudad a hablar de México, en vísperas de las Olimpiadas. La embajada solo me pagaba el transporte y al llegar a la ciudad en cuestión me esperaban varias personas en la estación con un gran letrero "Monsieur Gómez"; eran de la casa de la cultura y me preguntaban si deseaba hospedarme en un hotel o en casa particular.

Siempre preferí la casa: la señora se esmeraba en darme la mejor comida con vinos de la región. Por medio de otra persona, amistad de otra compañera de la Ibero, recibí una caja enorme con 15 audiovisuales en francés con lo mejor de turismo y arte mexicano. El audiovisual fue el precursor del video: se proyectaban transparencias a colores mientras la cinta de una grabadora reproducía el sonido. Curiosamente la Embajada no contaba con esos audiovisuales y, cuando regresé a México, los obsequié a la Embajada que mucho los agradeció. Con estas invitaciones de la Embajada conocí un buen número de poblaciones francesas.

Un capítulo importante en los años parisinos fue mi experiencia como capellán de una comunidad religiosa femenina: las Auxiliadoras de *Monmartre*, entre el famoso santuario del *Sacré Coeur* y la no menos famosa, por otros conceptos, *Place Pigalle*. Me refiero al convento en la *Rue Antoinette* no. 12, en cuya cripta,

allá por 1535, un grupo de universitarios de París, el 15 de agosto, se reunieron para asistir a la misa que celebró Pedro Fabro (ya santo ahora) y sus compañeros encabezados por Ignacio de Loyola: antes de recibir la comunión prometieron castidad y dirigirse a Roma para ponerse a las órdenes del Romano Pontífice para que los enviara a cualquier lugar del mundo donde pudieran ayudar. Fue el comienzo de la fundación de la Compañía de Jesús.

Esa promesa la hicieron en una capillita en la cripta de ese convento, que fue destruida en 1792, durante la Revolución Francesa –y después reconstruida–. En ese lugar histórico celebraba yo la misa a las siete de la mañana, después de una media hora desde el metro Sévres Babylonia, junto a mi casa hasta el metro *Abesses*, siguiente al *Pigalle*. Fue una bendición más el haber sido capellán de las Auxiliadoras. Celebraba la misa de lunes a viernes en la mañana; los sábados era por la noche. Después de varios meses les propuse que la misa de los sábados fuera en la mesa del comedor antes de la cena.

Resultó que luego algunos sacerdotes franceses pidieron asistir a la misa del padre mexicano. Comenté con alguien: "en México estamos deslumbrados por los teólogos franceses y resulta que aquí los mexicanos somos los innovadores y los franceses los conservadores". Hice gran amistad con las auxiliadoras. Una de las religiosas estudiaba en la Universidad Católica de París y revisó muy atentamente el texto que yo debería leer al comenzar mi examen en la *Sorbonne*: lo leí con ella repetidas veces y cuando había alguna palabra, cuya pronunciación se me complicaba, buscaba ella un sinónimo que yo pudiera pronunciar bien.

El texto prácticamente lo memoricé de modo que resultó un éxito a la hora del examen y ella, con otras monjas, asistieron a mi examen. A fines de junio del 70, vísperas de mi regreso a México. En la misa de despedida pusieron como lectura un párrafo de los Hechos de los Apóstoles cuando los cristianos de una ciudad portuaria acompañaron a San Pablo para despedirlo y que todos lo besaban y lloraban, porque nunca volverían a verlo. El párrafo no pudo ser más oportuno y, al salir de la casa, yo también lloré.

Por el mundo de los cosacos

Desde mis lecturas de adolescente, con el *Miguel Strogoff, el Correo del Zar* de Julio Verne y con todas las noticias del Frente Oriental de la Segunda Guerra

Mundial, el mundo de las estepas ocupó un lugar importante en mi imaginación. Hacia mayo o junio de 1969, en la *Sorbonne* vi un anuncio de una excursión a Checoslovaquia, Rusia y Polonia. Sería en el mes de julio. Por desgracia no conservo notas de ese viaje y espero que la memoria no me engañe. Seríamos 30 o 40: franceses, gringas y latinoamericanos.

Mexicanas iban dos ex alumnas de la Ibero, compañeras de Eugenio Maurer, Florencia y Marilolis, ambas estudiantes de Antropología; Lucero Topete fue compañera mía en la Ibero y Victoria, simple turista, nieta de Rafael Buelna, el "Granito de Oro", quien venció y apresó en Teocuitatlán, Jalisco, a Lázaro Cárdenas durante la rebelión delahuertista en 1924 . Viajamos en autobús a Bruselas, y de ahí volamos a Praga en un avión pequeño y muy viejo.

El guía del viaje y encargado de alojamientos y boletos de tren era un estudiante francés, amable y despierto que hablaba ruso. Praga, ciudad bellísima, a pesar del régimen comunista que padecía –recordar que hablo de 1969– casi no tenía autos, con excepción de algunos muy nuevos, de los altos funcionarios del gobierno. Fuimos a Lídice, tristemente famosa por la matanza de toda la población a manos de los alemanes.

En Praga la gente era amabilísima, a pesar de la barrera del idioma. Florencia hablaba alemán de suerte que era nuestra intérprete. A los cinco mexicanos se nos unió una colombianita durante el resto del viaje. Un domingo fuimos a misa en la catedral de San Vito y, al terminar, a un concierto al aire libre en un parque cercano; luego a comer en un restaurante. Veíamos lo que comían en otras mesas y, a señas, pedíamos nuestra comida. En una mesa cercana estaban cinco hombres jóvenes que al oírnos hablar otro idioma nos preguntaron de dónde éramos, cuando oyeron "México" uno de ellos en una servilleta dibujó una locomotora y la palabra Mexiku, o algo parecido, y Pancho Villa: era lo que sabía de nuestro país. Como estábamos en vísperas del mundial de futbol de 1970, otro joven, en una servilleta también dibujó un balón y la palabra Carvajal, en alusión al famoso Antonio Carvajal "el cinco copas". En fin, era así el esfuerzo de comunicarse. Siempre he comentado que el mexicano mundialmente más conocido era, o es, Pancho Villa.

Estuvimos dos o tres días en Praga. Aunque teníamos boletos para volar a Moscú, en esos días las relaciones entre Rusia y su aliada Checoslovaquia es-

taban tensas y no había vuelos a Moscú, de suerte que tomamos el tren a Berlín Oriental, en un vagón de segunda clase. Oíamos idiomas raros; a la hora de comer, la gente sacaba sus provisiones y generosamente nos las ofrecía. No recuerdo cuánto duró el viaje; lo que no olvido es que hubo cinco revisiones de pasaportes.

Las muchachas prefirieron dormir y me dieron sus pasaportes, pero durante las revisiones los soldados las despertaban para ver bien los ojos y cotejarlos con las fotografías del pasaporte. Durante todo el viaje llegábamos a hoteles u hospedajes universitarios que, por ser vacaciones, estaban vacíos. Para las regaderas obviamente había secciones de hombres y mujeres separadas. Las muchachas mexicanas inteligentemente iban a las regaderas en grupo y yo afuera, dizque leyendo, servía de vigilante. No faltaron en el grupo los comentarios burlescos de algunos compañeros, pero al regresar, en Varsovia, un turco atacó en las regaderas a una canadiense, cuyo marido no supo qué hacer; entonces dieron la razón a las mexicanas colmilludas. Berlín Oriental no ocultaba sus tristes huellas de la Segunda Guerra.

Moscú y Leningrado (hoy, de nuevo, San Petersburgo)

Varios días estuvimos en Moscú. Nos tocaron tres guías rusas que hablaban francés. Una era Valentina, a quien le cantábamos aquello de "Valentina, Valentina, yo te quisiera decir que, si me ves borracho, mañana ya no me ves". Se reía cuando le traducíamos la letra. Las tres muchachas eran fanáticamente comunistas, perdonando el pleonasmo, y nos repetían que en Rusia, a diferencia de Francia y todo el Occidente, había democracia y no totalitarismo como en todo el mundo capitalista. Nos impresionaba su ceguera y fanatismo.

Muchos de los compañeros de la excursión por las noches se iban a bares. Yo, junto con un chileno y un gringo, lo mismo que las mexicanas, preferíamos regresar al hotel para cenar y descansar tranquilamente para estar lúcidos al día siguiente al visitar museos. En una ocasión, al cenar, vimos que Valentina estaba sola en una mesa y la invitamos; en la plática, el chileno le dijo: "mira, olvida que eres rusa y nosotros latinoamericanos y este norteamericano capitalista; somos todos estudiantes y te hago una pregunta, no sabemos si aquí hay micrófonos ocultos, con una señal de tu cabeza, dinos si aquí hay libertad".

La rusa se sorprendió y, al insistirle, movió repetidamente la cabeza. Le preguntamos su impresión sobre el Che Guevara y categóricamente afirmó: "fue muy tonto al tratar de exportar la Revolución". A cada rusa le regalé una moneda mexicana de plata conmemorativa de la Olimpiada de 1968. Yo tenía unas 30 monedas que me remató un mexicano en París urgido de dinero que me sirvieron para muchos regalos.

En Moscú vimos que los tesoros de oro y plata del Vaticano eran poca cosa comparando con los tesoros de los Zares; se entendía muy bien la revolución rusa. La Plaza Roja imponente, visitamos la tumba con el cadáver momificado y encerado de Lenin. Por supuesto asistimos al Ballet Bolshoi y no recuerdo a qué otras maravillas. Lo mismo que luego haríamos en Leningrado; nos beneficiamos del mercado negro. Las muchachas, incluidas las gringas, me pedían que las acompañara cuando iban a vender ropa a las rusas.

Viajamos en tren a Leningrado, antiguo Petrogrado y San Petersburgo, nombre con que persiste ahora. Una ciudad, en conjunto, más hermosa que Moscú, puesto que Catalina la Grande quiso hacer un París ruso. La riqueza de sus palacios y tiendas de mármol contrastaban con la pobreza muy visible. El antiguo Palacio de Invierno, actual museo de L´Ermitage, escapa a los adjetivos. Solo visitamos algunas secciones de sus enormes tesoros. Imitan a París los grandes boulevares y jardines. La maravillosa catedral de Nuestra Señora de Kazán convertida en el museo del ateísmo.

En Leningrado tomamos el tren a Varsovia. Para dormir había camarotes con cuatro literas; en uno iban tres gringuitas del grupo, pero les llegó un ruso para la cuarta litera y pusieron el grito en el cielo con nuestro guía: "no queremos un ruso, que venga Jesús" y, cuando llegué a la litera vacía, se serenaron. Al día siguiente, a media tarde, llegamos a la frontera con Polonia, país aliado.

El tren se detuvo en pleno campo, eran como las cuatro de la tarde y había muy buenas sombras de modo que veíamos que en los techos de los vagones de atrás había soldados revisando, lo mismo que por debajo. En cada camarote o compartimento había una alfombra, que los soldados quitaban para luego desatornillar una tapa en el piso, en el cual había un compartimento: una revisión impresionante. El tren se detuvo mucho tiempo en un espacio entre ambas fronteras… algo impresionante. No recuerdo bien el resto del viaje, porque si

lo tengo muy presente llegamos a Grodno en Polonia a la hora del calor, tal vez viajamos otra noche. En Grodno me bajé y saqué un dólar en billete y al momento me dieron como ocho cervecitas, subí al vagón y al verme repartir cervezas muchos bajaron para comprar.

Varsovia

No la quiero describir, porque temo mezclar la descripción con lo que vi en junio de 1981. No conservo notas de 1969 y, reitero, se me imponen las impresiones del 81. En Varsovia tomamos el tren para el último trayecto para llegar a París. Muy impresionante y visible el cambio de Alemania Oriental a la Occidental; locomotoras nuevas y mucho más veloces y las vías del tren mucho mejores.

Aires españoles

Al regresar de los aires soviéticos y polacos me esperaba un mes apasionante: viaje por España. Desde abril del 69 mi amiga Madeleine Denis me había insistido en acompañar a un grupo de alumnos de español del Instituto Católico de París a una estancia en España, en Segovia, donde se reunían estudiantes de Bellas Artes de varias ciudades españolas para hacer "ambiente español" a estudiantes parisinos. Todavía, como buen mexicano adoctrinado con los vientos antigachupines, herencia trasnochada de la Conquista, no pensaba poner un pie en España, Madeleine me insistió: "no pagarás ni una peseta en tu estancia de un mes; el Instituto Católico exige un capellán en el grupo, sin ninguna obligación como no sea acompañar simplemente al grupo". Ni así me convenció, pero días después me dijo: "si nos acompañas, te dedico las tardes para la redacción de tu tesis". Era un ofrecimiento inesperado y sumamente tentador. Acepté; llegué a Segovia dos días después del grupo. Tomé el tren y en la estación de Segovia me esperaba Madeleine con el director del grupo.

Recuerdo muy claramente que al pasar por la plaza principal, frente a la catedral, experimenté algo muy especial: "me siento en casa", les dije. Desde el día siguiente, me dirigía yo a la plaza, me sentaba frente a una mesita de un café y pedía una limonada natural y, con la maravillosa vista de la catedral, me ponía a escribir. En esa catedral fue donde se casaron Isabel y Fernando. Me pasaba la mañana escribiendo. El tema de mi tesis, las misiones jesuitas en Sonora y

Baja California, era un tema que yo había estudiado desde mis lejanos días en San Cayetano, allá por 1952.

Era algo muy conocido y sentido que no me suponía gran esfuerzo, sino simple concentración, dejando para el regreso a París las notas críticas y bibliográficas. Después de comer, Madeleine, acompañada de una amiga, solterona también, con su perro, se reunía conmigo en la misma plaza y me traducía al francés lo que yo había escrito en la mañana. Fue una ayuda enorme. Mi tesis, ya lo indiqué arriba, consistía en paleografiar, es decir, escribir a máquina un manuscrito del siglo XVIII sobre la vida del Padre Salvatierra, el gran misionero de Baja California.

Por supuesto suponía una buena introducción, que es lo que yo escribía por las mañanas, y notas críticas y bibliográficas que tenía prácticamente ya trabajadas. Indiqué también que desde Roma en febrero-marzo del 68 había yo pagado a un técnico español que me hiciera la paleografía: me cobró tan barato que le pagué el doble de lo que me había pedido. El hecho es que regresé a París, en septiembre u octubre con el trabajo ya muy avanzado.

Vientos del regreso

En enero de 1970 el Provincial me escribió que acababa de morir en Puente Grande mi maestro de griego Gabriel Escamilla, quien también era maestro del ITESO: llegaría yo a suplirlo. Emocionado enseñé la carta a mis compañeros, los "profetas" de extrema izquierda, quienes en lugar de compartir mis sentimientos, me dijeron: "¿y vas a obedecer, pendejo?". Me quedé sin comentarios. Esta anécdota es un pequeñísimo elemento para estudiar la crisis, o el quiebre, que experimentó la Provincia jesuita de México en los años sesenta a raíz del Concilio Vaticano Segundo. Los buen número de los jesuitas mexicanos jóvenes se deslumbraron con el marxismo.

En vísperas del examen, platicando con mi amiga Madeleine le comenté que me habían señalado el jurado para mi examen obviamente presidido por el Dr. Robert Ricard, acompañado por el Dr. Minguet y otro cuyo apellido no recuerdo y que resultó muy amigo de Madeimoselle Daran, muy amiga de Madeleine; me consiguió una cita con él y lo invité a comer en un restorancito del Barrio Latino. Obviamente, en el examen me trató muy bien.

Presenté mi examen de doctorado en la *Sorbonne* en la última semana de junio de 1970 en el auditorio Gerson. Asistió amablemente mi querido superior Gaston Dujardin y algunos jesuitas mexicanos que pasaban por París: Jesús Vergara Aceves, Ramón Mijares y alguno más cuyo nombre se me escapa. De la comunidad mexicana solo Raúl Durana y ninguno de la extrema izquierda. Por supuesto Eugenio Maurer, aunque no era de la comunidad, me honró con su asistencia. Eugenio fue siempre un entrañable amigo.

Asistió Tere Castillo Miranda, quien había llegado unos dos meses antes y cuya mamá, desde México, me pidió la auxiliara en lo posible. Recuerdo a Tere con cariño: lamento haber perdido el contacto con ella. El auditorio se vio casi lleno con la presencia femenina mexicana que era muy numerosa. Después de más de medio siglo, solo recuerdo nominalmente a Rosita Parcero entre la nutrida concurrencia de connacionales.

Al comenzar el examen, durante media hora, presenté un resumen de mi propuesta que, como dije, ensayé mucho con una de las auxiliadoras. Cuando hablé de que México había sido invadido por Estados Unidos de América, España y Francia, el Dr. Minguet hizo ademanes muy claros de desaprobación y cuando le toco preguntarme me dijo: "su aztequismo me irrita", y yo no me digné a responderle sino que le pedí me hiciera otra pregunta. El examen duró poco más de dos horas. Yo estaba seguro de que Minguet, filólogo y no historiador me reprobaría, pero me emocioné cuando dijeron "aprobado por unanimidad y con mención de *Muy Bien*". La concurrencia aplaudió y me fui con un grupito de mexicanas al café más cercano, donde una de las muchachas sacó de su bolsa una botella de tequila para brindar.

Dos o tres días después salí para España, donde viajé todo un mes para despedirme de Europa. Raúl Durana y Ramón Mijares me acompañaron a la estación. Viajé con dos amigas; una hermana de Rosita Parcero, mi antigua maestra en la Ibero. Penosamente se me escapa su nombre. La otra amiga fue una niña de apellido Bourdelle, hija de mexicana y francés, conocida en París. Viajamos por el norte de España y, en Toledo, si mal no recuerdo, nos despedimos. Continué solo mi periplo.

Traía una pequeña maleta con los útiles de aseo, una guía de España y algún libro que, al terminar, depositaba en el correo con mi dirección de Guadalajara.

En la región de La Mancha releí algo de El Quijote; en la región de Burgos repasé el Poema del Cid, con gran emoción, en la puerta de la ciudad recordé la escena en que una niña le dice algo así: "no vos contrariéis, mi gran Señor, porque el Rey no tiene prohibido que os saludemos, con la amenaza de cortarnos las manos y sacarnos los ojos de las caras."

Uno de los momentos más emotivos de mis años europeos fue la visita al monasterio de El Escorial, en España, a la estancia donde en sobrios sarcófagos de mármol negro están los restos de Carlos V, Felipe II y otros reyes de España. Otra visita inolvidable fue la de la Alhambra de Granada y la tumba del Cid Campeador debajo de la cúpula de la majestuosa catedral de Burgos. Emociones muy diversas las de la Torre de Londres, donde Edmund Campion y otros jesuitas fueron torturados y luego descuartizados.

Larga sería la lista de momentos maravillosos en el enorme museo que es toda Europa. El Viernes Santo de 1969 ¿o 70? en Roma subí la *Scala Sancta*, que según la leyenda la trajeron de Jerusalén los cruzados, escalera por donde subió Jesús a ver a Pilatos. Lo más seguro es que no es cierto, pero no le quita a uno la devoción de subirla de rodillas. Es de mármol y, después de varios siglos, está desgastada. En España tratan muy bien a los mexicanos y les encanta oírnos hablar: dicen que hablamos con mucha dulzura comparada con la rudeza española. En esos años la peseta estaba muy devaluada: 25 centavos mexicanos.

A principios de agosto, de 1970, regresé a París para despedirme de mis mejores amigos. En aquellos antieres casi el único medio de comunicación era el de las cartas que tenían también sus aspectos "románticos". No existían los celulares ni nada de las maravillas modernas de comunicación y me entristecía mucho la certeza de que no volvería a ver a gente muy querida. Mi último domingo fui a comer a Versalles con mi queridísima Bernadette Wilmart, en el Boulevard de la Reina, número 106; le regalé un bellísimo prendedor de oro de Oaxaca que me habían enviado los papás de Lucero Topete.

Bernadette lloró mucho y su papá, muy francés, la regañó por ser tan sensible. Una semana antes de regresar, guardé cien dólares y los demás, que eran muchos, los repartí entre los jesuitas mexicanos que estaban en París. Curiosamente, la antevíspera de mi regreso me llegó inesperadamente un cheque equivalente a lo que yo había obsequiado. Ese dinero lo conservé. Como becario

del gobierno francés, Air France me obsequió el boleto de regreso. En aquellos antieres no existían las revisiones y controles de ahora. Casi al subir la escalerilla del avión, me encontré con Bernadette y su novio. Me emocioné mucho al abrazarla, con la certeza de que nunca la volvería a ver y conservo su fotografía sobre mi escritorio.

Desde Orly, emprendí el viaje París, New York, Houston, México. Venía muy emocionado por regresar y triste por haberme despedido de tantos amigos de París. Al ir descendiendo del avión y contemplar los volcanes sentí una gran alegría. En el vuelo regresaba un numeroso grupo de mexicanas jóvenes que habían hecho un tour en Europa, y cuando el avión tocó tierra estallaron en aplausos y gritos, lo que hizo que mi compañero de asiento, un francés muy francés, dijera: "esto no es serio".

Al bajar del avión un empleado del aeropuerto, junto a la escalerilla, repetía "padre Gómez, el padre Gómez". "El padre Gómez soy yo", le dije y él me tomó la maleta de mano y me dijo: "tengo órdenes de llevarlo sin pasar por la aduana". Me enteré luego de que el Lic. Manuel Palacios, papá de mi compañera Carmen Palacios en la Ibero, había enviado al funcionario. Al ir saliendo escuché un mariachi que entonaba el Son de la Negra y la primera persona que vi fue Angelita Joublanc de Kramis, a quien yo le decía "mi mami de México".

Nos abrazamos efusivamente; luego oí al mariachi con Guadalajara y el corrido de Chihuahua: "Mami, le dije: son las canciones que me gustan". "Recuerdas –me dijo– que cuando te fuiste mi marido te prometió recibirte con mariachis". Me emocioné mucho porque su marido, el Dr. Luis Kramis Tejeda había muerto cuando yo estaba en París. Mucha gente fue a recibirme, sobresaliendo mi amigo Alfredo Garduño con María Eugenia, la menor de sus tres hijas: "Chucho", me dijo, "sé que te vas a Guadalajara, pero cuando vengas a México, llegas con nosotros". Efectivamente, durante los 25 años siguientes llegué con ellos y, en los años ochenta, cuando mis idas a Roma, María Eugenia fue mi "chofera" al llegar o al irme al aeropuerto. Regresé a México el siete u ocho de agosto de 1970, un día después de cuando llegaron a Veracruz los restos del jesuita Clavijero, a quien el gobierno de la República le hizo merecidos homenajes.

Llegar a Guadalajara

Pasé una semana en México antes de llegar a mi destino final: el seminario jesuita en Puente Grande. En aquellos felices años setenta existía aún el Pullman a Guadalajara. Recuerdo que buena parte de la noche la pasé llorando: mis amigos y amigas estaban en París y en la ciudad de México. ¿Qué iba yo a hacer en Guadalajara, donde solo conocía a mi mamá y a mi familia? Antes de tomar el camión a Puente Grande fui a visitar a los jesuitas. Como eran vacaciones, principios de agosto, solo estaban Raúl Mora y Juan José Coronado, quienes me insistieron en que pasara con ellos unos días.

Mi destino era Puente Grande y los seminaristas jesuitas, "los juniores", tenían clases ahí y en el ITESO. Coronado y Mora, sin saberlo yo, telefonearon al Provincial para pedirle que en lugar de Puente Grande viviera yo con los jesuitas del ITESO. La comunidad jesuita del ITESO había vivido junto con los del Instituto de Ciencias y comenzaban a tener casa aparte que resultó ser…. "el prosti". Busqué casa, Jorge Villalobos vio un anuncio de "se renta" en una casa por la avenida Vallarta, a una cuadra al poniente de la Minerva. Como buscaba casa con muchos cuartos resultaba apropiada: cuartos con cochera propia, baño, cocina propia, de suerte que yo viví ahí poco más de una semana, porque pronto se alquiló una casa frente a Plaza del Sol, mientras se construía la casa en Ciudad del Sol en la calle de Tláhuac.

De Puente Grande al ITESO

Con eso de que los juniores de Puente Grande tomaban clases en el ITESO, mi destino cambió y prácticamente formé ya parte de las escuelitas que formaban el naciente ITESO. El ITESO ya estaba en el lugar actual. No existía aún el Periférico; de la carretera a Jocotepec se desprendía un camino de terracería, había que quitar una cerca de alambrado para poder ingresar a lo que ahora se llama "Camino al ITESO" lleno de tiendas y otros negocios". No había ningún teléfono, eso tardó años y solo existía el actual edificio "A", porque estaban en construcción el "B" y el "C". Eran unos 800 alumnos. La inmensa mayoría venía del Instituto de Ciencias y algunos eran compañeros desde el Kínder de las Michel y del Unión.

Las muchachas en su mayoría venían del Guadalajara y de "las Meches" de Chapalita. Solo había un gran fresno, cuya sombra estaba reservada al "camello", un Cadillac antediluviano del padre Güicho Hernández Prieto. Lo demás eran sembradíos de milpa con algunos mezquites dispersos. Ya se publicó hace años una historia de los primeros años del ITESO, en la cual narro muchas peripecias; aquí solo quiero recordar el asunto de las clases de religión: Raúl Mora, rector, y yo nos opusimos a que fueran obligatorias; la religión es asunto de fe voluntaria no se puede imponer. Largas y apasionadas fueron esas discusiones.

Se determinó que se estableciera la División o Facultad de "Problemática Universitaria" que abarcaba clases desde escuchar música clásica hasta alta teología, con literatura y filosofía. La asistencia era voluntaria y abierta a personas ajenas al ITESO; los martes y jueves de 10 a 11 de la mañana y de 5 a 6 de la tarde solo existían esas clases. Yo fui el primer director de esa división y puedo decir que resultó muy exitosa; la fundamos con una semana intensiva de Teología que la daban nuestros teólogos jesuitas de San Ángel.

La dirigí dos o tres años y luego llegó el padre Hernán Villarreal que la conservó brillantemente; después llegó otro jesuita joven, cuyo nombre no quiero recordar, quien, por flojera creo yo no contrató profesores y la dejó morir. Yo me molesté mucho y sigo sin entender cómo los demás jesuitas dejaron que eso terminara, porque el ITESO actual, por lo que oigo, poquísimo tiene de jesuita y casi nada de católico.

La vida en el ITESO

Requeriría muchísimas y muy interesantes páginas, nada que ver con el ITESO actual. Para comenzar todo era muy pobre e improvisado, lo que obligaba a tener enorme creatividad e imaginación. Los ingenieros fabricaban sus propios aparatos para los experimentos; los de Ciencias de la Comunicación deberían conseguir en préstamo sus cámaras y micrófonos; la "biblioteca" constaba de tres estantes con libros viejos que descartaba la Biblioteca Franklin del Consulado Americano, mientras que ahora, 2019, es solo inferior a la Pública del Estado que tiene maravillosas y variadas colecciones. Reitero que no había ningún teléfono. Lo fuerte eran las ingenierías, afamadas por las clases del Ing. Tapia, "El Barbitas", cuya fama como matemático aún se recuerda.

La escuela de Ciencias de la Comunicación fue la segunda en el país, solo antecedida por la de la Ibero. Varias materias eran las mismas que llevaban en Puente Grande los jóvenes jesuitas, "los juniores", y los maestros impartían esas clases en el ITESO, de suerte que los comunicadores de esos años tuvieron a muchos jesuitas de maestros: Luis Sánchez Villaseñor, Javier Gómez Robledo, Luis Carlos Flores Mateos, Ricardo García González, Gabriel Escamilla, Juan José Coronado, el Padre Boyle (jesuita estadounidense), Raúl Mora y luego llegué yo a dar cursos de "Historia Arte y Filosofía".

En ingenierías Jorge Villalobos, en química estaba el genial Luis Hernández Prieto, en administración Alberto Hernández Medina; en psicología Oscar Bandini; luego llegó Gilberto Ramos, Alfredo Rentería y José Hernández Ramírez quienes eran consejeros espirituales. A diferencia de ahora, 2019, en que casi no conocen a los jesuitas en el ITESO, en aquellos antieres eran escuelas en que los jesuitas eran muy conocidos e influyentes. Estaba también, como secretario académico el padre Nicolás Gómez Michel. Yo dirigía la división de "Problemática Universitaria", lo cual me permitió tratar alumnos de todas las carreras. La primera capilla estaba junto a la escalera del edificio "A", donde el primer módulo lo formaban la capilla y mi oficina.

Era una "Universidad" muy peculiar y muchos padres de familia seguían pensando que era una simple extensión del Instituto de Ciencias, y mucho batallamos para convencerlos que ya no existiría la lectura mensual de calificaciones y que no se les enviarían a los padres de familia. Escandalosa era en Guadalajara la noticia de que los alumnos nos hablaran de "tú" a los jesuitas jóvenes. Yo organizaba campamentos en Tapalpa, Mazamitla y en la playa y comenzaron las críticas entre mamás tapatías: ¿cómo un sacerdote acampaba con muchachas y muchachos?

El padre Gómez Michel me defendió más de una vez en público de las "acusaciones" de algunas mamás. A sesenta años de eso, soportado por relaciones de ex alumnos y ex alumnas de aquellos tiempos puedo asegurar que nunca se supo del menor incidente negativo de esos campamentos y todos recuerdan con nostalgia aquellos memorables tiempos. Era un ITESO pastoril e idílico, difícil de describir cabalmente. Mucha pobreza, mucha convivencia, improvisación y creatividad. Impartí clases en Ciencias de la Comunicación, en Relaciones In-

dustriales y Psicología. Creo que el ITESO actual, 2019, nada o casi nada tiene de común con el de los años setenta.

La comunidad de Tláhuac

Ya indiqué que al llegar de París a Guadalajara viví una o dos semanas en "el prosti", y pronto nos cambiamos a una casa a un lado de Plaza del Sol. El superior era Juan José Coronado; luego al llegar más jesuitas se abrió otra casa en Chapalita, en Tepeyac y San Uriel y el Provincial me designó como superior, pero Juan José Coronado suplicó al Provincial que no me removieran. Hacia 1972, Juan José Coronado dejó de ser superior y yo fui nombrado, aunque era el de menor edad. En dos periodos fui superior ocho o nueve años.

Era una comunidad encantadora y no recuerdo ningún problema o incidente desagradable. Juan José Coronado, Nicolás Gómez Michel, Luis Sánchez Villaseñor, Luis Hernández Prieto, Xavier Gómez Robledo, Alberto Hernández Medina, Gilberto Ramos, Jorge Villalobos, Oscar Bandini. Los domingos íbamos a comer a algún restorán y luego a ver cómo se iba construyendo la casa en Ciudad del Sol, Tláhuac 285, bajo la acertada dirección del arquitecto Salvador de Alba, director de la escuela de Arquitectura del ITESO. La casa se inauguró el 31 de julio, fiesta de San Ignacio en 1971.

Vuelvo al tema del ITESO, reitero que el rector era Raúl Mora, quien aún respiraba los aires del París de mayo de 1968, idealista a más no poder. A mediados de 1973, si la memoria no me falla, hubo cambio de rector y llegó mi muy querido e inolvidable Xavier Scheifler, después de una exitosa y brillante labor en la Ibero de México. Recibió unas escuelitas con veinte mil problemas y las fue consolidando hasta convertirlas en una universidad, superando dificultades de todo género: finanzas pobrísimas, edificios en construcción, maestros que no sabían de la vida universitaria, oposición violenta de la Autónoma de Guadalajara, reticencias y resistencias de padres de familia con criterios muy cerrados.

El ITESO no tenía reconocimiento oficial y sus títulos no tenían validez. Llegó Maximino Verduzco y, además de sus labores de maestro, se echó a cuestas el laborioso empeño de ir logrando que la UNAM fuera extendiendo títulos profesionales a los egresados del ITESO, incorporado a la UNAM desde noviembre de 1968. Uno de los últimos decretos firmados por Echeverría fue conceder al

ITESO la facultad de expedir títulos con validez oficial. Ese logro fue gracias a los esfuerzos del padre Esteban Palomera Quiroz y su amigo Bravo Ahuja ex rector del TEC de Monterrey y alto personaje en la SEP.

La comunidad de Tláhuac, junto con la de mis tiempos de magisterio en Chihuahua, han sido las más recordadas y entrañables. Era sumamente unida, fraternal, hospitalaria, divertidísima. Por años el televisor nunca se usó: las sobremesas eran largas y muy agradables, con Juan José Coronado como centro o director de la amenísima plática salpicada de chistes y ocurrencias. Hacia 1978 llegó un indio, no un hindú como dicen los tapatíos, enviado por el padre general a visitar comunidades religiosas de universidades y nos dijo: "he visitado comunidades universitarias de Europa, India y los Estados Unidos, y nunca había encontrado una tan agradable y dinámica como esta". Xavier Gómez Robledo era el más "favorecido" con las bromas. Frecuentemente, llegaban a la mesa maestros y alumnos del ITESO.

En la Provincia jesuita de México estaban de moda las evaluaciones, "discernimientos", reflexiones y no sé cuántas novedades que en Tláhuac nunca hicieron falta. Teníamos concelebraciones eucarísticas frecuentes; un año fuimos todos en grupo a hacer los ejercicios anuales a Puente Grande, también fuimos en grupo a vacaciones, algo muy inusual. Al ser todavía superior Juan José Coronado, murió Gilberto Ramos, a quien puse la unción de los moribundos en la cruz roja y, siendo yo superior lamentamos la partida de Jorge Villalobos y Luis Hernández Prieto. La comunidad de Tláhuac sigue viviendo entre los recuerdos más memorables de toda mi vida.

La Universidad de Guadalajara

Hacia 1973 el Lic. Carlos Ramírez Ladewig, persona muy influyente en la Universidad de Guadalajara, le pidió a Xavier Scheifler, rector del ITESO, que le obtuviera la ayuda de diez jesuitas para trabajar en la Universidad Pública del Estado. Xavier nos lo propuso y a mí me pareció interesante vivir ese experimento. Eran años muy violentos en la Universidad de Guadalajara. La gente de la FEG (Federación de Estudiantes de Guadalajara) andaba armada y las elecciones para puestos directivos de esa agrupación con frecuencia terminaban en enfrentamientos sangrientos y mortales. Según Ramírez Ladewig se buscaba

elevar el nivel académico, contrarrestar el marxismo galopante y combatir la drogadicción. Me entrevisté con el Lic. García de Quevedo, rector de la Universidad de Guadalajara, quien me dio una tarjeta para el director de la preparatoria número dos.

La aventura polaca

Por aquellos tiempos en que la Universidad de Guadalajara se proclamaba socialista, tenía acuerdos de intercambio con la Universidad de Varsovia. En los primeros meses de 1981 los polacos pidieron a la Universidad de Guadalajara seis maestros que dieran cursos de verano; pidieron los curriculum de algunos maestros y yo fui uno de los seis señalados, porque Lech Valesa había solicitado un curso sobre los orígenes del movimiento obrero en México. También solicitaron los servicios de la Dra. Carmen Castañeda, historiadora de enorme categoría, católica y muy mi amiga.

Entre los otros cuatro maestros estaba el Lic. Manuel Rodríguez Lapuente, el único que siempre se dirigía a mi como "padre" y no como "doctor" en aquella Universidad con fuerte antirreligiosidad. Me atraía la idea de ir a Polonia. Casualmente, me habían pedido en Guadalajara un artículo sobre los orígenes del movimiento obrero en la ciudad, de suerte que era un tema en el que de momento yo era el experto. El curso en Polonia sería en junio. Con todos los preparativos para el viaje, a fines de mayo fui a la Universidad por mi boleto de avión.

La secretaria encargada del asunto me dijo: "acaba de llegar un telex de Varsovia que se suspenden los cursos por amenaza de invasión soviética a Polonia". "Pues, más interesante el viaje" le dije: "Entonces váyase usted mañana temprano a México y yo entrego más tarde el telex". Así lo hice: llamé a la Dra. Carmen Castañeda y temprano salimos a México con boleto para conectar a Londres y Varsovia. De México despegamos en un vuelo de Pan American en el Boeing *Mermaid of the Ocean* que, poco tiempo después, volando sobre Inglaterra, ¿o Escocia? estalló por una bomba. Nuestro vuelo hacía escala en Miami, donde había huelga de controladores y salimos con horas de retraso, de suerte que en Londres estaba ya por despegar el vuelo a Varsovia.

Pan American nos pagó la noche en un hotel muy elegante y el primero de junio, día de mi cumpleaños, a media mañana volamos a Varsovia. Durante el

último semestre, con libros y discos, había yo estudiado polaco, pero es un idioma muy complicado. Al llegar a Varsovia, en el aeropuerto, pedimos un taxi que nos llevara a un hotel; nos condujo al hotel Europeski Victoria en el centro de la ciudad. Al llegar a recepción nos dijeron que no había cuartos. Era domingo y, no sé cómo le hice, en polaco o inglés o a señas, pero llegué a la Universidad, mientras la Dra. Castañeda se quedaba en la recepción del hotel.

En la Universidad, aunque era domingo, había personal con nuestras fichas personales; llamaron al mismo hotel y por supuesto que había cuartos; pero en un país comunista todo debía pasar por el gobierno. El día anterior, 1 de junio de 1981, había sido la misa de funeral del cardenal Wyszynski, héroe de la oposición al régimen comunista. En el centro de la plaza de la Victoria, frente al hotel, había una gran cruz de flores blanco y rojo, colores de la bandera polaca y cientos de veladoras.

A Nuestra derecha, en la plaza, estaba la tumba del soldado desconocido. Cada hora cambiaban de guardia que salía a nuestra izquierda del cuartel general del ejército rojo polaco, de suerte que los soldados que salían hacia la tumba del desconocido deberían pisar la cruz de flores, pero al llegar daban la vuelta para no pisarla. Al fin y al cabo todos los soldados eran católicos.

Al día siguiente, lunes, fuimos a la Universidad y nos dijeron que, por la amenaza de invasión soviética, no habría cursos de verano, pero a mí me propusieron tres conferencias, en francés y nos asignaron un edecán a cada uno para que nos atendiera mientras estuviéramos en Varsovia. Nos llevaron a la Biblioteca Nacional y nos enseñaron los tesoros bibliográficos de suerte que mi edecán me dijo: "¿quiénes son ustedes para que les muestren los tesoros que muy rara vez se muestran?". En algunas cartas que aquí incluyo narro más impresiones de esa estancia en Polonia.

A fines de mes, o principios de julio, volé a Londres con escala en Frankfort. Solo recuerdo que durante la escala, era domingo, fui a la capilla del aeropuerto y con otros tres sacerdotes celebré la misa en alemán. En Londres me hospedé con Teresín Garduño, casada con un griego. Estaban en Londres los papás de Teresín; mi gran amigo Don Alfredo Garduño y su esposa, quienes por una semana no se cansaron de pasearme por la ciudad. Una noche fuimos al Albert Hall que estrenaba la famosísima *Evita* de Weber. Regresé a Guadalajara vía New York y Dallas.

Rumbo a Polonia, algunas cartas de ese viaje

Golfo de México, 30 de mayo de 1981

Muy queridos:

Liliana, Bertha, Paty, Cristina, Dora, Ruth, Delta, Eduardo, César, Néstor y demás alumnos del grupo F.

Son las 13:30 horas y llevo exactamente 2 volando en un D6-10 de PAN AMERICAN. Vengo en asiento de ventanilla y se ven abajo nubes como copos de algodón y más abajo el mar azul.

En México mis amigos me chiquearon mucho. Dios ha sido muy bueno conmigo por muchas razones, una de ellas, por haberlos conocido a Uds. Ahora siento que terminó una época de mi vida y comienzo otra.

Sigo, a las 7 p.m. de mi reloj. Estuvimos en Miami, de las 2 a las 5. Ahora creo que vamos sobre la costa de los E.E.U.U., aunque no sé exactamente por qué cielos andamos. Ha sido un vuelo tranquilísimo. He tenido una suerte enorme, porque el avión viene lleno; con unos cuantos sitios vacíos, entre otros el que viene junto a mí, de modo que tengo ventanilla a mi izquierda, y a mi derecha un lugar vacío para poner mis cosas. En estos viajes me gusta más leer o pensar (o escribir) que darle conversación a un compañero de viaje enfadoso.

Me siento acomplejado porque veo que mi inglés anda muy mal; en el trayecto de México a Miami pasaron una película en inglés y entendí muy poco. Ahora el avión se está moviendo mucho y me pongo nervioso. No saben lo que me conmovió que hubieran ido a despedirme: yo no tengo hijos, pero… a Uds. los siento como hijos muy queridos y le pido a Dios que los bendiga: Uds. me han dado muchísimo y me siento feliz de quererlos y de sentirme querido por Uds.

Me parece un sueño este viaje, estoy seguro de que será una muy interesante experiencia. Cuando era niño comenzó la guerra, y me acuerdo muy bien que mi papá sufría porque los alemanes destruían Polonia. Mi papá admiraba a los polacos por su patriotismo y su religiosidad. Mi papá, desde el cielo, debe estar feliz al saber que voy a Polonia. Hace 14 años, en 1967, volé de México a París; cuándo mis amigos, de grupos estudiantiles de la UNAM y del POLI, me

despidieron en el aeropuerto de México me sentí muy triste, porque sabía que a muchos nunca los volvería a ver, ahora no me sentí triste, porque sé que Dios me concederá verlos a Uds. de nuevo.

Vivan la vida y nunca se cansen de vivir, si olvidé a alguno de los que fueron a despedirme… pido 10 mil perdones, y prometo darle a mi regreso una satisfacción.

Les agradezco tantos y tan inolvidables momentos que Uds. me han dado: no cabe duda de que Dios me ha hecho un enorme regalo con Uds.

Hasta pronto D. M.
Los bendice, los abraza y se despide de Uds. quien de veras los quiere,
Chuchín
Ojalá puedan descifrar mis jeroglíficos.

31 de mayo de 1981

Muy queridos familia Mesa López:

Puse interrogaciones porque no sé dónde estoy; llevamos ocho horas de vuelo desde que despegamos de Miami. En mi reloj faltan 15 para la una de la mañana, pero acaban de avisar que la hora local es 6:45 a.m. Fue una noche cortísima; nos comimos cuatro horas además de las dos que nos habíamos comido de México a Miami. Ha sido un viaje excepcionalmente tranquilo. Me imagino que este animalote (un D6-10 de PAN AMERICAN) debe volar muy alto, porque no se ha sentido ninguna perturbación atmosférica, con excepción de un minuto de zangoloteo cuando andábamos cerca de Nueva York.

El avión viene casi a reventar: solo he visto dos asientos vacíos donde duermen unos niños, y… el que está a mi derecha, de suerte que aunque dormí muy poco (una media hora cuando mucho) lo hice con mucha comodidad. Tengo cierto nerviosismo porque, según mis cálculos, tendré apenas una hora y media en Londres para cambiar de avión y es un aeropuerto inmenso, además de que la burocracia en migración es peor que la de México, que ya es mucho decir.

Solo me traje una de las dos maletas que Uds. me obsequiaron, además de la maletita de mano. Como me han asustado con que en Polonia no hay nada, vengo prevenido como si fuera a Zapotiltic [no, perdón, como si fuera al cerro, traigo repuesto para la pluma, café, azúcar, leche en polvo, papel higiénico, pilas de repuesto para el radio y la grabadora, etc.]. Pero muy poca ropa, y solo los zapatos que traigo puestos.

Varsovia, 02 de junio de 1981

Ya les contaré D. M., las aventuras de Londres

Ayer llegué a Varsovia; un vuelo muy agradable y corto (2 horas y media) sobre Holanda y Alemania. Aquí, en la aduana, con visa oficial no me revisaron nada. En taxi me vine a un hotel (resultó de lo mejor de Varsovia), pero al ver el precio (55 dólares diarios sin alimento) me fui a la Universidad y de ahí me mandaron a un hotel, que… resultó ser el mismo al que había llegado. Es una ciudad muy bonita: hay avenidas con banquetas de más de 15 metros de ancho y con muchos árboles y parques.

Mi doctora estará contenta si le digo que hasta ahora he andado muy bien del estómago, aunque me meto a lo que en Guadalajara serían los agachados y fritangas; me gusta comer como el pueblo. Hay sabores muy raros.

En la facultad de Historia ya tenían 2 fichas con mis datos: qué organizados.

Hay pocos niños: como toda Europa, es un continente de viejos, al revés de México.

Hay escasez, pero no como me habían dicho. Muchas iglesias. Las monjitas andan con sus hábitos y mis colegas de sotana.

El idioma tan complicado que cuando me hablan en alemán me siento en mi casa. Y, por supuesto, la maravilla cuando alguien habla inglés o francés.

Hasta pronto, D. M.

Se portan bien. Recen por mí. Saludos a todo el clan, tribu, familia, o como se diga.

Los quiere:

Chuchín.

Varsovia, 03 de junio de 1981

Querido Xavier Scheifler:

Tus consejos, como siempre, me han resultado muy útiles. Ya te contaré con calma las aventuras en la increíble burocracia de Miami: tres controles de pasaportes a los viajeros en tránsito (casi como en Alemania Oriental). Luego, como el vuelo de PAN AMERICAN llegó a Londres con una hora de retraso, perdí la conexión a Varsovia. La damisela de la British Airways después de mucho ir y venir de un mostrador a otro me regañó: "Señor, el avión lo tiene que tomar en la terminal número uno, y ésta es la número dos".

–Señorita disculpe…
–Nada de señorita, Ud. me va a oír. Y me echó un rollo de información.
Ya que terminó, le dije:
–Es que de la terminal número dos me mandaron a esta porque mi avión ya salió.
–Ah, déjeme ver…de veras. ¿En cuál vuelo llegó Ud.?
–En el 098, de Miami.
–¿Cuál es el idioma que habla Ud.?
–"Spanish"
–¿Entiende francés?
–Sí.
–Ah, viene Ud. de Guadalajara… Las mejores vacaciones de mi vida las pasé en México. Déjeme ver si alcanza el avión de Lufthansa que va a Frankfurt, y de ahí conecta a Varsovia. Córrale al piso de abajo a la lista de espera, y yo mientras llamo a Lufthansa.
Corrí, pero inútil: el pájaro había volado. Regresé con la iracunda damisela convertida en amable ayudante.
–Señorita, se fue mi avión.
–No se preocupe: ahora hablo a PAN AMERICAN para hacerle responsable de que Ud. haya perdido su avión.

Total, me consiguió hospedaje en el Excélsior, muy cerca del aeropuerto.

Al llegar al cuarto, vi el precio: 90 dólares por noche, sin contar los alimentos, pero todo corrió a cuenta de la PAN AMERICAN.

Así que ayer a las 9:30 despegué de Londres; y, después de un viaje en línea recta sobre Holanda y Alemania aterricé en Varsovia.

De la Universidad me enviaron al Hotel EUROPEJSKI, en pleno centro de la ciudad: desde mi ventana veo al centro la gran plaza Zwyciestwa, donde Juan Pablo II celebró la misa ante miles y miles de polacos y donde antier se dio el último adiós al cardenal WYSZYŃSKI. De esto te quería hablar.

Ayer, después de comer en un restaurant popular, armado con mi plano de la ciudad, me fui a caminar en la busca del número 10 de la calle Swietojanska, es decir, a la casa del Provincial jesuita de Polonia. Pero… entré a varias librerías a curiosear, luego a un supermercado y a una KAWIARNIA (es decir, un café) para tomar un te. Cuando menos acordé eran casi las ocho p.m. y emprendí el regreso al hotel. Vi a oficiales rusos (con su inconfundible kepí de franja roja) llenos de condecoraciones como Porfirio Díaz o Francisco Franco en sus limusinas negras elegantísimas con chofer uniformado.

Y, para llegar al hotel en la famosa plaza, donde aun quedaban restos del templete donde se habían celebrado los funerales del cardenal, vi gente reunida con flores y veladoras en las manos; formaron en el piso una gran cruz y comenzaron a cantar. Fue llegando más gente, tal vez unas 2,000 personas. La cruz se fue agrandando con claveles rojos y blancos (la bandera polaca). Varios hombres estaban de rodillas. Las muchachas arreglaban las flores. Mucha gente joven y no pocas monjas con sus hábitos. A nuestra espalda estaba la tumba del soldado desconocido.

Del edificio de enfrente salieron varios "defensores del pueblo" con fusiles a bayoneta descubierta, taconeando muy fuerte; la cruz en el piso quedaba exactamente a la mitad de su camino, porque se dirigían a cambiar la guardia a la tumba del soldado desconocido. Yo creía que iban a pasar sobre la cruz (me habían enseñado que el soldado marcha de frente), pero el que iba adelante hizo una maniobra y, en forma muy poco marcial, esquivó la cruz.

Los cantos eran una mezcla de oración, como canto gregoriano, y de himnos de guerra. Yo solo captaba dos palabras que predominaban: MARÍA y Polska (o

Polski). Unos llegaban y otros se iban, yo estaba alelado al ver cómo seguían llegando claveles blancos y rojos. De pronto terminaba un canto, y alguien decía algo y yo solo entendía que hablaban del Papa, del Cardenal Primado y de Polonia.

Nunca olvidaré el viento que soplaba, la noche que no llegaba; aunque eran ya las nueve de la noche. Creo no exagerar si te digo que este viaje ya valió la pena con ese rato de sentirme parte de esta gente. De pronto se me enchinó el cuerpo al oír como entonaban un himno que estoy seguro de que es mexicano, de la guerra cristera.

"Viva Jesús por siempre
Viva su corazón;
En nuestra patria en nuestro suelo
Que es de María la nación…"

Aquí también se entendían las palabras MARÍA y POLSKI, yo creo que este pueblo tiene que triunfar, es un pueblo con fe.

Nunca olvidaré a la polaquita rubia, con el pelo recogido a la "cola de caballo", su gabardina azul y su chamarra de cuero colgada del hombro que les "hacía casita" a unas veladoras para que no se apagaran. Otra muchacha, muy alta con blusa negra y anteojos de fondo de botella que se enjugaba las lágrimas con una mano y con la otra acomodaba los claveles; vi a un señor de corbata roja y mirada bondadosa que me sonrió muy amistosamente cuando descubrió el foquito rojo de mi grabadora.

Como luego te diré, creo que contra lo que piensan mis colegas rojillos de la U. de G. no se trata aquí de lucha de clases; se trata de un pueblo que por siglos ha mantenido su fe en Cristo que es el Camino, la Verdad y la Vida, y… la Verdad los hará libres.

Fue maravilloso que el primer día en Polonia haya tenido la fortuna de sentir como este pueblo lloraba la partida de su cardenal.

Llegué a mi cuarto como a las once y, como no había dicho misa, abrí el misal. La antífona de entrada decía:

"Yo soy el primero y el último, dice el Señor, yo soy el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo para siempre"

La oración decía:

"Dios omnipotente y misericordioso, envíanos al Espíritu Santo para que habite en nosotros y nos transforme en templos de su gloria".

Sí, el Señor vive y habita en estos hermanos nuestros que son templos de su gloria. Son templos de la gloria del señor, las güeritas que acomodaban las flores, y el señor chaparrito que cantaba junto a mí con voz de tenor de ópera.

La primera lectura decía:

"Ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra, que es gracia, y tiene poder para edificar". La lectura se refiere a la despedida de Pablo.

"Todos se pusieron a llorar y abrazaban y besaban a Pablo, afligidos sobre todo porque les había dicho que no lo volverían a ver".

Y esta gente lloraba por su cardenal, pero yo estoy seguro de que lo volveremos a ver.

Al llegar al Evangelio, recordé a los omnipresentes soldados rusos:

"Y el mundo los odia, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo, no te pido que los saques del mundo sino que los guardes del mal".

Cracovia, 07 de junio de 1981

Querido Max Verduzco:

Esta mañana llegué a Cracovia, después de cuatro horas y media de tren desde Varsovia, casi todo el tiempo por las riberas del Vístula y cruzando campos siempre verdes. En el vagón restaurant del tren, como en la mayoría de los restaurantes y cafés del país, no había azúcar, es una de las manifestaciones de la crisis económica actual.

De la Universidad me habían reservado cuarto en este hotel con todas las comodidades inimaginables, y con azúcar en el restaurant. La ciudad es maravillosa: tan fascinante como lo mejor de Toledo y Avignon, tan señorial como Praga y tan encantadora como Brujas.

Oí misa en la catedral que es un compendio de toda la historia de Polonia. Había muchos grupos de gente joven con su maestro que les iba explicando cada centímetro de la catedral, porque hay inscripciones, tumbas y monumentos en todas las partes: la catedral sintetiza la historia del país en su lucha de siglos y siglos. Aquí han sido muy afortunados en no haber tenido como presidente a un bárbaro iletrado y sin conocimiento de lo mexicano como fue el salvaje de Álvaro Obregón que sacó los restos de los jefes insurgentes para llevárselos de la catedral de México, símbolo de la cultura criollo-mestiza, y llevárselos a la afrancesada columna de la independencia, que no es un templo, sino un paseo público. Aquí no, aquí la historia está en la catedral, y la iglesia católica es el núcleo de la nacionalidad y de la fe que mantiene vivo y combatiente a este pueblo.

En fin, Cracovia es bellísima.

Cambio de tema, te diré que hubo cambio en mi programa de actividades, debido a que el Dr. Genceke, quien sería el encargado de atenderme, está en Basilea con Lech Walesa. Admírate: el principal consejero de Walesa no es economista, ni sociólogo, sino historiador (dispensarás el comercial). De la Universidad de Varsovia enviaron un Telex a Guadalajara, indicando que me esperara, pero afortunadamente para mí, el famoso Telex no llegó a tiempo. Además, hay toda una revolución universitaria, pero muy calmada y ordenada: diferentísima de la violencia francesa del 68.

Ahora aquí acaba de haber elecciones de directores de facultades, y pronto habrá de decanos y del rector. El Dr. MAICZAK, uno de los poquísimos, o el único que insinuó ser de 6% de polacos no católicos, me decía que hay cierto consenso entre directores de facultades y maestros de que el nuevo rector deberá ser humanista y católico: quieren que sea literato, o de preferencia historiador o filósofo. Es curioso que para estos momentos de crisis busquen precisamente a gente versada en Historia o Filosofía. Digo esto de paso, en otro comercial, porque pienso que en la Provincia S. J. de México hemos perdido esas tradiciones de tener gente preparada en humanidades, que pienso yo, ha sido la experiencia fuerte de la Compañía.

Como ves, se terminó el papel membretado, bajé a la administración y me dijeron que no había más. Esto es también donde se percibe la crisis. Estoy, como invitado oficial, en un hotel de cinco estrellas, pero no te da coraje que no haya

papel: al revés, siento una enorme simpatía, comprensión y cariño hacia este pueblo maravilloso en su patriotismo y en sus ganas de vivir. Prosigo en el papel que traje de México: mi actividad se reducirá a un coloquio con historiadores la semana próxima o a una gira por todo el país acompañado de un grupo estudiantil de la Universidad. Aún no lo sé.

En todo caso, ha sido muy interesante hablar con maestros universitarios. Lamento en parte no haber tomado notas, o no haber escrito nada "en caliente". Digo que lamento "en parte", porque no me arrepiento en lo más mínimo de todos mi recorridos a pie por la ciudad que me han hecho llegar rendido a la cama. Con nada se puede pagar la experiencia de pasar larguísimos ratos en las iglesias con la gente que reza, con los policías jóvenes que se acercan a comulgar; con las niñitas rubias que se arrodillan con sus papás ante la Virgen de Chestojova. Todos los turistas polacos que en Varsovia y Cracovia no dejan de comprar su cuadrito con la foto del Papa y del Primado.

También, aparte del desayuno que te paga el hotel, he procurado comer y cenar en lugares netamente polacos. Pido comida a señas, o señalo a la buena de Dios en el menú. Ayer, según yo, pedí una especie de refresco preparado que todo mundo saboreaba con fruición, y resultó que me trajeron un brandy polaco: sea por Dios…y venga más.

Vuelvo al tema de los señores de la Universidad, todo ha sido muy interesante para entender lo que pasa. El primer día el Dr. KIENIEWICZ me invitó a comer a un lugar típicamente varsoviano en la "Rive Gauche" del Vístula. Le pedí que me ordenara algo típicamente polaco: me encantó, una crema de nueces y una chuleta con papas cocidas, ejotes y zanahorias calientes y ensalada; me sorprendió que en casi dos horas que duró nuestra conversación, KIENIEWICZ solo una vez habló de lucha de clases, precisamente para decir que no se trata en Polonia de una lucha de clases, sino de una lucha por ser polacos.

Te digo esto, porque durante estos últimos seis años de mi vida en que he convivido mucho con maestros rojillos de la UdeG, de la Autónoma de Puebla, de Sinaloa, los nicolaítas, etc. no te hablan tres minutos sin citarte a San Carlos Marx y a nuestro muy venerado padre GRAMSCI; y no paran de hablarte de lucha de clases, dialécticas, proletariados, burguesía, oligarquía y cambios de es-

tructuras. Te puedo decir que en ocho días que llevo aquí, solo excepcionalmente he oído algo de esto.

Ya me desvié, como me pasa con frecuencia, total, te dicen que no se trata de lucha de clases, sino de no perder su identidad polaca, en cuya raíz y en cuya alma está el ser católicos, y aquí todo mundo te habla de la importancia decisiva del Cardenal Wyszyński. También me sorprendió en KIENIEWICZ la insistencia de que no se trata tanto de cambio de estructura, sino de cambio en las personas; aunque como decía él es incuestionable que la estructura política y económica de los países socialistas satélites de la Unión Soviética y de Rusia misma han sido un rotundo fracaso; es un fracaso producir para la burocracia y para el estado.

Prosigo… y termino hoy día 9.

Pasado mañana D. M. por la tarde visitaré el tristemente famoso campamento de Auschwitz donde los nazis exterminaron millones de personas.

Hasta pronto. D.M.
Un abrazo:
Chuchín.
Saludos a todos.
Feliz día de tu santo.

Varsovia, 18 de junio de 1981

Muy queridas y queridos colegas de la prepa dos:

NA ZDOWIE, es decir: Salud!!!

Me ha ido de maravilla y cada experiencia –como la procesión del Corpus del día de hoy– merecerían una larga narración, pero les quiero contar de mi viaje de cuatro días con maestros y estudiantes de la Universidad Obrera de Varsovia. Nos fuimos a pueblear y a ranchear por lo que los historiadores llaman la pequeña Polonia, es decir, la región entre Varsovia y Cracovia: la región que siempre ha sido polaca, porque el resto ha sido rusa o alemana.

Eran 32 muchachos entre los 26 y 36 años que deberían tomar su curso intensivo de Historia del arte polaco, bajo la dirección de tres "doctores", es decir, maestros titulares y cinco maestros asistentes. Para alegría de nuestros colegas, amigo Dolores Mártir (NOTA: era un maestro de lo más "rojillo" que había en la Universidad de Guadalajara en los años setenta) diré que el curso consistió en la visita guiada y explicada a un palacio, un castillo y… 63 iglesias católicas.

Los tres maestros titulares hablaban perfecto francés y, de los asistentes maestros dos muchachas hablaban inglés y dos muchachos inglés y el otros francés. Prácticamente, no hablé con los estudiantes porque creo que solo hablaban polaco. Los maestros eran amabilísimos: en cada visita uno de ellos me lo explicaba todo en inglés o francés.

Conocí *no* la Polonia de los turistas ni la de la historia oficial, sino la verdadera Polonia de pueblitos y ciudades de provincia. Con excepción de una noche en un pueblito digno ser PINCZÓW (se pronuncia PINCHOV) en que cenamos una salchicha y *medio* vaso de agua mineral. Por lo demás, fue un paseo maravilloso: la Polonia real (en su presente y en su pasado) que un turista ordinario nunca puede conocer.

Resultó muy interesante platicar con los colegas historiadores de acá: en cuatro días de clases, porque cada visita era una clase condensada, nunca les oí hablar de dialécticas, ni burguesías ni de imperialismo, de lucha de clases, de medios de producción y demás rollos de los que uno oye que a cada segundo hablan muchos rojillos y pseudointelectuales de nuestro medio de marxismo de tercer mundo.

Claro que también hablaron de la situación actual de Polonia: la invasión rusa sigue siendo una amenaza grande y parece ser que el próximo mes será decisivo por el congreso del partido comunista polaco, en el cual hay gran división: la línea incondicional de Rusia (los *políticos* que nunca faltan) y la facción democrática. Le pregunté a uno de los doctores: ¿qué tanto estudian el marxismo en la Universidad? –Por supuesto que *no* se estudia. Bueno, sí, como una de tantas doctrinas filosóficas y económicas.

Sobre esto y otros temas ya les platicaré: su repudio al comunismo, su patriotismo, su sentido de la historia nacional (no oficial), su religiosidad y hospitalidad. Su sentido de la belleza, de la limpieza, su verdadero culto a las flores, su

capacidad de beber sin ponerse nunca agresivos ni pesados. En fin: qué pueblo confió en que cada día sea más él mismo. La excursión trajo amistades y una serie casi continua de invitaciones a cenar a sus casas: ayer fue una cena que terminamos a las dos de la mañana, cantando por la calle una canción de 1612 que (en polaco, claro está) terminaba más o menos así:

"Adelante, polacos
con espadas y lanzas
hagamos "picadillo"
de cada ruso que encontremos:
Dios lo quiere".

Como ven, la guerra "*Santa*" de los aztecas, de los árabes y del Ayatola Jomeini. Y la cena de antier: ¡qué cena! Fue en el departamento del profesor URBANSKI que es algo así como mi edecán encargado de arreglar mis hoteles, viajes, dinero que me da la Universidad, etc. Tiene un hijito de dos años. Su esposa, muy menudita, ni bonita ni guapa, pero encantadoramente amable y femenina. Había otras dos parejas: un sueco, de padre ruso, y su esposa: una polaquita jovencita de unos 25 años que hablaba un francés precioso. Otro polaco, que hablaba excelente inglés y su esposa, también muy joven: polaca que había estudiado en París.

Me conmovieron porque, a pesar de la actual crisis, qué cena: jamón serrano, quesos, verduras y abundancia de VÓDKAS. Por cierto, VODKA quiero decir AGÜITA: es decir es el diminutivo de VODA (agua). Como yo no hablo polaco, y algunos hablaban inglés, y otros francés, había que saltar de un idioma a otro. Después, con los VODKAS ya funcionando, comenzaron como dos horas de cantos patrióticos polacos: el primero era del siglo XII hasta canciones de 1975 y actuales, casi todos contra los rusos. Me pidieron que cantara, no hubo más remedio y medio grité o canté "nuestro México, 23 de febrero dejó Carranza pasar americanos".

Por cierto les cayó bien que, me sirvieron el VODKA y me preguntaron que con qué lo quería, les dije que solo. Entonces me dijeron: Así se hace en Polonia: aquí todos se toma solo, sin mezclas...

ESPERO QUE HAYAN RECIBIDO, CADA QUIEN, LAS TARJETAS QUE LES PUSE.

Hasta pronto D. M.
Saldré de pasado mañana en ocho (el 28) a Londres y a Guadalajara, espero llegar el 12 de julio (vía Houston).
Los recuerda y los extraña:
J. Jesús Gómez Fregoso

Breslau, 22 de junio de 1981

Carta al P. Luis Sánchez Villaseñor (de la comunidad de Tláhuac)

Espero que ayer te habrán festejado debidamente por tu santo.

Te escribo desde Breslau; solo que les gusta complicar la vida y escriben WROCEAW y pronuncian además de manera muy "chistosa". Es como un sueño para mí: nombres que solo conocía por los libros como el Oder, Silesia, el país de los sudetes, etc. Todo mundo me había dicho que Breslau (junto con Varsovia, tal vez más) fue la ciudad más destruida durante la guerra y ciertamente es casi la única ciudad polaca donde en el centro he visto alguna construcción moderna. El resto, como en toda Polonia, aunque haya sido arrasado, está reconstruido exactamente como era antes de la guerra.

Hace años quedé yo sorprendido en Francia, y mucho más en Inglaterra, de la forma como trataban de conservar viva su historia, pero creo que Polonia se las lleva de calle en su amor por la historia del país. Y aquí la historia la presentan como algo vivo, como parte del presente. En ninguna parte había yo visto que las catedrales e iglesias del siglo XI o XII continuaran siendo verdaderamente iglesias.

Es cierto que en España o Francia gran parte del tesoro artístico está en las iglesias, pero, sobre todo en Francia (aun en Notrê Dame de París) con frecuencias las maravillas románicas y góticas son iglesias-museo con suciedad. Aquí creo que fácilmente he visitado más de 200 iglesias en ciudades y pueblos y

no he encontrado ni una sola descuidada o sucia. Me ha impresionado que en *todas* las iglesias hay flores frescas. Creo que fue en Sandomierz (entre Kielce y Cracovia) donde en la catedral había más de 24 altares y en todos flores frescas.

Aquí hubieras visto la Catedral de Ntra. Sra. de la Isla de la Arena. Una islita que forma el Oder. Qué olor a flores frescas hay. La catedral fue arrasada por los alemanes; ahora han reconstruido esta maravilla iniciada en el siglo XI: todas las nervaduras, arcos y ventanas góticas de ladrillo rojo, típicamente polaco, los muros blancos dan una luminosidad extraordinaria. En cada columna han hecho un altar con trípticos góticos originales. Y, te insisto, que es maravilloso ver que *no* es un museo: se ve bastante gente que entra a rezar y a cantar.

Estaré en Breslau solo 32 horas y, además de las horas visitando iglesias como aficionado a la historia del arte. Hoy me pasé casi cuatro horas en "cosas piadosas": misa cantada, rosario, procesión con el Santísimo; una especie de "hora santa", etc. Es notable que en toda Polonia, desde Varsovia hasta pueblitos apartados, oyes los mismos cantos que ya casi me aprendí de memoria. Me decía un maestro de la Universidad: el día que olvidemos nuestra historia, se acabará Polonia. La iglesia encarna la vida del país. Otro maestro me decía: "hasta 4% de *no* católicos va a misa: la iglesia es la oposición al régimen comunista".

De los colegas jesuitas, solo he contactado a los de Varsovia y Cracovia. Traigo el catálogo de Polonia que amablemente me facilitó Carlos Velasco, pero con frecuencia son visitas muy rápidas. Tanto en Cracovia como en Varsovia, los jesuitas me han dicho: "tú eres jesuita porque además de ayudar en una parroquia, estás en la Universidad y viajas; nosotros somos párrocos: solo trabajamos en el templo".

Creo que me quedaré con las ganas, o "para otra ocasión" de visitar POZNAM y Gdangst, porque no me han conseguido hotel. Además POZNAM está de camino entre Varsovia y Berlín y, según me explicaban, están las comunicaciones ahí muy deterioradas. En cambio han tenido cuidado de que, aun en los momentos de mayor tensión, las comunicaciones con Moscú estén muy bien para que no haya ocasión de acusarles de que sabotean las comunicaciones con la URSS.

D. M. el domingo 28 salgo a Londres. Espero llegar a Guadalajara el 12 de julio, vía New York y Houston. Suprimí la escala en Viena, porque ya me cansé de hacer maletas cada tercer día. Como diría el tío Juan José Coronado: "Tenien-

do todo en su casa, ¿cómo andan sufriendo lejos?". Tiene mucha razón (como siempre) nuestro tío. De lo que pasa aquí me entero más por periódicos ingleses, franceses y aun alemanes. Sin saber polaco no capta uno bien lo que pasa.

Saludos a todos.
Hasta pronto D. M.
Chuchín S. J.

Varsovia, 27 de junio de 1981

Querido Carlos: (Carlos Velasco)

Quiero agradecerte por medio de estos jeroglíficos –espero logres descifrarlos– tu amabilidad y eficiencia, que en ti son crónicamente habituales. Gracias por el catálogo de las Provincias de Polonia que me ha sido muy útil, el de Austria no lo usaré porque la verdad casi cada tercer día he hecho maletas; ya me cansé, y decidí suprimir la escala en Viena, aunque es una ciudad que no conozco: ya D. M. será "para la próxima vez".

Te escribo desde el hotel que, en conjunto, ha sido mi base de operación en Varsovia. A mi izquierda, por la ventana veo la gran plaza de la Victoria, donde S. S. Juan Pablo II celebró la misa y donde la víspera de mi llegada se efectuaron los funerales del cardenal Wizsinsky. Al fondo veo la tumba del soldado desconocido con sus guardias las 24 horas del día, con sus flores frescas, sobre todo hoy sábado por la tarde en que hay muchas bodas. Todas las novias, al salir de la iglesia, después de sus nupcias, pasan por aquí enfrente y van a dejar su ramo sobre la tumba. Este detalle te da una idea del sentido religioso-patriótico-histórico de este pueblo.

Estoy tristón, porque un mes ha sido suficiente para tomar afecto en grande hacia estos polacos que, como me decía el Dr. Kieniewicz, director del Instituto Histórico de la Universidad, están sosteniendo una lucha heroica por ser "ellos mismos". Me decía él: "esto *no* es una lucha de clases, ni estamos contra nadie: simplemente queremos ser polacos y esta idea sobre "el ser polaco" hizo en parte que mi curso se cambiara a una conferencia sobre el "ser del mexicano".

Quiero decirte que, hasta donde yo sé, todos los cursos de verano se suprimieron, dadas las circunstancias del país. A este respecto te contaré que, visitando el antiguo campo de exterminio, el tristemente célebre Auschwitz, me encontré a un maestro de la Universidad de Hamburgo, disgustado porque también su curso se había suspendido. Yo le conté que, de todas formas, me habían programado tres conferencias con maestros de la Universidad, y el alemán no ocultó su inconformidad y cierta envidia: "no sé de qué privilegios goza México en la Universidad, porque a mí solo me dieron las gracias y me están paseando por Polonia, a Ud., en cambio le organizan conferencias y…, por lo que veo, lo tienen en mejor hotel que a mí".

Comienzo por el principio. Te diré que enviaron a Guadalajara un Telex, indicando que aplazara mi viaje. En todo caso no se recibió a tiempo. La razón principal, además de las circunstancias especiales del país, era que el Dr. Genceke, quien sería el que coordinaría o colaboraría (o algo así) en mi curso de Historia del Movimiento Obrero andaba en esos días asesorando a Lech Walesa en Ginebra. De cualquier forma tuve mis tres conferencias: la primera acerca de "la esencia de lo mexicano" en que insistí en que al suprimir el elemento religioso, concretamente el guadalupanismo, estábamos renunciando a una de las raíces más fundamentales de nuestra esencia.

La otra fue sobre los orígenes del movimiento obrero en México. Aquí insistí en que, según yo y haciendo alusión al día anterior, fue un movimiento muy poco popular, es decir, *no* nacido del mundo obrero, sino de la facción "oficialmente buena" que triunfaba en ese momento: de la nefasta mancuerna norteña de Carranza y Obregón que despreciaban al zapatismo "por su olor guadalupano o sacristía".

La tercera fue sobre la Guerra Cristera. Hubo muchas preguntas, algunas complicadonas, pero… como diría el viudo Navarro: "no tengo la culpa de que mi subjetividad sea tan objetiva". No, hablando en serio, creo que la cosa no estuvo *tan mal*. Prosigo a las 9 de la noche, después de haber hecho la maleta y después de la misa, con rosario cantado en nuestra iglesia, de Nuestra Señora de la Gracia, patrona de Varsovia.

Tal vez te suene muy raro lo que te voy a decir, pero si me preguntaras qué fue lo más significativo para mí en este mes por tierras polacas te diría con toda sinceridad que estas cuatro semanas fueron para mí una verdadera gracia del Se-

ñor, porque volví a vivir una experiencia religiosa que hacía muchos años no había sentido. Fueron muchas las horas que me pasé en las iglesias. No me refiero a horas empleadas como aficionado a la historia del arte, porque estas horas admirando arquitectura, escultura y pintura en las iglesias fueron muchísimas más.

Me refiero a que casi diario, en Varsovia, en Breslau, en Cracovia o donde fuera, sentí una devoción inmensa mezclado, como simple fiel cristiano, en las misas cantadas, rosarios, procesiones que durante el mes de junio casi diario hay en Polonia. La procesión de Jueves de Corpus y la de ayer del Sagrado Corazón de Jesús creo que nunca las olvidaré: cientos de monjas con sus hábitos, decenas de sacerdotes y miles, miles y más miles de gente cantando con una devoción y un respeto sorprendentes.

Ayer por la tarde iba a mi acostumbrada misa de 6 de la tarde a nuestra iglesia, y en ese momento salía de la catedral de San Juan, contigua a nuestra iglesia, la procesión. Definitivamente soy medieval: me encanta la solemnidad de la liturgia tradicional que en estas catedrales góticas se enmarca maravillosamente, así como en muchas regiones de México evidentemente no encajan ni con calzador.

Debo terminar.
Saludos por tus bondades de siempre.
Chuchín S. J.

Capítulo 2

Los años de Roma

20 de septiembre de 1981

Sobre el Atlántico

Querida comunidad de Tláhuac:

Pongo interrogación porque no sé dónde ando. Son las 3:35 (hora de Houston y 2:35 de Guadalajara) y vamos volando muy tranquilamente. Ayer, casi a esta hora, estuve en la Basílica de Guadalupe para despedirme. Como siempre, salí animado y feliz. Lo único que me molestó la actitud de mis colegas, cuando me acerqué a comulgar; a cada persona le preguntaban si se había confesado. Siempre y durante toda la vida, desde que hace muchísimos años (1939) mi papá me traía a la Basílica, siempre he salido de ahí con más ganas de vivir.

Prosigo a las 11:10 p.m. (9:10 p.m. de Guadalajara). Salimos de New York hace hora y diez y vamos sobre el Atlántico. Antes de seguir con el viaje, debo decirles que ayer en la Basílica de Guadalupe lloré como niño: es tan maravilloso sentir que Dios nos quiere.

Fecha desconocida

Queridos alumnos del grupo F (de la prepa 2):

Hoy me levanté a las 5 de la mañana. A las 5:30 Marus Garduño me llevó al aeropuerto. A las 7 de la mañana ya estaba sentado en el asiento 24 A del jumbo (Boeing 747) de PAN AMERICAN, pero… había mucha neblina y salimos hasta las 9:00 a.m. El avión venía casi vacío; solo unas 60 personas de las casi 480 que le caben. Vuelo tranquilo de hora y tres cuartos (como de Guadalajara a Hermosillo). En Houston, todo bien excepto que, por problemas del Sindicato de Controladores, salimos dos horas tarde.

De Houston a New York hicimos tres horas: un vuelo increíblemente tranquilo. La comida (horror: lo que menos me gusta es pollo). Estaba tan cansado que me quedé dormido. Al despertar, vi que la señora que estaba a mi lado rezaba el Rosario. Cuando la vi, le enseñé mi Rosario y me preguntó en inglés, si era católico. Le respondí que sí y me dijo: "¿Verdad que es una dicha ser católico?". Prosigo a las 2:40 de mi reloj (12:40 de la noche de Guadalajara), pero ya amaneció. Calculo que iremos no muy lejos de las Islas Canarias, sobre el Atlántico, por supuesto.

Llegamos a New York, donde debía hacer conexión, con 3 horas de retraso y media hora antes de que saliera mi avión a Roma. En media hora era imposible recoger mi equipaje, checar boleto y tomar el otro avión (vuelo 110). Gracias a Dios, mi siguiente vuelo también estaba retrasado 3 horas y lo pude tomar. En New York todo resultó muy bien. Salimos de New York a las 10 p.m. (ocho de la noche de Guadalajara) en un Jumbo muy carcancha; las alas llenas de parches y remiendos, pero hasta ahora se ha portado muy bien. Viene muy vacío.

Nos dieron de cenar otra vez (¡qué horror!!!!) pollo: algo de las pocas cosas que me chocan. Después de cenar, exhibieron la película *Superman II* en inglés y me divirtió mucho. Este ha sido mi viaje hasta ahora. Según mis cálculos nos quedan solamente dos horas y media de vuelo. Fuera del rato que dormí al despegar de Houston, casi no he dormido en las últimas 48 horas, pero, D. M. en Roma dormiré como si tuviera FLOJERA CONGÉNITA como cierta persona que conozco.

Tengo ante mis ojos las fotografías de Uds. que me dieron: como si quisiera que Uds. estuvieran aquí. Me despido, porque voy a ver si echo una pestañeada.

Ya les he dicho que Dios me llamó a una vocación maravillosa en la que uno no se casa ni tiene hijos, pero con mis alumnos tengo hijos e hijas.

Hasta pronto.
Si pueden descifrar mis jeroglíficos, les daré un premio.
De nuevo, saludos a todos.
Los quiere mucho:
Chuchín S. J.

Destacado historiador jalisciense dará conferencias en Varsovia
Periódico: *El Occidental.* Guadalajara, Jalisco, viernes 17 de julio de 1981

El ilustre doctor en Historia de México, José de Jesús Gómez Fregoso, quien fuera objeto recientemente de un homenaje, al igual que otros hombres de letras jaliscienses, en reconocimiento de su gran aportación cultural a nivel nacional. Nuestro coterráneo dictará en Varsovia, Polonia, un ciclo de conferencias sobre Historia Sindical Mexicana. De octubre de este año a junio de 1985 colaborará en la publicación del Diccionario de la Compañía de Jesús, en el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús de Roma, Italia.

El Dr. José de Jesús Gómez Fregoso nació en el ingenio de El Rincón, municipio de Zapotiltic, Jalisco, el primero de junio de 1933. Es hijo del Sr. Don Manuel Gómez Bonales y de la Sra. Francisca Fregoso Preciado. Inició la primaria con maestras particulares en su casa, y la terminó en Guadalajara en el Colegio Unión. En 1946 se trasladó a la Ciudad de México para comenzar la secundaria. El 05 de enero de 1949 ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús, en el Molino de San Cayetano, Santiago Tianguistenco, Edo. de México.

Ahí mismo cursó la licenciatura en Letras Clásicas. En 1954, en la Ciudad de México la licenciatura de Filosofía hasta 1958 en que se trasladó al Instituto de Literatura (escolasticado de los padres jesuitas) en San José de Puente Grande, Jalisco, donde enseñó latín y griego. Durante los años de 1960 y 1961 fue el profesor de Literatura e Historia en el Instituto Regional de la Ciudad de

Chihuahua. En 1962 comenzó los estudios de Teología en México, y recibió la ordenación sacerdotal el día 24 de octubre de 1964.

Ese mismo año de 1964 inició los estudios de Historia en la Universidad Iberoamericana, de México., obteniendo la licenciatura en julio de 1967. Mereció los máximos honores en el jurado compuesto por el Lic. Ernesto de la Torre Villar, maestro Tarsicio García Díaz y el Lic. Roberto Moreno de los Arcos. De 1964 a 1967 fue orientador vocacional en la Universidad Militar Latinoamericana. En 1965 fue nombrado viceasesor nacional de la Corporación de Estudiantes Mexicanos y de la Unión Femenina de Estudiantes Católicas.

En 1966 impartió el curso de Historia de Grecia en la Universidad Iberoamericana. En Octubre de 1967 se inscribió en la Universidad de la *Sorbonne*, de París, en el doctorado de tercer ciclo en Estudios Ibéricos y obtuvo el doctorado, con mención honorífica, el 25 de junio de 1970. Durante su estancia en París colaboró con la Comunidad Católica Latinoamericana como consejero estudiantil. En 1968 durante la revolución estudiantil en la capital francesa fue traductor del comité de información del movimiento estudiantil. También dictó conferencias sobre temas mexicanos en diversas ciudades de Francia por invitación de la Embajada de México en París. Viajó por diversos países de Europa y África, y en 1969 tomó parte en encuentros juveniles en las Universidades de Praga, Moscú, Leningrado y Varsovia.

De 1970 a 1980 fue profesor de Historia de México y de la Historia de la Cultura en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores (ITESO) de la ciudad de Guadalajara. Desde 1974 fue maestro de Historia de México en la Escuela Preparatoria número 2 de la Universidad de Guadalajara y en la Escuela de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Desde 1977 hasta 1980 fue capellán del hospital de Pediatría del IMSS. En 1980 entró a formar parte del "Proyecto Historia de Jalisco": Redactó la Historia Obrera de Jalisco para el tomo IV.

Entre sus obras destacan: Francisco Xavier Clavijero y su Historia de la Baja California, 1967 (Tesis, Universidad Iberoamericana). La Conquete de la Californie 1970. (Tesis, Universidad de la Sorbonne, Paris) Clavijero-1980. Aportaciones para su estudio y ensayo de interpretación, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Los años de Roma

Hacia 1976 me llegó de Roma una carta del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús con un cuestionario sobre la conveniencia de publicar un *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, acompañado de una lista de historiadores jesuitas de Europa y América; lista que lamento haber perdido. Después, quien iba a dirigir el *Diccionario* me preguntó si me podía entrevistar en Guadalajara; vino y platicamos. Le dije que con mucho gusto participaría con tal de que mi estancia en Roma fuera anual, de suerte que viniera yo a Guadalajara un semestre entre cada año para no perder mi antigüedad en la Universidad. No recuerdo la fecha, pero fue después de mi aventura polaca cuando volé a Roma, vía New York.

Trabajar en el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en una obra que abarcaba a la Compañía Universal era obviamente algo muy honroso. Se había pensado que el *Diccionario Histórico* se publicaría en inglés y español; en cierto modo yo sería algo así como coordinador de la edición española. El director era el padre O'Neill de la Provincia de New Orleans; excelente persona y, cosa rara en los estadunidenses, hablaba muy bien el francés y el español; en la práctica nos comunicaríamos después en inglés o en español; el editor general era el P. Borja Medina de la Provincia de Andalucía.

Los tres –O'Neill, Medina y yo– éramos los únicos entre los casi 40 historiadores que, además del cuarto personal, teníamos oficina propia. Medina y yo teníamos la oficina en los dos cuartos sobre el arco que unía la calle de Penitenzieri con el hospital que quedaba enfrente. Teníamos los tres teléfonos: para la casa de historiadores, la casa del Padre General y el Vaticano y otro para el exterior. Teníamos acceso a la biblioteca de los historiadores y a la del Padre General con "bodegas de misiones" con material de América, Asia y África y no solo del presente, sino de siglos anteriores; una delicia inigualable para cualquier aficionado a la historia.

Había traductores para ambas ediciones, pero yo debía revisar todos los artículos para la edición española. Un trabajo muy minucioso. Como en todos los artículos biográficos se especificaba el lugar de nacimiento, de trabajo y de la muerte, debía yo revisar que los lugares mencionados correspondieran a la divi-

sión política actual; era una labor complicada, pero que me hizo aprender mucha geografía histórica.

La comunidad la formábamos aproximadamente 60 historiadores y unos 15 del equipo de Radio Vaticana, quienes nos ponían al día de todos los chismes del momento. Éramos de 30 nacionalidades diferentes. El idioma oficial era el italiano, pero el español era muy común. Los primeros seis meses, todas las tardes iba yo a clases de italiano y, en honor a la verdad, con el tiempo en Roma todo mundo pensaba que yo era italiano; modestia aparte, llegué a hablar muy bien la lengua de Dante. La comunidad era muy amable; aunque de todo había: gente conservadora y avanzada.

Cuando habían pasado ya no pocos meses, caí en la cuenta de que yo recibía 2.8 cartas cada día y se me ocurrió hacer de vez en cuando una narración con los últimos acontecimientos y contestar con copias a las que añadía una pequeña nota manuscrita. A continuación transcribo las cartas mencionadas. Al terminar mi primer año de trabajo en Roma viajé a Suramérica para entrevistar a varios historiadores jesuitas que habían fallado en sus colaboraciones para el Diccionario Histórico. Viajaría un mes, julio, porque a principios de agosto debía asistir en Ciudad Obregón a la boda de Lourdes Lara, hermana de René y Rolando, mis muy apreciados ex alumnos en el ITESO.

A principios de julio, de 1982, volé de Roma, vía Milán, a Caracas. Eran los días de la Guerra de las Malvinas entre Inglaterra y Argentina. No sé por qué razón había dificultades entre México y Venezuela y se complicaba mi visa, de suerte que se nos ocurrió sacar la visa en la embajada venezolana ante la Santa Sede. Al llegar a migración en Caracas les sorprendió ver en mi pasaporte la visa de "viajero distinguido" de Polonia, y en la página de enfrente la visa de la Embajada de Venezuela ante la Santa Sede: "¿cómo se compagina esto?", me dijeron y respondí con cierta arrogancia: un mexicano puede hacerlo.

Me recibió en el aeropuerto un representante del Provincial de los jesuitas venezolanos. Era domingo, y por la tarde me enseñaron lo más interesante de la ciudad. El lunes por la mañana me entrevisté con el historiador jesuita y todos los asuntos pendientes se resolvieron. Por la tarde fui a una agencia de viajes para tramitar mi viaje a La Paz, Bolivia, y me dijeron que el viernes podría volar a Lima y el siguiente lunes volar a La Paz.

Como insistí en volar lo más pronto posible, me dijeron que había un vuelo de un avión boliviano de carga, procedente de Miami con destino a Santa Cruz en Bolivia, y que traía dos asientos, pero estaban ya vendidos los boletos; el vuelo llegaría a las 12 de la noche. A las ocho me dirigí al mostrador de Loyd Aéreo Boliviano: "sé que los asientos están ocupados, pero póngame en la lista de espera". Me encomendé a Nachita, lo que merece un paréntesis. El hecho es que, contra todos los pronósticos, pude volar a Santa Cruz, con escala en Manaos, en pleno centro de Amazonia. Antes de continuar, haré el paréntesis de **Nachita**.

Aproximadamente, de 1972 a 1980, los domingos celebraba yo la misa dominical en el tercer piso en el Centro de Pediatría del Seguro Social en el Centro Médico. La misa era entre camas y camillas que agrupaban. Invitaba yo alguna estudiantina, o grupo musical del ITESO o de la Universidad de Guadalajara. Al terminar la misa, la estudiantina iba a cantar a los pisos de los niños que no podían asistir a misa. Lo más triste era llegar con los enfermos de leucemia, porque sabíamos que más de alguno moriría en los próximos días. Un domingo de tantos al llegar con una niña enferma me dijo: "padre, yo no creo en Dios". "¿Y por qué no crees?". "Porque tengo once años, y pasé cuatro años en el hospital civil y aquí llevo tres. Me desespero".

No sabía qué responder y se me ocurrió decirle: "Te desesperas porque llevas en el hospital siete años; Jesús estuvo en la cruz tres horas y se desesperó; le dijo a su Padre: no me abandones, si tú te desesperas, Jesús te entiende". Se me quedó mirando. "¿me entiende?". "Claro que te entiende". "Entonces, quiero comulgar". Le di la comunión. Era a principios de enero y casi todo el mes al salir de la prepa dos pasaba yo a Terapia Intensiva y luego al departamento de Leucemia para saludar a Ignacia, que era el nombre de la niña.

Se estableció una relación muy especial con Nachita a la que dos veces por semana le aplicaban hemodiálisis. En esos dos días podía ella comer lo que fuera. La víspera le preguntaba de qué tenía antojo; le encantaban los mariscos y llegaba yo con un bote con lo que ella me había pedido. A fines de mes, me dijo la enfermera: "a Nachita le quedan pocos días de vida". Hablé con la niña y le expliqué que todos íbamos a morir un día, a lo cual me replicó: "yo voy a morir pronto y cuando vea a Dios le voy a pedir por usted".

Murió a la semana siguiente; celebré su misa de funeral en su casa, un lugar pobrísimo con piso de tierra; estaba el cuarto lleno de gente y tuve que colocar el cáliz y las hostias sobre su ataúd cerrado. Meses o años después dejé mi Vocho (Volkswagen) por la calle de Garibaldi cerca del templo de San Diego, y al regresar vi que me habían robado mi portafolio con cassettes de música y, lo más grave, con mis listas de asistencia y calificaciones, era al final del semestre. Me sentí desesperado y, no sé por qué recordé a Nachita y le hablé: "tú me dijiste que le pedirías a Dios por mí". Abrevio la historia, y solo diré que, aunque perdí la música, recuperé mis listas.

Regreso al aeropuerto de Caracas

Diré que a eso de la una de la mañana, emprendí el vuelo hacia Bolivia; llegué a Santa Cruz por la mañana. Un aeropuerto con sus salas de llegada y espera de piso de tierra. Volé luego a Cochabamba, donde me entrevisté con el padre Menacho, un jesuita muy agradable que era el principal historiador a quien debía entrevistar. Arreglamos los asuntos y, creo que en tren, no recuerdo bien, llegué a La Paz.

Regreso a Guadalajara… y a Roma

En septiembre retomé mis clases en la preparatoria número 2 y a fines de enero del 83 regresé a Roma. Tengo copia de una carta que escribí, durante mi vuelo de regreso a la Ciudad Eterna:

Sobre el Golfo de México, 29 de enero de 1983

Queridísimos alumnos del grupo F:

Llevo una hora de vuelo y no sé cuánto falta para la escala en Houston. Las primeras líneas que escribo desde que salí de Guadalajara son para ustedes. Quisiera poner unos renglones a cada uno y a cada una de ustedes; quisiera poner sus nombres, pero como no quiero omitir a nadie les escribo esta carta común, deseando que cada quien la tome como si fuera personal.

Me conmovieron con su despedida y, la verdad, cuando aterricé en México noté que mis lentes estaban húmedos. El cariño con que me despidieron espero nunca olvidarlo. Dios me llamó a un camino maravilloso, pero en el cual uno nunca engendra hijos, pero debo decirles que a ustedes los considero mis hijos; ojalá algún día pueda hacer algo por ustedes. Ayer por la tarde fui a la basílica de Guadalupe y le rogué a "la Señora del Cielo" que los bendijera mucho.

Me tomé una bebida que me ofrecieron y estamos iniciando el descenso sobre Houston, nos movemos bastante y me pongo nervioso. Por lo demás ha sido un vuelo agradable a muchos metros de altura y sobre nubes como un enorme colchón de plumas. Vengo en un Jumbo B-47 de la Pan American con tripulación que habla inglés y español. Da coraje ver que en cuanto se pasa la frontera hacia Texas se ven todos los campos parejitos y bien cultivados en contraste con los de México.

Continúo estas líneas desde New York. He dormido mucho durante el vuelo; se ve que venía desvelado con 15 días de despedidas. En Houston el avión se llenó. Estoy en la sala 14 de la terminal. Como el vuelo continuará hacia Londres y New Delhi hay muchísimos indios con turbantes, y las indias con sus bellos saris. Frente a mí está un hippy barbón y melenudo tocando la guitarra y cantando estilo Joan Báez.

Los he recordado mucho: ¡cómo quisiera estar con ustedes y platicarles muchas cosas! Dios ha sido muy bueno conmigo, porque me ha dado tanta gente maravillosa como cada uno de ustedes. No entiendo cómo hay gente amargada como los rojillos de la Universidad de Guadalajara que no saben sonreír. Esta vida es maravillosamente bella cuando se tiene la fortuna de contar con gente tan fabulosa como mis alumnos del grupo F. Cómo me alegro de haber pasado este semestre en México; si me hubiera quedado en Roma no los habría conocido. Simplemente por haberlos tenido como alumnos valió el viaje.

Ya mero continuamos; ya llamaron a la tripulación. Siempre me han gustado los aeropuertos internacionales, porque se ve gente de todo el mundo. Voy a medio Atlántico. Son las 10:45 p.m. de Guadalajara, y aquí son las 3:45 a.m. del día 30. En Nueva York, mientras estiraba las piernas en la sala de espera, recé el Rosario y pedí volverlos a ver.

Ha sido un vuelo maravilloso por la tranquilidad. Me tocó luna llena y el motor de la derecha brilla con la luz de la luna. Muy abajo, a 13,000 metros brilla también el Atlántico que recorrieron Cristóbal Colón y Hernán Cortés para llegar a nuestro Nuevo Mundo. Aquí dejo estas líneas para después contarles, Dios mediante, lo que me espere en Londres. Me voy a dormir un rato, porque tengo mucho sueño.

Ojalá entiendan mis garabatos.
Su maestro más regañón, pero que más los quiere:
J. Jesús Gómez Fregoso

Roma, 15 de febrero de 1983

Mi querida Laura (de la Cruz Quiles):

Me diste una gran alegría con tu carta. Estoy muy bien y mucho más contento que la primera vez que me encerraron aquí a trabajar en la historia de los jesuitas. Me traje el álbum con las fotos de ustedes y lo presumo mucho aquí; me han comentado que tengo alumnas muy guapas (de veras me lo han dicho), y que se nota en las fotos que estaba muy feliz en Guadalajara. Me han dicho también que la gente joven de México en su forma de vestir, por lo que se ve en las fotos, no es fachosa como los gringos y los europeos, sino que saben vestirse y "tienen sentido del color".

Vivo con más de 60 personas de 27 países diferentes. De pronto te hablan italiano con acento francés, francés con acento libanés, inglés con acento alemanizado. Ayer un padre me trajo a revisar un trabajo sobre historia portuguesa. Durante un buen rato me habló en italiano, según él, pero no entendí nada hasta que le pedí que me hablara portugués muy despacito… y le entendí. Otro de mis compañeros historiadores, sevillano, habla tan rápido que prefiero que me hable inglés o francés y le entiendo, porque no habla tan rápido como el español de Andalucía que se come eses: dicen "el moco" en lugar de "el mosco" y "lo

moco" en lugar de "los moscos". Los polacos son buenísimos para los idiomas, y los gringos muy tarados.

Me llevo muy bien con casi todos, menos con un francés que, como buen francés, es muy maleducado y con un alemán que, como buen alemán, se cree mucho. Hay un filipino, un lituano y un vietnamita muy buenas personas. Los únicos latinoamericanos, además de mí, son otro mexicano, amigo de hace muchos años, y un argentino que no parece argentino, y es de Buenos Aires, excelente persona y no orgulloso como suelen ser los argentinos y chilenos.

Algunos me hacen burla, con razón, porque siempre estoy echando pestes contra gringos y gachupines, y dos de mis mejores amigos son un gringo y un gachupín. El gringo es un padre de más de 70 años, estupendísima persona y que sufre mucho con el idioma italiano. Con él voy los domingos al cine, pero como no entiende italiano le tengo que contar en inglés lo que va pasando. En Italia, igual que en Francia, por lo común las películas están dobladas al idioma local. El amigo español goza mucho con mis cassettes de música mexicana y le divierten los corridos de la Revolución.

Vivo a cuadra y media de San Pedro y cada semana veo al Papa.

Hace un frío criminal y ha habido en la comunidad muchos enfermos de gripa. Por fortuna yo no me he enfermado. Debo terminar. Miles de saludos a cada uno del grupo.

Que Dios te dé mucha alegría de vivir.
Con mucho cariño:
J. Jesús S. J.

Roma, 03 de abril de 1983. Domingo de Pascua

Entre los muchísimos días felices que Dios me ha concedido en mis casi 50 años de vida (en junio los cumpliré), hoy ha sido uno de los inolvidables; es la tercera Pascua que paso en Roma, ya me había tocado estar aquí en 1968 y 1982 para festejar la Resurrección del Señor. A las 9:20 a.m. salí de la casa y me tomé un café con leche y un pan en el bar de la esquina: ¡¡¡mil liras (es decir

100 pesos)!!!, mientras daba los últimos sorbos de la taza, oí en la calle un coro de voces juveniles: “Aleluia; aleluia: Il Signore vive” (¡¡alegrémonos, El Señor está vivo!!).

Era un grupo de muchachas italianas que cantaba por la calle mientras se dirigían a San Pedro. Salí: monjas y monjas, turistas alemanes con sus cruces y sus banderas; muchachos y muchachas españolas con banderas de su patria cantando “la Paloma”. Al llegar a la *Via de la Conciliazione* (la avenida que lleva a San Pedro), muchachos y muchachas de Holanda cantando y gritando; luego africanos y africanas muy guapas con sus trajes bellísimos. Al atravesar la calle, en la plaza Pío XII, japonesitas con sus kimonos de seda y temblando de frío. De hecho casi todos íbamos con abrigo y paraguas.

Me tocó en la fila de mero atrás, o mejor dicho, escogí esa fila para quedar cerca de los guardias suizos. A las 9:40 se oyó a la izquierda (por la puerta de Carlo Magno) una banda de música, la banda de Roma, y luego los guardias suizos (que arrancaron aplausos y vivas); después otra banda de música, la policía italiana en traje de gala, la banda y una compañía de honor, todos muy altos con sus uniformes azul obscuro (casi negro) con franja roja en el pantalón, vivos blancos en la casaca, tricornio napoleónico con penacho rojo; luego una compañía de la aviación italiana, otra de la marina y otra de la infantería; al final, una compañía de cazadores alpinos con sus típicos sombreros tiroleses y sus espadas. Comenzó a lloviznar; fue también bello el espectáculo de más de 300,000 paraguas multicolores que se iban abriendo. A las 10:20 salió el Papa: una ovación inolvidable.

Las lecturas de la misa fueron en alemán, polaco y latín; las oraciones eran en italiano, español, portugués, inglés, francés, árabe y húngaro. La lluvia iba y venía y los paraguas se cerraban y se abrían; solo los guardias suizos y los soldados italianos seguían muy firmes. Me tocó junto a unas monjitas francesas a mi izquierda; adelante una familia italiana; a mi derecha había unas muchachas alemanas; atrás estaban japonesitos y japonesitas con un grupo de australianos. Fue muy bello, a la hora de darse la paz, estrecharse todos las manos, en señal de fraternidad y de convicción de la misma fe. Es bellísimo cantar en latín el Padre Nuestro acompañado por más de medio millón de personas de todo el mundo.

A la hora de la comunión, algunos tuvimos la idea de encimar las sillas de plástico para facilitar la circulación, de modo que después todos estábamos de pie y en lugares diferentes. La misa terminó a las 11:50. Oí un grupo inmenso cantando el "Cielito Lindo", me acerqué y les "reclamé": "no sean copiones, esa canción es mexicana, es nuestra" les dije, porque eran miles de universitarios españoles: "Sí, tiene Ud. razón" –me dijo una españolita de Valencia–, pero es de las canciones que más le gustan al Papa.

A las 11:59, los guardias suizos, los soldados italianos y alpinos presentaron armas. La banda tocó el himno pontificio y el italiano. A las 12 en punto, salió el Papa. Un grito inmenso se oyó. Muchos calculan que, a pesar de la lluvia, había ya casi un millón de gente. Habló el Papa brevemente en italiano y luego saludó a la multitud en 30 idiomas. Para ese momento estaba yo en otro lugar. Cuando el Papa dijo: "ahora me dirijo a los de la lengua española", yo grité y agité mi paraguas; a mi derecha, unas muchachas hicieron lo mismo.

Luego les dije: "debemos ser primos, porque ustedes serán españolas ¿verdad?, yo soy mexicano". Entonces me dijeron: "no, somos primos porque nosotras somos colombianas". Era muy bonito, según el Papa iba anunciando: ahora me dirijo a los de tal o cual lengua, se oían gritos en diversos lugares de la plaza. Predominaban los españoles, alemanes, polacos y holandeses, pero era también muy bonito oír a los chinos, malteses, ucranianos, coreanos, etc. gritar de gusto cuando el Papa les hablaba.

Este domingo, a la hora de la misa en la Plaza de San Pedro, los aviones de pasajeros pasan relativamente cerca y muy abajo; esto añade belleza y emoción. Es difícil decir lo que uno siente al sentirse hermano de todos los hombres y mujeres de todos los países; todo mundo se presenta en el idioma que puede y, cuando encuentra uno gente que habla español, da un gusto inmenso: encontré monjas mexicanas de Michoacán, Puebla, Jalisco; seminaristas de Tlaxcala, Yucatán; sacerdotes de Chile y Perú; muchachas de Venezuela y de Argentina. Saludé a alemanes (tarados que solo hablan alemán), saludé también muchachas taradas de Francia (quienes también solo hablan su propio idioma); muchachos y muchachas de India, de Malta, de Indonesia, de Irlanda; niñas yugoslavas y scouts de Luxemburgo. Dan ganas de abrazar a todo mundo y brincar de felicidad.

Quisiera uno que la mañana nunca terminara. Pensé en muchos de mis colegas maestros de la UdeG que todo el día hablan de odio, lucha de clases, guerra al "burgués" y a todo lo que no sea marxistoide. En fin, esta experiencia fue única; como única fue mi experiencia hace casi dos años en Polonia, cuando oí a la gente cantar himnos religiosos ante las bayonetas rojas. Olvidaba decir que la comunión me la dio un negrito joven y que le ayudaba a un italiano.

Ayer también fue día feliz. Por la tarde me fui a la basílica de San Juan de Letrán; llegaban grupos de peregrinos para el Año Santo. Predominaban italianos, claro está, alemanes y españoles. También había franceses, aunque mucho menos que otros años. Frente a la basílica está la "Escalera Santa": según la tradición, es la misma escalera que el Señor subió en el palacio de Pilato. Esa escalera, dicen, la trajo –piedra por piedra– el emperador Constantino para darle un gusto a su madre Santa Elena. La devoción consiste en subirla de rodillas. Yo creo que históricamente no hay garantías de que sea la misma escalera, pero eso no tiene la menor importancia, lo valioso es recordar que Nuestro Señor subió una escalera cuando el pobre estaba azotado y coronado de espinas; o mejor que padeció y murió por nosotros. Y me parece que lo menos que uno puede hacer es subir de rodillas una escalera pensando en él.

La escalera está recubierta de madera; no sé cuántas veces le han cambiado el recubrimiento, porque ¡¡¡durante 20 siglos!!! los cristianos la han subido de rodillas, recordándolo. Yo la subí; adelante de mí iba un grupo italiano de gente joven, y a mi lado y atrás un grupo de muchachas alemanas (porque en estas semanas Roma está invadida de alemanes), todo mundo iba rezando en voz alta (los grupos quiero decir) un Padre Nuestro en cada uno de los 28 escalones.

Ciao,
Chuchín.

24 de abril de 1983

Te quiero contar que la mayoría de mis compañeros, los viejitos del Instituto Histórico están –según yo– tan enajenados con la investigación que trabajan por parejo todos los días. Recuerdo que en la Navidad que pasé aquí, la del 81, me levanté como a las 10 de la mañana, me sentí muy mal oír el tecleo de las máquinas en casi todos los cuartos. Yo los domingos todo el día, y algunas veces por la tarde entre semana –ya me siento muy necio– me salgo de paseo a un museo o un rincón cualquiera de la bellísima Roma.

Para hoy domingo había quedado con mis dos mejores amigos de la comunidad, un mexicano y un español, de salir de paseo. Salimos como a las 9:30 de la mañana. Nuestra casa, por la puerta por la que solemos salir, está a dos cuadras de San Pedro; de modo que ya comenzaban a llegar los grupos para oír misa y luego escuchar al Papa. Casi siempre, pero más ahora con el Año Santo, ve uno a monjas y sacerdotes con mucha gente; casi todos traen en su grupo un cartelón o una manta con el nombre y la ciudad del grupo.

Olvidaba decir que el otro mexicano de la comunidad es Fernando Suárez, excelentísima y maravillosa persona, el español es Xavier Santiago, no menos maravillosa persona y quien, por cierto, *siempre* anda de traje negro y cuello clerical: dice que le da mucha flojera pensar en qué color combina con cuál y que si tal corbata queda con tal camisa. Total, siempre anda de negro. Con tantos grupos que se dirigían a San Pedro venía uno encabezado por un capuchino ya viejito, con barbas blancas y muy largas, su rosario de cuentas gordas a la cintura y una cara de hombre bueno. Al ver al *padre* Xavier (de traje negro y cuello romano blanco) se dirigió a él y le dijo: "Coraggio, fratello, Lei ha un piccolo gregge, ma molto bravo" (ánimo, hermano, tiene usted un rebaño pequeño, pero muy bueno), porque el buen fraile pensó que Xavier solo había conseguido traer a dos viejos (nosotros dos) a ganar el Año Santo.

Hoy fue el gran maratón anual de Roma y ocasiona ochenta mil problemas de tráfico; miles de gente se lanzan a correr por unas calles muy precisas (algunas de las bellas avenidas romanas) y todas las bocacalles están con tres o cuatro policías que detienen el tráfico cuando aparece un grupito de corredores o un corredor solitario. Al atravesar nosotros el puente Mazzini, después de haber

recorrido varias calles junto al Tíber que colindan con El Trastévere, nos tocó ver un episodio muy divertido de un policía muy enojón y muy enérgico que regañaba por igual a los demás policías y a los automovilistas que no ocultaban su disgusto: ver a los italianos –y más a los policías y políticos– pelearse es algo por lo que uno pagaría por ver: se gritan como energúmenos, accionan como si se fueran a tragar vivo al otro, echan palabrotas que suenan muy chistoso, lanzan miradas que matan, pero no pasa nada. No cabe duda de que la civilización tiene sus grandes desventajas, porque en México –en casos semejantes– pueden salir a relucir las pistolas y, por supuesto, los golpes. Aquí nada pasa: mucho ruido y pocas nueces.

Seguimos luego por la Via Giulia que es de las calles romanas que más se han conservado como hace siglos y, por lo mismo, me encanta. Llegamos al Palazzo Farnese que ocupa una manzana completa. Tiene solo tres pisos, pero equivale a 8 o 10 de un edificio moderno. El último piso lo construyó Miguel Ángel. Es bellísimo y sirve, desde hace unos cuatro siglos, a la Embajada Francesa. A un lado está la iglesia y el convento de unas monjitas, las Brígidas, donde son como 20 mexicanas entre 40 de la comunidad. La hermana Gemita, porque es increíblemente bajita, mexicana, con mucha amabilidad nos enseñó las habitaciones donde vivió Santa Brígida, Reina de Suecia y su hija Santa Catarina. Dan las monjitas un café riquísimo con unas galletitas más ricas aún…

Seguimos hasta la Plaza de las Flores (Piazza dei Fiori) donde fue quemado por hereje el pobre Giordano Brunno; la Santa Inquisición se sentiría muy ofendida si viera la hermosa estatua a Giordano Brunno que le han dedicado ahí. De paso queda Il Fornaio, la cual es una panadería que según Fernando Suárez: toda persona que se respete debe conocerla en Roma; venden panes riquísimos de muchos tipos. La decoración a base de panes y motivos alusivos, sobre un fondo nogal claro, de veras que hacen de la súper-panadería un lugar digno de visitarse. Pero… por ser domingo estaba cerrada.

De ahí atravesamos Il Corso Vittorio Emmanuele II, casi sin tráfico, pero con muchísima gente que se dirigía a pie a San Pedro. Luego llegamos a la Piazza Navonna. De mis tres meses en Roma, en 1968, esta plaza era de los lugares de Roma que más me gustaba recordar, construida sobre una especie de estadio o coliseo de la época imperial (hace 20 siglos) y que podía llenarse de agua para

escenificar batallas navales. A mano derecha hay un edificio donde San Ignacio de Loyola solía ir a rezar.

Está también la iglesia de Santa Inés que es muy bella y fue construida por el famoso Borromini. En frente de la iglesia está la bellísima fuente de los ríos, obra del no menos (o mejor dicho, del mucho más) famoso Bernini. Esta fuente barroca representa los cuatro mayores ríos –que se conocían entonces–: el Ganges, el Nilo, el Danubio y el de la Plata (obviamente no conocían aún el Amazonas ni el Mississippi).

Una de las figuras parece que se está defendiendo. Dicen que Bernini para burlarse de su rival artístico (Borromini) mostraba el temor de que se cayera la iglesia construida por este último. Es una plaza de las más armoniosas de Roma y mejor proporcionada en todo: dimensiones, estructura de los palacios que la rodean, disposición de las tres fuentes. Con mucha frecuencia hay hippies que, la verdad, la afean mucho. A una lado está el restaurante Tre scalini, donde hacen unos helados riquísimos, pero inferiores a los de la Gelateria della Palma, a los de Montecitorio y, por supuesto, a los de Giolitti.

Yo, como soy muy glotón, propuse tomar helado, pero Xavier, muy generoso, dijo que él invitaba, pero en la plaza del Panteón. Este edificio es el mejor conservado de la gran Roma de los Césares; y su cúpula es mayor que la de San Pedro. Entre muchas maravillas, está ahí la tumba de Rafael. Al llegar al Panteón preferimos mejor ir a La Palma (a una calle) a tomar un helado. Para mi desgracia, todavía no estaban listos, de modo que pedimos "dos capuchinos" con sfoliata napoletana (unas empanadas de crema riquísimas). Todo tremendamente caro; mucho más que en México.

Fernando no tomó café. Lo mejor de la Palma es la "copa Palma" que vale 6,000 liras (600 pesos) y el "Mangia e bevi" (come y bebe) que vale 6,500 liras. Es un dineral, pero como diría Fernando Suárez "toda persona que venga a Roma y no quiera pasar por un despreciable y vulgar turista villamelón debe tomar un "mangia e bevi". Pero, como ya dije aún no estaban listos los helados, por eso no quedó más remedio que el capuchino. Aunque el capuchino estaba muy sabroso, yo insistí en el helado; estar a una cuadra del Giolitti y no tomar helado… es como estudiar filosofía y nunca salir del amargado y pesimista Marx; Dios me libre de semejante y triste aberración.

Entre la Piazza Navona y el Panteón está el Palacio del Senado, más conocido como Palazzo Madama, donde vivió Madama Margarita de Austria, hija Natural de Carlos V y esposa de Alejandro de Médicis y después nada menos que de Octavio Farnesio. Esta mujer era muy amiga de nuestro fundador San Ignacio de Loyola. Si mis recuerdos históricos no me fallan, cuando Margarita estaba a punto de dar a luz a Alejandro Farnesio, los médicos estaban muy pesimistas y San Ignacio se fue a rezar a la iglesia de San Luis de los Franceses (que está a media cuadra), y a las dos horas llegó un paje corriendo a avisarle al santo que "Madame Margherita" había dado a luz un "bellissimo bambino".

Esto explica en parte por qué los Farnesio protegieron a los jesuitas (comenzado por San Ignacio) cuando la corte Vaticana, la Inquisición y otra gente influyente veían con desconfianza a aquel chaparrito vasco que (como Santa Brígida, cuyas habitaciones habíamos visitado) hablaba de reforma urgente de la iglesia y, sobre todo, de la corte vaticana. Olvidaba decir que en esta iglesia de San Luis de los Franceses es donde San Francisco Javier iba a confesar con otros de los primeros jesuitas allá por 1538.

En alguna de sus cartas dice San Francisco que los franceses, a diferencia de los italianos, iban muy poco a confesarse. Por supuesto que estos condenados franceses nunca ocultan su nacionalismo y la callecita que desemboca en su iglesia se llama Callejón de Juana de Arco. Llegamos, pues, a Giolitti. Pedí el helado más grande: el barquillo (cono, le llaman aquí estos subdesarrollados) medía más de una cuarta, con chocolate en los bordes y me costó 2,000 liras (200 pesos).

Cuando salía yo, acompañado por Xavier, iba relamiendo el barquillo y pasaba una señora con su hija de unos 17 años (más o menos como mis alumnas de la UdeG) y la muchacha se admiró de ver a un señor calvo que saboreaba un cono "súper". Para responder un poco a la admiración de la muchacha, Xavier muy oportuno le dijo: "no se extrañe, señorita, es que acaba de hacer su primera comunión". Aquí en Giolitti, según Fernando Suárez, lo mejor es pedir un affogato con whiskey: "si es que quieres iniciarte en otras dimensiones de las maravillas romanas".

Seguimos por la vida del Corso, dejando a mano derecha la Piazza de España, que es un poco como la Torre Eiffel de París llena de turistas y ningún pari-

sino que se respete se ha rebajado a subir la torre Eiffel y, muchísisimo menos a retratarse ahí. Pasamos a un lado del Hospital de San Giacomo. Recién llegado yo a Roma, en octubre del 81, Cecilia Carrera –una de las bailarinas estrellas de Amalia Hernández y de mis "niñas" del Coro de Loreto en mi iglesia de Guadalajara– me telefoneó para pedirme que la acompañara a visitar a otra de sus compañeras bailarinas que estaba ahí.

Olvidaba decir que en octubre del 81 vino, por tercera vez en la Historia, el Ballet Folklórico de México de Amalia Hernández, y fue para mí un gusto enorme aplaudir con todas mis ganas a esta muchacha que conocí cuando tenía ella solo doce años. Esa vez que acompañé a Cecilia al hospital no olvido que se portaron muy humanos los italianos, porque no eran horas de visita: "Señor, le dije al policía, soy sacerdote de la Embajada de México, y estas muchachas son compañeras de la enferma; imagínese usted en el extranjero cae enfermo… por favor, déjenos pasar". Y nos dejaron.

Indudablemente Roma es bellísima y, como París y mucho más que Londres, cada día va dejando ver sus rincones, callejuelas, plazas, fuentes, arboledas, puentes, arcos, monumentos, obeliscos, estatuas, iglesias, tumbas, escalinatas de maravilla. Llegamos a la Piazza del Popolo. Por aquí entró Lutero a Roma, allá por 1510 y lloró de emoción, según cuenta en alguna de sus cartas. Lutero se hospedó en el convento de los agustinos que aún existe adjunto a la iglesia de Santa María del Popolo. También por aquí entró San Ignacio de Loyola, allá por 1536 y cayó de rodillas y también lloró de emoción; venía desde París a pie, atravesando los Alpes con sus compañeros estudiantes todos de la *Sorbonne*; la Piazza del Popolo tenía (y tiene aún) la puerta que comunicaba con el norte, con la Lombardía y el Piamonte.

En la Iglesia de Santa María del Popolo hay, mucho más que en otras iglesias romanas, maravillas, pero tal vez la maravilla ahí entre las maravillas es el mundialmente famoso cuadro de la conversión de San Pablo, pintado por il Caravaggio: logro único de luces y sombras. También está ahí el Nacimiento del Pinturicchio, o mejor "La Adoración de los Magos" de una paz y serenidad contagiosas. Obviamente cada estatua y cada pintura llevarían mucho tiempo para admirarlos debidamente.

Mientras estábamos ante el cuadro de la Conversión de San Pablo, estaba comenzando la misa de doce y Fernando me dijo: "vámonos, antes de que nos inviten a reconocer nuestros pecados…". "¿Cuáles pecados? –le dije– la gula no es pecado; pecado es odiar a la gente; ¿cómo va a ser pecado la gula? –como diría mi amigo Fuentes Mares–, no tiene de feo más que el nombre. Lejos de ser pecado es una de las llamadas virtudes capitales. ¿Pecado la gula, que no quebranta honras ajenas? ¿Pecado cuando es lazo de amigos, vínculo de familias, comunión entre desconocidos? No, la gula no puede ser pecado si tantos bienes y placeres nos trae". "Cállate, disoluto –me dijo Fernando–, si en el Vaticano te oyen, te queman como a Giordano Brunno y te excomulgan como a Lutero."

Pasamos, solo por fuera –qué pena– del Restaurante Alfredo, uno de los más famosos de Roma. Dejamos a un lado el mausoleo de Augusto (el pobre nunca probó los helados de la Palma ni de Giolitti, ni conoció Il Fornaio). Pasamos también a un lado del Ara Pacis, monumento apenas restaurado y que haría las delicias de mis maestros de Literatura Latina de hace 25 años.

Regresamos por un Lungotévere, o sea de las calzadas que han hecho a los lados del Tíber. Ya los chopos (o plátanos como dicen los españoles) comienzan a verdear. Los ríos les dan una belleza única a las ciudades: ¿qué sería Varsovia sin el Vístula, Cracovia sin el Oder, Leningrado sin el Neva y Praga sin el Moldavia? Creo que los recuerdos más bellos de mi vida, de las imágenes que uno nunca quisiera olvidar, son los puentes europeos de estos ríos que pasan y nunca se van. Me acordé de aquel soneto de mis días de San Cayetano, cuando nos explicaban que Quevedo vino a Roma a ganar el año santo y quedó "traumado" al ver que todo eran ruinas, menos el Tíber (el Tibre, decía él):

buscas a Roma en Roma, oh peregrino/ y, en Roma misma, a Roma no la hallas/ Yace donde reinaba el Palatino/ y, limadas del tiempo las medallas/ más perecen despojos de batallas que blasón latino//// Sólo el Tibre quedó/ cuya corriente, si ciudad la regó/ ya sepultura, la llora con funesto son doliente//. Oh, Roma, en tu grandeza, en tu hermosura/ huyó lo que era firme// y sólo lo fugitivo, permanece y dura//.

Y, bordeando el Tíber fugitivo, que permanece y dura, llegamos a la casa, donde ahora escribo estas líneas.

Hasta la próxima.
Chuchín S. J.

08 de mayo de 1983

Hoy platicaré de la visita al Palatino, que es uno de los siete montes de la Roma Primitiva, colocado entre el Capitolino (o Capitolio) y el Aventino. Los otros siete montecitos y colinas son, si la memoria no me falla, el Celio, el Viminal, el Esquilino y el Quirinal, donde está la Presidencia de la República, casi pegada al primer noviciado jesuita de Roma: la iglesia de San Andrés del Quirinal, nuestra casa está entre el Vaticano y el Janículo, que son también colinas romanas, pero no de las famosísimas siete primitivas.

Este domingo Fernando Suárez tenía que ir al aeropuerto a despedir a unos amigos, de modo que solo me acompañó Xavier de Santiago. Tomamos el autobús 64 a media cuadra de la casa y junto al Tíber; en 15 minutos después de pasar por la Piazza del Gesú, donde está sepultado San Ignacio de Loyola, nos bajamos en la Piazza de Venecia que recibe su nombre del palacio del mismo nombre; en este palacio es donde el Papa Julio III, en 1541, firmó el documento por el cual aprobaba la Compañía de Jesús.

De la Plaza Venecia toma uno la gran avenida de los Foros Imperiales, una de las más imponentes del mundo y que fue trazada por Mussolini para recordarle al pueblo romano su origen: pasa por las grandes construcciones del gran Imperio Romano, y, como la Acrópolis, como Teotihuacán, Palenque, la Alhambra, Chinchen Itzá o la plaza de la Concordia de París, uno nunca se cansa de admirarla por más que se la vuelva a visitar.

Obviamente, una visita completa e inteligente llevaría muchos días y muchísimas páginas. Platicaré solo algo de lo que, en rápido recorrido, visité hoy: la Curia Romana y los "Rostra", es decir, donde se tenían los grandes discursos políticos y de negocios. Ahí es donde Cicerón pronunció sus discursos que nos

hacían aprender de memoria, hace ya 30 años, cuando estudiábamos latín en San Cayetano.

La verdad los estudios clásicos, en latín y griego, me han hecho gozar mucho el Viejo Mundo. Esta mañana, caminando por la Vía Sagrada, junto a la Basílica de Julio César y a un lado de la tumba de Rómulo, se me venían a la memoria y a la imaginación tantas maravillas leídas en los clásicos latinos. Es cierto que ahora son solo ruinas, pero qué ruinas y qué marco geográfico adonde quiera que uno levante la mirada; atrás el Capitolio, por donde los Galos trataban de apoderarse de Roma y junto a la legendaria Roca Tarpeya; a la derecha el Palatino, con los maravillosos jardines farnesianos que hoy olían a azahar y a rosas; a la izquierda los restos de la Basílica Emilia y los muros con algunas bóvedas de la colosal basílica de Majencio, no creo que en todo el mundo haya habido una cúpula mayor (no sé si en Constantinopla Santa Sofía sea mayor todavía).

Y al frente, subiendo por entre una calzada de laureles con hojas tiernas y bordeada de acantos (cuyas hojas inspiraron los capiteles corintios), aparece el Arco de Tito, no tan majestuoso como el de Constantino ni tan bellamente decorado como el de Septimio Severo, pero el más proporcionado y el que primero, desde que yo era niño, deseaba siempre conocer. Recuerdo que en mi libro de historia de quinto de primaria, allá por 1943, cuando el Sr. Madrid nos hacía aprender las fechas de la historia cantando, venía en mi libro una ilustración que nunca he olvidado: los soldados de Vespaciano que transportaban triunfantes el candelabro de los siete brazos y lo más bello del templo de Jerusalén.

Con cuanta razón en la Eneida, en el libro VI creo, Virgilio en plena época de orgullo y arrogancia romana escribió:

"… tu regere imperio populos, romane, memento;
hae tibi erunt artes: pacisque imponere morem,
parcere subjectis et debellare superbos".

(Recuerda, oh romano, que naciste para imperar en el mundo. Tu destino es imponer la paz, perdonar a los vencidos y derrocar a los soberbios).

Pensamiento no muy lejano del sueño de nuestros aztecas: "mientras existan los hombres, imperará la ciudad de México-Tenochtitlán".

La mañana de hoy era bellísima y yo me había puesto mi guayabera mexicana más bonita: blanca de manga larga con muy bonitos bordados a mano, todo en blanco. Por la vía sagrada y hacia el arco de Augusto César pasaba un grupo de niños y niñas italianos con su maestra; creo que la maestra iba tan oronda como cuando yo llevo a mis alumnos, cada semestre, a Tepotzotlán o Teotihuacán.

Había hoy mucha gente en el Foro Romano; italianos sobre todo y los consabidos alemanes y franceses sin poder faltar los imprescindibles gringos: ¿en qué lugar del mundo –por apartado que uno lo crea– no se topa uno con los gringos? Al frente, a la izquierda del Arco de Tito, una familia salía de una boda en la Iglesia de Santa Francisca Romana, una –si no es que la más– antigua iglesia cristiana de Roma. Cómo me gusta siempre ver gente feliz; cuando uno ve niños sonrientes, novios recién casados que salen de la iglesia, muchachos y muchachas con alegría de vivir, uno también se reconcilia con la vida.

De las páginas más bellas del Evangelio de San Juan son aquellas en que el Señor, ya para despedirse de los apóstoles, habla: "les he dicho esto para que su alegría sea completa", y un poco después habla de la alegría que el mundo nunca podrá quitar a los que creen en Jesús y sepan amar. De las cosas que me repugnan de los marxistoides es su pesimismo y su amargura. Es cierto que el mundo está podrido y que tenemos que luchar por cambiarlo, pero el mundo es bellísimo y la vida es maravillosa.

Cómo le agradezco a Dios estos cincuenta años que he vivido. Cuántas personas buenas he conocido. Esta mañana, subiendo al Palatino, encontré tanta gente con alegría visible en la cara. Subimos por la Uccelería (la Pajarera) farnesiana hacia la casa de Livia, la esposa de Augusto César, por unos huertos bellísimos con naranjos en flor, rosas de colores jóvenes de la primavera que apenas comienza; encinas floreando y en el piso hojas secas de laureles. Hacía calorcito como en Guadalajara a mediados de marzo.

Cuando menos acordé, habían pasado tres horas gozando un poco de los recuerdos de la gran Roma y del Imperio Romano; indudablemente, el mundo occidental debe mucho a Roma y a Grecia, pero Grecia nunca tuvo la fuerza política, económica y militar que tuvo Roma para, como decía Virgilio, imponer su imperio. Ahora debo terminar, porque son ya las 6 y como hace 15 minutos en

Génova el equipo de futbol de Roma empató, se coronó campeón de Italia, cosa que no ocurría desde 1942.

Hay en la calle un ruido infernal de cláxones. Me asomo por la ventana y veo decenas de coches con banderas rojo y amarillo (los mismo colores que hace 23 años puse yo a mi equipo de futbol de Chihuahua, cuando ganamos el campeonato municipal y yo los entrenaba; cómo se entremezcla la historia y las personas cuando uno se va haciendo viejo). Faltó, como siempre, mucho por platicar, pero no se me pueden ir las horas en escribir cartas; aunque me encantaría.

Hasta la próxima D. M. Chuchín.

Roma, 27 de mayo de 1983

Allá en el lejanísimo 1948, cuando el Lic. Ubaldo Vargas en sus inolvidables clases de Historia de Roma de mi tercero de secundaria nos contaba las guerras de Aníbal contra Roma, nunca me imaginé que un día andaría yo por esos rumbos. El Lic. Vargas nos hacía vivir en nuestra imaginación de muchachos de 14 años las caminatas de Aníbal a través de los Alpes, y nos declamaba los discursos del general cartaginés a sus soldados a las orillas del lago Trasimeno… Precisamente ayer por la tarde reviví yo todo eso en las orillas de ese lago.

Resulta que ayer fue el paseo anual que hacemos aquí en la casa. No es fácil escoger el lugar apropiado para una comunidad donde la edad promedio son 67 años; todos son intelectuales… El encargado de organizar la excursión fue el otro mexicano de la comunidad, el P. Fernando Suárez. De los 68 de la comunidad, nos apuntamos 29, curiosamente ningún italiano. Éramos 29 de 15 países diferentes: tres polacos y tres húngaros formaban los núcleos “fuertes”; los demás, obviamente, dos de cada país y muchos sin compañero paisano.

Salimos puntualmente a las 7:45 de la mañana en un autobús cómodo; Italia es muy probablemente el país con turismo mejor organizado. Salimos de Roma por el puente Milvio, ahí donde hacia el año 311 –si la memoria no me falla– Constantino venció a Majencio. Todo ha cambiado ahí, lo único perenne en el Tíber con sus aguas que nunca se detienen y nunca vuelven atrás. Poco antes de

llegar al puente, Fernando Suárez hizo que el autobús se detuviera, se bajó él y pronto llegó como las azafatas de los aviones con un gran altero de periódicos. Al rato, también como azafata de una línea que se respeta comenzó a ofrecer café, refrescos y bocadillos.

Tomamos la autoestrada (supercarretera) del Sol que comunica a Roma con Florencia (o Firenze como dicen en Italia). Las carreteras italianas, en mi opinión, son casi tan buenas como las de Alemania Occidental y bastante mejores que las de los demás países europeos, incluyendo Francia e Inglaterra que tienen magníficas carreteras. El Lazio, que es la provincia donde se sitúa Roma, es una serie de planicies muy aptas para la agricultura.

Como a la hora de camino entramos a Umbria, donde entre otras maravillas, están Orvieto, Espoleto y Asís; comienza uno a ver pueblitos precioso colgados de los montes. Me imagino que la vida medieval con sus guerras feudales obligaba a construir en colinas para defenderse mejor. El hecho es que ahora cada pueblito de Umbria es digno de las postales más bellas de vistas medievales fortificadas.

Como una hora más tarde entramos a la Toscana, más bella tal vez. Toscana en Italia es como Castilla en España: el corazón del país. No sé si los españoles e italianos estén de acuerdo conmigo, pero con ojos de historiador extranjero creo que la observación es bastante exacta. En Cortona –destino de nuestra expedición– nos esperaban dos italianitas, alumnas de la Escuela de Turismo como luego me contaron ellas para guiarnos por la ciudad.

Estas muchachas son quienes al oírlas hablar me hicieron pensar en la comparación de Castilla, porque en España, la mera verdad, daba pena oír hablar el español, de veras; los andaluces que se comen las eses y las ces parecen cubanos; los catalanes y gallegos hablan un castellano infame, no digamos los valencianos. Que no me oigan los españoles, pero es cierto: en México, Colombia y Perú (en mi opinión) hablamos mucho mejor el español que en España, ciertamente. Excepto, claro está, en Castilla; cómo gocé aquellos meses de julio y agosto de 1969 en Segovia, Valladolid, Burgos.

No hay que olvidar que el idioma español propiamente dicho es el castellano. Ayer me acordé de que mi maestro el P. Xavier Gómez Robledo nos decía que el idioma italiano propiamente era el toscano: ayer lo confirmé. Las dos mucha-

chas, Gabriela y Margarita, no decían chinquechento como dicen mis secretarias romanas 100%, sino decían shhincuenshento con una suavidad bellísima. La pronunciación de la z mucho más suave también se da; en Roma dicen tatza (taza), como cuando nosotros decimos Tzintuntzan; en Toscana tienen una pronunciación mucho más suave. No en vano sigue el pleito entre Florentinos y Romanos, y creo que tienen razón los florentinos: el italiano es el toscano (florentino) como es castellano el idioma español.

Cortona es una ciudad bellísima. El alma de Cortona es el cuerpo momificado de Santa Margarita de Cortona: una muchacha que según todos los cronistas e historiadores era increíblemente bella. Joven, muy joven, se escapó con un muchacho de Montepulciano (la tierra del jesuita San Roberto Bellarmino) y tuvo un hijo. Muy poco después quedó viuda, antes de poderse casar. Se dedicó a cuidar a su hijo, quien después fue franciscano, y a hacer obras de caridad. El cuerpo de esta santa se conserva en una iglesia en la cumbre de esta ciudad.

Cortona es algo así como Guanajuato o Taxco elevadas al cubo, es decir, una continua e inacabable serie de callecitas que serpentean en el monte. No hay ninguna iglesia digna de gran admiración como sucede casi en cada pueblito italiano; no hay edificios que dejen a uno con la boca abierta; lo maravilloso ahí es el conjunto, el ambiente medieval que sigue teniendo en nuestros días.

Un padre franciscano nos esperaba en la iglesia de Santa Margarita y, con gran admiración y devoción por la santa nos mostró la iglesia, mezcla de románico y gótico. Más arriba todavía, los restos de la fortaleza. Cortona estuvo siempre en guerra contra Arezzo que al fin ganó. Nuestras dos guías eran de Arezzo, capital de lo que en México sería un municipio que comprende también a Cortona. Hay dos pequeños museos: el diocesano y el comunal, ambos muy chicos, pero de primerísima calidad.

En el primero (de solo dos salas pequeñas) está una de todas las pinturas que más me gustan en el mundo: la Anunciación de Fray Angélico. Es un cuadro que no deslumbra, ni apantalla, ni sorprende, es de tal serenidad que se va el tiempo mirándolo sin cansarse. En el museo comunal hay bastante de arte etrusco, en especial el famosísimo candelabro que aparece en muchos libros. Hay también una sala egipcia que, en mi opinión, es casi tan valiosa como lo que hay en Turín. Cosas egipcias mucho menos de las que hay en el Museo Británico o

en el *Louvre*, pero en estos museos acaba uno mareado y aturdido del amontonamiento y cantidad de objetos egipcios: en Cortona no pasa.

Regresamos costeando el lago Trasimeno; en mi imaginación veía yo a Aníbal, uno de mis héroes de la infancia, arengando a sus cartagineses contra los odiados romanos. Nos decían las guías que todavía –después de 22 siglos– hay rumbos del valle donde al excavar se encuentran materias óseas; no sé cuántos miles y más miles de romanos y cartagineses murieron ahí, pero muchísimos miles; y es de las más famosas batallas de toda la historia europea. Cierras un poco los ojos y uno ve las cargas de los elefantes africanos contra la caballería romana: tanques de guerra contra caballos; los cartagineses, como los soldados de Hernán Cortés en Tlaxcala, sin retirada posible –con la espalda bloqueada– sin más alternativa que vencer.

A las ocho de la noche entrábamos a Roma. Le pedí al chofer que me encendiera el micrófono y, como en los aviones, comencé a dar las instrucciones a los pasajeros: "Señoras y señores, el vuelo 009 de Alitalia está, etc.". Di el aviso en inglés, francés, italiano y español; luego dos paleros muy amigos (un polaco y un húngaro protestaron) en italiano, porque no daba el aviso en sus idiomas y, de payaso, eché unas palabras que me acababan de enseñar ellos para completar la payasada y todavía dije: "ahora para los pasajeros de lengua náhuatl o mexicana paranguaricutírimícuaro, tzintzunzan, huitxilopoxtli, etc.". Total eran payasadas. A las 8:45 llegamos a la casa con ganas de que estas salidas sean más frecuentes.

Roma, 29 de mayo de 1983

Hoy domingo me tuve que quedar en casa, porque tenía muchas cartas que contestar. Me pasé una mañana bastante entretenida y sumamente agradable, da mucho gusto escribir a los amigos. Como a eso de las 12:30, cuando me disponía a bajar adonde está la lavadora para recoger mis sábanas (los domingos lavo sábanas y toallas), oí en la calle un enorme concierto de motores y cláxones; según me dijeron en la comida los de la Radio Vaticana, varios miles de motociclistas se reunieron en la Plaza de San Pedro para recibir la bendición del Papa. Desde

mi ventana, durante un buen rato, vi cómo desfilaban cientos y más cientos de motociclistas; por lo común manejaba un muchacho y una muchacha iba atrás.

Así que platicaré de mi paseo del domingo pasado. Salí con mi amigo el P. Javier al rumbo del *Transtévere*, es decir, "más allá del Tíber" que desde la época imperial era sitio de veraneo. Nuestra casa está técnicamente ahí, aunque en el lenguaje moderno el *Transtévere* comienza un poco más al oriente de la casa. La entrada, vía del Penitenzieri 20, queda a unos metros de la Puerta del Espíritu Santo, una de las puertas de la Ciudad Leonina, es decir, de las murallas que mandó construir el Papa León IV para defensa de la ciudad.

Desde hace unos 50 años existen unas avenidas que bordean el Tíber (los romanos las llaman "lungotéveres"). Hay acuarelas de estos lugares hace un siglo y se ve que eran calles muy bonitas, pero la modernización les ha quitado mucho de su poesía original. Al salir de la casa está la calle de la Lungara, en toda la Europa las calles muy rara vez cambian de nombre y es muy bonito identificar hechos que han ocurrido en la historia ya muy antigua, que es una de las primeras calles romanas "modernas", es decir, de principios del siglo XVI.

Lo "moderno" además está en que son rectas. En mi guía turística de Roma habíamos planeado visitar el palacio de la *Farnesina*, el museo *Torlonia* y la casa de la *Fornaia* (una "amiguita" de Rafael, el gran pintor). La Lungara es una calle que ahora con la obra moderna del Tíber ha quedado medio hundida, pero conserva un aire de gran majestad, casi no hay edificio que no tenga toda una larga historia. Hay muros altísimos, rejas de hierro forjado, portones con diseños muy bellos.

Cada callecita lateral, sobre todo las de la derecha (saliendo de casa) que van trepando por el monte Janículo son encantadoras. La Lungara queda limitada por dos puertas muy bellas y dos torres románicas: al occidente está la puerta del Espíritu Santo (la de nuestra casa) y la torre del hospital del mismo nombre (exactamente frente a mi oficina), y al oriente está la puerta y torre de Santa María de *Transtévere*, uno de los barrios romanos más "romanos" si se permite la redundancia.

Sin darnos cuenta llegamos al palacio *Corsini* que no entraba en nuestros planes de visita, pero como estaba abierto entramos. Es un palacio como los que uno ve en las películas de Visconti; típico palacio de la rancia burguesía

romana con pórtico enorme, escalinatas bordeadas de estatuas clásicas y retratos de familia. Nos dijeron que dentro de 10 minutos comenzaría una visita guiada y decidimos quedarnos. La guía, una romana jovencita de unos 24, finita muy sobriamente vestida con falda y suéter azul marino y una blusa de cuadritos azules, comenzó desde la fachada con la explicación de la construcción y arquitectura exterior del palacio.

Después de una media hora de explicación en la planta baja, llegamos al primer piso a la colección *Corsini*: unas ocho salas de pintura muy selecta. Me sorprendió el equilibrio de la muchacha en sus juicios artísticos, toda una maestra experimentada en historia del Arte. Sobre todo me sorprendió el sentido con que comentó una obra de Murillo al que muchos italianos desprecian por su religiosidad y delicadeza.

Me impresionó especialmente llegar a una sala con la decoración original del siglo XVII, donde murió la ex reina Cristina de Suecia. Esta mujer me ha llamado mucho la atención. Allá por 1955, cuando uno de mis mejores maestros de toda la vida, el P. Daniel Olmedo nos explicaba, al igual que la señorita, cómo Cristina se hizo católica con las clases de Descartes; me daba mucha risa la forma como nos hablaba de esta mujer filósofa, hija de Gustavo Adolfo de Suecia, a base de leer y leer se convirtió al catolicismo.

Luego invitó a otro simpático (al menos a mí me cae muy bien) a Descartes para que le enseñara Filosofía en Suecia. Descartes quería mucho a los jesuitas, porque como dice en sus memorias cuando era un chiquillo en el colegio jesuita de *La Flèche* lo dejaban dormir "hasta que terminaba de dormir". El pobre Descartes, ya en Suecia, tenía que madrugar a las cinco de la mañana para darle su clase de filosofía a Cristina. Las madrugadas suecas lo hicieron pescar una pulmonía que lo llevó a la tumba; pobre Descartes, quién le manda haber tenido una alumna filósofa y reina.

La Pobre Cristina, al hacerse católica, tuvo que renunciar al trono y se vino a Roma, donde llevó una vida medio de piedad, medio de turista, medio de erudita dedicada a los libros (algo así como la vida que llevo yo ahora en Roma, por eso a lo mejor me cae mejor que antes). Por cierto, hablando de Cristina murió en Roma y su tumba –que visité no hace mucho– está en las criptas de San Pedro; la muy suertuda de Cristina nunca se lo imaginó, quedó sepultada casi junto a…

nada menos que otro hombre simpatiquisssssssísimo: Juan XXIII; ¡qué suerte de mujer! Pues sí, me pasó ahora en la carta, lo que me pasa a veces en mis clases, que… se me va por otro lado la plática… Todo esto era para decir que me emocionó estar en la recámara donde murió Cristina de Suecia: una mujer simpática, inteligente y muy afortunada.

Frente al palacio *Corsini* está la Villa *Farnesina*: típica casa, o mejor típica villa del renacimiento romano. Dicen que en tiempos del Papa León X (Papa al que le faltó humorismo y sentido común e inteligencia y humanismo para entender a Martín Lutero) daban ahí unos banquetes dignos de Sardanápalo o Nerón: todo en vajilla de oro que iban arrojando al Tíber. Por supuesto que era puro "apantalle", porque había un sistema de redes en el río para "pescar" todo el oro que iba cayendo, pero el "show" de aventar platos y copas de oro al río, como si no valieran nada, debió ser digno de una película de Cecil B. de Mille.

Realmente cuando uno se asoma un poquito al renacimiento de Roma y, sobre todo a los Papas del Renacimiento, se convence uno de que la Iglesia la fundó Jesucristo, si no fuera cierto… ya habría desaparecido en esas épocas de corrupción que ahora cuesta trabajo imaginar; con razón los grandes santos de aquellos siglos (no solo del Renacimiento, sino de siglos de decadencia religiosa) eran los que regañaban, con toda razón, a los Papas: como San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santa Gertrudis de Suecia, etc. Debieron tener muchísima fe aquella gente para seguir creyendo en una iglesia donde los Papas y obispos eran las personas más escandalosa.

Para terminar esta página diré que ayer me hice la pinta durante casi una hora para asistir, al mediodía, a un concierto de "fanfarrias" que la banda nacional de Suiza daba en el Vaticano a los familiares de la Embajada Suiza y de los muchachos de la guardia suiza. Me invitó el P. Wicki, quien como casi todos los jesuitas que han ido a México han quedado conquistados por la educación, humanismo, generosidad y bondad de los mexicanos.

Fue un concierto breve, pero me encantó. Lo que más me gustó fue una marcha de Luly, debió ser la marcha de Luis XIV, que yo oí varias veces en París en la época de De Gaulle, pero los suizos, a diferencia de los franceses, la tocaron menos teatralmente sobre todo las trombas y trombones creaban un eco bellísi-

mo, o tal vez porque estábamos en el patio del cuartel de la guardia suiza, los muros y patio cerrado daban un aire especial. No sé, pero fue algo bellísimo.

Debo terminar. Ha sido este año uno de los que más recordaré; Dios ha sido sumamente bueno conmigo, me ha hecho gozar muchísimas cosas bellas de nuestro maravilloso mundo.

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

01 de junio de 1983

A todos mis queridos amigos les comunico:

Ha sido un gran gusto para mí haber llegado hoy a los 50 años; es maravilloso volver la vista hacia atrás. Cuántos años felices, cuántas experiencias que quisiera volver a vivir, sobre todo cuántos amigos encantadores me he encontrado en la vida. Cuántas personas únicas y tan distintas por quienes –creo yo– mi vida tuvo ya sentido.

Por otra parte, qué increíblemente corta es la vida; comienzo a situarme en ella y ya me debo ir preparando para dejarla. Quisiera aún vivir otros 50 años y muchos más, cuánto me queda por hacer. Muchos proyectos que quedarán en eso, en proyectos. Cuánto me queda por conocer, cuánta vida por vivir. Los años que aún me resten deben ser más plenos y fecundos, porque en este increíble y bello mundo en que Dios me concedió vivir, y en este siglo XX único, hay aún tantos niños que lloran y quisiera yo consolar, tantísimos enfermos que quisiera yo acompañar, tantos viejitos solitarios que quisiera yo escuchar, y tantos muchachos y tantas muchachas (quienes han sido o pudieron ser mis alumnos) a los que yo quisiera decir que la única verdadera riqueza son los amigos y el amor; lo demás no vale.

Que las ideologías (y, sin Cristo, el cristianismo es otra vil ideología) y las ciencias y el conocimiento hueco y el dinero y la erudición presuntuosa y el poder y el prestigio y… lo que se quiera, no es nada si no damos algo de noso-

tros mismos, si falta el amor que es lo único que nos puede dar felicidad. Hace rato, aquí en la casa, fui a la capilla y con todo el corazón –de rodillas como mis padres me enseñaron que se le habla a Dios en momentos solemnes– agradecí a nuestro Padre del Cielo y de la Tierra haberme puesto en este mundo de seres humanos. Le pedí también que todos mis amigos, todos mis enfermos, todos mis ex alumnos y ex alumnas vivan más que yo, quien he sido un hombre feliz que ha vivido ya 50 años maravillosos.

Deseo que mis amigos y alumnos (creo que he procurado que mis alumnos sean mis amigos) descubran cada día la felicidad de vivir y de gozar de este mundo nuestro en el cual cada uno tenemos una partecita muy presente y personal que construir.

A cada uno de mis amigos, un gran abrazo.
Roma, 01 de junio de 1983
J. Jesús (Chuchín)

Roma, 05 de junio de 1983

Hoy es el día del Corpus. En realidad el Corpus fue el jueves pasado, día 3, pero se festejó hoy. El jueves 03 por la tarde me asomé a la Basílica de San Juan de Letrán; me tocó ver al Papa que llegaba, las calles adornadas y mucha gente que le aplaudía. Festejamos hoy a cuatro de los viejitos que cumplieron 50 años de sacerdotes. Hago memoria, recuerdo que hace un año festejé el Jueves de Corpus en Cochabamba, Bolivia, con mi amigo Javier Baptista, quien me hizo gozar de la ciudad; en especial recuerdo que ese día me llevó a un convento de carmelitas que hablaban un español muy cantado, muy suave, muy musical y nos ofrecieron una “tostadita”, pero no una tostada mexicana, sino una especie de agua fresca de maíz.

Hace dos años, no recuerdo qué día de junio era, tuve uno de los Jueves de Corpus más memorables de mi vida en Varsovia; todavía en mi imaginación veo aquellos miles y miles de polacos, todos endomingados, cantando en las calles como si sus cantos religiosos fueran un desafío al grupo del poder. Estaba el

limpio cielo azul de Varsovia, las calles entre la Plaza de la Victoria y el Palacio Nacional, niños y niñas que arrojaban flores al paso de la procesión, los hombres con las lágrimas en los ojos que se arrodillaban en plena calle; la multitud afuera de la catedral gótica de ladrillo rojo y que aún tiene en la pared, como recuerdo, obuses alemanes y una oruga de un tanque alemán empotrada cerca del altar; la emoción y lágrimas de la multitud cuando el obispo Glemp (quien en esos días no era aún cardenal) leyó párrafos de la carta del cardenal Wizsinsky, muerto hacía 15 días.

Hoy aquí en la casa festejamos a cuatro viejitos: el P. Ferst, lituano, que desde 1943, nunca ha podido volver a su patria (recuerdo que un día, en el desayuno, platicando yo con los polacos sobre Polonia, el viejito me apretó el brazo y me dijo: "No sabe lo que yo hubiera dado por conocer Varsovia"). El P. Ferst recuerda que allá por 1931 conoció en Lovaina a Mons. Pascual Díaz, aquel jesuita tapatío arzobispo de México, se acuerda también que siendo el provincial de los lituanos exiliados, hacia 1946, recibió gran ayuda económica de los jesuitas mexicanos.

El segundo festejado fue el P. Wicki, el suizo que me invita al Vaticano a los festejos de la guardia suiza. Él suspira por regresar a México, donde, según dice, conoció a la gente más educada, amable y hospitalaria del mundo. Muchos de sus compañeros, que se ordenaron con él en *Innsbruck* murieron en la guerra, varios en campos nazis de concentración.

El tercero, el P. Dauchy, quien lleva más de 40 años en Roma y sigue hablando italiano con un terrible acento francés y que me suele invitar al centro cultural francés de Roma cuando hay películas de Bresson o Male, o alguna conferencia interesante.

El cuarto, el P. Jacobs, holandés, ordenado en Roma y muchos años misionero en Indonesia y ahora es de mis colaboradores para el "Diccionario Histórico S. J.". Olvidaba decir que el P. Ferst se ordenó en Lovaina; y Dauchy en Enghien, donde también se ordenó el P. Miguel Agustín Pro.

Para la concelebración con los cuatro festejados me puse mi estola chiapaneca que siempre me chulean. Fue emocionante oír a estos viejitos: cuánta sabiduría, cuántas emociones y cuánta historia vivida en 200 años de vida por este ancho mundo de Dios. Hace un año recuerdo que invité al P. Ferst al cine a ver

“Desde un país lejano”, o sea la vida de Juan Pablo II. Yo creo que el viejito nunca había ido al cine, porque me preguntó la víspera muy apurado si ya tenía los boletos y si podría ir con su ropa normal, porque no tenía traje bueno. En la película me preguntaba muchas cosas que no entendía, así por ejemplo me decía: ¿pero qué pasó con el tren? Todavía no llega a la estación y ahora estamos viendo una fiesta…… Al terminar la película, el viejito me repetía: “gracias, muchas gracias, me dio usted una tarde inolvidable”.

Ya que entré en el tema de los viejitos sería muy largo proseguir en las historias de cada uno de la casa, casi todos viejitos. De todo hay, gente santa, gente buena, gente chocha, gente retrógrada, gente inteligente y abierta. En esta categoría está mi vecino de abajo, exactamente debajo de mi cuarto en el tercer piso. Yo vivo en el cuarto con los historiadores. Mi vecino de abajo es andaluz y solo lleva aquí dos meses y estará otros dos; es mi traductor del inglés al español.

Tiene setenta años, y cuando yo sea viejo quisiera ser como él; parece un abuelo que lleva a sus nietos al parque a tomar helados, parece un profesor de pueblo al que sus alumnos van a buscar para platicar. Me cuenta que cuando va a casa de sus amigos (y me enseñó varias fotos) siempre come con los niños, porque no aguanta mucho en ayunas. Para mi cumpleaños, hace cuatro días, llegó a mi cuarto antes de la cena, traía su traje más elegante, corbata de puntitos y camisa inmaculada. Pidió silencio y luego me leyó unos versos que me había compuesto, declamándolos con mucha prosopopeya. Explicó que le urgía leerlos para poderse quitar luego el saco, porque hacía mucho calor.

Un día, paseando por el centro de Roma, me había explicado que tenía un traje gris para ocasiones solemnes como bodas y graduaciones. ¿Sabes –me dijo– el gris Marengo tiene unos puntitos brillantes que son muy aptos para las fotografías. De modo que me leyó la poesía desde su traje gris marengo. A todo esto, se llama Manuel Linares y casi toda su vida ha sido maestro de Letras Clásicas y ha trabajado con matrimonios en Sevilla. Dice que yo tengo la culpa de que aquí en la casa haya ya ahora una mesa, en la cena, donde nos reunimos los de habla española. Tiene algo de razón; discretamente y con mano izquierda me he ido apropiando de esa mesa, me parece muy justo que en esta casa donde entre 68 somos 19 de habla española, tengamos derecho, una vez al día, de hablar el idioma civilizado.

Los gringos, franceses, alemanes y polacos basta que estén dos juntos para hablar en su idioma, mientras que nosotros (como me lo dijo hace un año el superior) "los de habla española son los más educados; basta que uno entre ocho uno no hable español y ya ustedes hablan italiano". Pero, desde hace mes y medio me he ingeniado en la cena para poder hablar como Dios manda. Hasta un gringo muy patón ya va a nuestra mesa, le vamos a dar un diploma de lengua española y simpatía; es un gringo muy simpático.

En cambio, con buenos modos, logré que un canadiense se fuera a otro lugar; un señor buenisisisíma persona, pero….que nunca habla: "mira –le dije– tú con nadie hablas, ¿qué te cuesta en la cena irte a otra mesa, si de todos modos nunca hablas? Efectivamente se fue a otra mesa. Ahora, con nuestro mal ejemplo, ya en la cena, hay una mesa de húngaros, otra de polacos y otra de habla inglesa (un gringo, un indio y otros dos que hablan inglés: un sueco y un vietnamita). No es por nada, pero nuestra mesa es de lo más abundante.

Linares es muy despistado; hace una semana me pidió que le dijera dónde revelaban rollos de fotografía cerca de la casa. Lo acompañé. Después no pude acompañarlo para recoger el rollo; le dibujé un planito, le apunté el nombre de la calle y el número, pero ni por esas, es un auténtico sabio distraído. Ya se me está terminando el papel. Creo que en mi próxima también debo continuar con el tema de mis colegas, donde hay de todo. Cómo será la casa que yo aquí, en serio soy de los jóvenes!!!!!

Me despido. Hoy no estaba de vena para escribir, pero ni modo…
Chuchín S. J.

11 de junio de 1983

A mis queridos amigos:

En los primeros días de mayo de 1968, con temor de que mi tren no llegara a la capital francesa por los disturbios estudiantiles de esos días, tuve la fortuna de visitar Asís: patria de San Francisco. Desde entonces me quedó en el recuerdo

como uno de los lugares más hermosos y que mayor paz espiritual inspiran. Ayer pude regresar. Con otros cuatro colegas salí de la casa a las 8 de la mañana. Yo no manejaría, sino debería encargarme de estudiar bien las salidas y entradas a las carreteras, porque Roma tiene una complicadísima red de carreteras y un error de entrada o salida puede implicar gran pérdida de tiempo. Afortunadamente las explicaciones que me dio Fernando Suárez y los planos que dibujamos, fueron de gran ayuda y solo al regresar entramos un poco más al sur, pero con la buena suerte de tomar una vía de alta velocidad, aunque un poco más larga.

Durante una hora fuimos dejando a los lados de la *Autoestrada del Sole* (Autopista del Sol). Hay pueblitos encantadores que abundan en Lazio, después en Orte dejamos la carretera que nos hubiera llevado a Siena o Florencia y tomamos la de Perugia. A eso de las 10:30 llegamos a Santa María de los Ángeles, más conocida en todo el mundo como la "porciúncula", es decir, la partecita o "el terrenito", pero ahora es una inmensa iglesia como de rico nuevo sin belleza ni gusto, cobija la capillita, de unos 4 por 8 metros que los monjes benedictinos le regalaron a San Francisco cuando él comenzó a retirarse de Asís para conversar con Dios, con las flores y con los pájaros.

Muy cerca, también cobijado por la inmensa iglesia, está el cuartito donde el santo murió, la celda donde dormía. Adjunto a la iglesia el famoso jardín de las rosas que según la leyenda medieval fue donde Francisco, tentado de dejar su vida de oración, se revolcó desnudo entre los rosales espinosos. Ciertamente, el jardín conserva una variedad única de rosas, sin espinas, después de ese episodio: el Santo les quitó las espinas.

Tomamos luego la carretera que lleva a Cesena, la ciudad donde nuestro Francisco Javier Clavijero pudo, en 1780, imprimir la Historia Antigua de México para defender a los mexicanos de los franceses y prusianos que hablaban de nosotros como de seres inferiores. Probablemente, Clavijero y sus compañeros jesuitas mexicanos de aquellos años nunca pudieron venir a Asís; vivían con extremada pobreza y dudo que hubieran podido pagar el viaje, aunque no es larga la distancia.

Asís ha conservado su belleza de los tiempos de San Francisco; calles estrechas donde ahora los coches estorban. Era un pueblito para personas, no para coches como son ahora nuestras ciudades. La iglesia de San Francisco tiene una

muy curiosa construcción, sobre la iglesia original del siglo XIII tal vez se construyó otra muy austera y bella. Ambas están decoradas, como muchos templos góticos, con arabescos y diversas figuras en rojo, azul y dorado. Hubiera llevado muchísimas horas ir admirando cada uno de los numerosos frescos de Giotto y Cimabué que ilustran la vida del Santo.

Creo que pocos hombres en toda la historia han suscitado tanta admiración, tanto cariño, tanta envidia, tanta añoranza y vergüenza de que uno está muy lejos de él. No creo que haya en todo el mundo alguien que no admire y no ame a este hombre que tanto amaba a los pobres, que –según las leyendas medievales– platicaba con los pájaros y con las flores y era capaz de apaciguar al terrible lobo de Gubbio.

La capilla o iglesia inferior conduce a la cripta donde se conservan los restos del santo. A pesar de los cientos de visitantes de todo el mundo que continuamente van a rezar ahí, se experimenta la paz espiritual que el solo recuerdo de Francisco inspira. Junto con Francisco de Asís recuerda uno la memoria de Santa Clara. Franco Zefirelli, quien es un esteta tan preciosista en la película "Hermano Sol, hermana Luna", presenta a Clara como una muchachita rubia.

La historia confirma: era una muchachita muy bonita y rubia que se escapaba de Asís de vez en cuando para llevar de comer a los leprosos que no podían entrar al pueblo, y fue ella la primera en entender las "locuras" de Francisco que comenzó a despreciar riquezas, honores y comodidades y se fue dedicando a hablar con Dios, a convivir con los árboles, con las plantas, con los pájaros y que hablaba del "hermano sol, de la hermana luna, de la hermana agua, del hermano fuego, de nuestra hermana la muerte corporal". "Loado seas, Señor, por la hermana luna y las estrellas que tú has formado en el cielo claras, preciosas y bellas". "Loado seas, Señor, por nuestra hermana tierra, nuestra madre, la cual nos sustenta y nos gobierna y produce frutos, con flores bellas y con hierbas". Hace ocho siglos, en 1182, nació este hombre decidido a vivir el Evangelio a la letra sin interpretaciones "sabias".

La basílica de Santa Clara abriga también los restos de esta mujer. Probablemente era muy alta, porque su túnica que aún conservan las monjas clarisas es bastante larga. En esta basílica se conserva también el crucifijo que habló a San Francisco; según otra leyenda medieval. A mí me dio mucha devoción rezar ahí,

le pedí al Señor por todos mis amigos y por todos mis ex alumnos y ex alumnas. Según voy avanzando en la vida, voy descubriendo que las personas, los amigos, son quienes –junto con las flores y los mares y toda la naturaleza– dan belleza a este mundo. Qué distinto sería este mundo si todos fuéramos amigos y si pudiéramos, como Francisco de Asís, decirles hermanos a todos.

A una cuadra de la iglesia de Santa Clara encontramos una trattoría, es decir, un restorán no elegante, donde comimos los consabidos spaghetti, rociados con un vinillo rojo, un *Sangiovese de Il´Umbria* que si San Francisco lo hubiera probado ciertamente hubiera hablado también del hermano vino que nos reconforta y nos anima a vivir. El convento de San Damián, donde vivió y murió santa Clara (Chiara en italiano, se pronuncia Kiara) es también un lugar bellísimo y, como fuera de este mundo complicado de convencionalismos, de prisas, de gente enajenada que olvida lo principal. Me emocionó estar bajo los mismos techos, entre los mismos muros donde habitó esta mujer; rezar en el mismo lugar donde ella hablaba con Dios. El convento se conserva prácticamente como era hace ocho siglos: con su patio central de rosales, pozo de agua, muros de piedra y techos muy italianos de tejas rojas.

Regresamos por Foligno con rica historia también de artistas, de santos, de caballeros peleoneros y vengativos, de damas galantes y de artesanos. Después de media hora estaba Spoleto, otro pueblito bellísimo con su catedral renombrada y su castillo agarrado a la montaña en posición casi inexpugnable. Mientras buscábamos un bar para tomar un helado, el partido comunista anunciaba una gran concentración pre-electoral para esa noche en la plaza Garibaldi. Casi dos horas más de carretera magnífica con sus grandes túneles y puentes para librar las estribaciones de los Apeninos. Casi cada pueblito, o sin el casi, ameritaría una visita; la historia, la cultura y el arte asoman en cada esquina.

Llegamos casi a Roma, había un letrero a la derecha de la autopista que nos recordó que llegábamos al Soracte. Recuerdo que hace 30 años cuando estudiábamos latín, las Odas de Horacio nos hablaban de las alturas nevadas del Soracte. Sin duda que el buen Horacio nos hablaba del invierno, y un invierno muy frío cuando todo el Lazio estaba nevado, porque el Soracte es un montecillo "mugroso" que con trabajo se eleva unos 50 metros sobre el valle. Como copiloto fallé en tomar la entrada indicada de Roma y el periférico nos andaba llevando

hasta Nápoles. El pobre de San Francisco de Asís, quien siempre viajaba a pie, sin duda nunca tuvo este problema. Y aquí dejo estas líneas sobre la inolvidable visita a Asís, cuna de uno de los hombres indiscutidos e indiscutibles: San Francisco.

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

Roma, 22 de junio de 1983

En mis últimas cartas he platicado de visitas a monumentos romanos y alrededores; ahora platicaré de lo que hago aquí; varios alumnos y sobre todo alumnas (las mujeres son más curiosas que los hombres) me han preguntado qué hago por acá en Roma. Para comenzar, diré que –por si se les había olvidado– soy jesuita, es decir, miembro de la Compañía de Jesús que es una orden religiosa extendida por todo el mundo y fundada en 1534 (oficialmente fue en 1541).

De la gente ilustre de México que han sido jesuitas podría citar entre otros al Padre Kino y al P. Salvatierra, quienes llevaron la agricultura y la ganadería a Sinaloa, Sonora y Baja California en el siglo XVIII. Al Padre Andrés Cavo (cuyo nombre está grabado en la glorieta de la Minerva en Guadalajara autor de la primera historia del México colonial). Al P. Francisco Javier Clavijero, autor de la primera historia del México antiguo. Más recientemente, el P. Miguel Pro, a quien injustamente mandó fusilar Calles en 1927. En Guadalajara estuvo el P. Roberto Cuéllar, fundador de la Ciudad de los Niños, etc.

Resulta que hace unos 10 años la Compañía de Jesús, que tiene publicados cientos y cientos de libros sobre su historia en cada país, decidió hacer una historia del conjunto, una *Enciclopedia Histórica de la Compañía de Jesús* que se publicaría por separado en edición inglesa y en edición española. Aquí en Roma en los archivos de la Compañía nos tienen a todos bien "fichados" y se pusieron a buscar historiadores de todo el mundo para coordinar esa obra. En el registro de historiadores están todos los que en alguna forma se dedican o saben historia:

nombre, fecha de nacimiento, estudios universitarios y de postgrado, idiomas que lee y habla, especialidad, actual actividad, etc.

Allá por 1975 recibí yo las primeras cartas en que me preguntaban mi opinión sobre la conveniencia de publicar esa Enciclopedia Histórica, después preguntas sobre lo mismo: propusiera características de la obra, temas, etc. Luego me preguntaban a quién proponía yo para coordinar esa obra. Por fin, hacia 1978 con gran sorpresa recibí una carta de Roma en que me invitaban a colaborar de tiempo completo en Roma, sobre todo para dirigir la edición española, además de corregir artículos. Me decían que me esperaban para enero de 1979.

Yo respondí que agradecería la invitación, pero que estaba trabajando en la Historia Obrera de Jalisco como parte de la Historia de Jalisco (se publicó el año pasado). Por cierto, y este sería motivo para varias cartas, mi trabajo no se publicó por razones de alta "política" tapatía… Respondí que podría colaborar a partir de agosto de 1981 y con la condición de regresar cada año a Guadalajara para no perder mi puesto en la Universidad de Guadalajara. Yo, la verdad, pensé que "poniéndome mis moños" me dirían que "muchas gracias", pero con sorpresa mía me contestaron que estaba bien. Por eso me vine a Roma en septiembre de 1981, y ahora estoy aquí.

Francamente me dio mucho gusto. Por una parte, siempre me ha gustado mucho la Historia de la Compañía de Jesús. Desde que entré en 1949 me gustaba preguntarles muchas cosas a los viejitos (ahora solemnemente llaman "historia oral"). Poco a poco fui leyendo y encontrándole gusto. Luego en 1967, cuando yo estudiaba Historia en la Iberoamericana tenía que buscar un tema que me resultara fácil para mi tesis, porque estudiaba simultáneamente Teología en el Seminario de San Ángel donde eran muy exigentes. Se me ocurrió, como tema fácil, las misiones jesuitas en Baja California.

Ese mismo año de 1967 me dijeron que me dedicarían de sacerdote a trabajar con estudiantes y pedí hacer un doctorado de Historia en México en la UNAM, pero el padre de quien yo dependía en estudios me dijo que me "dejara de cuentos; un doctorado es para intelectuales y tú eres hombre práctico" (por supuesto que, gracias a Dios, nunca he sido un intelectual). Pero con gran sorpresa, allá por enero de 1967 recibí una carta del P. Provincial en que me decía: "¿Cómo ve-

rías la posibilidad de hacer un doctorado de Historia en París?". Brinqué de gusto; era algo que ni en sueños se me había ocurrido: ¡¡¡estudiar en la *Sorbonne*!!!

Todo se me arregló; con exámenes extraordinarios y a título de suficiencia terminé la carrera en la Ibero en tres años, en lugar de cuatro o cuatro y medio. Lo de París se arregló también; en la casa de estudiantes jesuitas de París había más de 68 haciendo cola, es decir, que en dos o tres años no había lugar en París, sin embargo… me dieron un lugar. Las becas de estudios del gobierno francés –en aquel tiempo no se tramitaban en CONACYT, sino en la Embajada de Francia– estaban muy peleadas, recuerdo que yo metí mis papeles el último día hábil y me dijo la señorita que me los recibió: "bueno, no hay peor lucha que la que no se hace, pero sepa Ud. que hay más de dos mil solicitudes y solo 70 becas…". Pues, no sé ni cómo, también me dieron la beca.

Para no alargarme, diré que el día que en 1970 me aceptaron mi tesis en la *Sorbonne*, me fui a la iglesia más cercana a dar gracias a Dios con todo el corazón; todo me había resultado de maravilla y solo debía esperar la fecha para presentar mi examen en la *Sorbonne*. Mi tesis de doctorado también fue sobre historia de la Compañía de Jesús; la escogí así, porque el tema me encantaba y me resultaba fácil.

Total que por lo visto aquí en Roma, viendo mi curriculum pensaron que algo le "intelegía" yo a la historia jesuítica y… me llamaron. Para mí es maravilloso. En Guadalajara me tuve que especializar en Historia de la Revolución Mexicana y en Historia Obrera, y la historia jesuítica quedaba para ratos perdidos o para vacaciones, pero siempre me gustó. Así que ahora… dedicarme de tiempo completo y por obligación a lo que siempre me gustó… es algo maravilloso. Pocas personas pueden decir que están en el trabajo que les gusta.

Mi trabajo consiste, junto con un equipo de un americano, un irlandés, un húngaro y un español a planear y a organizar todo lo referente a la Enciclopedia Histórica. Luego me toca revisar gran parte de todos los artículos que van llegando; previamente, se habían pedido colaboraciones a especialistas de todo el mundo. Más concretamente coordino también todo lo que se refiere a América Latina: revisar artículos, corregirlos, rechazarlos, retocarlos, completarlos.

Este último mes estoy escribiendo artículos por mi cuenta y corrigiendo los de otros especialistas sobre historia jesuítica en Baja California; de modo que

estoy ahora trabajando en algo de lo que más conozco y más me gusta. Para corregir artículos sobre temas europeos y asiáticos tengo que ponerme a estudiar historia y geografía de esos continentes; es apasionante. Tenemos aquí bibliotecas y archivos magníficos y las horas se van sin sentir. Humanamente es una satisfacción dedicarle a la Compañía de Jesús, a la cual todo le debo, algunos de mis mejores años de madurez intelectual en un trabajo que durante muchísimo tiempo será fundamental y se citará muy frecuentemente en la historiografía jesuítica.

Roma es una ciudad bellísima. De las más bella entre las más bellas del mundo. No tiene el ambiente cosmopolita y multicultural de París, ni el ambiente bohemio de Londres o de Ámsterdam. Pero, a quien le guste la Historia y el Arte Roma no tiene igual. Para todo hay edades y épocas; recuerdo que en 1968, que estuve aquí tres meses, Roma me parecía pueblerina comparada con París. Ahora en cambio creo que estoy gozando Roma más de lo que gocé París. O tal vez sea más exacto decir que sus goces son distintos. Así que a la pregunta de qué hago en Roma, diré que hago lo que más me gusta: Historia de la Compañía de Jesús. Pero, me gusta *más* estar con la gente; con mis muchachos de la UdeG, con mis enfermos de los hospitales.

Con el cariño de:
Chuchín S. J.

Roma, 26 de junio de 1983

Mi paseo dominical fue hoy al Monte Janículo y al Transtévere. El Janículo es el monte contiguo al monte Vaticano y nuestra casa está precisamente donde comienza (el Janículo). Por cierto, ayer que estaba en la noche leyendo –la víspera de mis excursiones me gusta leer algo sobre lo que voy a visitar– vi que nuestra casa, la Villa Barberini es, junto con las cuatro basílicas romanas, el hospital de niños y dos o tres palacios más, uno de los lugares con extra-territoriedad, es decir, por el concordato a Pacto de Letrán de Mussolini con el Papa Pío XI, el Vaticano como Estado Autónomo posee en Roma algunos lugares que quedan

fuera de la jurisdicción italiana, por lo tanto la policía italiana no puede entrar a nuestra casa por ningún motivo, salvo que el Estado del Vaticano la llame. Creo que la próxima carta deberá ser sobre nuestra casa, sobre la Villa Barberini.

Salimos de la Villa Barberini atravesando la puerta del Espíritu Santo (del siglo XVII) y subimos por la *salita* (no significa sala chiquita, sino *subida*) de San Onofre. Es una iglesia muy bonita, pequeña, ideal para bodas por lo íntimo y lo bello. Contigua a la iglesia está un convento, donde vivió sus últimos años y murió Torcuato Tasso, uno de los primeros grandes poetas italianos del Renacimiento.

El claustro, o mejor el patio del convento, muy bellos con sus rosales y geranios, sus columnas de piedra, bóvedas de ladrillo y tejas rojas. En la iglesia es donde, por segunda vez en Roma, encuentro un grupo juvenil que canta en la misa: Roma –como toda Italia y como toda Europa salvo Polonia– es un mundo avejentado, decadente, sin más futuro que vegetar sin imaginación y sin gran esperanza. Los muchachos estaban ensayando la misa que estaba por comenzar, cantaban con gran dominio técnico de la voz y de los instrumentos con verdadera devoción, pero para mi gusto sin la alegría de un coro de Loreto de Guadalajara (los tapatíos recordarán que a raíz del cardenalato de Mons. Garibi se construyó en el barrio de Oblatos la Iglesia de San Onofre). Desde aquí se tiene una de las mejores vistas de la ciudad, casi tan bella como lo que tenemos desde la azotea de la casa.

Al salir de San Onofre, y no más de 30 metros hacia el Janículo, se conservaban el tronco y unas ramas (algo así tan tristemente ruinoso como el árbol de la noche triste de Tacuba) de una encina, donde –según la tradición– el mismo Tasso se sentaba a meditar en sus desgracias; ahí mismo, bajo esa encina, San Felipe Neri –un santo muy simpático y humano– jugaba con los niños. Y llega uno a la cumbre del Janículo. Este sí es un montecito, muy pequeño, pero es todo un Popocatépetl a lado de las famosas siete colinas de Roma; los romanos eran muy exagerados al llamar colinas a esas ligerísimas irregularidades de terreno.

Aquí en la cima del Janículo es donde acampaban las tropas germánicas de la época de la decadencia del imperio, desde ahí dominaban toda la ciudad. No sé si en 1870, cuando la toma de Roma también haya servido de ciudadela a las tropas de Garibaldi, pero el hecho es que aquí está el gran monumento a Garibal-

di y a su esposa Anita Garibaldi, muy admirada por muchas italianas de ahora, sobre todo en ambientes universitarios de izquierda.

Muy cerca del monumento del conquistador de la Roma del Risorgimento está un cañón, cuyo nombre ignoro y que cada día a las doce en punto dispara para anunciar el mediodía. Según me contó alguien de hace tiempo, este cañón que dispara tiene relación con la historia jesuítica romana: el famoso físico jesuita, el P. Secchi, desde su observatorio del colegio romano (está en frente, al otro lado del Tíber) había ideado un aparato muy ingenioso que a las doce en punto con base en la posición del sol transmitía una señal a un artillero colocado en el Janículo para que disparara. Todavía a la fecha todos los días se hace este disparo que en nuestra casa, por estar muy cerca, se oye con toda claridad.

Se continua por la Avenida del Janículo y se llega a la iglesia de San Pedro en Montorio (del latín *mons* y *aurem*), es decir, el cerro de oro. Ciertamente en las tardes, toda Roma desde este lugar toma un color muy parecido al oro. Esta iglesia está muy ligada a nuestra historia familiar; aquí vivía un franciscano que era confesor de San Ignacio de Loyola, nuestro fundador. San Ignacio vivía en el centro de Roma y atravesaba el puente Sixto, que aún existe, y subía este montecito para venir a platicar con ese franciscano amable. Cuando lo eligieron a San Ignacio general de la Compañía de Jesús, no quiso aceptar ese nombramiento, aunque sus compañeros por unanimidad lo habían elegido. Dijo que no podía aceptar hasta no hablar con el confesor de San Pedro in Montorio.

A mí me conmovió estar en ese mismo sitio. Contiguo a San Pedro está el edifico donde vive el embajador de España, desde el siglo XVI todo ese rumbo es propiedad de la España, quien además tiene otro edificio, de los más señoriales de toda Roma, en la famosa plaza de España; ahí está su otra embajada, la Embajada ante el Papa. Va uno bajando por el Janículo y desemboca en el *Transtévere* que viene siendo (para los tapatíos) un Analco cualquiera. En náhuatl Analco significa “más allá del agua”, o sea el barrio del otro lado del río (San Juan de Dios). *Transtévere* en latín es “más allá del río Tíber”.

En Guadalajara, los del barrio de Analco dicen que su iglesia es la más antigua de Guadalajara, aunque los de Mezquitán dicen que la suya es más antigua. En Roma igual: el pleito está entre los del barrio del *Transtévere* y los del Palatino con su iglesia de Santa Francisca Romana. Lo cierto es que Santa María de

Transtévere fue una iglesia del siglo III, cuando los cristianos eran aún perseguidos por los emperadores. La actual basílica de Santa María in Transtévere es muy bella. No tan majestuosa como las cuatro grandes basílicas romanas, pero ciertamente hermosa, sobre todo sus mosaicos de ábside y el artesonado que es una obra digna de toda admiración.

La plaza que está al frente es bellísima con su fuente monumental y un espacio que al mismo tiempo da idea de amplitud y de intimidad. Dicen que el *Transtévere* es el barrio más romano de Roma. Creo que sí; no es la Roma monumental del centro, pero es la Roma de los romanos que habitan Roma: cada callecita es diferente, cada esquina y cada fuente son de gran valor medieval y renacentista. En este barrio está la casa donde vivió Dante Alighieri. Modernamente es un barrio donde el partido comunista italiano tiene sus mejores hombres. Hoy, día de elecciones, solo había propaganda comunista en las paredes y nada de nada de los demás partidos (son como otros nueve).

La política italiana es otro capítulo que merecería varias cartas, es algo muy "chistoso". Creo que, desde 1946, al terminar la guerra, ningún gobierno ha llegado a los tres años. En diciembre pasado hace seis meses subió el gobierno actual, y …. hoy hubo elecciones de nuevo. En los periódicos y en TV todo es hablar de política: palabras, palabras y más palabras y para variar, palabrería y pura palabrería. Todo el arte de la política es tumbar al gobierno en turno: lo tumban, hay elecciones, luego alianzas que duran tres o cuatro meses; pleitos en la cámaras que tumban al nuevo gobierno; después elecciones, suben otro y así al infinito.

No sabe uno qué sea peor, si el PRI inmutable y eterno o el sistema italiano de gobiernos "sex mesales"(de seis meses). Lo que sí es notable –y eso en toda Europa– es que los programas y obras no son por sexenios; aquí una obra que se comienza con un gobierno se termina con otro gobierno. No como entre nosotros en que cada sexenio hace "borrón y cuenta nueva" y muchas cosas quedan sin terminar.

Ligada a la política está en Italia la frecuencia de las huelgas; en la TV casi diario se anuncian las huelgas del día siguiente, y como las centrales o confederaciones obreras son muchas basta con que una decida la huelga para que todo se complique. Italia, en muchas cosas, es como México; no se explica uno cómo

un país tan conflictivo, tan corrupto en muchas de sus instituciones que pueda seguir adelante. Pero, otra vez, ya me desvié: todo era a propósito de que en el *Transtévere* había mucha propaganda de PC y de que hoy hubo elecciones.

07 de julio de 1983

A los jesuitas de México les cuento el paseo a Asís con el P. Jesús Vergara

El miércoles 06 de julio terminó sus labores el "coetus previus" (grupo previo) que preparó la Congregación General. Por la tarde, el grupo de los doce "preparadores", junto con el general padre Pedro Arrupe y el delegado Padre Pablo Dezza, concelebraron en la capillita de "La Storta" (La Curva), donde según la tradición jesuítica el señor se le apareció a San Ignacio y le dijo: "yo te seré propicio en Roma".

Concelebró también Juan Bosco Estrada, quien fue el encargado de toda la "infraestructura" de la reunión de los doce durante todo el mes de junio. Después de la concelebración, como a las 7:15 pm, nos reunimos los mexicanos de Roma a nuestra concelebración mensual y encuentro quincenal. Aprovechamos la ocasión para despedir a Ricardo Lapuente que al día siguiente partiría a España a dar varias tandas de ejercicios. Se festejó también a Ricardo por el campeonato del Puebla, y se dio el pésame a Enrique Portilla, único americanista en Roma, porque el mejor juez –el tiempo– puso las cosas en su lugar en el mundo del futbol en México.

En esa misma reunión, Carlos Soltero propuso despedir al día siguiente a Jesús Vergara, yendo a Asís. Al tener a mano todos los elementos jurídicos, con nuestros dos delegados, no se vio objeción en que siendo primer jueves de julio (hubiera correspondido a las vacaciones mayores de antaño) se combinara un "paseo de plátano" con un "memorare" en que no rigiera la separación de ternas. Mientras estábamos en esa discusión legislativa, llamaron a Carlos Soltero que tenía una llamada telefónica desde México. Dada la indiscreción e incapacidad de Carlos para guardar secretos nos enteramos de que la llamada había sido "para un asunto importante".

El jueves 07, a las 8:45 am, salimos de la Curia en la camioneta VW que amablemente nos prestaron. Tomamos el camino más largo, pero más hermoso; la Via Salaria hacia Rieti y Terni, siguiendo el cañón del Turano. Una región que en mucho recordaba la vegetación de algunas zonas de Veracruz, pero con áreas tapizadas de sembradíos de girasoles y, cosa no vista en Europa, milpas con mazorcas frescas de maíz. Muy buenos trechos de la carretera están bordeados a ambos lados por hileras de chopos y encinas.

Bordeamos dos lagos bellísimos que yo no conocía: el de Piediluco y Ripasatillo. Después de dos horas y media al salir de un túnel bastante largo vimos de pronto el castillo de Spoleto, ciudad de la cual tanto oíamos leer en "el refectorio" cuando escuchábamos la "Historia de los Papas de Pastor". Spoleto es una ciudad de caballeros peleoneros, damas galantes, santos, artistas y artesanos. Después está Foligno y, por fin, San María de los Ángeles –la porciúncula–, donde está la capillita que los benedictinos obsequiaron a Francisco cuando dejó Asís para dedicarse a la oración y servir a los pobres. Está ahí, el cuartito donde el santo murió; el jardín de rosas donde Francisco se revolcó desnudo para combatir la tentación de dejar esa vida. Según la tradición medieval, las rosas perdieron las espinas.

Compramos lo necesario en un supermercado y fuimos a comer, porque era la una de la tarde y la basílica de Asís la abrirían hasta las tres. A un lado de convento de San Damián, donde, según la tradición de las "Florecillas de San Francisco", Cristo crucificado habló al santo y le pidió que reconstruyera su Iglesia, nos instalamos para comer. A la vista el bellísimo valle de Santa María de los Ángeles y la carretera que va a Perugia y Cesena, ciudad donde nuestro Clavijero pudo por fin imprimir su Historia Antigua de México en 1780.

Visitamos luego San Damián, convento que Francisco dejó a Clara y sus primeras compañeras. Convento bellísimo en su sencillez y austeridad, con los mismos muros que San Francisco y sus primeros amigos construyeron con piedras de la región. Ahí murió la Santa: su cuerpo ennegrecido se conserva cerca, en la basílica que lleva su nombre y que luego visitamos. Continuamos por unos callejones bellísimos a la basílica de San Francisco: construida en el siglo XIII, sobre otra que ahora es cripta desde el siglo XII.

Tiene fachada sobria con su obligado rosetón y vitrales. Una sola nave gótica, haces de columnillas, todas las nervaduras de las bóvedas adornadas con mosaico multicolores. Los muros cubiertos en buena parte con frescos que van narrando la vida del santo: el lobo de Gubbio, los primeros compañeros, la predicación a los hermanos pájaros, a las hermanas flores. El cántico de las creaturas: "loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas especialmente por mi señor el hermano sol por el cual haces el día y nos das la luz; él es bello y radiante…. Loado seas, mi Señor por la hermana luna y las estrellas; en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas".

Sin duda que pocos hombres en toda la historia de todos los tiempos y de todo el mundo tienen la categoría de Francisco de Asís, profundamente humano y profundísimamente cristiano que escuchó y vivió el Evangelio a la letra, "sin glosa, sin glosa". Creo que es de los pocos personajes de todos los tiempos absolutamente indiscutido e indiscutible y muy por encima de toda ideología y de todo partidismo.

Cuando nos dirigimos a los frailes para pedirles permiso de celebrar la misa junto a la tumba del santo, nos dijeron que estaba ya reservado el altar. Afortunadamente, era nada menos que una peregrinación española de modo que pudimos de todas formas concelebrar en cristiano, es decir, en español. Emociona estar bajo los mismos muros que cubren los despojos mortales del santo. Nuestra petición fue por la Provincia de México, por sus principales preocupaciones y dolores actuales, por los favores del Señor a nuestra Provincia, por los novicios y jóvenes en formación, por los maduros y por los ancianos, por quienes se nos han adelantado recientemente: Jacobito Branco y Nacho Rentería.

Fuimos luego a tomar una "granitta" que, traducido a lenguaje decente, es un vil "raspado" y, según la nada provincialista expresión de Juan Bosco Estrada, no tan bueno como los del Santuario (de Guadalajara). Regresamos a Roma, esta vez por la Autoestrada del Sole. Ya casi para llegar dejamos a un lado el Monte Soracte que, cuando el Padre Xavier Gómez Robledo nos explicaba las Odas de Horacio, nos describían como un elevado monte, pero es más chaparro que el cerrito mugroso que está frente al ITESO.

Entramos a Roma, no como lo hicieron San Ignacio de Loyola y Martín Lutero: por la Piazza del Popolo y el Corso. Es también el camino que siguieron

dos de los poquisssíssimos jesuitas mexicanos de 1767: los padres Priego y Zelis que también entraron por esa plaza; ellos no cuentan su emoción como la narra Lutero cuando, allá por 1510, al llegar a la "Santa Ciudad" –son palabras de él entonces– lloró de emoción al llegar a su convento agustino, emoción de estar en la Santa Roma. Nosotros entramos por el periférico y luego bordeamos el Tíber hasta entrar a la calle del Borgo Santo Spirito.

J. Jesús Gómez Fregoso S. J.

Más recuerdos del 83

En ese año las relaciones entre Juan Pablo II y nuestro querido general Pedro Arrupe habían llegado a ser muy tensas. El padre Arrupe, bilbaíno de nacimiento, estudió Medicina y luego se hizo jesuita. Se ordenó sacerdote hacia 1935 y luego en Viena estudió psiquiatría con los alumnos de Sigmund Freud. Después viajó a los Estados Unidos de América, donde fue capellán de cárceles. Hacia 1940 fue destinado a la misión del Japón, donde en 1945, en las afueras de Hiroshima se acordó que era médico y atendió a los heridos en la bomba atómica.

Viajó a México varias veces y hacia 1951 los jóvenes jesuitas lo conocimos y lo admiramos. De suerte que hacia 1960, cuando fue electo general de todos los jesuitas, los mexicanos brincamos de gusto. Digo todo esto para contrastar su vida con la de Juan Pablo que solo salió de Polonia, sobre todo de Cracovia, para estudiar en Roma, donde la Universidad Gregoriana dirigida por los jesuitas no lo admitió, porque su plan de estudios no convenció a los responsables de la admisión.

Cuando yo fui a Polonia, en 1981, como creo haberlo dicho ya, visité a los jesuitas de Varsovia y Cracovia que me dijeron "tú eres jesuita, trabajas en la Universidad, nosotros aquí somos párrocos; no podemos trabajar fuera del templo". Lo anterior para tratar de ilustrar las diferencias entre el padre Arrupe y el Papa; un hombre con experiencia internacional y con 20 años en el oriente pagano debía tener una visión del mundo que contrastaba con la de un polaco que prácticamente no salía del templo.

No quisiera simplificar esto, pero creo que da una idea del enfrentamiento entre estas dos grandes figuras. El padre Arrupe, en vista de sus diferencias, propuso renunciar a su puesto de General de la Orden Jesuita, pero el Papa no lo admitió. No mucho después Arrupe sufrió algo así como un hemiplejia muy aguda y el Papa nombró a un "vicario" que hiciera las veces del General; luego nombró a un jesuita italiano, el padre Dezza para que fuera como una especie de inspector del Papa en el equipo del General.

No pretendo dar una visión objetiva de lo que pasó; escribo en 2019, a más de 40 años de lo ocurrido y obviamente escribo lo que recuerdo sin recurrir a documentos de entonces. Solo recuerdo con toda claridad que los jesuitas para nada protestamos por la imposición del Vicario o inspector del Papa. Siempre he repetido que estuvimos muy cerca de que Juan Pablo II nos suprimiera por segunda vez. La primera fue hacia 1772, cuando el Papa Clemente XIV nos suprimió. Irónicamente el Papa "se suicidó", porque los jesuitas éramos los que lo apoyábamos contra los Reyes de España, Portugal y de Francia.

Total, a mediados de 1983 estuvimos a punto de que el Papa nos volviera a suprimir, el padre Dezza fue genial al convencer al Papa que se reuniera la Congregación General, la Asamblea General Jesuita para elegir al sucesor del padre Arrupe. Debió ser a fines de agosto de 1983 cuando estaba yo trabajando en la Casa de Escritores en un lugar, pared por medio de donde sesionaba la Congregación General cuando oí un ruido raro; salí corriendo y encontré a alguien que me dijo: "¿oíste el aplauso? Ya tenemos General".

Efectivamente, se había elegido al padre Peter Hans Kolvenbach como sucesor del padre Arrupe. Por esas fechas, los historiadores habíamos dejado nuestros cuartos a los miembros de la Congregación General; me habían mandado a la comunidad de la Universidad Gregoriana. Recuerdo que un día, a la hora de la comida, me tocó frente al P. Ricardo García Villoslada, de quien yo había leído varios de sus libros. Me preguntó, con cierto aire de indignación que cómo era posible que un mexicano, yo, fuera el coordinador de la versión española del Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.

Me sentí medio agredido y le respondí: "en el manejo del español le puedo decir que en México, globalmente, se habla mejor español que en España, fuera de Castilla: ¿cómo hablan los andaluces, catalanes y otros? ¿Quién acaba de ga-

nar el premio Príncipe de Asturias?, un mexicano; Carlos Fuentes. ¿Quién ganó –no recuerdo qué– premio?; Octavio Paz". Ya no me dijo nada y terminamos la comida en paz.

Por esas fechas, el otro mexicano de la comunidad era Fernando Suárez que trabajaba en la Radio Vaticana como director de los programas en lengua española. Fernando, excelente persona, con quien tuve muy fraternales relaciones en mis años de Roma y muy querido por toda la comunidad; ambos habíamos programado nuestras vacaciones en Sicilia. Acababan de comprar una pequeña camioneta de carga para la cocina de la casa y el superior, Charles O´Neill, quien nos apreciaba a los dos nos dijo que nos podíamos llevar la camionetita a Sicilia.

Con dos sicilianos de la comunidad planeamos nuestro itinerario y ellos escribieron a los superiores de Palermo y Mesina, quienes serían nuestros "centros de operaciones" en la isla. Salimos de Roma el 26 de agosto a las 3:30 p.m., llegamos a Nápoles a las 7:00 y a las 8:23 zarpamos en el barco Nomentana rumbo a Palermo, adonde llegamos al día siguiente a las 6:15 a.m. bajo una lluvia muy molesta y fría, mientras en mi Guía de Italia yo leía: "Sicilia es famosa por la serenidad de su cielo", y una muchacha con claro acento napolitano le decía a su mamá: "mira, mamá: qué lluvia tan fea". Llegamos a la casa del colegio San Luis Gonzaga, donde nos recibieron muy amablemente.

Conservo algunas notas sobre este viaje:

En Palermo encontramos la muy bella placita barroca "dei quattro Conti", coronada por los santos protectores de la Ciudad: Cristina, Ninfa, Ágata y Rosalía. Ahora entiendo por qué el Padre Piccolo, misionero jesuita de Baja California, le puso Santa Rosalía a la ciudad que él fundó. Visitamos "La Martorama", iglesita normanda del siglo XII, con muy hermosos mosaicos bizantinos muy difíciles de describir; solo admirarlos. Para nuestra fortuna se celebraba una boda con la iluminación de la iglesita en todo su esplendor, sin contar con los *flashes* de los fotógrafos.

Cuando yo presido una boda religiosa siento ganas de estrangular a los fotógrafos y a los que graban la ceremonia que encandilan con sus reflectores y distraen. Esta fue la primera vez que agradecí las luces, con tanta iluminación los mosaicos cobraban una belleza maravillosa; el oro del fondo, los colores

combinados daban vida a las figuras, sobre todo al Cristo "Pantocrator", Todopoderoso, algo de lo muy bello que he visto en toda mi vida.

Junto a la Martorama, con sus torres normandas, como las que había visto en Normandía, en Caen y Bayeux está la iglesia de San Cataldo, que no pudimos visitar porque estaba cerrada, pero por el exterior pudimos imaginar el interior. Muy cerca está nuestra iglesia: el Gesú, el Jesús. Todo este barrio sufrió con los bombardeos ingleses y americanos en 1943. Entramos para conocer la primera iglesia que edificaron los jesuitas a partir de 1549. Para nuestra fortuna, otra boda nos hizo admirar el templo en todo su esplendor, bellísimo también.

El Gesú de Palermo es un ejemplo maravilloso del barroco siciliano: mármoles polícromos perfectamente tallados, simetría, infinidad de esculturas y pinturas de excelente calidad. La ceremonia de la boda era también típicamente siciliana; el sacerdote que oficiaba, ya de edad, se veía deseoso de hacer que los asistentes la gozaran, pero los feligreses, sicilianos al fin, no dejaban de platicar unos con otros; la señora organista en gran plática también con la muchacha que le iba pasando las hojas del libro en que leía la música. ¡Qué habilidad para tocar el órgano y no dejar de platicar!

La capilla palatina del palacio es una edificación bizantina también, es una joyita muy difícil de describir. Muy cerca de Palermo está la hermosísima iglesia de Monreale: algo de lo más hermoso que se pueda imaginar con sus pisos, columnas, muros y techos, todo decorado con mosaicos bizantinos. Los que hayan visto la película de Zefirelli "Hermano Sol, Hermana Luna" recordarán la escena, casi al final, en la que el Papa recibe a Francisco y se queda avergonzado de su lujo contrapuesto a los andrajos del pobre de Asís. La escena está filmada en Monreale.

En los días siguientes gozamos con más y más arte bizantino en Érice y Cefalú. Obviamente, antes de los bizantinos habían llegado los griegos, por eso durante los tiempos clásicos a Sicilia la llamaban la "Magna Grecia", la Gran Grecia. Con excepción de la Acrópolis de Atenas, creo que se conservan más restos arquitectónicos griegos en Sicilia que en Grecia. En Segesta está el templo griego mejor conservado, mejor que en Grecia. No dejé aquí de fotografiarme con un libro en la mano mientras admiraba el conjunto.

Selinunte está edificado a la orilla del mar. La grandiosidad de esta región arqueológica creo solo haberla encontrado en Karnak y Luxor, en Egipto. Aquí, en Selinunte, solo un templo, llamado ahora templo E y dedicado a Juno, conserva en pie buena parte de sus columnas, aunque menos que en el Partenón. Selinunte fue algo tan bello para mí que la maravilla de Segesta pasó en mi memoria, en mi imaginación y en mi emoción a segundo término. ¡Cuántos siglos de historia, cuántos miles y miles de vidas humanas podrían recordar estas piedras: las penas de tanta gente que venía a orar; las emociones de tantos artistas; los pensamientos de tantos filósofos; los planes y ambiciones de tantos políticos y militares; las ambiciones de tantos sedientos de poder; las ambiciones de niños y jóvenes!

Conservo mis notas del 02 de octubre. Salimos de Palermo por la autopista a Mesina. Llegamos a Santa Flavia: un pueblito "mugroso", sin anuncios ni señales, y preguntando tomamos la carretera Solunto, en italiano se pronuncia Sólunto, ciudad fenicia-cartaginesa del siglo IV a.C., conquistada por los romanos en 250 a.C. y destruida por los sarracenos en el siglo XIII d.C. Hay una vista maravillosa; la ciudad está en la cima de una montañita que domina la salida a Palermo. Desde la cima se contempla el mar Tirreno que transparenta lo verde de las aguas ribereñas y el azul que se va intensificando a medida que va ganando en profundidad.

Bellísima panorámica hacia el golfo Di Terminis, el golfo de Palermo y el valle de Baghería. Cuando uno mira hacia el occidente parece lógica que le dan a la gran planicie palermitana de "la Concha de Oro". Queda muy poco de Solunto. Con la imaginación se coloca uno las naves de comerciantes fenicios (tatarabuelos de los libaneses y sirios) que llegaban con sus mercaderías del oriente. Después esta bahía dio asilo a las naves cartaginesas. Quién sabe si el propio Eneas, en su peregrinación desde Troya a Lavinia, cerca de Roma, andaría por aquí. Los primeros versos de la Eneida que nos hacían memorizar, hace 30 años, en San Cayetano.

Si Solunto, Cefalú, Erice y Santa Elia no vieron la nave de Eneas, lo indiscutible es que los habitantes de las costas sicilianas debieron vivir girones de las historias de la Odisea y de la Eneida, que nosotros solo conocemos por los libros. Por estas costas también anduvieron nuestros jesuitas sicilianos que de Palermo navegaron a Cádiz, y de ahí a la gran aventura, desafiando corsarios ingleses y

holandeses hasta desembarcar en Veracruz; descansaban en Puebla, llegaban a México y luego a Tepotzotlán, y de ahí viajaban a Guadalajara para embarcarse en San Blas y llegar a La Paz, en Baja California, la región que el mismísimo Hernán Cortés nunca pudo conquistar, aunque lo intentó cuatro veces.

Hubo que esperar a que el Padre Kino de los Alpes italianos, y el padre Juan María de Salvatierra de un pueblo cercano a Milán, se establecieran en la irreductible California; luego llegaría un ejército de jesuitas mexicanos, españoles, croatas, checos y sicilianos, junto con el hondureño Juan de Ugarte, el Gigante de California. Los jesuitas construyeron caminos, introdujeron cultivos y la ganadería, edificaron pueblos. Por eso en Baja California existen pueblos con el nombre de San Ignacio, San Luis y Loreto, la gran devoción de Salvatierra. Los jesuitas sicilianos fundaron Santa Rosalía, en honor de una de las santas patronas de Palermo, pero…ya me desvié. Lo que debo escribir es que, cuando contemplaba yo el golfo de Palermo, más que en fenicios, cartagineses, romanos, bizantinos y normandos pensé en los jesuitas sicilianos que de aquí partieron para dar su vida entre nuestra gente de Sonora y Baja California.

De nuevo la autopista de Palermo a Mesina. Antes de tomar la desviación a Monreale y Álcamo compramos pan; luego en Pioppo adquirimos un litro de vino blanco muy fresco que una viejita extrajo de un barril que ocupaba todo el espacio. El vinillo resultó muy suave, como Sidral sin gas, con un saborcillo que lograba recordar que era vino, pero se deslizó como agua. Después de Pioppo, nos internamos en la Sicilia que uno ve en las películas, una Sicilia montañosa y árida, muchísimas curvas.

Íbamos casi siempre por debajo de una autopista monumental, montada en kilómetros de puentes y zancos de cemento y altura uniforme. Llegamos a S. Giuseppe, un pueblito muy raro que sugería que no estábamos en Italia, muchos edificios en construcción o de muy reciente factura; suciedad impresionante; luego llegamos Piana di Albanesi, parece el peor camino del país más pobre y sucio del país más atrasado. Mis notas del viaje a Sicilia aquí terminan. Añado los recuerdos que aún conservo.

Para comenzar algo muy importante para mí. Casi al principio, creo que en Cefalú le dije a mi compañero de viaje: “ya es hora de comer, busquemos un buen restorán”, y con sorpresa de mi parte, Fernando me respondió: “odio los

restaurantes porque te estafan"; al momento comprendí que, si quería llevar la fiesta en paz, había que ceder y pregunté: "¿entonces adónde vamos", "al mercado" me respondió. Si esa respuesta me la hubieran dado en México, yo hubiera estado totalmente de acuerdo, pero en Italia no recuerdo que hubiera puestos de comida como en México; entonces comprábamos pan, ciertamente muy bueno y algún embutido.

La comida nos resultaba buena, a secas, pero insuficiente para mi glotonería. Nuestro viaje nos llevó aproximadamente 20 días, visitamos muchos pueblitos, todos dignos de ser visitados. En recuerdo de la película "El Padrino I" insistí en ir a San Vito y a Corleone. Después de unos 10 días en que nuestro centro de operaciones fue Palermo salimos hacia Messina. Los padres de Palermo fueron notablemente amables y no quisieron cobrarnos ni un centavo, ni una Lira quiero decir.

Pasamos por Álcamo, patria chica de varios de nuestros misioneros de Baja California. Saludamos a los jesuitas. Messina era para mí muy interesante porque ahí se fundó el primer colegio jesuita para externos, porque, según creo, el legendario Colegio Romano, en sus principios, era para jesuitas y no para externos. Nos hospedamos con los padres de Messina que fueron igualmente amables y generosos como los de Palermo.

De la parte sur y oriental de Sicilia recuerdo muy señaladamente a Taormina: con su muy bello teatro, desde cuya parte superior se goza de una bellísima vista de la ciudad y, a lo lejos, la majestad del Vesubio. Insistí en que no dejáramos de ir a la cuna de Pitágoras, en Siracusa, si la memoria no me falla. Escribo estas líneas en julio de 2019 y no tengo claros los recuerdos de septiembre-octubre de 1983. Debo decir que Sicilia, además de los griegos y romanos tiene huellas de los fenicios, cartagineses, normandos, bizantinos, españoles; en cada pueblo va uno repasando la historia europea y otra enorme ventaja: no hay turistas gringos incultos, sino muchos alemanes y franceses, todos con su guía de Italia en la mano para documentarse bien. Guardo de Sicilia un recuerdo imborrable.

Regresamos a Roma muy contentos y con ánimos para volver al trabajo. Por estas fechas, 1983, en Roma, si mal no recuerdo, éramos como doce los jesuitas mexicanos, uno de ellos, Enrique Portilla era el superior de la casa del Padre General y había sido mi maestro de latín en San Cayetano y rector del Teologado

en San Ángel; había gran amistad con él. Hacia junio o julio me contó que el jesuita mexicano que iba a dirigir los Ejercicios Espirituales a dos comunidades de religiosas mexicanas manifestó que no podría cumplir con ese compromiso, en Breno, en los Alpes italianos; Portilla me pidió que, como gran favor, supliera al que no podría dirigir esa tanda de Ejercicios; yo expuse que mi especialidad no era dirigir esa experiencia, pero que con gusto lo sacaría de ese compromiso, así que el 01 de agosto tomé el tren hacia Milán.

Compartí el vagón con una señora romana y tres monjas italianas. Hacía un calor insoportable; atravesamos campos llenos de girasoles. En Arezzo subió un grupo de monjitas jóvenes que ocuparon medio vagón. Pasamos Firenze (Florencia) y atravesamos dos túneles larguísimos y muchos pequeños por debajo de los Apeninos; a las 3:10 llegamos a Bolonia y a las 5:30 a Milán a una estación muy de la época de Mussolini.

Llegué a la residencia de los jesuitas, en la "piazza", plaza de San Fidel, a una cuadra de la catedral y a otra de la famosísima Scala. Hubo un recibimiento amable. Pasé solo un día en Milán; amaneció lloviendo, pero no podía desperdiciar ni un minuto. Se veía mucha riqueza; numerosas tiendas elegantes de joyería y relojes finos, pieles, zapatos, ropa. La gente se vestía con ropa más fina que en Roma, pero con menos gusto.

La catedral bellísima, primera iglesia gótica que veía sin torres, la fachada imponente, un todo de enorme unidad y armonía. Las cinco puertas del frente y las ventanas de acabado muy original. Abajo del altar mayor, el cuerpo de San Carlos Borromeo, con máscara de oro y vestido de pontifical. El interior es totalmente gótico muy obscuro. Me dirigí luego a la Scala; no pude admirar la fachada porque estaba en reparación, la estaban limpiando y estaba cubierta por un plástico. Me dirigí a nuestro antiguo colegio, donde ahora está la Pinacoteca. El padre Juan María de Salvatierra, el gran apóstol de California debió estudiar aquí. Un imponente edificio del siglo XVI, de ladrillo ennegrecido que debió haber sido rojo.

Al ver muchos antiguos colegios jesuitas en Europa, me sigo quedando con el Colegio Romano y el Clementino de Praga, pero los nuestros de San Ildefonso en México y el de Morelia, llamado actualmente Palacio Clavijero no se quedan atrás. Mientras la lluvia se convertía en fuerte aguacero, como los de

Guadalajara, con relámpagos y truenos, me dirijo a la Gallería, tal vez la primera concentración de tiendas que hubo en Europa; muy pequeña comparada con los conjuntos gringos de tiendas y aun de México.

Al día siguiente, 03 de agosto, en la estación, obviamente, llegó el tren París-Venecia. Me "avispé" para conseguir buen lugar y me tocó uno magnifico junto al pasillo. En un minuto más se llenó el compartimento: frente a mí un señor mayor, luego un muchacho y junto a la ventana una viejita campesina con piel arrugada por el sol; frente a ella y en mi banca su hijo; hablaban un idioma raro, ¿croata? ¿esloveno? En la estación predominan los viajeros jóvenes: alemanes, franceses, gringos y, por supuesto, italianos; se ven también indios y japoneses. Mi tren iba hasta Venecia y traía carros desde Londres. Llegué a Brescia a las 12:36 y compré boleto para Breno: un recorrido inolvidable bordeando lagos y hermosos pinares. Las monjitas a las que les daría los Ejercicios eran las cocineras de nuestro Colegio Belarmino de Roma y de otras dos comunidades. Fue una experiencia muy agradable como narraré en la carta siguiente.

Roma, 14 de agosto de 1983

La experiencia de dirigir los ejercicios espirituales a dos comunidades de religiosas en Breno, al norte de Brescia, fue maravillosa; después de tantos meses de dedicarme solo a libros y papeles me volví a sentir lo que soy: sacerdote. Asomarse un poco al mundo de las almas buenas es reconfortante, cuántas vidas escondidas, pero riquísimas de sabiduría. Solo contaré un caso: el último día de los ejercicios antes de dar las recomendaciones finales convoqué a las 16 monjitas ejercitantes a una especie de mesa redonda: "Cada una –les dije– cuéntenos qué aprendió de nuevo en estos días".

La última en hablar fue la madre Pepita, poblana de 60 años, que aprendió a leer en el convento, porque su infancia transcurrió en aquellos años de persecución a las escuelas católicas y su papá decía que aprender a leer era secundario, si para esto exponía la fe religiosa de la niña. La madre Pepita, quien lleva 35 años haciendo de comer para el convento y aquí es la cocinera del Colegio Internacional de los jesuitas, Colegio Belarmino, dijo con toda simplicidad: "pues,

no, no tengo nunca nada que decir en estas mesas redondas, lo único que puedo contarles es que salí más animada a vivir contenta y yo quisiera que todas las gentes vivieran contentas, yo no sé por qué dicen que la vida es triste, si es tan bonita…". Así habló esta mujer que ha pasado 35 años sumida en la cocina y que tiene una sonrisa espontánea y perenne a flor de labio.

El día doce, antier, mis monjitas en pleno me acompañaron al autobús Breno-Brescia. Eran las 9:20 am, luego dos horas inolvidables bordeando el lago de Iseo, más pequeño pero igual de hermoso que el de Como. Dos horas de paisaje verde joven y aguas medio turquesa medio azul. Luego, casi al llegar, pasaba por Brescia un tren París-Venecia. Mientras esperaba en mi andén (el número 1), en el andén 2 se detuvo un expreso a Turín en el que venía un vagón ruso desde Moscú (había llegado después de hacer escalas en Kiev, Low, Budapest, Zagreb, Trieste y Venecia).

Mi tren llegó puntual y, al detenerse quedé frente a dos carros con el letrero París-Venecia, donde me subí me tocó un compartimento con tres muchachas muy probablemente francesas, porque hablaban francés y olían a sudor reconcentrado; de modo que después de dejar mi maleta en un asiento preferí salirme al pasillo y me fui de pie el resto del camino. Eché una ojeada a los compartimentos vecinos y resultaban peores: en uno, turcos fumando cigarros muy apestosos; en otro, alemanes y alemanas jóvenes con melenas desordenadas y apestosas también. El trayecto entre Brescia y Verona muy parecido en grandes trechos a nuestro bajío guanajuatense, porque además de viñedos predominaba muy claramente y para mi sorpresa el cultivo de maíz. Pero, para mi fortuna, a las 13:08 llegábamos a Verona, habiendo salido de Brescia a las 12:36.

Verona es de las ciudades más bellas de Italia, junto con Lecce, L´Acquila, Siena, Firenze y Venecia. En cuanto llegué a Verona me informé de los trenes a Roma durante la noche: había uno a las 0:39 y el famoso Italicus, proveniente de Múnich, pasaba a las 2:30. Con esto me animé. Puedo continuar hasta hoy día 31. No me gusta escribir "después de atole": es mucho mejor redactar cuando uno tiene la impresión fresca, pero…

Decía que al llegar a Verona me alegré porque pensé que podría quedarme a la ópera y luego, anuncios: 12 de agosto: nada menos que ":::::Aída". He oído decir que si bien las termas de Caracalla, en Roma, es el escenario ideal para la

coreografía de Aída, ciertamente la acústica de la Arena de Verona es la mejor. Dejé mi equipaje en la guardería, compré mi planito de la ciudad y me dirigí a pie hacia el centro; al subir de la estación, vi luego algunos restos de la bellísima fortificación medieval. Caminé por una avenida amplísima y, después de 20 minutos de pronto se abrió lentamente un enorme telón y… apareció ¡la arena de Verona! que había visto muchas veces en fotografías y el año pasado muchísimas veces en la tele, cuando transmitían las más bellas óperas. Además, la mañana del 12 de agosto brillaba el sol.

Comencé a preguntar dónde se compraban los boletos. Me dirigí a las taquillas de la arena: "Señor, –me dijo una recepcionista– señor usted no es de aquí verdad". ... "Señor, –continuó la recepcionista– ¡¡Los boletos se consiguen con un año de anticipación!! Ciertamente hubiera sido el colmo: conseguir un boleto para la Aída de Verdi en la Arena de Verona. Llegué luego a la famosa Plaza de las Hierbas, donde en los tiempos medievales estaba el mercado con su torre esbeltísima y muy bella coronada por un reloj.

Para compensar la mala suerte de no encontrar un boleto encontré una trattoría turística nada menos que en una esquina de la plaza Dante (quienes hayan visto la película Romeo y Julieta de Zafirelli recordarán una riña con espadas entre los Capuletos y sus rivales; la secuencia se filmó aquí en esta plaza). Me senté a descansar y a esperar la comida. Obviamente era un menú turístico que en ninguna parte del mundo es modelo de buena cocina, pero en estos tiempos…

Recorrí luego una serie de callecitas, de patios, de galerías, de iglesias. En Santa Anastasia encontré el famoso altar Fregoso: encargado por Ercole Fregoso para recordar la memoria de su tío Giovanni II Fregoso, Dux de Génova. La catedral bellísima también, pero el colmo del buen gusto románico está en San Zeno (las últimas escenas de la muerte de Romeo y de Julieta están filmadas en la cripta de San Zeno). Solo recuerdo, como algo más bello en este estilo, la cripta de San Isidoro en la catedral de León en España. En la parte meramente escultórica tal vez compita la cripta de la catedral de Verdún (Francia), donde asistí a una inolvidable misa de Pascua de Resurrección en una madrugada fría y nevada de abril de 1970. Entre las obras de arte de esta cripta de San Zeno está el famoso tríptico de Mantegna.

Por todas partes había alemanes, alemanas, alemancitos, alemancitas y, para variar… más alemanes y alemanas. De veras, no creo exagerar si –ese día al menos– digo que ocasionalmente se oía hablar italiano. Los alemanes se vuelcan a la ópera de Verona. Algo así como lo que sucede en México en el ballet de Bellas Artes o en luz y sonido de Teotihuacán y Uxmal: que se oye mucho más inglés que español.

Lugares infalibles del turismo "villamelón" son la casa de Julieta y su tumba. Me quedaba la curiosidad, más "moderna", de localizar el polígono de tiro de San Prócolo: allá por 1944 o 1945, un día en que visitaba yo la oficina de información aliada en Guadalajara –donde ahora está el telégrafo– vi una fotografía del fusilamiento del Conde Ciano, yerno de Mussolini; en el polígono de Tiro de San Roclo en Verona. Se me grabó mucho en mi mente de niño esa imagen del, en otro tiempo, todopoderoso Ciano, sentado contra el respaldo de una silla con un franciscano barbón a un lado y contemplado el pelotón que le disparara. Pero, con poco tiempo disponible, entre el tal "polígono" y varias joyas medievales no había duda posible…

El regreso a Roma fue cansado; la elección era entre un tren lechero que pasaba a las 9:30 pm o un superexpresso Múnich-Roma que pasaría a las 2:20 de la madrugada: ambos llegarían a Roma casi a la misma hora. Por otra parte, sin boleto para Aída no había ya nada qué hacer. Me tocó un compartimento con una pareja joven de alemanes y cinco muchachos napolitanos que gritaban y accionaban en tal forma que los alemanes solo veían de reojo medio asustados, medio divertidos.

En Bolonia, no sé por qué, hace una parada de más de hora y media. Había yo comprado varias cervezas y jugos de frutas enlatados, junto con quesos, panes y chorizos. Hacía muchisssssísimo calor. Como a las 3 de la mañana –no recuerdo dónde estábamos– me sentí cansado como no recuerdo haberme sentido en ningún viaje. Dormitaba un poco, me paseaba por el pasillo, permanecía largos ratos asomado por la ventana, me sentaba un poco: regreso interminable.

Por fin a las 7:45 de la mañana llegábamos a Roma. Es impresionante la cantidad de gente joven que viaja en verano; con sus mochilas a la espalda y una especie de colchón inflable para las noches. Es algo que siempre me ha parecido que en México aún no descubrimos el encanto de la aventura de viajar con

poquísimo equipaje, en forma austera y modesta. Los jóvenes hablan ya más idiomas y son mucho menos nacionalistas y chauvinistas que sus antepasados; son más universales y abiertos.

Pedro Arrupe, 27 de agosto de 1983

En esta carta quiero hablar de uno de los hombres más maravillosos que he conocido en mi vida. Tengo la convicción de que es un verdadero santo en el sentido bíblico (de San Pablo) y cristiano de la palabra; un profeta (denuncia la injusticia y prevé el futuro), un hombre humanísimo, un genio capaz de comprender el mundo presente (la segunda mitad del siglo XX) y atisbar por dónde irá la historia humana en el futuro; finalmente, como todas las grandes personas es un hombre sin complicaciones: sencillo en su trato, humilde, "derecho" y sincero y, por tanto lo contrario a lo que es un político. Sí, se trata de Don Pedro Arrupe, nuestro actual Padre General (de los jesuitas) y que, dentro de ocho días, casi seguramente renunciará a ese cargo por razón de su enfermedad.

Las breves líneas que siguen se inspiran en buena parte en lo que don Pedro Arrupe contó hace menos de un mes a mi amigo (otro Pedro) Perico Lamet, quien tuvo el encargo maravilloso de entrevistar largamente al P. General sobre su propia vida para luego escribir su biografía. Perico Lamet me concedió el privilegio, de verdadero amigo, de irme contando día por día lo que don Pedro le iba comunicando; de paso ¡¡muchas gracias, Perico!!

Pedro Arrupe nació en Bilbao, España, y casi para terminar su carrera de médico cirujano en la Universidad de Madrid, deseando hacer algo mejor por los demás, se hizo jesuita. Sus estudios de Filosofía los realizó en Francia, con lo cual –además del vascuence y el castellano– dominó el francés. Ya sacerdote jesuita estudió psiquiatría en Austria (lógicamente aprendió alemán); después hizo lo que los jesuitas llamamos la "tercera probación" (último ajuste antes de comenzar en pleno la vida apostólica) en Cleveland, Ohio, EE.UU., donde gran parte de su tiempo lo pasó con los presos negros de las mayores cárceles de la región.

Para esa época tenía ya la convicción de que el mundo había cambiado (esto era allá por 1938), que el mundo era otro; con gran vacío espiritual, con necesidad de un absoluto: de Dios. Logró que lo destinaran a la misión del Japón. La llegada al puerto de Yokohama, desde San Francisco, California, fue un momento decisivo en su vida: como para San Pablo la caída aquella de su caballo, como para San Ignacio de Loyola la visión del río Cardoner, donde "vio con claridad" que Jesús lo llamaba a su servicio, o como la visión de la "Storta" (un pueblito en los aledaños de Roma), donde el mismo Ignacio "vio claro" que el Padre lo llamaba a su servicio, pero un servicio que implicaba incomprensión y persecución de las autoridades romanas.

En Yokohama, don Pedro "vio claro" que Dios lo llamaba para hacer por Cristo algo en el Japón. Cuando don Pedro recuerda ese momento se le nublan los ojos y dice "¡¡qué bonito, qué bonito!!". Sería larguísimo contar la vida de don Pedro en el Japón, solo diré que el 08 de agosto de 1945, cuando comenzaba su rutina misional, vio un tremendo resplandor –vivía en Hiroshima–. Poco después explotó la bomba atómica. Poco a poco fueron llegando a él decenas y decenas de heridos, de quemados, de moribundos.

Don Pedro recordó que era médico y como pudo, con navajas Gillette como bisturí, se dedicó a abrir heridas, a curar quemados. Sin médicos apropiados –su casa no era hospital– tuvo la intuición de que lo urgente era desinfectar heridas y alimentar bien a los enfermos. Providencialmente, un japonés llegó con un costal de "una cosa blanca" que don Pedro luego identificó: ¡¡ácido bórico!! Lanzó a sus estudiantes jesuitas a conseguir en los alrededores comida. Salvó cientos de vidas humanas.

Don Pedro, con el contacto con gente pobre que había tenido en Madrid antes de entrar de jesuita; con el mundo degradado y triste de los negros americanos prisioneros; con el universo diferentísimo del mundo oriental japonés; con la miseria y el dolor de la bomba atómica; ver gente joven morir, ver las consecuencias del odio y de ambición, era ya un gran señor; un hombre tremendamente humano y comprensivo, quien sabía que el hombre es siempre hombre, pero que son distintos –en muchas cosas– los hombres de España distintos de los de Austria; los americanos son distintísimos de los japoneses. Comprendió además que Dios se manifiesta en muy diferentes formas a los hombres.

En mayo de 1965, cuando don Pedro tenía 58 años de edad, fue elegido General de la Compañía de Jesús. Recién elegido tuvo la valentía muy cristiana –nada política y nada "vaticana"– de lanzar la pregunta: ¿La Compañía de Jesús tiene razón de ser? ¿Qué trabajos y obras tienen sentido y cuáles debemos dejar? ¿Cuál es nuestro deber como sacerdotes en estos momentos de la historia? Comprendía que el mundo es muy variado; el mundo estaba lleno de miseria y de injusticia.

Allá por 1973 "vio muy claro" que la Compañía de Jesús debía tomar como trabajo preferencial –inaplazable e irrenunciable– la promoción de la justicia y dedicarse enteramente a esa forma de dar un verdadero servicio como consecuencia evidente y lógica de la fe cristiana que sabe que todos somos hijos de Dios y debemos amarnos. Lanzó la idea genial y valiente: "nuestra vocación de jesuitas es el servicio de la fe, de la que se desprende como exigencia absoluta la promoción de la justicia; nuestra respuesta debe ser universal, común a todos los jesuitas, enraizada en la fe y en la experiencia, y muy variada; que responda a cada país, a cada grupo humano, por lo tanto debemos adaptarnos a la cultura de cada pueblo y de cada persona".

Fue una verdadera revolución en el mundo cristiano. A partir de 1967 o 1968 los generales y las generalas de órdenes religiosas lo eligieron como su presidente, y durante 15 años lo estuvieron reeligiendo. Ahora, muchísimas congregaciones religiosas han hecho propia esa declaración. Obviamente, esta posición desagrada a muchos; es más cómodo conservar lo que uno tiene que lanzarse a buscar nuevos caminos. Es más fácil continuar con los amigos (gente rica, gobierno) que nos protegen y dan privilegios que lanzarse a buscar con la gente pobre y desamparada el rumbo de una nueva vida justa y libre.

Por supuesto el mundo vaticano –es muy triste decirlo, pero es la verdad– no puede entender esto. Un don Helder Cámara en Brasil, un monseñor Oscar Romero en El Salvador nunca fueron bien vistos por el Vaticano. Los monseñores italianos que –muchos, no todos por supuesto– ven el sacerdocio no como un modo de servir, sino de "hacer carrera", algo así como muchos de nuestros curas y obispos del México del siglo XVIII, cuando ser sacerdote era señal de privilegio.

Lo que sigue no sé si lo debiera decir, pero es la verdad. El Santo Padre Juan Pablo II es una persona maravillosa y es indiscutible el Vicario de Cristo, quien lo representa en la tierra; es el "mero" jefe de la Compañía de Jesús, es la autoridad a quien debemos obedecer. Todo lo anterior es indiscutible, pero… en 1981 cuando estuve en Polonia lo "vi claro"; la Iglesia Polaca *no* puede ser modelo de la Iglesia Universal. Los jesuitas jóvenes de Cracovia me decían: "nos das envidia, nos dan envidia los jesuitas de México y África y América Latina y Asia y Japón: son jesuitas, NOSOTROS SOMOS PÁRROCOS".

En otras palabras para tratar de explicarme con mis amigos: el Santo Padre (hombre de veras maravilloso como persona y mi jefe indiscutible) no puede entender mi vida. Si yo le contara mi vida, estoy seguro de que la desautorizaría; desde el hecho de que me visto como toda la gente; no entendería, ni estaría de acuerdo en que yo represente oficialmente a una Universidad socialista y de izquierda. No autorizaría que yo fuera profesor universitario. Tampoco autorizaría que yo confiese en un café. No estaría de acuerdo en que yo diga la misa en el hospital sobre una mesita, sin velas y sin todo lo que el Derecho Canónico exige.

Sin embargo, estoy segurísimo de que Jesús, El Señor, nuestro "más mero" jefe, a quien procuramos servir, CIERTAMENTE está de acuerdo. No olvido una experiencia de hace unos pocos meses. En Guadalajara mataron al presidente de los estudiantes y a otros muchachos de la prepa dos. Me pidieron que dijera una misa de cuerpo presente en la funeraria, allá por la calle ochentaitantas del Sector Libertad; había muchos cientos de muchachos en torno a los dos ataúdes, muchas niñas llorando y gritando histéricamente.

Me trepé a una mesita donde apenas cabíamos una silla y yo: la silla me servía de "altar". Todo rodeado de muchachos con banderas rojinegras, pero todos escuchando con enorme atención. Pensé: ¿quién tiene este privilegio de tener cientos y cientos de muchachos y muchachas dispuestos a oír un mensaje religioso? Le pedí al Señor me inspirara para hablar de Él: de la fe, de la justicia, de la alegría de vivir, del amor… Esa noche me enteré de que en Guadalajara estaba absolutamente prohibido decir misas en las funerarias.

Tengo la convicción, y no creo engañarme, de que hice bien. Sin embargo, para un obispo polaco, esto es inconcebible. Sin embargo, debo decirlo con la plena sinceridad, creo que el Papa es nuestro jefe y es quien representa al Señor

en la Tierra. Ayer en la noche le pedí mucho al Señor que me dé entusiasmo y alegría en servirlo "bajo la Bandera del Romano Pontífice" como diría nuestro primer jefe San Ignacio de Loyola.

Se me terminó el papel. Hasta la próxima D. M.
Chuchín S.J.

15 de septiembre (día de la "noche del grito") de 1983

Desde que llegué a la bellísima Roma, este año, el 02 de febrero, en un magnífico vuelo de ALITALIA (por equivocación de ellos me dieron asiento de primera clase), he tenido días felices, muy felices y –lógicamente– algunos aburridos y tristes, pero mentiría si no dijera que han predominado los días normales de trabajo y los días felices han sido muchisssísimos.

De entre los días felices uno fue el 03 de este mes en que me tocó asistir a la sesión histórica en que don Pedro Arrupe se despidió como General de la Compañía de Jesús. Como el tema requeriría mucha explicación solo diré que escribí sobre eso una carta muy larga que debió llegar a México muy poco después, tuve la fortuna de enviarla con un amigo que regresaba a la patria. En este momento debe estar ya impresa para repartirla a todos los jesuitas mexicanos.

Luego, antier, casi a esta hora, estaba yo trabajando aquí mismo cuando oí un gran aplauso: mi oficina está a cuatro metros (¡¡!!) de la sala donde se reúne la Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús. Como a los 20 minutos del aplauso oí una especie de repique muy prolongado; y una media hora después un telefonazo de Juan Bosco Estrada Faudón: "professore" (aquí todos me dicen "il professore" –por otra historia larga que debo contar–): "professore, si tienes algo de tequila, tráetelo; tenemos que brindar, porque ya tenemos general".

Me fui corriendo al segundo piso, al cuarto de Jesús Vergara Aceves. Estaban ahí, el mencionado Jesús Vergara y Carlos Soltero, nuestros "electores" mexicanos (ambos muy amigos míos, compañeros de toda la vida, ambos –como toda la gente decente– partidarios de las Chivas del Guadalajara); estaba también

Carlos Vigil, superior Provincial de todos los jesuitas de México; ex rector del ITESO de Guadalajara. Carlos también excelentísimo amigo, finísima persona, muy simpático, pero… con un gran defecto: como buen capitalino de educación es… del América (perdón por haber mandado la página con este nombre).

Los tres (Jesús Vergara, Carlos Soltero y Carlos Vigil son –como ya dije– los que representaron a los jesuitas mexicanos en la elección de nuestro Padre General). Estaban también Juan B. Estrada Faudón –secretario regional de la "Asistencia" de América Latina– y Fernando Suárez, quien es aquí como "el ama de casa" de esta comunidad (también mexicano). Me quedaba un poco de tequila Sauza (perdón por el comercial) del más corriente, pero del que se consigue en Roma y que me regaló para mi cumpleaños en P. Lars Rooth (uno de los dos únicos jesuitas suecos, y quien en 1958 fue el capellán de la selección mexicana de futbol en Suecia).

Teníamos tequila y sal, pero no limón, y brindamos por el P. Kolvenbach nuestro nuevo general: holandés de nacimiento, libanés de nacionalidad, misionero en El Líbano durante 15 años; habla holandés, alemán, inglés, francés, español, italiano, portugués, ruso, armenio, árabe y (por supuesto) latín y griego. Igual que don Pedro Arrupe conoce mucho el mundo extra europeo, es muy sencillo, muy espiritual y humano. La votación, según me dijeron, duró menos de 40 minutos: hubo casi unanimidad. Por tanto, la noticia aquí mismo en la casa tardó un poco en comunicarse, porque según una tradición desde el siglo XVI, la primera persona en saberlo es el Papa. Ese día y a esa hora, el Papa en Austria estaba volando no sé hacia dónde, y tardaron más de media hora en comunicarse con él al avión.

Todo eso fue antier. Ayer, día 14, a las 6 de la mañana sonó el teléfono, pensé que llamarían de México para decirme que mi mamá estaba enferma. Por fortuna no fue así. Era Fernando Suárez: "professore, ayer por la noche no te pudimos localizar. Los Padres de la Congregación General tienen hoy descanso; te invitamos a un paseo a Siena". Me rasuré y me bañé volando. Me fui a la Plaza Venecia (vivo ahora en la Universidad Gregoriana, en la Piazza de la Pilotta) a tomar el autobús 64. Llegué a la plaza San Pedro. Como era miércoles día de audiencia, ya a esa hora (las siete de la mañana) hay mucha policía para organizar la entrada de la gente que irá a escuchar al Papa. Al rato llegó el Opel azul que

durante mucho tiempo era del programa alemán de la radio vaticana y ahora es de la casa, con Fernando Suárez al volante.

El viaje a Siena por la ya familiar llanura del Lazio y de la UMBRIA. Siena… ¡qué belleza! Por fortuna está relativamente mal comunicada. Es decir hay magnífica carretera, pero hay que desviarse de la carretera Roma-Florencia-Milán. No hay la invasión turística alemana y francesa de casi toda Italia. La gran plaza de Siena, creo yo, es de las más bellas de Italia; yo la pondría solo después de San Marcos de Venecia y la Plaza Navona de Roma. La había visto muchas veces en fotografías y en la T.V. cuando han transmitido la famosa carrera de caballos ("Il palio di Siena"), pero como siempre la fotografía y la T.V. nunca se comparan con la belleza y la emoción personal de la realidad.

Puede uno pasarse horas y horas ahí dejándose llenar del sentimiento de señorío y armonía de la gran torre; de la simetría y armonía del pavimento en forma de concha; de los desniveles y de la especialísima sensación muy curiosa de intimidad y libertad que inspiran. No sé cómo explicaría esto un arquitecto, pero sentí eso: por una parte la impresión de estar recogido en un lugar perfectamente resguardado del exterior, por otra la experiencia de poder gozar de una apertura hacia el cielo increíblemente azul, solo matizado por alguna nube esporádica y la línea definida y audaz del campanille con sus ladrillos rojos y sus almenas muy florentinas o, más exactamente, muy toscanas, pero que aún no distingo; no me acaba aún de quedar clara la diferencia entre las almenas de los Güelfos y de los Gibelinos, porque Toscana fue durante siglos teatro de disputas entre estas dos grandes facciones.

Fuimos a un restorán ("Il salotto") que les recomiendo los spaghetti abundantísimos y muy sabrosos, pero el vino blanco… un Galestro "bianco della Toscana" de una suavidad y al mismo tiempo de un cuerpo… cualidades difíciles de encontrar juntas en un sabor amargo muy matizado, casi dulce… Después de tomar el café en el más famoso bar de la ciudad, "Il Nannini" con la especialidad sienesa; il panforte con almendras y chocolate…

Una vez satisfechas las exigencias del paladar (en México decimos, barriga llena corazón contento) podríamos de nuevo dedicarnos al ocio espiritual: Il Duomo (la catedral); el exterior, muy toscano, de mármol blanco con bellísimos mosaicos, pero la verdad nada del otro mundo. El interior… es maravilloso:

bóvedas y arcos románicos, con decoraciones góticas tan bellas como las de Asís, predominio del azul obscuro como fondo para estrellas doradas. Hay una escultura preciosista con el busto de todos los Papas, desde San Pedro hasta los años de la construcción de la catedral en los siglo XII al XIV.

Lo que más me gustó, en el bosque de maravillas, fueron el púlpito, dos estatuas del Bernini joven y los frescos del Pinturicchio. El púlpito está sobre una circunferencia de columnas apoyadas en diversos animales; da la impresión de un volantín y me sorprendió cómo se las ingenió el artista para hacer de algo tan pesado una figura muy ágil y en movimiento: parece que está girando y son toneladas y más toneladas de mármol.

Las columnas románicas muy delgadas con capiteles muy finos. Arriba hay una serie de escenas de la vida de Cristo y el juicio final en altorrelieves perfectos en el detalle y en el conjunto imposibles de describir, hay que admirarlos. Luego, en la capilla derecha, la capilla del Santísimo, hay una estatua de San Gerónimo orando con un crucifijo en la mano; qué expresión de devoción y afecto en un hombre anciano; luego, la Magdalena, no sé cómo logró Bernini (y joven) presentar un cuerpo femenino con tanta gracia, frescura y vida, pero sin sensualidad ni incitación.

La Magdalena con ropas de mujer pública, pero una expresión de arrepentimiento y amor limpio. Yo nunca había oído hablar de esta estatua ni la había visto en ningún libro de historia del arte, pero creo que, junto con Daphne y Cloe (también de Bernini) será mi favorita. Antes mi preferida era la victoria alada de Samotracia que está casi entrando al Louvre (en cambio la Venus de Milo nunca me ha dicho nada, sin negar su belleza clásica, que me deja frío).

Después está la biblioteca Piccolomini del Papa Pío II. El colorido de los frescos del Pinturicchio solo, en mi opinión, queda superando en todo el mundo (bueno, claro está que solo en lo que yo conozco) por los murales de nuestro compatriota Hernández Xochitiotzin en Tlaxcala. Creo que para el colorido, México sigue ocupando primera línea. Estos murales del Pinturicchio (siglo XV y XVI) parecen pintados ayer; me dejaron con la boca abierta y los ojos plenos de luz y color en una composición bellísimamente armónica y tranquila. Todavía hoy estoy digiriendo esos colores y esa experiencia de haber estado bebiendo con los ojos tanta belleza de nuestro mundo. Regresamos por Orvieto; la fa-

chada de la catedral es sin duda de las maravillas mundiales, pero se terminó el papel…. Ciao: hasta la próxima D. M.

Carta a los jesuitas de México

Roma, septiembre de 1983

Mexicanos con el Padre Arrupe

1. Cambio de Guardia en el Piolatino.
Encontrar amigos, y despedirse de ellos es muy humano y jesuítico. El primero de septiembre encontramos a don Pedro Arrupe y concelebramos con él; despedíamos a Ricardo Lapuente como rector del colegio Piolatino. A las once de la mañana, mientras la capilla de la Curia veía a la gran actividad de los preparativos para la misa de apertura de la Congregación General, presidida por el Papa, en la capilla adjunta concelebrábamos un grupo de amigos. Presidía Carlos Soltero. A su izquierda y derecha, Juan Fornelli y Ricardo Lapuente; el P. General Pedro Arrupe y el que esto escribe; el hermano enfermero y Jesús Vergara; Juan Bosco Estrada y el P. Gutiérrez Semprun, provincial de Uruguay; Enrique Portilla y Álvaro Restrepo, provincial de Colombia; Gregorio Vélez, colombiano y vicerrector del Piolatino, y Fernando Londoño, elector por Colombia; Darío Restrepo, colombiano padre espiritual del colegio y un sacerdote chileno alumno del colegio; el hermano Villa, uruguayo y un argentino sacerdote alumno.

A la hora del saludo de paz, me resultó muy emotivo una vez más abrazar a don Pedro Arrupe y besarle la mano, en su antepenúltimo día como general de la Compañía. Don Pedro obviamente estuvo casi todo el tiempo sentado y con el hermano enfermero a su lado. Antes de la oración de los fieles, Carlos Soltero leyó el decreto de la Sagrada Congregación para la educación católica que nombraba a Juan Fornelli rector del colegio.

Al terminar la Eucaristía nos trasladamos al Piolatino. Llegaron también el P. José Sousa S. J. rector del Pio Brasileño y el P. Florencio Olvera rector del mexicano. Pasamos al comedor; Ricardo Lapuente nos ofreció un tequila Cuervo 1800; un Don Pepe, de González Byas, y el proletario Johny Walker etiqueta

roja. Poco después, el siempre amable y servicial hermano Villa, quien durante casi 40 años ha dedicado su vida a los piolatinos nos invitó a pasar a la mesa. Después de saborear una paella valenciana, preparada como Dios manda, y de cerrar boca con un helado napolitano como el buen gusto exige, Carlos Soltero leyó la "patente" en virtud de la cual la Compañía de Jesús nombraba a Juan Fornello superior religioso de la comunidad.

2. Don Pedro Arrupe, jesuita ejemplar: un hombre que se va.

En la mañana del 03 de septiembre, la XXXIII, Congregación General aceptó la renuncia del P. Arrupe como General de la Compañía de Jesús. Por la tarde, la misma Congregación quiso rendir un sencillo, pero muy sincero homenaje al último sucesor de San Francisco de Loyola. Para dar mayor universalidad y representatividad al acto, primero en más de cuatro siglos, se abrió también por primera vez en la historia una sesión de la Congregación General a otros jesuitas; a todos los miembros de la Curia Generalicia y a cinco miembros de cada comunidad romana internacional. El que esto escribe tuvo la fortuna de estar entre los cinco de la Gregoriana.

Los congregados ocuparon sus puestos, y los invitados nos colocamos en una especie de galería o palco. Poco después de las 5 de la tarde entró el P. Arrupe, sostenido por el hermano enfermero. La ovación con que todos de pie recibimos al que durante 18 años fue nuestro general fue espontánea y muy calurosa; era al fin y al cabo una forma de expresar nuestro cariño y a don Pedro.

El P. Dezza habló con claridad y sencillez; yendo como siempre al fondo de las cosas, en un estilo pulido y familiar a la vez. El elogio que hizo del P. Arrupe fue objetivo: don Pedro hombre de oración, mortificado, entregado a buscar la voluntad de Dios y consagrado al servicio de la Compañía, quien buscó con todas sus fuerzas la adaptación exigida por el Vaticano II. Recordó el P. Dezza que a la semana de la muerte de Paulo VI, el secretario particular del difunto Papa le obsequió como recuerdo ritual de la penitencia que el Papa siempre usaba para su confesión semanal. Entre las hojas del ritual estaba la carta del P. Arrupe sobre cómo integrar la vida de oración con la vida apostólica.

Al terminar de hablar el P. Dezza, don Pedro tuvo un movimiento espontáneo de tratar de levantarse de su silla y besar la mano al P. Delegado Pontificio. Se

dejó escuchar otro aplauso inolvidable, porque cuando sea yo viejito y los jesuitas jóvenes me pregunten por mis momentos más felices en la Compañía trataré de describir la figura de nuestro queridísimo general saludando con su mano izquierda –la derecha la tiene casi paralizada– a "sus" jesuitas. Si ha habido un general que haya defendido a *sus* jesuitas y los haya querido y respetado ha sido el Padre Arrupe.

Don Pedro se veía muy contento (es un hombre que sabe sufrir y sabe gozar), casi casi con la sonrisa que siempre le conocimos, antes de que cayera enfermo. Saludaba una y otra vez, porque la ovación parecía nunca acabar: un aplauso muy cálido y difícil de describir; tristeza no reprimida al ver a un hombre tan querido, ya enfermo y agotado. La emoción de estar participando en una ocasión histórica, la primera vez, en más de 400 años que podíamos –en representación de la universal Compañía– decir adiós a nuestro General. Profundísimo gozo de haber conocido a un hombre tan espiritual y humano; ciertamente, es signo de contradicción (el Señor también lo fue), y sin duda una de las figuras religiosas más representativas de estos tiempos.

Luego, el P. Iglesias, provincial de España, leyó un mensaje que el P. Arrupe dirigía a la Compañía: la exhortación de buscar siempre a Dios. Al momento de redactar estas notas viene a mi memoria aquel jesuita de los tiempos de la supresión (allá por 1770), quien en su calabozo, y ya para morir, escribía: "te tengo a Ti, Señor Jesús, y ningún hombre, ni siquiera el Papa, ni satanás, ni nadie me podrá apartar de ti".

Don Pedro, en su último mensaje, nos exhortaba a dejarnos invadir por la realidad de Dios. Mensaje que dirigió a los jóvenes, a los maduros, a los ancianos. Cuando en la parte final, como deducción lógica y natural del pensamiento y, sobre todo, de la vida entera de don Pedro escuchábamos las palabras del "tomad, Señor, y recibid…". Estoy persuadido de que yo ciertamente no era el único con los ojos mojados y un gran nudo en la garganta, pero también con un sentimiento de enorme gratitud al Eterno Capitán Jesús por haberme llamado y conservado en su Compañía, porque teniendo compañeros como Pedro Arrupe, uno se siente animado a vivir y a entregar su vida y su persona al servicio del Eterno Señor de todas las cosas, y uno quisiera ser como don Pedro: un hombre enteramente de Dios y que ha ido viviendo una vida para los demás.

Después un padre, que no logré identificar, leyó una carta de un sobreviviente de la explosión atómica de Hiroshima en que después de describir dramáticamente su vida trágica al fin de la segunda guerra mundial, agradecía a don Pedro haberle dado una gran esperanza para vivir. El P. Dezza volvió a tomar la palabra: "queríamos dar al P. General un pequeño obsequio que simbolizara nuestro afecto. Fue muy difícil decidir; por una parte, el P. Arrupe regala luego a los muchísimos amigos que tiene todo lo que le obsequian, por otra parte qué obsequiarle que de veras aprecie. Después de consultar a los que más lo conocen, la decisión fue clara: una fotografía del Papa".

Le entregaron entonces a don Pedro una foto del Papa con autógrafo. Al recibirla, en movimiento espontáneo, trató como pudo de llevársela a los labios y besarla. El aplauso brotó una vez más. Recordar que el Padre Arrupe tuvo más de un desencuentro con Juan Pablo II. Don Pedro, que estudió Medicina, luego se hizo jesuita y sacerdote; después estudió Psiquiatría en Viena con los alumnos de Freud; pasó a los Estados Unidos, donde fue capellán de cárceles y… trabajó en Japón 20 años; le tocó la bomba atómica en Hiroshima: experiencias muy enriquecedoras. En cambio Juan Pablo que casi siempre estuvo en Varsovia…. Dos mundos muy diferentes…

Pasamos después al jardín de la Curia a tomar un refresco, y me despedí de los demás mexicanos que habíamos tenido la fortuna de asistir: Carlos Soltero y Carlos Vigil, Jesús Vergara, Juan Bosco Estrada, Enrique Portilla, Ricardo Lapuente, Juan Fornelli y quien esto escribe. Cuando atravesé la Via de la Conciliazione para llegar a la Piazza de la Cittá Leonina y tomar el autobús, vi a mi izquierda, a contraluz, la cúpula de San Pedro; en ese atardecer romano del tres de septiembre de 1983 me pareció más bella que nunca.

3. La concelebración en "La Storta".

NOTA: la Storta es una capillita, donde San Ignacio, cuando fue a Roma por primera vez, tuvo una visión en que Jesús le dijo: "yo te seré propicio en Roma", lo cual Ignacio interpretó: "nos van a perseguir mucho en Roma". La visión de La Storta es algo que los jesuitas jóvenes oíamos desde el principio para enseñarnos que la persecución sería normal en nuestra vida de jesuitas.

Ayer, domingo 04, algunos también acompañamos a los congregados en la celebración de la Eucaristía en la iglesia parroquial de los SS. Corazones de Jesús y de María, erigida muy cerca de la capillita de La Storta (La Curva). Esta capilla ha sido restaurada. A la izquierda –hablo del interior– una reproducción exactísima del mosaico de la "Reina de la Compañía". Al frente, en material de cerámica, unos rasgos sumamente sencillos tratan de recordar (sugieren) la figura del Padre Eterno, de Jesús cargando su madero, y muy reconocible por las barbas y el perfil. San Ignacio aparece como inspirado.

La concelebración no tuvo, ni con mucho, la intimidad y sentido de familia de la ceremonia en la sala de la Congregación. Y esto, por todos los comentarios variados que escuché, fue la voz común. Carlos Vigil y este servidor fuimos de los últimos en entrar. El pobre Carlos no alcanzó lugar para sentarse, y mi vecino de la izquierda, gordito moreno y de baja estatura que no identifiqué, no captaba mi indicación de recorrerse un poco y tratar de dejarle a Carlos un lugar, aunque fuera muy pequeño. Por fin Carlos logró medio sentarse. La primera lectura fue en francés, la segunda en inglés y el Evangelio en español. Las oraciones de los fieles en diversos idiomas, incluido –según creo– el chino y el japonés.

Espero darles luego más detalles.
J. Jesús Gómez Fregoso S. J.

Roma, 15 de octubre de 1983

Acabo de regresar de 15 días de vacaciones, tal vez las más bellas de toda mi vida. No sé si la impresión del momento me haga exagerar, en todo caso, fueron 15 días maravillosos en la bellísima Sicilia. En Italia todo mundo hasta el trabajador más modesto se toma un mes de vacaciones. Mi superior, un gringo muy amable y humano, me había preguntado en más de una ocasión, si no pensaba descansar. Le respondía que el cambiar de continente y a un trabajo tan radicalmente distinto al que tengo en Guadalajara era ya un descanso.

Por otra parte, el otro mexicano de la comunidad, Fernando Suárez (es una persona de excepcional bondad y caballerosidad) me invitó a que hiciéramos

ese viaje. Fernando consiguió prestada una camionetita Fiat que acababan de comprar aquí para la cocina, y necesitaba que la "rodaran" un poco. Todo facilitó las cosas. Por si fuera poco, el mismo Fernando –se había hecho muy amigo del Padre Provincial de los jesuitas de Sicilia– consiguió buenas recomendaciones para hospedarnos con los jesuitas sicilianos.

Redacto estas líneas, porque las notas que fui tomando durante el viaje requerirían muchas páginas; fueron dos semanas de las cuales conservo muchos recuerdos y de los que podría hacer muchas reflexiones y comentarios. Cada día fue, si esto se puede decir sin contradicción, excepcionalmente bello; dormí como hacía mucho no lo hacía. Fue un encuentro humanísimo y fraternal con los jesuitas de diversas casas; descubrimiento de paisajes imprevistos y admiración, admiración de monumentos y obras de arte de primerísima categoría.

Por supuesto que la Sicilia de las películas, es decir, aquella Sicilia de campesinos pobres en sus burros por caminos pedregosos es tan falsa como el México de las películas gringas del Oeste con rancheros mexicanos norteños con calzón blanco, huaraches, sombrero zapatista y sarape de Saltillo. Mi primera idea de Sicilia era de por allá hacia 1942, cuando yo tenía 10 años, y en el Colegio Unión nos prestaban tres libros semanales en la biblioteca; leí, claro que en edición para niños, una biografía de Arquímedes.

Se me grabó mucho la imagen de ese genio siracusano que con sus inventos desafiaba a los enemigos de su patria y le tomé mucho coraje al procónsul Claudio Marcelo que mandó matar a Arquímedes. Después, por la historia jesuita, me interesó mucho Sicilia; fueron muchos los sicilianos jesuitas que misionaron la Baja California que lograron lo que el mismísimo Hernán Cortés no pudo hacer en cuatro ocasiones que lo intentó. El pobre Cortés, conquistador del Imperio Azteca, fracasó ante la valentía de los californios.

De nuevo en México

No recuerdo cuando regresé a México y mis aventuras en la prepa dos, probablemente de enero a junio del 84. Mis estancias en México durante los años de Roma ya no fueron con la querida comunidad del ITESO, en la calle de Tláhuac, en Ciudad del Sol, sino en la proletaria colonia de Lomas de Polanco con los es-

tudiantes jesuitas que ahí vivían. En la "onda" izquierdista-socialista que vivió la Compañía de Jesús en México resultó que a fines de los años sesenta se cerraron las grandes comunidades, como las de San Cayetano y San Ángel y se decidió hasta la fecha en 2019 en que escribo que fueran comunidades pequeñas en barrios pobres. Más adelante volveré a este tema.

En el 84, además de la escala en Londres, tuve la fortuna de hacer otra escala en París y recordar mis tiempos de estudiante en la Ciudad Luz. Me hospedé en la casa de Rue de Grenelle de la que dependíamos los de la Comunidad Mexicana. Creo recordar que un jesuita chileno de los expulsados por Pinochet me pidió en México que llevara unos libros a la comunidad de los jesuitas de la Rue Madame, los escritores de la revista *Etudes* muy leída por intelectuales.

En esa comunidad estaba el padre Michel De Certeau, quien cenaba con los mexicanos (1967-1970) casi cada mes. Lamento no tener ninguna foto con él porque resulta, a partir de 1990 y al presente, es un autor muy leído en México en la Ibero y en la Universidad de Guadalajara como teórico de la Historia. Lo raro de esto es que nunca hablamos de Historia con él; tratábamos temas de la Compañía de Jesús y de la Iglesia y no recuerdo que alguna vez incursionáramos en teorías de la Historia. Curiosamente sus libros, que nunca leí en Francia, me resultan muy complicados. Recuerdo que llevé a la comunidad de Rue Madame los libros que me encargaron y me lucí contando varios chistes sobre Charles De Gaulle. Después volé a Roma de donde escribí la carta siguiente.

Mi llegada de Roma, 16 de octubre de 1984

Comenzaré por lo último, es decir, mi llegada a Roma

Ayer, 15 de octubre, en París, me levanté a las seis. Misa con la Comunidad Jesuita Internacional en la Rue de Grenelle a las siete. A las ocho fue el desayuno con un obispo jesuita de Egipto y un misionero francés de Madagascar y, por supuesto, con el hermano Eguía, vasco, mi anfitrión en París y uno de mis mejores amigos. Me despedí del superior y del queridísimo hermano Eguía. Aunque la casa donde me hospedé (42 rue de Grenelle) es en buena parte un hotel para

jesuitas que pasan por París o que estudian ahí, el hermano Eguía se las arregló para que no me cobraran la pensión de 13 dólares diarios.

A las 9:00, acompañado del H. Eguía me dirigí al Hotel Lutecia, donde estuvo el cuartel de la Gestapo durante la Segunda Guerra Mundial, para tomar un taxi. Recorrimos el boulevard Raspail hasta la plaza de la Concordia. Atravesé –¿por última vez en la vida?– el Puente sobre el Sena. Ahí en la Plaza al fondo, donde está la estatua que simboliza a la ciudad de Strasbourgo, una mañana de 1791 (¿o de 90?) fue decapitado el pobre de Luis XVI.

Al centro de la plaza, el bellísimo obelisco de Luxor, que los franceses se robaron de Egipto allá por 1825. Ahí también se registró uno de los últimos combates por la liberación de París, cuando el Gral. Leclerc llegó el 23 de agosto de 1944. Tomamos por una de las más bellas avenidas de todo el mundo: le Champs Elysées, en la cual se inspiró Maximiliano para trazar el Paseo del Imperio (actual Paseo de la Reforma) en Cuidad de México y (si no fuera porque el smog ha secado sus árboles) otra de las más bellas avenidas de todo el mundo.

Casi frente al arco del Triunfo, erigido para conmemorar las victorias de Napoleón, entramos a un subterráneo para cruzar la Plaza Charles de Gaulle (antigua Place de I´Etoile). Cruzamos unas avenidas bellísimas, como la Foch, la Wagram y la Victor Hugo –ahí, en el número 35, vivió mi General Porfirio Díaz durante sus primero meses de exiliado–. En la terminal de la Porte Maillot dejé el taxi y me despedí del H. Eguía [Se me rasaron los ojos al pensar que tal vez sería la última vez en esta vida que nos veíamos].

Abordé un comodísimo autobús de Air France; una última ojeada al Arco del Triunfo, y… tomar el periférico sur: a mi derecha, muy al fondo, las torres de Montmartre [a pocas cuadras de ahí y cerca de la Plaza Pigalle, dije yo diariamente la misa durante mi años parisinos…]. Los recuerdos se agolpaban: mezcla de tristeza –o mejor, de nostalgia– y… de inmensa felicidad [Bellísima París, quien te gustó una vez, nunca te olvidará].

El modernísimo aeropuerto Charles de Gaulle está a unos 40 kilómetros de París, en Roissy. Aeropuerto milagro de funcionalidad, ya que está en tal forma construido que a solo unos ocho metros de las puertas documenta uno el equipaje; después todo es escaleras y bandas eléctricas; qué diferencia de las caminatas que uno tiene que hacer en México o en Londres y no digamos nada de los inter-

minables pasillos de Bruselas o de Miami, o de la desorientada que se da uno en New York o en los tres aeropuertos londinenses de Heathrow (o como se escriba). Realmente, tienen razón los que afirman que el Charles de Gaulle, aunque humanamente muy frío y con la adusta belleza de una arquitectura futurista, es el más cómodo del mundo (al fin y al cabo es el más nuevo también).

Abordé un Airbus 100 de Alitalia (equivalente del Boeing 747 combi, es decir, del Jumbo más chico). Por supuesto pedí ventanilla para ver mejor. A mi derecha, una alemana muy guapa, pero –al fin alemana– desabridísima. El avión subió muy por encima de las nubes de modo que estábamos a pleno sol. Como el vuelo duraría una hora cuarenta sirvieron la comida: carnes frías (apenas regularcitas), ensalada a la vinagreta (pasable), pastel (muy bueno), queso (buenísimo) y vino tinto (buenissssísimo); nada menos que un Corvo Siciliano.

La alemana probó el vino y lo dejó [tarados alemanes que solo beben cerveza]. Para mi fortuna, una señora francesa, que iba en la fila de adelante, con mucha amabilidad levantó su botella de vino y preguntó que si alguien la quería, la acepté agradecido. Vi que la francesa se bebía su agua mineral, le ofrecí la mía y su compañera me ofreció su botella de vino… Cuando el piloto dijo "señoras y señores, a su izquierda, coronando los Alpes, pueden admirar el Mont Blanc", yo me sentía todavía más en las nubes; los Alpes me parecieron más bellos que nunca; más blancos que en la Navidad de 1968 cuando volé de París a El Cairo, más elevados que en el 69 de París a Atenas, más maravillosos y majestuosos que nunca.

Espectáculo semejante es el del de los Andes, pero menos sobrecogedor; los Andes quitan la respiración al contemplar por todo el horizonte, montañas, montañas y más montañas. Los Alpes son bellísimos, pero no causan la impresión de la soledad e inmensidad andina. Cuando en 3° de secundaria el Profesor Ubaldo Vargas nos tenía con la boca abierta en la clase de historia, narrándonos las proezas de Aníbal que cruzó los Alpes de Francia a Italia hasta el lago Trasimeno (cerca de Cortona), nunca me imaginé que yo los cruzaría muchas veces, pero cómodamente y –esta vez– alucinado por el sabor del Corvo Siciliano, y que así como los españoles "rescataban" (es la palabra que empleó Hernán Cortés) oro a cambio de cuentas de vidrio, yo un día rescataría vino siciliano a cambio de agua mineral ["salud", amigos de Guadalajara: otro sorbo por Aníbal, otro por

Cartago, otros más por la felicidad de vivir esta vida maravillosa donde he vivido con tantos y tan fabulosos amigos que han alegrado mis ya 51 años de correr por este amplio e inabarcable mundo].

A mi izquierda veo un río, ¿será el Po del que tanto habla Guareschi? Pero…. el Po corre de occidente a oriente y el que veo va de norte a sur… pero, por mi mapa ya sobrevolamos el Piamonte y tenemos que haber pasado la Lombardía… debemos estar sobre la Emilia Romagna; sin duda andamos sobre Pisa y Florencia. Efectivamente… el piloto anuncia: "en 25 minutos aterrizamos en el Aeropuerto Leonardo Da Vinci de Fiumiccino". Se oye el ruido característico del avión que empieza a frenar y a bajar; se siente el cambio de velocidad. Los pueblecitos se van haciendo más visible. Las campiñas umbrías –¿será Asís aquel pueblito que se ve a lo lejos?– se van sucediendo… "señoras y señores…. Sujétense el cinturón". Bajamos más y más… ya estamos rodando por la pista en pleno mediodía de octubre.

Bajo del Canaletto (es el nombre de mi avión), me revisan el pasaporte sin sellármelo [esto me evitará los líos de ir a la policía romana a registrarme]. No me revisan el equipaje. Salgo y me encuentro con Fernando Suárez (me da una alegría enorme, porque yo pensaba que ya había regresado a México), luego… Borja Medina, mi compañero de trabajo y… una sorpresa increíble: Javier Baptista, historiador boliviano que se suma a nuestro equipo y a quien no veía desde julio del año pasado en Cochabamba, Bolivia. Javier fue compañero en Teología en México en 1964, 1965.

Salimos del aeropuerto; los pinos romanos achaparrados y esponjados: sí ya estoy en Roma. Luego, al ratito la cúpula de San Pedro. Mi casa: me reciben con sincero entusiasmo. Subo a mi cuarto y esta vez no me siento lejos.

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

Roma, 26 de octubre de 1984

No voy a contar mis experiencias de la última semana en Guadalajara, en especial de los últimos tres días, porque…se me haría un nudote en la garganta. No cabe duda, he sido de las personas más bendecidas en la vida, he tenido la fortuna de gozar la amistad de muchísimos amigos (alumnos, ex alumnos, colegas maestros, familias queridísimas, parejas inolvidables, etc. para no hablar de mis hermanos jesuitas). Solo diré que mi última comida en la Ciudad de México no pudo ser mejor: la Sra. María Elena Garduño me invitó a comer en un elegante restaurante por Paseo de la Reforma en compañía de su hermano el Sr. Alfredo y su esposa, con María Eugenia la hija menor.

Después de la comida me hicieron el favor (lo hacen desde hace 14 años con la misma bondad) de llevarme al aeropuerto. Manejaba Marus (la hija), pocas veces he tenido un chofer o "chofera" tan amable y guapa. Con tan agradable compañía (la familia Garduño) la avenida Río Churubusco me parecía especialmente bella y asoleada. Les pedí que no me acompañaran en el aeropuerto; no tenía caso acompañarme a documentar el equipaje para luego meterme yo a la sala de espera. Me despedí a la entrada de Air France: último arrancón de gente querida en México.

Me senté frente al mostrador de Air France; eran las cuatro de la tarde y yo debería documentar equipaje a las seis (el vuelo estaba anunciado para las 8:20). Como a las cinco –mientras leía yo tranquilamente la versión en inglés de una novela italiana que está de moda (Il Nome della Rosa)– oí un aviso por los magnavoces: "el vuelo 068 México-Houston-New York-París está demorado seis horas, se espera saldrá a las dos de la mañana". Documenté el equipaje y me dieron un vale para cenar en el Holiday Inn.

Como el libro estaba interesantísimo, no me aburrí. Para cenar, última cena en México había nada menos que choucroute alsaciano –que me encanta– con vino blanco. A la una de la mañana pasé migración y me entretuve en algo que me encanta: ver aterrizar y despegar aviones. A la una y media abordamos nuestro Jumbo 747, cuyo nombre no pude averiguar. Ventanilla a la derecha (27 K) en la fila 27. A mi izquierda un matrimonio poblano que iba a París a la ordenación sacerdotal de su tercer hijo sacerdote.

Despegamos: adiós, México lindo y querido… Muy poco después sirvieron la cena: carnes frías (pasables), ensalada a la francesa (buena), queso "caprice des dieux" (riquisssssssísimo) y vino tinto de Burdeos (muy suave, pero con mucho cuerpo). Como la noche anterior casi no había dormido, decidí dormir. Me tomé una pastilla que me había dado en Guadalajara la Dra. Marta Meza y… me dormí. No supe a qué horas aterrizamos en Houston, ni cuánto tiempo estuvimos ahí ni cómo despegamos.

Cuando desperté (y nótese mi sexto sentido para lo bueno) comenzaban a servir otra comida; eran las 12 de la mañana en mi reloj, pero estaba obscuro, puesto que eran las 7 de la tarde en París y como las 9 en lugar donde estábamos. Para la cena estaba ya muy despierto: pollo al vino, muy calientito y sabroso (aunque el pollo no me suele gustar); langostino con salsa tártara superriquísima, pastel y vino blanco del Mosella con queso muy sabroso. Poco después con gran alegría oí que decían: "mesdames, mademoiselles, Monsieur" aterrizaremos en el aeropuerto Charles de Gaulle de París dentro de hora y media".

Efectivamente, a las 9 de la noche –dos de la tarde de mi reloj– nuestro Boeing 747 comenzó a correr por la pista; los pasajeros aplaudieron. Yo me había hecho el ánimo a pasar la noche en un hotel, pero, oh sorpresa de sorpresas: me encuentro en la puerta… nada menos que al Hermano José-María Eguía [a quien acusan en París, en la casa Internacional de los jesuitas, de que tiene marcada preferencia y cariño por los mexicanos, cosa que es cierta]. Pues sí, el oportuno Eguía fue más oportuno que nunca.

Salimos a esperar el autobús –eran casi las 10 de la noche– y sentí frío: saqué de mi maleta un suéter para señor gordo, o dicho en otras palabras, un suéter a la medida que me hizo Luz Baeza (hija del Dr. Manuel Baeza, compañero mío en el colegio Unión en primaria en el lejano 1943…) [Gracias, Luz, en este momento traigo el suéter puesto y me quedó de maravilla]. Al subirme al autobús con todo mi equipaje y mi sombrero de charro en la mano, que me estorbaba mucho, me gritó el conductor: "apúrese, apúrese".

Entonces me volví al H. Eguía y le dije –en español– "gordo, ahora sí me siento en París: estoy entre gente majadera, esto es lo que yo viví aquí". En el autobús predominaban vietnamitas y negros; braceros que trabajan de noche en empleos que los franceses rehúsan. Después de unos 20 minutos pasamos por

el aeropuerto de Le Bourget, donde aterrizó, allá por 1927, Charles Lindberg después de su histórico vuelo desde New York (y donde yo aterricé, el 18 de septiembre de 1968, cuando regresaba de Londres).

Nos bajamos en el metro Porte de la Chapelle-Mairie d´Yssis: el mismo que durante tres años tomaba yo diariamente a las siete de la mañana para ir a decir misa a las religiosas auxiliadores de la rue Antoinette, entre Place Pigalle y Montmartre. A medida que pasábamos las estaciones mi emoción crecía: Abbesses, Pigalle, Saint Georges, Notrê Dame de Loreto, Estienne del Orves, Concorde, Chambre des Deputés, Solferino, Rue du Bac [el 06 de agosto de 1970, cuando el Boeing 707, château de Chanbord, despegó del aeropuerto de Orly, se me rasaron los ojos al pensar que –así lo creía yo– nunca volvería a París, y ahora estaba yo de nuevo en París, recorriendo mi camino diario de mis tiempos de estudiante; mis tiempos de la *Sorbonne*, de la revolución estudiantil del 68, de la realización de uno de los sueños de mi vida: estudiar Letras en… la *Sorbonne*, donde estudió San Ignacio de Loyola, donde nació la Compañía de Jesús…].

Una palmada del gordo Eguía en la espalda me despertó de mis recuerdos: "ya llegamos" –eran como las 11:30–. Estaba de nuevo en el 42 Rue de Granelle; luego Eguía me invitó a su confesionario-bar: me sirvió tres wiskeys dobles (sin hielo y sin agua): "gordo, no lo acabo de creer; otra vez nos volvemos a ver". Me llevó a mi cuarto, al séptimo piso, cuarto 335, me di un regaderazo con agua caliente y me dormí… Alguien tocó a mi puerta. Era Eguía: "son las 11:45". Yo le había pedido que me despertara para decir misa: éramos unos ocho sacerdotes. Bajamos al comedor: "Antes –me dijo el gordo– hay que tomar un aperitivo para festejar tu venida…".

En el comedor, oh sorpresa, nadie traía sotana: allá por 1967 los mexicanos comenzamos a poner desorden en esa casa. Recuerdo que me decía el superior: "¿pero por qué se pone corbata tinta?". Pues, por la sencillísima razón de que mi traje es gris obscuro y combina muy bien. Recuerdo que en una ocasión, el Padre Ministro –una especie de ama de casa– me pidió que me quitara la corbata para entrar al comedor: "aquí no se entra así; esta es una casa religiosa". Así que al ver a todo mundo de corbata no dejé de sentir cierto legítimo orgullo: fuimos los mexicanos del 67 los que los enseñamos a vestirse.

Por la tarde de ese día… mi primera visita a París; sin pensarlo más me dirigí adonde me tenía que dirigir: a la París más parisina, a la más evocadora y rica de historia; al barrio de Abelardo y Eloísa, de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, De Albert Camus y Gerard Philippe, al romántico barrio latino y a mi antigua escuela: la *Sorbonne*; qué emoción tomarme un café en el Café de la *Sorbonne*, donde el 25 de junio de 1970, al salir de mi examen de doctorado, Norma de los Ríos Méndez y Rosita Parcero López me dieron la sorpresa: una botella de tequila para festejar mi examen, después de que me había peleado yo con mis sinodales por defender a México…, pero de esto hablaré D. M. en otra ocasión. Hasta la próxima y que sean tan felices como su servidor y amigo:

Chuchín S. J.

Roma, 27 de octubre de 1984

Quiero contarles algo más de lo que recuerdo de mi primera tarde en París, el miércoles 10 de octubre, después de 14 años de ausencia. Antes que nada fui a cambiar algunos dólares; luego a rehacer mi camino de casi todas las tardes, durante 1967 al 70, en mis días de estudiante; el hotel Lutetia me pareció distinto, lo encontré más señorial; el sol de la tarde le daba de lleno y le hacía resaltar sus líneas de la clásica arquitectura parisina de antes de la primera guerra.

En mis días parisinos, en mayo de 1968, ahí se tuvieron las históricas pláticas entre EE.UU. y Vietnam para buscar la paz. A una calle de ahí, por la rue D´Assas, en el número 14 viví yo durante tres años en un departamentito, casi buhardilla, que los jesuitas franceses durante la segunda guerra usaron para esconderse de la Gestapo. La verdad no me animé a entrar, demasiados recuerdos, desfile de personas en mi mente; evocación de aquellos felices y conflictivos ayeres: la revolución estudiantil del 68, mis madrugadas para ir a decir misa a Montmartre atravesando calles llenas de nieve; mi tos y catarro habituales durante los fríos de inviernos; mis carreras para llegar a tiempo a mis clases… Solo me quedé un buen rato mirando la fachada. Enfrente, es decir donde yo estaba

haciendo mis recuerdos, la misma tiendita donde comprábamos la verdura y el vino de mesa.

Di vuelta a la izquierda en la rue de Rennes; la panadería de mis tiempos es ahora una gran pastelería. El súper donde con frecuencia hacíamos las compras semanales es ahora un almacén de ropa. Llegué a la esquina de Rennes y Boulevard Saint Germain, y me quedé otro rato meditando; mis paseos nocturnos por ahí con Eugenio Maurer. El cine Arlequin continuaba ahí. Por Saint Germain llegué a la plaza Dantón: ahí una tarde de principios de junio del 68 me detuvo la policía cuando corría yo al Odeón, de donde me habían telefoneado los muchachos del comité de agitación [“apúrate –me dijeron– la policía nos tiene rodeados”]. Efectivamente, la policía ya no me dejó pasar.

Recuerdo que los gases lacrimógenos estaban muy fuertes y que en mi desesperación me eché a los ojos agua de un charco sucio… después me vino una infección. Luego… el paraíso: las grandes librerías, en el barrio latino están la mayor parte de las librerías. Por supuesto me fui derechito a D. Guibert, pero ahora antes de comprar un libro lo pensaba yo, no dos, sino tres o cuatro veces. Solo compré un Asterix (monitos clásicos que me divierten mucho), un Atlas Geográfico de bolsillo y un resumen increíblemente bien hecho (“L´Etat du Monde 1984”).

En la librería universitaria anunciaban la gran novedad editorial de Hachette: tres tomos sobre América precolombina, es decir, sobre incas, aztecas y mayas; se me hacían agua… los ojos, pero cada uno costaba 60 dólares y… luego… pensaba yo en el peso para el avión. Quedó para otra vez que traiga más dólares… De Guibert a media cuadra y… la plaza de la *Sorbonne*; otro rato de quedarme extasiado: recordaba aquella tarde de septiembre del 67 cuando llegué yo nervioso a ver si me admitían y el orgullo que sentí cuando me dijeron: “pero, señor, trae usted cuatro licenciaturas…bastaba una”.

Atravesé la rue des Ecoles y entré a mi escuela por la Galería Gersón; ahí en el anfiteatro del mismo nombre presenté mi examen el 25 de junio de 1970; solo que ahora no estaba ninguno de mis amigos de entonces; están en diversas ciudades de Francia, Venezuela, Argentina y, por supuesto ¡¡¡México!!! Cómo recordé a mis amigos de entonces. De los jesuitas que me acompañaron en mi

examen, además del superior de París, no olvido a Jesús Vergara, Ramón Mijares, Raúl Durana, Eugenio Maurer.

Me encontré con que el nombre oficial ahora es París IV, pero todo mundo le sigue diciendo la *Sorbonne*: ¡faltaba más que le cambiaran de nombre a mi escuela! Pasé al gran patio, con su estatua de Richelieu; salí por la puerta principal entre soldados de la guardia republicana en uniforme de gala, porque estaba por llegar un gran personaje, pero para mi presunción diré que me estaban esperando. Tomé luego por la rue Saint Jacques; el camino a Santiago de Compostela, por aquí llegó a París San Ignacio de Loyola, Francisco Xavier, Diego Laínez y los primeros compañeros universitarios con los que San Ignacio fundaría la Compañía de Jesús; los jesuitas nacimos en la universidad, en el mundo estudiantil, no somos monjes ni frailes; somos gentes normales a las que –sin ningún mérito– el Señor Jesús llamó para ser sal de la Tierra.

Por la rue Saint Jacques llegaban los estudiantes en busca de su "licentia", es decir, de su "permiso" (licencia) para enseñar "Lutetiae Parisiorum et ubique terrarum" [permiso para enseñar en París y en cualquier lugar del mundo]. Por la misma calle atravesé el Sena, y ahí a mi derecha… Notrê Dame, clásica del gótico francés, con sus portadas bellísimas con toda la historia en piedra de los reyes de Francia y, coronando la fachada, la escultura de Nuestra Señora de París.

Entré, hice oración para agradecer a Dios la felicidad de estar de nuevo en París, recé por mis amigos de México haciendo un recorrido mental. De entre las casi 40 capillas que hay a los lados, la única iluminada era la de N. Sra. de Guadalupe en la nave izquierda, con su sarape de Saltillo, la bandera mexicana y un ramo de flores frescas sobre el altar [seguramente algún mexicano generoso habrá dejado dinero para pagar la luz y las flores]. En la nave de la derecha había otras dos capillas iluminadas, aunque con luz mucho más débil; ahí están confesonarios, pero se confiesa la gente sentada frente a una mesita donde está el confesor; en cada una de las dos mesitas y no estoy inventando había… ¡sarapes de Saltillo!

De Notrê Dame seguí por la rue Rivoli hasta el Louvre; luego un rato muy grande admirando la plaza de la Concorde. Me puse a pensar que el concepto *plaza* está aquí mal aplicado (yo no sé de arquitectura, pero…), porque es una gran explanada, pero no está rodeada de edificios como la plaza de la Consti-

tución (el zócalo) en México: esa sí es plaza. Sobre el puente de la Concorde eché una última mirada hacia el Notrê Dame; por el Occidente estaba el Sena, el puente Alejandro III y el palacio Bourbon que tiene entre sus tesoros el Códice Bourbon: el códice azteca más bello que existe.

Más a mi izquierda está "Les Invalides"; el hospital que Luis XIV mandó construir para los inválidos de sus guerras imperialistas. Debajo de la bellísima cúpula de ese edificio está la tumba de otro imperialista igualmente odioso, aunque en México nuestros abuelos malinchistas lo admiraban mucho: Napoleón Bonaparte, tan ambicioso como Stalin, como Reagan, como López Portillo, como Álvaro Obregón o como Hernán Cortés; aunque este último –para mi gusto– tenía mucha más categoría humana y dignidad y sentido de la vida.

Tomé luego el Boulevard Saint Germain y después –a una cuadra– di vuelta a la derecha para tomar el Boulevard Raspail. Ahí, a mediados de mayo del 68 me detuvo la policía: regresaba yo de una cena en el hotel George V con un grupo de mis ex alumnas de la Ibero; recuerdo las caras de todas ellas, pero no sus nombres, solo recuerdo a Carmen Aguilar Zinzer (hija del famoso abogado Aguilar Quevedo). Por poco "meto la pata" muy en grande, en la bolsa izquierda de mi saco traía yo siempre –en aquellos días de la revolución estudiantil– mi salvoconducto que me habían dado los muchachos del comité de agitación del movimiento de la *Sorbonne* y en la derecha el pasaporte. Por poco, en lugar del pasaporte enseño el salvoconducto: me hubieran mandado a la cárcel.

Se me terminó el papel.
Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

14 de diciembre de 1984

Queridos ex alumnos:

Entre los muchos planes que tengo (terminar aquí mi colaboración en la Enciclopedia Histórica de la Compañía de Jesús; terminar en México la Historia

del Movimiento Obrero en Jalisco, y la biografía de Juan M. de Salvatierra, el gigante de California) tengo tres planes para cuando yo sea grande: ser piloto de un Jumbo 747, tocar los platillos en una banda de pueblo y dirigir la Filarmónica de Berlín, o "de perdida" la de Viena interpretando la novena sinfonía de Beethoven, la "Water Music" y el Mesías de Handel, y el "Río Moldavia" de Smenta; después ya me puedo morir muy contento. Eso para cuando sea grande; para cuando sea viejo, tengo el plan de escribir mis memorias en los ratos que me dejen las visitas a enfermos (eso pienso hacer cuando ya no pueda dar clases y los muchachos se me monten y no sea capaz de entusiasmarlos). Mis memorias, estoy segurísimo, van a ser muy divertidas.

Hoy, bien abrigado y con cachucha de lana que me protegiera la calva, recorrí gran parte de la rivera derecha del Tíber y pensaba en mis amigos, porque este año, el 30 de agosto, murió una persona a quien mucho estimaba: Teresita, aunque la amistad más grande era con su esposo. Murió también cuando estaba yo casi recién llegado a Roma, Paco Varela en Guadalajara, el más joven de la comunidad de Tláhuac, donde viví once inolvidables y felices años (1970-1981). Pues sí, hoy durante la misa y durante la oración litúrgica me quedé un gran rato saboreando un párrafo de Jeremías (capítulo 29, vv. 11-13): "Así dice el Señor; sé muy bien lo que pienso hacer con ustedes: designios de paz y no de aflicción; darles un porvenir y una esperanza. Me buscarán y me encontrarán, si me buscan de todo corazón". Y pensé especialmente en mis amigos. Hoy día 14 hace un año, murió Felipe, uno de mis mejores amigos. Escribo a las doce de la noche; hace exactamente un año, a esta hora, estaba yo con la familia de Felipe.

Quisiera tener una vida larga para escribir sobre mis amigos y, sobre todo, para convivir con ellos; es lo único que se lleva uno a la otra vida: la felicidad de haber compartido alegrías y…penas. Recibí también hoy seis cartas de ex alumnos de la UdeG; me da mucho gusto, sobre todo cuando son noticias buenas que entraron a la Facultad, ya se recibieron, ya regresaron con la novia, encontraron trabajo, les gusta lo que están haciendo, tienen planes para el futuro (para "cuando sean grandes").

Malas noticias son la frustración y el pesimismo. De lo que no les perdono a los "rojillos" es su espíritu aguafiestero, su pesimismo, todo lo ven negro, todo está mal. No es cierto. Claro que duele que en México mueran cientos de perso-

nas y miles queden sin casa por una explosión, duele que millones de gente en Etiopía mueran de hambre; muchos muchachos en Guadalajara se sientan frustrados porque no pueden estudiar o trabajar; es deprimente que en El Salvador y en Nicaragua se sigan matando, miles de guatemaltecos lleguen a mendigar libertad a Chiapas y que millones de mexicanos pasen a la frontera norte mendigando explotación.

Esto es ciertísimo y, si puedo hacer algo por ellos, tengo que hacerlo. Pero… hoy por la tarde mientras caminaba por las orillas del Tíber pensaba en todo esto. El Tíber, bordeado de hojas muertas de chopo, color ocre, las aguas siguen corriendo como corrían hace dos mil años, cuando Pedro y Pablo andaban por aquí hablando de "un tal Jesús" que murió y resucitó en tiempo de Tiberio César. Pedro fue crucificado muy cerca de las faldas del Janículo, el cerrito donde vivo ahora. Pablo fue decapitado más hacia el sur, en el pueblito de Tre Fontane.

En dos mil años, desde entonces, millones de personas han visto correr estas aguas bajo los puentes del Tíber; por ahí por donde me paseé hoy, por el Puente Sixto, allá por 1540 y 41 atravesaba el río un cojito hacia la iglesia de los franciscanos del Janículo y que, si fuera de día ahora mientras escribo vería desde mi ventana: por el puente Sixto iba San Ignacio de Loyola a confesarse con un franciscano que le aconsejara qué debería hacer (qué haría cuando fuera grande). Por ahí por donde paseé hoy, se paseaba el simpatiquísimo Francisco de Quevedo, cuando vino a Roma a ganar el año santo y solo encontró ruinas de la gran Roma de los Césares.

Por este rumbo, a cinco cuadras y por la misma calle y cera de mi casa vivía Cristina de Suecia, quien me cae muy bien. Por este rumbo, un poco más adelante, vivió Dante Alighieri; por aquí anduvieron Goethe y Joyce, Bernini y Miguel Ángel, Respighi y Vivaldi. Claro que el Tíber también se ha enrojecido con sangre de "muchos colores": los francos, los bárbaros, los españoles de 1527 que saquearon Roma, los franceses de Napoleón allá por 1808, los garibaldinos de 1970; los alemanes de 1943, los gringos de 1945.

Cuando recorro fechas, cuando rehago la Historia universal y la mía personal siento cada vez más que la vida es increíblemente corta. Es tan breve que no hay que desperdiciarla en amarguras, quejumbres y desesperaciones [La verdad eso de la "lucha de clases" y los medios de producción ya lo vomito hasta por

las orejas]. Me parece estúpido malgastar los días en odiar, cuando hay tantas personas que necesitan de uno, tantos muchachos y muchachas en la prepa dos a quienes aún no les he puesto orejas de burro.

En esta carta a mis ex alumnos que me escribieron hoy, a los que me escriban mañana y pasado mañana les quiero decir que hay que gozar de esta vida: del sol, de las flores, de la lluvia, de la plática con los amigos, del encuentro con los que uno ama, de la posibilidad de sonreír a un niño que sufre, de acompañar a un anciano solitario, de darle sentido al diario amanecer. Creo que la vida no hay que tomarla *demasiado* en serio. Hay que tomar muy muy en serio el compromiso de hacer algo por los demás, pero no tomar tan en serio las tragedias de cada día; si puedo hacer algo para cambiar las cosas, lo hago; si no… pues, sonreírme de mi propia incapacidad y limitación; aceptar sin frustración ni amargura que no soy todopoderoso, ni soy el PRI, ni soy el Mesías, soy una persona común y corriente.

Tengo muchos complejos, per por fortuna, nunca he tenido el complejo de mesiánico. Creo que el buen humor y el humorismo son *indispensables* en la vida, si no queremos envejecer prematuramente (y conozco mucha gente joven avejentada). Ya se me terminó el papel y tengo mucho sueño. Antes de acostarme, voy a releer el parrafito de Jeremías "designios de paz y no de aflicción; darles un porvenir y una esperanza". Ojalá todos mis ex alumnos cada mañana se levanten con paz y no con aflicción; y que al acostarse cada noche se durmieran seguros de que en la vida hay "designios de paz y no de aflicción, darles un porvenir y una esperanza".

07 de enero 27 de 1985

Queridos amigos:

Desde el 14 de diciembre en que escribí la última carta me han pasado cosas, todas muy buenas. Una Navidad muy feliz, con cartas de mi mamá que me llegaron el 23 de diciembre, acompañadas de un dulce de leche que hizo ella, una botella de tequila herradura reposado que me envió una de mis más apreciadas

ex alumnas; dos ollitas de mezcal de Oaxaca, enviadas por una familia joven muy estimada también; todo esto me lo trajo de Guadalajara un excelente amigo quien, para acabar de redondear la felicidad navideña, con mucha generosidad me invitó a pasar el fin de año a Florencia: un paseo inolvidable, a pesar del frío y vientos polares, a Siena, San Geminiano, Florencia, Prato y Pisa.

La narración de este viaje –con mi amigo y un matrimonio joven con dos gemelitos de cinco años– llevaría muchas páginas. Ellos tomaron el avión en Pisa para regresar a Guadalajara vía París. Muy amables me insistieron en que me trajera a Roma el coche que había alquilado, pero me pareció más cómodo tomar el tren y gozar del paisaje: la tarde del 02 de enero viendo el lento atardecer en el mar Tirreno; por estos rumbos y por estos mares anduvieron el pobre de Agustín de Iturbide y el iluso de Maximiliano.

El superexpresso Turín-Roma llegó a Pisa con una hora de retraso, pero me tocó buen asiento en compañía de tres parejas jóvenes y un militar, todos italianos. Desde la ventanilla gocé de un sol inmensamente bello en sus últimos rayos que, me fijé en mi mapa, se ocultó definitivamente cuando pasamos la estación de Follonica, frente a la famosa isla de Elba, donde Napoleón estuvo desterrado en 1814 y 1815. Llegué a Roma feliz de la vida con mis tres suéteres gruesos, al bajarme me puse el abrigo, guantes, gorra y bufanda; estábamos a dos bajo cero, qué gusto regresar a casa.

El 05 de enero por la noche me llegó una agradabilísima visita: dos de mis ex alumnos del ITESO que trabajaban en la UdeG en audiovisuales. Bajé a acompañarlos a tomar el autobús y regresé a casa con una tos y un moquillo muy elocuentes. Al día siguiente, 06 de enero, al levantarme vi que estaba nevando. Había quedado de ver a mis ex alumnos a las 12 en San Pedro, en la bendición del Papa. Regresé con una gripa declarada. Día y medio de cama y listo, pero ni por mal pensamiento salí a la calle.

El sábado doce por la tarde decidí ir al cine; estaba lloviznando, pero hasta me parecía que hacía calor –estábamos a 10 sobre cero–: qué felicidad no usar guantes ni cachucha. El abrigo, bufanda y paraguas me parecieron lo más natural. Atravesé el Tíber, me pareció muy hermoso. Las hojas secas, las ramas desnudas de los chopos, los montones de nieve sucia, todo me parecía bello. Cerca del Palazzo Farnesse encontré una excursión de japonesitas jóvenes, con

pantalones y chamarras de esquiar, de colores juveniles muy alegres. Me dio mucho gusto verlas.

Callejoneé para hacer tiempo (la función de cine comenzaba a las 4), caí en la Piazza Navona; como era el primer día, después de más de una semana de nevadas casi continuas, las mamás aprovechaban la lluvia (entre nieve y lluvia… lluvia) para que sus niños tomaran un poco de aire: los niños con sus abriguitos y gorritos de colores, los impermeables de colores (aunque no hubiera sol) todo me pareció bello.

Me sentía tan contento que, aunque hacía frío, fui a tomar los mejores helados del mundo, los Giolitti; luego, caminando por la Piazza de Montecitorio, donde una muchacha con mucho ingenio se había hecho un techito de plástico. En Europa no llueve: llovizna y estaba tocando una flauta dulce para pedir dinero. Tocaba un tema de Schubert. A las cuatro entré al cine: la última película de Eric Rohmer, El Rayo Verde (Le Rayon Vert), muy divertida, pasé por la iglesia del Gesú, por la tumba de San Ignacio de Loyola; con qué gusto entré un rato a decirle a Dios: muchas gracias porque estoy en 1985.

Al regresar ya sin lluvia pensaba: qué cierto es eso de que la vida comienza a los 50. Qué afortunado he sido en mi vida. Cómo debo agradecer a mis amigos de México, Guadalajara, Obregón, Mexicali… todo lo que me han dado; qué feliz soy; tengo que trabajar con ganas aquí en Roma y, a mi regreso, en México. Llegué a casa apenas con tiempo para decir misa. Sin duda estoy en una comunidad memorable. La oración que rezamos antes de las comidas aquí en la casa tomó un sabor que no tenía antes: “Te damos gracias, Señor, que nos has reunido de todos los rincones de la tierra…”.

De veras qué gusto cenar en la misma mesa con europeos, asiáticos, africanos. Quién me iba a decir a mí, ranchero de la Hacienda de El Rincón, que un día andaría por acá por estos mundos de los que desde niño oí hablar. Cuando, en aquellos felices años en que la TV no había fastidiado las sobremesas familiares, mi papá me tenía boquiabierto hablándome de cuando Atila llegó a Roma, cuando los galos asaltaron el capitolio… nunca me imaginé que un día vería todo eso.

Ahora, cincuentón, cómo estoy gozando y reviviendo las clases de historia de primaria que nos daba en el colegio Unión de Guadalajara el señor Madrid y en México, en el Patria, el Sr. Vargas. Cómo le agradezco a mi papá el haberse sa-

crificado para ponerme siempre en los que él pensaba eran los mejores colegios; y creo no equivocarme al decir que objetivamente eran los mejores colegios de aquellos lejanos y felices tiempos en que yo era niño bueno, todavía no maleado por mis amigos de la UdeG. Bueno, obviamente no me arrepiento de tener estos amigos, al contrario.

Me tengo que despedir porque es domingo y son la 6:30 p.m. y pronto llegará a mi cuarto el P. Negrone… que merece por lo menos que le dedique la próxima carta.

Hasta la próxima D. M.
Dada en Roma (así decían todas la bulas medievales), en la Villa Barberini, en el monte Janículo, el día 27 de enero de 1985.
Chuchín S. J.

Padre Negrone

Uno de los colegas del *Diccionario Histórico* era Frederick Manion, un gringo muy simpático, sesentón ya, que resultaría uno de mis mejores amigos. Batallaba con el idioma italiano; me invitaba con frecuencia al cine y yo en voz baja le traducía al inglés. ¡Imagínense mi inglés! La primera vez, un sábado por la tarde, le dije: "te invito un trago". Aceptó y entramos a un bar: "pide un Negrone, te va a gustar". Efectivamente me gustó y pedí otro, luego le pedí al que nos lo servía que me explicara qué era eso. Me explicó que por terceras partes era Ginebra, Campari amargo y Punt e Mez, o Cinzano.

Poco después se me ocurrió invitar a mis amigos a tomar un aperitivo los domingos antes de la cena. Los cuartos eran amplios y en las sillas y sobre la cama cabríamos unos diez. El superior de la comunidad era un gringo simpático que, aunque estuvo en Roma más de 40 años, nunca aprendió bien el italiano: el padre Frank Furlong, con quien siempre me llevé muy bien. En la comida les decía yo a mis amigos: "hoy viene el padre Negrone". Una vez un italiano, buena persona, pero archiconservadora que seguía usando sotana, me dijo: "oiga, yo no conozco a ese padre". "No se preocupe; es un estadounidense de ascendencia italiana y es experto en la historia misional del norte de México". "¡Ah, qué interesante".

Servía yo el Negrone con alguna botana fácil de conseguir. Por cierto, solo un español misionero de Japón y un argentino tuvieron la idea de cooperar para comprar las tres botellas; a nadie más se le ocurrió que yo gastaba en el Negrone. Asistían dos húngaros, Manion por supuesto y algunos polacos. Conservo algunas fotos. Citaba yo media hora antes de la cena de suerte que por lo común solo había tiempo para un Negrone.

El último año, ya para regresar definitivamente a México, el argentino, Hugo Storni, me dijo: "ahora que te vas, ¿quién servirá el Negrone?". "Pues cualquiera". "No, me dijo el argentino, eso lo hacen los mexicanos que son especiales, no cualquiera". Lo de los mexicanos es digno de comentarse más; en la comunidad estaba un catalán, de apellido Batllori, historiador de fama internacional, renombrado y respetado, pero… de un genio que muchos repudiaban; casi recién llegado yo, Batllori se agripó y no podía bajar al comedor, yo me ofrecí a llevarle la comida a su cuarto; cuando entré, se sentó en su cama y me dijo: "Ah, los mexicanos; siempre los mexicanos".

Luego me contó que cuando él estudió Teología, en Gallarate, norte de Italia, siempre eran los mexicanos los que se ofrecían a ayudar. Me tomó gran afecto; con frecuencia viajaba a Alemania y siempre, en el comedor, me decía: "voy a Alemania, ¿qué se le ofrece?". Yo le encargaba unas vitaminas que no se vendían en Italia, y cuando no le encargaba nada, siempre me traía un regalito, con gran admiración de todos: "¿Qué has hecho para que el regañón de Batllori te aprecie tanto?".

Sigo con el tema de los mexicanos. Recuerdo que mi primera Navidad en Roma, 1981, el 24 de diciembre por la noche pusieron a la entrada del comedor dos mesas: una con paquetes de dátiles de Egipto y otra con chocolates, y cada quien al salir tomaba sus bolsas. El "ministro" de la casa, algo así como administrador estaba a la salida, era un belga, y no me pude reprimir: "padre, ¿no le parece de mal gusto eso de poner bolsas?". No me respondió nada, pero en la siguiente Navidad le pedí dinero para poner en bolsas de regalo los dátiles y chocolates, con su moño navideño en el lugar de cada quien.

Compré también pequeños adornos como campanitas, coronas y motivos navideños para poner en la puerta de cada cuarto; me ayudaron un polaco y un vietnamita. Por supuesto que todos preguntaban de quién había sido la idea: de

un mexicano. Cuando estábamos colocando los adornos en las puertas, me comentó el vietnamita: "tú no sabes disimular; a tus amigos les pones adornos muy bonitos y al alemán y al siciliano que te caen mal les pones un simple moñito…". En una comunidad de 120 no es difícil captar las simpatías y antipatías.

21 de marzo de 1985

Varios ex alumnos, sobre todo los que tuve durante 1984, me preguntan qué hago en Roma. Para responder, necesito narrar un poco de mi autobiografía. La televisión es una de las maravillas de nuestro tiempo y tiene sus innegables bondades, pero… terminó con las sobremesas familiares, con aquello de "abuelita, cuéntame un cuento". Digo esto, porque entre los recuerdos más bellos de mi infancia están aquellas noches en que mi papá nos contaba historias sobre todo de Egipto, Grecia, Roma y Europa Medieval.

Si en la primaria y secundaria saqué siempre buenas calificaciones en Historia fue porque la clase me servía de repaso de lo que ya había aprendido en la casa, después de cenar. Desde que tengo memoria, recuerdo que mi mamá me tenía muchos recortes de revistas y periódicos de los años veinte y treinta que ella me había ido guardando para cuando yo aprendiera a leer: recortes sobre los primeros aviones, sobre el Graf Zeppelin, sobre la Reina Astrid de Bélgica, sobre el descubrimiento de la tumba de Tutankamón en el Valle de los Reyes.

La primera vez que mi papá me llevó a la Ciudad de México, cuando yo tenía ocho años y murió mi abuelita paterna, recuerdo que me enseñó cada altar y capilla de la catedral de México y me contó la historia de cada una. En el panteón del Tepeyac, atrás de la Basílica, me enseñó varias tumbas entre ellas una en que solo había dos iniciales (M. L.). Me explicó que los hijos de Miguel López se habían avergonzado de la traición de su padre a Maximiliano y solo habían puesto sus iniciales. Me enseñó muchos edificios y plazas y calles de México y me contó lo que había sucedido ahí… En fin no me alargo; solo quiero decir que entre las muchas cosas buenas que me inculcaron mis papás una muy importante para mí, fue el *gusto* por la Historia.

Luego, en el colegio Unión el P. Madrid me tenía con la boca abierta hablándonos de Carlo Magno, del Cid Campeador y de Enrique el Cazador; en 1969 cuando estuve en España en Burgos y visité la tumba del Cid y en abril de 1970 cuando en Aachen, Alemania, visité la tumba de Carlo Magno; me emocioné de veras; era algo que desde niño había deseado hacer. En México tuve un maestro maravilloso de Historia, el Lic. Ubaldo Vargas, en tercero de secundaria cómo deseábamos que hubiera clase de Historia.

Después, ya como jesuita, le debo muchísimo al P. Daniel Olmedo, quien falleció hace unos meses; no exagero si digo que aprendí de él mucho más que de todos mis profesores de la facultad en México y después en París; don Daniel Olmedo me inspiró la preocupación por buscar la verdad, por no afirmar nada que no pudiera demostrar documentalmente, tal vez venga de ahí mi instintiva desconfianza a todo pseudohistoriador –aquí entran en primer lugar los rojillos– que afirman sin aducir pruebas.

Otra premisa para explicar lo que hago en Roma es la siguiente: siempre desde que recuerdo me ha gustado escuchar a los viejitos. Cuando entré a la Compañía de Jesús, siempre me gustó oír a los padres viejitos que me contaban las cosas de sus tiempos; la historia vivida de los jesuitas, sobre todo mexicanos. En San Cayetano y en San Ángel siempre había viejitos, algunos ya muy achacosos; les ayudábamos en la misa, les llevábamos de comer, les dábamos conversación y siempre me gustaba preguntarles sobre sus tiempos.

En San Ángel, de 1954 a 1958, tuve la fortuna de tener acceso libre –con llaves que me dio el P. Olmedo– a todas las bibliotecas de la casa: a la general, a la del P. Cuevas (sin ninguna duda, y lo digo sabiendo lo que digo) una de las mejores de todo el país y con tesoros documentales que solo hay ahí); tenía llave de la biblioteca que nos regaló la Sra. Viuda del Gral. Joaquín Amaro, secretario de Guerra en tiempos de Calles; maravillosa para la historia de la Revolución y de la Cristiada… En fin, no acabaría de enumerar personas que influyeron en mi afición a la historia. Solo diré que, cuando en 1967 me mandó el Padre Provincial a París a sacar el doctorado de Historia, escogí como tema de investigación un tema sobre historia de la Compañía de Jesús en México, igual que había hecho en el 65 para sacar la licenciatura de Historia en México.

En 1977 recibí un cuestionario sobre la utilidad de escribir o que escribieran en Roma una Enciclopedia de Historia de la Compañía de Jesús: respondí lo mejor que pude, pero nunca me pasó por la imaginación que me tocaría a mí una buena parte en ese trabajo. Después vino la invitación de viajar a Roma; cartas y más cartas; el viaje que hizo Charlie O´Neill a Guadalajara para invitarme y persuadirme a venir a Roma… y aquí estoy, feliz de la vida, en mis mejores años de madurez humana, dedicado a algo de lo que más me ha gustado siempre: a escribir Historia y, quien me lo hubiera dicho, Historia de la Compañía de Jesús, en… la "mera mata", eso de tener en mis manos cartas autógrafas de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier, del P. Kino, del P. Salvatierra, de Clavijero, de Félix de Sebastián, quien escribió la historia de los jesuitas mexicanos desterrados en Italia en 1767.

Escribo artículos y corrijo trabajos de otros. Esto es muy difícil: ¿cómo corregir la plana a colegas muy ilustres? Precisamente, ayer terminé de revisar el último artículo de un padre que vive aquí y que en 1968 me ayudó mucho, pero… ahora es noventón. Otro de mis grandes maestros, a quien le dediqué mi tesis de doctorado, escribió muchos artículos sobre México; es especialista de la Historia de la Compañía de Jesús en México, pero… es ochentón; ayer por la noche tuve una magnífica plática con Charlie O´Neill (director del Instituto Histórico S. J.), me dijo: "si alguien no está de acuerdo con tus correcciones… puede quitar su firma del artículo y queda la tuya". No lo acababa yo de creer: contar con todo el apoyo del director del Instituto para mi trabajo. Debo confesar que me quitó un gran peso de encima, y me sentí feliz y animado, es muy reconfortante trabajar sintiendo total confianza y apoyo de los de arriba.

De modo que cuando me preguntan qué hago en Roma, digo: "algo de lo que más me ha gustado siempre". ¿No es esto una fortuna? ¿No es una verdadera bendición del Dios bueno? Mal haría yo en vivir amargado, si he sido de las personas más afortunadas. Dios me ha ayudado a realizar muchos de mis sueños de niño y de joven: ser sacerdote; decirle a la gente que Dios nos quiere, la vida es bella, hay un más allá después de esta maravillosa existencia; confortar enfermos y moribundos.

En Guadalajara voy mucho a hospitales; al IMSS sobre todo (a Pediatría, Centro Médico y Clínica 44, la que está en Las Torres y 8 de julio). Qué duro es

estar viendo –casi rutinariamente– la muerte y el dolor humano, pero qué grande es Dios que le da a uno la oportunidad de confortar a los demás, sobre todo a los pobres. Mi sueño de niño era ser sacerdote, lo realicé hace 20 años. Aunque creo que sería más exacto decir que sacerdote no era un sueño, sino una aspiración que siempre tuve. Sueños tengo muchos. Sueños, porque nunca imaginé que serían realidad; estudiar en la *Sorbonne* donde estudió San Ignacio de Loyola, donde nació la Compañía de Jesús. Sueños es conocer países y personas.

Cómo desearía que todos mis amigos y ex alumnos fueran por lo menos tan felices y afortunados como yo. Cómo quisiera aquí tener a mis amigos y ex alumnos para enseñarles las maravillas de Europa; este continente avejentado, un gran museo, lleno de bellezas; pero… que ya dio lo que podía dar. El futuro, creo yo, está en México, en Centro y Suramérica, en África, en Asia… Se terminó el papel. Un abrazo de su afortunado amigo que se dedica ahora a estudiar libros viejos y nuevos, papeles muy viejos y trata de escribir historia en lenguaje moderno que sirva para que los jesuitas del futuro amen de veras a la Compañía de Jesús.

Chuchín

21 de abril de 1985

Los meses se han ido volando y me encuentro con la agradable constatación de que me quedan poco menos de tres meses para regresar a la maravillosa tierra del sol: al México de los mariachis, el tequila, las carnitas, las flores bellas y la gente con ganas de gozar de la vida. De modo que esta será una de las últimas cartas de este año en Roma. En 1981, cuando establecimos las condiciones de mi venida a Roma, todo parecía indicar que el trabajo terminaría en 1985, pero… la experiencia ha ido mostrando que todavía faltan años para terminar nuestra Enciclopedia Histórica.

La verdad eso de tener que regresar todavía alguna vez más no me disgusta. Claro que cada arrancón de Guadalajara deja su “rasponcito”. Esta última vez dejé a mi mamá con más años encima y con achaques peligrosos. Además, por

si fuera poco hubo tres circunstancias que me hicieron especialmente amargo el arrancón; varios matrimonios de mis grandes amigos a los que más frecuento tenían sus problemillas; lo mismo que una familia (o mejor varias familias, porque es un verdadero "clan", donde dos tías geniales son el centro de gravedad de ese clan maravilloso y muy querido) que tenía algunas dificultades.

Y lo que me acabó de dar el tiro de gracia fue un grupo de la prepa dos: el 5.F: en solo un mes de clases en que me di gusto regañando y poniendo orejas de burro –como todo *maistro* que se respete– les tomé un gran cariño; me dolió de veras dejarlos, porque de no haber venido a Roma los hubiera tenido dos semestres y estoy seguro de que hubiéramos vivido una serie de aventuras en esa relación maestro-alumno qué tanto me gusta. Por cierto, de ese grupo recibo muchas cartas y, estas cartas mías fotocopiadas están pensadas en muy buena parte para responderles a ellos.

La Semana Santa, como siempre, fue una bella experiencia religiosa; la misa del Domingo de Ramos y sobre todo la Pascua en la Plaza de San Pedro. No deja de emocionarme cantar el Padre Nuestro junto con más de medio millón de personas de todo el mundo. Los ratos antes y después de la misa en que uno se presenta a gente de muchos países. Este año, en Pascua, me tocó entre un grupo de polacos, una familia francesa de Bretaña, unos muchachos de Etiopía y unas señoras alemanas de Bochum.

Con todo mundo trata uno de hablar, se respira un sentido de fraternidad bellísimo. Ese mismo día, Pascua, ya de salida, también me encontré un grupo con una banderota mexicana [cómo lucen con el sol el verde, el blanco y el rojo] era un grupo alteño, de Arandas, por más señas. Cerca del altar del Papa, había otro grupo de monjas mexicanas, igual de argüenderas con su banderota. A mitoteros nadie nos gana: los italianos nos dan el "¿quién vive?", pero no creo que nos ganen.

Hubo en la Semana Santa dos circunstancias más que me la hicieron memorable; el lunes santo en nuestra iglesia del Gesú –donde vivió y murió San Ignacio de Loyola–recibieron la ordenación de diáconos [la ordenación previa para el sacerdote] doce jesuitas jóvenes de Yugoslavia, India, África, Ecuador, Polonia y un gringo. Con el cardenal Pironio –es uno de los poquísimos personajes del vaticano que nos quiere– concelebramos unos 250 jesuitas de todo el mundo. A mí me tocó entre un malgache, que hablaba muy bien francés y un croata.

Hubo un canto en polaco, ejecutado por Stanislao el más joven de mi comunidad, la traducción italiana que teníamos en la mano era bellísimas; la entrega de un joven al servicio de los demás. Otro canto fue en inglés, también bellísimo. Un canto en no sé qué idioma africano ejecutado por jesuitas africanos, reforzados por varias monjitas africanas. Lo mismo paso con el canto en algún idioma indio, no sé cuál [en India, además del inglés, existen 14 idiomas oficiales, sin contar las decenas o cientos de dialectos] ejecutado por jesuitas indios y monjas; se les veía una devoción y una alegría que contagiaban.

Después de la comunión, el popularísimo canto en español "el pescador". Confieso que me conmovió. Como éramos tantos los concelebrantes y había que dejar el presbiterio y las primeras bancas libres para los ordenandos nos colocaron adelante, me tocó a la izquierda, junto al altar donde está sepultado San Ignacio de Loyola; sobre la tumba hay una estatua del santo en bronce del siglo XVII y que tenía en el centro de la casulla una perla que los pescadores seris (de Sonora) le regalaron al Padre Kino y que él mandó a Roma para la tumba de San Ignacio. La perla fue una de las veinte mil cosas que se robó de Italia el sinvergüenza y asesino y ladrón y presumido y odioso de Napoleón Bonaparte. Los franceses e ingleses fueron especialistas en carrancearse todo lo que pudieron…, pero ya me desvié del tema.

La otra experiencia fue confesar varias horas el jueves santo por la tarde y el sábado por la noche. Es bellísimo decirle a la gente que Dios nos quiere. Uno, de confesor, es exactamente igual que toda la gente –todos somos pecadores–, pero es bellísimo sentir que Dios –por su pura bondad– lo escogió a uno para eso; para decir a todas las personas que hay un Padre bueno; Dios es grande porque sabe perdonar como no sabemos nosotros. Después de meses de estar entre puros libros, fue maravilloso volver a ser lo que siempre quise ser: ayudante de Dios en ayudar a la gente. La historia me encanta, pero me gusta mucho más ayudar a la gente.

Ha habido otros gozos; volví a ver la película Amadeus (sobre Mozart) que ya había visto a fines de febrero. Estos meses han pasado por diversas estaciones de radio obras de Mozart y no resistí a la tentación, tenía guardados 50 dólares para comprar algunos recuerdos de Roma para llevar a mis amigos, pero… no resistí… y confiando en la Providencia me compré cuatro álbumes con las mejo-

res sinfonías, conciertos para piano, violín y clarinete de Mozart; los he gozado con positiva glotonería espiritual durante mis largas horas de corrector y redactor. Siempre me había gustado mucho Mozart, pero ahora habiendo leído más sobre él y sobre su música he gozado enormemente.

Se me terminó el papel. Creo que esta vez no estuve inspirado al escribir, pero de momento es aquello que puedo contar a mis amigos sobre mis últimas andanzas romanas. A todos y a cada uno de mis amigos les mando un apretado abrazo con un "hasta pronto, Dios mediante".

Chuchín S. J.

Nota complementaria

No tengo idea de cuando regresé a México para cumplir con mi semestre de docencia en la Universidad de Guadalajara. Solo recuerdo que en mi penúltimo regreso, al llegar al mostrador de Pan American, en Roma, me salieron con que mi boleto estaba anulado. Afortunadamente pude telefonear a la Agencia de Viajes de la casa del Padre General, y todo se arregló, pero al abordar el avión comenzaban las revisiones y no me dejaron subir una máquina de escribir y la regalé a unas monjas que vi por ahí.

No tengo notas de ese semestre en México; debí dar mis cursos en la prepa dos de la Universidad de Guadalajara, poniendo orejas de burro color de rosa a las flojas y azules a los flojos. Cómo me divertía, ahora, escribo en 2019, me encuentro a veces gente en la calle que me saluda: "Maestro, fui su alumna o alumno en la prepa dos y tengo mi foto con orejas de burro". Además, cada regreso de Roma era acompañado por bienvenidas de amigos y, obviamente cada partida a Roma tenía sus variadas despedidas.

No recuerdo la fecha, pero fue en estos años de idas y venidas a Roma cuando Ramón Mijares, quien era maestro de novicios, pidió "un jesuita que fuera inspiración para los jóvenes"; quien además de los jesuitas "formadores" vieran a un jesuita normal en su trabajo, y me pidieron que fuera yo a vivir a una comunidad de jesuitas jóvenes que vivían en pequeñas comunidades en Lomas de Polanco,

en Guadalajara. Era un barrio popular en la parte sur de Guadalajara. La idea era que los jesuitas jóvenes tuvieran contacto con personas de bajos recursos.

Creo que se exageró y se malinterpretó la idea de tiempos de la "conversión" a lo social. Todo converso se hace fanático, no pocos jesuitas mexicanos, en mi opinión, en esos años (1970 a 1990) fueron "conversos" a un marxismo de tercer mundo. Yo viví varios semestres, en mis mismos años de Roma, en que viví "insertado" en una colonia pobre. Se exageró la experiencia; viví en la calle 14 de Lomas de Polanco en un ambiente maleducado y grosero; la casa sucia, la vajilla de plástico; la "capilla" era una pequeñísima sala con una mesa redonda muy baja que usaban también para estudiar, el Santísimo en esa salita, guardado en una cajita de vidrio de Tlaquepaque.

La casa llena de Che Guevara, pero no había ni un crucifijo ni una Guadalupana. En una o dos ocasiones en que yo volvía a Europa llegaron grupos de la prepa dos con mariachis para despedirme con gran sorpresa de los jesuitas jóvenes que vivían ahí. Era curioso, porque obviamente yo estaba bien trajeado para tomar el avión. Yo era el mayor de edad y, dentro de unas horas, al llegar a Roma resultaría el menor.

Era muy contrastante mi vida en Lomas de Polanco y en Roma. Tenía yo un Volkswagen para irme a la prepa dos, pero una Navidad, uno de los jesuitas estudiantes jóvenes lo tomó y lo chocó. Debía yo caminar varias cuadras para tomar el camión en la terminal, porque de lo contrario me bajaba con el pantalón sucio, porque al ir de pie en las apreturas la gente con sus zapatos me ensuciaba. El ambiente en la comunidad era muy poco jesuítico y muchos de esos jóvenes dejaron la Compañía de Jesús. Fue una experiencia desagradable.

18 de febrero de 1986

Después de una escala de una semana en Londres, es hoy mi cuarto día en la milenaria, bellísima y… nevada Roma, porque el pasado viernes 14 me la encontré con visibles restos de la última nevada de casi 30 centímetros, cosa casi nunca vista en esta tierra de artistas, santos, bohemios y gente amante de la vida. La víspera, jueves 13 en Londres, la familia Garduño me invitó a la representación

de la obra *Los Miserables*, basada en la novela homónima de Victor Hugo; nunca había visto una tan bella conjunción de la revista musical, la ópera y el teatro llevados a su más maravillosa unidad y brillantez; qué perfección en los coros, los ballets, los solistas; la imaginación de la escenografía con inspiración –según creo– en Delacroix, David y otros pintores de la revolución francesa; la dicción clarísima (antevíspera en la revista musical *Cats* casi no había entendido nada de las canciones y diálogos). Al terminar la obra y a pesar del frío glacial, María Eugenia Garduño me acompañó a buscar unos cassettes de música de Handel que hace años deseaba adquirir. Luego, el último trago de *scotch* en un *pub* de Oxford Street, casi esquina con Gilbert St.

El viernes 14, llegué muy anticipadamente al aeropuerto 1 de Heatrow (existen otros dos, además del aeropuerto de Gatwick) y, al pedir lugar de no fumadores y con ventanilla, vi con sorpresa que mi tarjeta de abordar no decía clase económica, sino *clipper class* (equivalente a primera clase). Como el vuelo estaba lleno y fui el primero en llegar, me dieron primera clase. Definitivamente, Londres me chiquea: en 1983, volando también de Londres a Roma, Alitalia me dio primera clase.

Abordé un Boeing 727 de British Airways, asiento 2A). A las 2:45 en punto, según programa, arrancamos y a las 2:51 despegamos. El piloto anunció un vuelo de dos horas y diecinueve minutos. Cielo nebuloso que superamos en pocos minutos. En el avión encontré los últimos números de *The Economist* inglés, y *U.S. News* gringo que traían, cada uno, tres artículos sobre el derrumbe del precio del petróleo.

Comenzaba a leer el primer artículo de *The Economist* cuando la azafata inglesa –blanca como papel, guapa, pero desabrida– me ofreció una toallita de algodón tan caliente que echaba humito, muy perfumada para que me limpiara las manos (señal inequívoca de que iban a servir la comida). Un sobrecargo pasó luego ofreciendo un aperitivo: "Scotch, vodka, American whisky or champagne?". "La duda ofende… tarados ingleses", pensé para mis adentro… "Champagne, please". Me dio una botellita de Lanson, fabriqué et embouteillé à Reims fresca –a doce grados centígrados– según dicen los que saben que debe ser la temperatura de los vinos y cerveza (en México sirven *helada*, con lo cual le matan el sabor).

Una segunda azafata nos repartió charolas: una galletita redonda con algo parecido al taramosalata (una especie de caviar rojo) que sirven en los restaurantes griegos; una rebanada gruesa de *paté de fois* enmarcado en pan casero, otro canapé de salmón y un jitomatito chiquito sin el centro y relleno de cerezas y otras cosas dulces (una mirruña de medio jitomatito…) de postre… dátiles secos. Eso sí había miles de fierros: dos cuchillitos, dos tenedorcitos muy "monos", una cucharita y una cucharita para el café; muchos fierros y poca sopa.

Me acordé entonces de que los extravagantes hijos de la Thatcher, de Drake y demás piratas, no hacen a mediodía la comida fuerte sino después de la seis de la tarde; se trataba pues del *lunch* (tentempié). Menos mal que el sobrecargo volvió a pasar ofreciendo más Champagne. Todo el tiempo del vuelo, después de comer, me fui leyendo; además de que no se veía casi nada, nubes y más nubes.

Debimos pasar muy cerca de la bellísima e inolvidable París –aquella de mis años de la *Sorbonne*, de la revolución de mayo del 68, de mis amigas las monjas auxiliadoras de Montmartre, de tantos amigos de aquellos conflictivos y maravillosos años–. Las 4:55 (5:55 de Roma), el piloto anunció el próximo aterrizaje en Roma. A las 5:05 (6.05 tiempo local) vi tierra italiana por primera vez y, lo que sea de cada quien, a las 6:09 tocamos tierra, es decir, aterrizamos a la hora que el piloto había anunciado al despegar de Londres: había dicho que el vuelo duraría 2 horas con 19 minutos.

Me esperaba un hermano español. Enfilamos hacia Roma, casi chocamos contra un montón de nieve. Se veían árboles caídos o desgajados; la nevada había sido tremenda. Llegamos a mi casa a eso de las 7:30 y subí a mi cuarto a dejar mi equipaje. Me quité abrigo, gorra, bufanda, guantes y saco; bajé al comedor: *mi* comunidad estaba ya cenando y –cosa no frecuente en estas casas internacionales donde mucha gente va y viene– me recibieron con un aplauso que me emocionó: "Te extrañamos mucho en Navidad", me dijeron los húngaros.

Los polacos preguntaban que si había traído tequila; la respuesta fue afirmativa. Freddy Manion, mi vecino gringo y uno de mis mejores amigos de mi comunidad, me dio fuertes palmadas en el hombro: "llévate un vaso y nos vemos en mi cuarto, la colonia americana tiene que festejar tu llegada" (cosa que luego hicimos religiosamente). Los checos y yugoslavos (perdón… los yugoslavos no existen; o son croatas o son eslovenos –cosa que aquí aprendí–) eran los que

más me preguntaban cómo me había ido con el temblor… Total, de veras qué diferente llegada a la de 1981: ahora llegué a mi casa.

Al día siguiente, sábado, mis secretarias a la hora del café (10:30 de la mañana, a la mitad de la jornada matutina) me tenían pastelitos riquísimos, galletas caseras y una copita de vinillo generoso.

Hasta la próxima:
Chuchín S. J.

No puedo dejar de comentar que, en cuanto regresé a Roma, en febrero del 86, fui con la encargada de la Agencia de Turismo y le conté el mal rato que pasé cuando mi boleto estaba suspendido, en lugar de confirmado. Se apenó mucho y, como lo diré en su momento, se revindicó…

Domingo 23 de febrero de 1986

El día está muy frío y nebuloso, y en lugar de mi paseo dominical, trataré de ordenar un poco mis recuerdos de este último viaje. No es fácil expresar en pocas líneas las últimas despedidas en Guadalajara: maestros y ex alumnos, secretarias y empleados de la UdeG; ex alumnos del ITESO. La despedida de mi mamá que por primera vez lloró al despedirse de mí; no había llorado en agosto de 1942, cuando su niño de nueve años salía del rancho para irse a estudiar a Guadalajara; ni cuando a los doce en la antigua estación tapatía (atrás de la iglesia de San Francisco) me dijo adiós, cuando me fui a México a estudiar la secundaria. Yo sí lloré –lo recuerdo bien– el tren se iba alejando y mi mamá se fue quedando allá a lo lejos. Nunca había llorado ella en tantas despedidas, pero esta vez sí, y a mí se me hizo un nudo en garganta.

El martes 04 de febrero, Margarita Castro y Caty Morales, en compañía de una de mis hermanas y un sobrino, me llevaron al aeropuerto, donde me esperaban los ingenieros Rodolfo Vázquez Sánchez y Eduardo Moreno con sus respectivas esposas: ¡cómo no voy a extrañar a la "gloriosa" prepa dos de la UdeG. A las 6:45 p.m. el "Oaxaca" (Un DC 9-15) de Aeroméxico despegó de

tierras tapatías. Despegamos de oriente a poniente: desde mi asiento 6E –ventanilla derecha– alcancé a mirar al ITESO, y la última nostálgica mirada a la bella Guadalajara de cantera rosa, con sus mil palomas de caserío, olor a tierra mojada, de bellas mujeres, de mariachis que hacen bailar las piernas y oxigenan al corazón; Guadalajara, de incontables y maravillosos amigos. Luego, mientras daban instrucciones de vuelo… Chapala: "por Ocotlán sale el sol…por Tizapán sale la luna; lentamente la marea va bajando en la laguna" (mentiroso Voltaire que dijo que las cosas que no valen la pena se cantan).

Cómo no va a valer la pena decir adiós a Chapala, mientras en sol se va ocultando por Tizapán y Tuxcueca y siento los ojos húmedos al pensar en mis amigos que se quedan aquí; pienso en fulanita a quien hace años casé y ahora… tiene unos problemones insolubles; en fulanita y fulano que andan "de la greña" aunque tienen ya hijos; en perengano cuyo problema no hemos podido ayudar a resolver; en don fulano que acaba de salir del hospital –papá de varios de mis mejores amigos– y que continúa delicado; doña fulanita que después de tres operaciones no acaba de ponerse bien; en fulana que no acaba de encontrar compañía para su vida; en tal familia con una serie de preocupaciones. Cuando menos lo pienso, estamos aterrizando en México, donde Yolanda Garduño y su tía María Elena me hacen el favor de ir por mí al aeropuerto.

El viernes 07, mi último día en México, me paso la mañana en la Basílica de Guadalupe, la "niña del cielo" –como decía Juan Diego– se encargará de toda esta gente, todos estos amigos en quienes venía pensando desde la romántica Chapala hasta el polvoriento Texcoco. Realmente en la Basílica de Guadalupe hay "algo", algo muy especial, porque uno sale animado a vivir y a convivir.

El día 08, el vuelo 456 de Pan American México-Washington (con conexión automática con el 106 a Londres) despegó puntualmente; un Airbus 300, medio viejito, sin enchufes para audífonos en los asientos y sin película. Asiento 12A, ventanilla a la izquierda. Como a las 10:30 una azafata gringa me despertó de mis reflexiones: "qué prefiere para desayunar:"omelette or steake with enchilada?". "Steake, please". Un filete largo, cocido en su punto, como me gusta; la "enchilada" para el gusto (¿¿¡¡!!??) gringo: sin picante e insípida. Para beber –insistió la gringa– "orange juice, milk, Coke or red wine?". Me alargó la botellita de Burgundy, bebible, pero nada del otro mundo [realmente los gringos

son los amos del mundo, pero siguen siendo un pueblo bárbaro y descarriado, con su cocina insulsa y primitiva; solo a un pueblo cavernario se le ocurre comparar el jugo de naranja artificial, la leche pasteurizada y la abominable y nefasta Coca con el vino (el "vino que alegra el corazón de los hombres" como dice sabiamente el salmo 103).

La cocina gringa en general –aunque tiene cosas indiscutiblemente buenas– cómo se va a comparar con la francesa, la china, la de la India, y… sobre todo… con la mexicana!!! De postre hubo una pasta –comible– de queso y piña, que probé y dejé a medias. A las 12:30 aterrizamos por instrumentos en Washington, casi todo el tiempo habíamos volado sobre nubes, con frecuentes turbulencia y 3 o 4 veces dieron la orden de sujetarse los cinturones.

En Washington, lo que sea de cada quien, todo mundo cortés y amable (contrastando con anteriores experiencias en New York, Miami y, sobre todo, Houston); en migración luego, la negrita de aduana me resultó hasta simpática (tenía yo miedo de que decomisaran mis salsas "Puya" (de un litro), las habaneras de Yucatán y, sobre todo, la casera que amablemente me había preparado el penúltimo día en Guadalajara la Sra. Michel de Villa –salsa con fórmula de Sayula–.

Los empleados de Pan American con quienes tuve que tratar para preguntar sobre mi equipaje, reconfirmación de asiento, etc. Todos muy muy amables, que conste (como aquí en Roma y en todas partes, una cosa es la política económica y social externa de los gringos y otra cosa son las personas). Casi seis horas de aburridísima espera (afuera todo nevado). Comí una sopa caliente y la insípida hamburguesa gringa con salsa dulzona. A las 7:52 local (8:52 pm de México) despegamos en un Boeing 747: asiento 33A.

El avión iba casi lleno, pero mi buena estrella de siempre me concedió que los dos asientos a mi derecha, antes del pasillo fueran vacíos. Sirvieron un pescadillo a la vinagreta, con alcachofas y coliflor y dos botellitas de vinillo blanco de Côtes du Rhone. Me acosté como en una cama a lo largo de los tres asientos. Como a las 12 de la noche de mi reloj desperté. Poco después sirvieron café y te y anunciaron el ya próximo aterrizaje; no se vio absolutamente nada –los aterrizajes por instrumentos siempre me ponen nervioso– y hasta que estábamos casi rodando sobre la pista, vi a mi izquierda un Turvolev de Arabia Saudita Airlines

y DC 10 de Air India: "Welcome to Great Britain" dijo el piloto (12:43 de la noche de México y 6:43 am de Londres).

Los interminables pasillos con sus bandas eléctricas; los salones inmensos de migración y de las salas de equipaje. Salí a tomar un taxi; un frío como para congelar hasta el pensamiento, con decir que la siguiente noche (mi primera en Londres) fue la más fría en 40 años según afirmó unánime la prensa inglesa (5 bajo cero en el centro y hasta 14 en las afueras). Estoy de nuevo en esta tierra inglesa; recordé al Sr. Villalón [maestro interino de Historia en el inolvidable Bachilleratos (Secundaría y Prepa I. Patria.) que me puso un 10, ahora sería un 100, porque un día en 3° de secundaria de pura suerte se me quedó el nombrecito de la batalla de "Hastings", sur de Inglaterra, un día que nadie supo la clase sobre la invasión normanda].

Por estos rumbos cómo recuerdo a mis maestros de Historia, al P. Alfonso Madrid en el colegio Unión, al Sr. Ubaldo Vargas en la secundaria y en La Compañía de Jesús a don Daniel Olmedo y –en el mundo griego y Romano– a los PP. Luis Sánchez Villaseñor y Xavier Gómez Robledo quisiera tenerlos a mi lado para compartir tanta felicidad de recorrer estos mundos; ni para que hablar de mis ex alumnos y amigos: cómo gozaría todavía más con ellos aquí. Un abrazo.

Chuchín

27 de marzo de 1986

Muy estimados ex alumnos y amigos:

En la mañana del 24 de octubre de 1964, en la ciudad de México, un grupo de 29 jesuitas recibimos la ordenación sacerdotal. Nunca he olvidado la oración (todavía en latín) que el obispo ordenante pronunció: "Dígnate, Señor, bendecir y consagrar estas manos… para que todo lo que bendigan quede bendecido en tu nombre…". Durante estos últimos años he ido encontrando verdadero gusto en bendecir a las personas: enfermos y sanos; niños, jóvenes y viejos. Por otra parte creo ser muy distinto del que era en octubre de 1964; la vida lo va humanizando

a uno y cada día se va tomando conciencia de que de veras es uno pecador como cualquier persona, pero… a la mejor precisamente por eso, porque uno es más débil y egoísta y comodino, Dios lo ha invitado a ser su intermediario. Todo eso lo pensé hoy, hace rato, en la basílica de San Pedro –desde mi lugar en la quinta fila del lado derecho entre las monumentales estatuas de San Longinos y Santa Elena madre de Constantino– a unos 8 metros de donde hace un año Herbert von Karajan dirigió el Singverein de Viena que cantaba la "Misa de la Coronación" de Mozart.

El 24 de octubre del 64, la Provincia Mexicana cosechó el grupo más numeroso de sacerdotes en todos sus cuatro siglos de historia, desde que el 08 de septiembre de 1572 llegaron los primeros jesuitas a México, con "la navegación más feliz que se recuerde" según escribió el cronista Sánchez Baquero. No todos los 29 éramos mexicanos: había cuatro españoles (tres para el Perú y uno para Centroamérica), un ecuatoriano, un inglés y un boliviano y un filipino.

Ese último, Paco Malari, fue mi compañero en primero de Historia en la facultad; después terminó en Chicago y lleva muchos años de profesor de historia en Manila. El ecuatoriano Pepe Benítez, persona sumamente humana, amable y sencilla, es rector del colegio de Riobamba en Ecuador y ha hecho honor a la inteligencia y simpatía que siempre mostró. El inglés Michael Campbell lleva años trabajando con refugiados de Centroamérica y ahora, con otros jesuitas mexicanos, californianos y centroamericanos, trabaja en Chiapas en campos de refugiados guatemaltecos.

El boliviano Gustavo Iturralde, poeta y alpinista, hablaba un inglés perfecto (había estudiado varios años en EE.UU. de muy joven) y hablaba también lenguas indígenas de Bolivia, el quichua y el aymará. Hizo una gran labor de misionero entre tribus indígenas de los Andes bolivianos. El 22 de marzo de 1974, en la ranchería de Zongo, cerca de la Paz lo encontraron muerto en una cabaña solitaria. Nunca se ha sabido si murió de infarto o congelado (o de ambas cosas). En junio del 82, en La Paz, una mañana, antes de tomar el autobús para Perú –vía lago del Titicaca– tuve el gusto de visitar su tumba, donde está otro jesuita ilustre; Lucho Espinal a quien asesinó la policía por sus actividades en favor de la libertad en Bolivia.

Gustavo Iturralde, poeta y amigo de las alturas nevadas, fue el primero que se nos adelantó. Después, el 14 de enero de 1976 se nos fue Cristian Ochoa

Velasco, a quien conocí cuando éramos niños en agosto de 1943 en el glorioso colegio Unión de aquellos tiempos, en Guadalajara, en el número 808 de la calle Madero, donde ahora está la Secretaría de la Reforma Agraria. En enero de 1946, cuando mi papá me llevó a México a matricularme en el Instituto Bachilleratos (cuya primaria era el después famosísimo Instituto Patria), me encontré a Cristián en mi mismo grupo, en Primero A.

Continuamos juntos en 2°A y 3°A, donde estuvieron también Agustín Rozada, Ignacio Morales Elizalde (eterno misionero en Chiapas), Pablo Morales Mancera (paciente psicólogo jesuita), Manuel Esparza (director del Museo de Oaxaca), Demetrio Sodi (el mejor especialista en cultura maya, quien murió hace unos dos años), Agustín Rozada (quien se ordenó conmigo en octubre del 64) y… no acabaría con la lista de mis compañeros y… a muchos les he perdido la pista. Estaba también, no lo podría dejar de mencionarlo, Agustín Rivera jesuita también y quien murió antes de la ordenación. Alberto Lazo Mendizábal, José Barroso, Agustín Báez, Ángel Lerdo de Tejada, etc.

El hecho es que Cristián Ochoa, Agustín Rozada y este servidor entramos juntos a la Compañía de Jesús, el 05 de enero de 1949, y nos ordenamos juntos. Cristián, en 1966 era "socio" (secretario del P. Provincial) y fue quien tuvo la "puntada" de sugerir que me mandaran a estudiar a París. Allá por 1975 concelebramos la misa de Navidad en la iglesia de Loreto en Guadalajara; me confió que se sentía muy mal. Murió poco después, como ya dije. Me queda el remordimiento, al menos la "espinita" de que no escribí nada sobre él (a mí me gusta procurar escribir algo sobre los jesuitas que van muriendo). Pero… me llegó tan hondo la muerte de Cristián que materialmente fui incapaz de sentarme a ordenar mis ideas, solo recuerdo que me llevó a ir asimilando la idea de que Cristián se nos había adelantado.

Esto pensaba hoy cuando el Papa presidió la Misa del Jueves Santo que concelebramos unos 1,200 sacerdotes de todo el mundo; me tocó entre un egipcio o libanés (creo yo) y probablemente un alemán. En la banca de atrás hablaban italiano e inglés. En la de adelante hablaban algún idioma bárbaro ¿checo o húngaro? Que ciertamente no era polaco.

Al final de la misa pensaba que de los 29 ordenados del 64, cinco tomaron otro camino después; no los censuro ni los juzgo… simplemente hoy en especial

le agradecí mucho a Dios el que a pesar de todos los pesares me haya ayudado a continuar, a la mejor precisamente porque soy una persona como todas, como todos los millones de seres humanos frágiles y mediocres (como, según la leyenda o la ficción, decía Salieri –rival de Mozart– a su mediocre confesor). Me acordé de Agustín Rozada (amigo de toda la vida, compañero de toda la secundaria y que conmigo entró en enero del 49 y se ordenó en octubre del 64) y que precisamente cuando murió Cristián me decía: "¿qué te parece?

Los genios se van (abandonan el sacerdocio), los santos se mueren y… con los que quedamos… el Señor hace su obra. La frase es medio cínica, medio irónica y "chocarrera", pero con mucho de verdad. Me sentía particularmente feliz y agradecido con Dios que a mí y tantos otros mediocres [con nuestras claras fallas e incoherencias, pero ciertamente con sinceridad y buena voluntad] nos siga sosteniendo para que tratemos de ayudar a nuestros amigos a seguir adelante en esta complicadísima, pero bellísima, aventura que es la vida.

Mientras salíamos entre miradas y flashazos ininterrumpidos de miles de monjas, curiosos, turistas y devotos recordaba que el día de mi ordenación regalé a mis amigos un recordatorio; la oración de San Francisco de Asís (uno de mis personajes más admirados) impresa en papel o cartulina amarilla (que me obsequiaron los hermanos de Xavier Cacho) y con caracteres muy bonitos que me dibujó amablemente Carlos Velasco. En el reverso de la cartulina escribí: "me siento feliz de haber llegado a este día, y pido a mis amigos que me ayuden con su oración y con su apoyo a tratar de cumplir esta vocación de servicio y de amistad".

Este pensamiento, esta súplica la reitero después de 21 años a mis amigos y ex alumnos: sepan todos ellos que en mis frecuentes ratos de reflexión, en mis paseos solitarios, después de comer, por las riveras del eterno Tíber y por las bellísimas y evocadoras (pero no menos sucias) callejuelas de esta Roma eterna, los recuerdo mucho. En mis momentos alegres, sobre todo, los recuerdo y los añoro también: cómo quisiera compartir con todos ellos tantas alegrías y experiencia siempre nuevas de esta vida que nunca se agota y que –según creo ir descubriendo– *comienza* uno a entenderla cuando se va acercando a la vejez física.

Los recuerda y los extraña:
Chuchín S. J.

Roma, 23 de mayo de 1986

De esta carta haré muy pocas copias, no es para ex alumnos, sino para los "muy muy cuates" con quienes no me da vergüenza compartir lo que sea. Es el caso que esta semana he tenido dos muy grandes satisfacciones. La primera fue el martes –hoy es viernes– durante mi última clase en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana. Al terminar, el representante de alumnos, un brasileño de origen alemán, el más viejo del grupo (casi cuarentón) pidió permiso de hablar: "Quiero decirle en nombre de la clase lo que le dijimos al Decano (o director) de la Facultad; que usted era el único maestro que no amenazaba, ni regañaba, ni presionaba, y que sin embargo era con el que más habíamos estudiado y el que más nos había hecho tener interés por la materia".

Me sentí emocionado… luego un colombiano pidió la palabra: "aunque tal vez nunca lo volvamos a ver, tenga la seguridad de que lo que nos enseñó, influirá en nuestro trabajo futuro y no lo olvidaremos…". La verdad hice esfuerzos por no demostrar mi emoción (no sé si haría bien o no, pero aparenté serenidad). En la UdeG, en la prepa dos, casi cada semestre oigo esto dicho por muchachos jóvenes de 18 años y niñas bonitas, pero dicho por hombres entre 25 y 30 años de todo el mundo es algo que queda grabado de por vida; me sentí inmensamente feliz. Al salir, pasé por la iglesia de San Ignacio de Loyola, una de las más bellas del barroco romano y le agradecí mucho a Dios esta enorme satisfacción.

Luego, ayer y antier participé en el "convenio sobre la latinidad" con gente de todo el mundo; fue una experiencia maravillosa. En mi lugar de trabajo, mesa número uno, me asignaron lugar entre Marie Antoinette Spaak (diputada belga) y un periodista de Radiotelevisión de Luxemburgo, cuyo nombre se me escapa en este momento. Fue muy interesante y agradable oír a gente muy sabia en un ambiente de enorme respeto, atención y educación: qué diferencia con algunos cursos de "nivelación (¿?) y actualización" en que he debido participar en la Universidad de Guadalajara.

Me habían telefoneado de París, a fines de abril, pidiéndome que preparara una brevísima ponencia de entre cuatro y ocho minutos sobre la "Latinidad de América Latina" que diera lugar a preguntas que luego debería responder. Respondió a mi ponencia un francés Georges Duby, del College de France de París

y de la Accademia dei Lincei de Roma (es decir "lo máximo de lo máximo" de Francia e Italia).

Comentó mi ponencia con un cariño descarado a México, un respeto a mi posición y una serie de elogios que hasta medio me desconcertaron. Luego las preguntas, sobre todo de una escritora italiana, cuyo nombre se me va ahora y otro francés, Dupuy si mal no recuerdo, sumamente versado en historia colonial de América y muy simpático. Yo participé en la mesa número 1, en la 2 estaba Jorge Luis Borges.

Durante la tarde siguiente y ayer en la mañana me daba gusto cuando en varias ocasiones hacían referencias a "lo que dijo el profesor mexicano…". La clausura en Il Comune (presidencia municipal) de Roma en un edificio y una sala diseñada por un tal Miguel Ángel, en un ambiente digno de una película de Visconti. Como comentario final diré que en general, los más cultos –modestia aparte– éramos los de la lengua española y portuguesa que hablábamos *todos* italiano y francés; los franceses prácticamente todos hablaban muy bien el español; y los tarados eran los italiano que casi todos solo hablaban italiano. Se acabó el papel.

Los recuerda y extraña:
Chuchín S. J.

Roma, 30 de mayo de 1986

De lo más interesante de esta experiencia romana es la convivencia con personas de todo el mundo. Es esta una comunidad internacional: 74 personas habituales (sin contar huéspedes) de 26 países de todo el mundo. En esta carta quiero comentar algo de cada nación; aunque, como puede ocurrir en toda generalización, resulte medio inexacto o caricaturesco.

Así como entre mis colegas de la UdeG los "rojillos", por un proceso muy explicable pero muy ilógico, convierten su antigringuismo en un filosovietismo y resultan incondicionales "adoradores" de *todo* lo cubano y lo soviético; así aquí los colegas de países con la experiencia comunista soviética tienen alergia

a todo lo ruso y, muy frecuentemente, sueñan en los Estados Unidos como en el paraíso.

Paralelamente, toda esta gente (húngaros, polacos, checos, lituanos, yugoslavos, vietnamitas y paquistanos) resultan –igual que lo había observado entre mis compañeros de París– por lo común gente muy "persignada" (como decimos en México: muy beatos, muy mochos), les encanta todo lo clerical; gozan con andar de sotana –o por lo menos de traje negro y cuello romano– y al contrario de nosotros los latinoamericanos –en especial los mexicanos– les encanta el ambiente del Vaticano… En este aspecto, de gente persignada, la palma se la llevan los croatas (de Yugoslavia), seguidos bastante de cerca por los polacos; aunque estos tienen más sentido del humor.

Los más tarados para idiomas son los gringos y los franceses: ambos se dan el "quiénvive". Nuestro superior –un hombre fabulosamente humano, simpático, amable y bueno– es el prototipo: gringo con casi cuarenta años en Italia, habla un italiano increíble: no da una con los géneros y con los singulares plurales (como en inglés no existen géneros en los adjetivos y sustantivos…). Pero, como siempre, hay excepciones: Charlie, mi jefe director del Instituto Histórico habla perfectísimo francés, italiano y castellano, aunque con un acento gachupín que me pone la carne de zopilote: "Charlie –le digo– por favor, háblame en lo que sea, menos en español gachupín, porque el acento gachupín no lo soporto". De todos modos, Charlie es la excepción y él mismo cuenta el chiste aquel: "¿Cómo se llama uno que habla muchos idiomas?....políglota. ¿Uno que habla dos?... bilingüe… ¿Uno que habla uno?... estadounidense". Igual son los franceses: en general tarados para otros idiomas. Cosa que no sucede con los belgas.

Para idiomas… los polacos son verdaderos genios todos: aprenden luego y con pronunciación perfecta. El polaco es tan complicado… que todo les resulta fácil. Batallan un poquito con la "j", pero con un poco de ejercicio la pronuncian sin la menor dificultad. Los más gritones son los italianos y los gachupines, los gringos menos, pero también. Los más limpios: todos los del continente americano. Los más sucios es difícil decirlo; tal vez franceses e ingleses. ¿Los más majaderos? En mi opinión, los italianos y alemanes. Los más insoportables –aunque también hay excepciones muy honrosas– los alemanes.

En general he observado que tanto gringos como europeos se civilizan muchísimo cuando han vivido en América Latina, en África o Asia. Prácticamente, todos los ex misioneros (gringos y europeos) son personas maravillosas: la experiencia con otras culturas los educa muchísimo. ¿Los mexicanos? Solo quiero decir dos testimonios. Uno de Simonetta, mi secretaria que durante años fue secretaria del Nuncio del Papa en Grecia y aquí en la casa fue telefonista varios años. Simonetta me dijo un día –y no tenía por qué mentirme y sé que no mentía ni buscaba alagarme, porque fue cuando estaba yo por regresar a México hace un año en julio– me dijo: "conozco gente de todo el mundo, y los más educados y finos de todos son los mexicanos". Digo esto para los malinchistas de mi tierra.

Otro testimonio: Robert Scarpit, uno de los grandes editorialistas del periódico *Le Monde* de París. Termina un artículo sobre México (aunque con mucha comprensión y cariño, sin dejar de reconocer nuestros defectos), dice que los extranjeros que han vivido en México regresan: "más humanos, más instruidos y… (los puntos suspensivos los pone él) más educados". Comparto esta opinión: los mexicanos en general combinamos el señorío del hidalgo español con la educación y la delicadeza de nuestros indios. Somos educados y –modestia aparte– lo he confirmado en todos mis años de Europa. Recuerdo que el 03 de octubre de 1968, en París, cuando los periódicos daban la noticia de la matanza de Tlatelolco, me decían mis compañeras de la Sorbonne: "pero, no puede ser, los mexicanos son las personas más finas que existen".

Ah… olvidaba: Simonetta se casa el mes que entra y espera realizar el sueño de su vida que desde hace años planea: hacer su viaje de bodas en el país más maravilloso del mundo en el que tanto ha soñado y sobre el cual ha leído muchísimo: el lejano, asoleado, el paraíso de las frutas tropicales, de las playas azules con palmeras llenas de cocos y arenas blancas: México.

Vuelvo al tema de la educación, hace unos días me pasó algo: estábamos en una de las tres salitas donde hay televisión y, como hacía calor, un italiano gritó: "ventana, abran la ventana". Yo era el que estaba más cerca de la ventana, no me moví. "Ventana, ¿no oyeron? Abran la ventana". Yo saqué mi voz más calmada y teatral que pude y dije en forma muy estudiadamente amable: "por favor, tengan la bondad de abrir la ventana". Yo mismo me levanté, abrí la tal ventana, y antes de sentarme, con voz igualmente *amable* dije: "gracias, muchas gracias…":

los húngaros, polacos y españoles y, sobre todo, el argentino se rieron mucho y aprobaron… Perdón por la autoalabanza, pero cualquier mexicano pide las cosas por favor y siempre da las gracias ¿verdad?

Bien, se acabó el papel. Dispensen las simplezas de esta carta, pero no tenía nada de que platicar.

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

16 de junio de 1986

Muy estimados amigos y ex alumnos:

En esta comunidad internacional (26 países representados) de 74 personas de base, sin contar huéspedes temporales, mis mejores amigos son un húngaro, un portugués, un sueco (en 1958, recién ordenado de sacerdote, fue capellán de la selección mexicana de futbol de Suecia), un polaco y, -¡quién lo dijera!- un español y un estadunidense [yo quien en mis clases de historia, tanto hablo contra gachupines y gringos]. Pero, el colmo de los colmos –dada mi fobia chileno-argentina–… un…ar…gen… tino. Cada día me voy convenciendo de que una cosa son los grupos sociales y los países, y sobre todo sus gobiernos, y otra las personas concretas. Además de que casi siempre generalizamos, sobre un grupo o país, lo negativo; y nuestros prejuicios nos impiden valorar a las personas concretas…

De mi amigo agringo, he platicado algo en varias cartas desde 1981. Su nombre, Frederick Manion, Freddy para los amigos. Pues es el caso que en la madrugada del viernes pasado, día 13, como eso de las cuatro de la mañana, oí un ruido y un portazo más bien lejano. Me volví a dormir. Después de levantarme, al entrar a la capilla para saludar al "Patrón" vi un letrero: se hablaba de que había muerto el padre Freddy Manion.

Volví a leer y leí por tercera vez: sí, estaba claro, Freddy Manion acababa de morir –somos vecinos de cuarto desde 1981, pero yo nada había visto–. El aviso estaba clarísimo, no había duda, y decía que el cuerpo estaba en la sala principal.

Me fui corriendo y efectivamente ahí estaba Freddy acostado sobre una camilla, con los ornamentos sacerdotales, un rosario y un crucifijo en las manos. Su expresión, sumamente tranquila, aunque –obviamente– pálida.

Mi primer impulso fue sacudirlo y decirle: "Freddy, no seas payaso, esos papelitos no te quedan: tenemos mucho trabajo hoy". Solo después de varios minutos, comencé a caer en la cuenta de que no era una pesadilla, sino algo real. Bajé a desayunar y luego fui a mi cuarto por el breviario: en lugar de las oraciones del día, recé las de difunto; las que tantas veces he rezado a tantos amigos que han muerto, pero tal vez como nunca, les tomé otro sabor…

Trabajé durante la mañana en cosas que no exigieran mucha concentración… A las 12 y media regresé: Freddy estaba ya en su ataúd. Aquí los ataúdes son de lámina, y después de varias horas viene un empleado de la funeraria que literalmente "enlata" el cuerpo: la caja queda perfectamente soldada, con cautín y todo, y por eso en ocasiones los funerales son después de varios días de la fecha de la muerte. Me tocó presenciar poco después esta triste operación con Freddy. Todo el día anduve como con mazazos y martillazos en la cabeza, y por la noche tenía positivo dolor de cabeza.

El sábado me fui también a rezarle antes de comenzar mi trabajo. Después de comer, le recé el oficio litúrgico de difuntos y luego me fui a la capilla a celebrar la misa por él. Al terminar me invadió una paz espiritual que hacía mucho no experimentaba. Era sábado por la tarde: con mucha frecuencia Freddy –cinero como yo– me invitaba a acompañarlo al cine. Como con muchísima dificultad entendía las películas (aquí todas las películas se exhiben con versión sonora en italiano), Freddy continuamente me preguntaba: era tan inteligente que entendía mi inglés.

Casi siempre, después del cine –teníamos gustos parecidos– pasábamos al bar más cercano a tomar un "Negrone" (ginn, carpano y bitter campari), y por lo común regresábamos a pie bordeando, siempre que era posible, alguna de las riberas del Tíber. Me dieron muchas ganas de hacer mi paseo de sábado por la tarde. La tarde estaba bella, pero me parecía más bella aún: me alegraba al ver los árboles y las nubes, los puentes del Tíber, las gaviotas. Me daba tristeza caminar solo el sábado por la tarde, pero inmensa alegría al pensar que Freddy había tenido –en mi concepto– una muerte maravillosa: vida normal hasta el fin.

Se despertó –a lo que parece– con muchísimo dolor; pudo telefonear al primer número que encontró en la lista; tal vez golpeó la pared que divide su cuarto del mío, pero son paredes del siglo XVII gruesísimas. Vinieron a ayudarlo, llamaron al enfermero de la casa que llegó en tres minutos. Se asfixiaba; dos colegas le dieron la absolución, otro corrió a la capilla por el óleo de los enfermos; Freddy trató de decir algo y se "aflojó": se dejó caer sobre la cama. Todo fue en menos de 20 minutos (enfisema pulmonar).

Mi paseo de este sábado no fue al cine: la ribera izquierda del Tíber, la Piazza del Popolo y la Piazza de España como aquel primer domingo de octubre de 1981 cuando recién llegado yo a Roma, fui con Freddy al cine Barberini a ver una película de Ornella Muttí, y luego Freddy sugirió que fuéramos a ver el atardecer romano desde Trinitá dei Monti, y luego caminamos a la Piazza del Popolo y antes de tomar el autobús en la Plaza San Silvestre pasamos por la Plaza de España y dimos vuelta a la derecha, por la Via Frattina y, a media cuadra, en el Bar dei Fiori me dijo Freddy: bebamos un Negrone; "y, ¿eso qué es?" le dije. "Ya verás…".

Antier entré de nuevo al Bar dei Fiori y me tomé un Negrone en recuerdo de Freddy. Luego, enfrente compré el cassette del Réquiem de Mozart y del concierto 22 para piano, que a ambos nos gustaba escuchar. Con él había ido a ver la película Amadeus. Por la noche, antes de ir a la capilla recé las "Vísperas" de difuntos, ante el ataúd ya soldado. El funeral sería hasta hoy lunes, en espera de su hermano que vive en Chicago.

Ayer domingo, por la mañana recé la liturgia de Pascua y dije esa misma misa. Por la noche, después de ver en la TV el juego México-Bulgaria y antes de acostarme, eran las 10 de la noche, bajé a rezarle de nuevo. La verdad le lloré. En eso estaba cuando llegó nuestro cocinero (Romildo: de los 20 a los 48 años mesero, barista y capitán de meseros en centros nocturnos de Italia, Francia y Alemania. Luego se hizo jesuita y ahora nos da muy sabroso de comer). Romildo a esa hora había ido al jardín y traía unas flores para Freddy. Conocía muy bien nuestra amistad. Me dio unas palmadas muy afectuosas.

Hoy concelebramos como 80 sacerdotes y despedimos el cuerpo de mi amigo gringo. Después de comer, el superior vino a la mesa donde yo estaba y me dijo: vamos a tomar una copa en recuerdo de tu amigo, y así lo hicimos. En esta casa

hay una muy buena costumbre: cuando se sabe que algún jesuita ha muerto se da aviso para que ofrezcamos la misa por él y, después de comer, se ofrece a todos una copa de cognac o brandy: me parece una idea bellísima: tomar una copa en recuerdo del hermano que se nos ha adelantado. Esto ha sido lo último de estos días: una mezcla de pena y una gran alegría de que el Señor –a pesar de todas mis deficiencias y mediocridades– me haya concedido ya casi 36 años de jesuita y casi 22 de sacerdote.

Los extraña y los recuerda:
Chuchín S. J.

Roma, 03 de agosto de 1986

Por ahora no tengo nada que contar a no ser que el 21 de julio me escapé a nuestra casa de campo, Villa Cavalletti en Frascati para hacer mis ejercicios espirituales anuales. Llegué a Frascati al atardecer y caminé unos 20 minutos por la carretera hacia Grotaferrata. Me esperaban ya con un cuarto, con una tarjeta con mi nombre y todo en orden. Poco después bajamos a cenar. Además de la comunidad y de varios grupos de monjas en ejercicios o diversos cursos había jesuitas jóvenes redactando sus tesis de doctorado; profesores de la Gregoriana escribiendo algún artículo.

El superior, un italiano el P. Ronco (ya está acostumbrado a las bromas de todos los de habla española) me pidió que durante mi estancia ahí dijera diariamente la misa a un grupo de monjas italianas; unas 20 jovencísimas que bajo la dirección de tres mayores dedicaban ahí un mes al estudio de sus Constituciones. Escuchaban y participaban en la misa con enorme atención, y cantaban maravillosamente: creo que el mismísimo Vivaldi hubiera quedado muy satisfecho de oírlas [Vivaldi, según he sabido, componía sus maravillosas obras como simple pasatiempo para que cantaran las niñas del orfanatorio del que era capellán].

Si algo tiene Italia (además de San Francisco de Asís y de sus helados y repostería inigualables) es ser el país de la Música [Bueno… Handel, Mozart y Beethoven forman categoría aparte, no nacieron en el país de la música, por-

que… ellos son LA MÚSICA]. En este país de la música, cualquier iglesia, escuela o grupo humano tiene su coro y qué coros. Mis monjitas de Cavalletti: qué voces tan cultivadas, qué manera de vocalizar, de matizar, de dejar espacio a la solista y luego de entrar al coro; qué combinación y equilibrio de diversas voces, qué sobriedad en el acompañamiento instrumental.

El lugar –Frascati– el preferido desde los tiempos de Cicerón y Tiberio para las casas de campo de los romanos con buen gusto. Los jesuitas la compramos apenas al terminar la Segunda Guerra Mundial. Además de que está siempre ocupada con cursos, en agosto la ocupan todos nuestros viejitos que se protegen un poco (o un mucho, porque el arbolado y los vientos frescos del lago Albano le dan un clima muy agradable) del calor veraniego de Roma. Ahí escribió sus grandes cartas el P. Arrupe; solo que, según me cuentan, se acostaba a medianoche se levantaba a las 4 y media de la mañana y se pasaba el día rezando, pensando y escribiendo y casi nunca salía a pasear.

Aparte de los ejercicios espirituales de San Ignacio propiamente tales leí mucho, una biografía de Robert Southwell S. J. (uno de mis admirados mártires ingleses del tiempo de la majadera y sinvergüenza Isabel de Inglaterra, la "Reina Virgen"¡!¿? –según dicen los ingleses– madre de piratas, bucaneros, negreros; abuela de arqueólogos robatumbas; madre legítima de Nixon y Ronald Reagan).

Volví a leer, por sexta o séptima vez, la vida de Juan de Breboeuf S. J. (del P. Talbot), mártir de los pieles rojas o, mejor dicho, de los iroqueses del Canadá. Pero… la lectura más bella e inspiradora fue el diario espiritual de Pedro Fabro; el primer sacerdote jesuita, compañero en la *Sorbonne* de San Ignacio y San Francisco Javier. Creo que aunque San Ignacio y San Francisco Javier sean santos canonizados y Fabro no lo sea, Fabro era indudablemente en mi opinión el hombre bueno del grupo.

Ese diario, o "memorial", lo conocemos los jesuitas de todo el mundo desde nuestro primer día de novicios leemos párrafos, pero yo nunca lo había leído completo, puedo decir que entre la literatura cristiana o religiosa que he leído en toda mi vida, es uno de los libros que más he gozado; qué señor, qué señores eran esos primeros jesuitas, un día dormían en el hospital de incurables, al día siguiente en despoblado, luego en la corte de Madrid.

De ahí de nuevo dormían en algún hospital de pobres; de nuevo a la corte imperial. De pronto tenían que andar huyendo de la Inquisición o enfrentándose a ella; luego el Papa los hacía sus teólogos oficiales, y luego con otro Papa tenían que demostrarle que no eran herejes ni rebeldes. Nuestros mártires ingleses que daban la vida por defender al Papa y, de pronto (bueno, no de pronto, sino después de una serie de "historias"), nuestro general Lorenzo Ricci muere prisionero del Papa Clemente XIV en el castillo de Sant´Angelo: cada que paso por ahí, pienso en nuestro General y en otros jesuitas de aquellos tiempos (hacia 1780) que murieron en las cárceles de Lisboa, Madrid y Roma; en aquel jesuita que ya casi moribundo escribió en la pared de la prisión: "Señor Jesús, te tengo a ti…ni Satanás, ni el Papa ni nadie me podrá apartar de ti".

Y en toda Europa y en toda América y en muchas regiones de África y Asia se puede seguir nuestra historia… Por eso, perdón por la inmodestia, pero qué gusto me da ser jesuita y haber dedicado algunos de mis mejores años de madurez a colaborar en este *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.* Y por eso, hace tres días, el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola me levanté con una inmensa alegría y a la hora del desayuno les dije a los colegas de Radio Vaticana: "váyanse a trabajar, esclavos del Papa; váyanse a que los sigan negreando, burócratas; yo, hombre libre, me declaro hoy en huelga y me voy a recorrer la Roma Ignaciana; me puse mi guayabera más bonita y me fui por la vía dei Coronarii –por donde anduvo mucho San Ignacio– hasta el palacio Madama, actual Senado de Italia, ahí S. Ignacio se pasó muchas horas en la capilla del palacio mientras Madame de Austria, hija de Carlos V, sufría sin poder dar a luz. Nació por fin nada menos que Alejandro Farnese.

Luego me fui a la plaza del Panteón, donde S. Ignacio enseñaba a los niños; luego a la casa de Santa Marta que San Ignacio fundó para las "niñas" de la vida alegre que desearan regenerarse; luego… al Colegio Romano, después… me faltarían páginas. Solo diré que terminé en la iglesia de nuestro antiguo noviciado de San Andrés del Quirinal, donde Bernini "se escupió las manos" con sus amigos los jesuitas; qué joya de iglesia. Ahí está sepultado San Estanislao de Kostka, patrono de los novicios: un "muchachito" muy hombre; a los 16 años se fue a pie desde Varsovia a Holanda y luego, siempre a pie, hasta Roma donde

San Francisco de Borja lo admitió como novicio. San Francisco de Borja fue el que mandó jesuitas a México.

A medio día me puse mi traje dominguero y mi mejor corbata para bajar a comer. Luego me puse a leer correspondencia atrasada. Por la tarde, a las 6:30, unos 200 jesuitas de todo el mundo concelebramos la misa con nuestro General. Tenemos un General; muy diferente del P. Arrupe en estilo y modo de ser, pero igual en sencillez, amabilidad, inteligencia y compromiso por los demás. Me tocó muy cerca del altar de S. Ignacio. Como creo haber ya dicho en otra carta, la estatua de San Ignacio tenía sobre el pecho una perla enorme que los Seris de la Isla Tiburón (o isla del Santo Ángel como le decían los jesuitas mexicanos del siglo XVIII) le regalaron al P. Kino.

Todavía recuerdo mi emoción, allá por 1968, cuando aquí en nuestros archivos tuve en mis manos las cartas del P. Kino, entre ellas una –creo que de fines de 1968– en que dice que manda esa perla para el altar de San Ignacio en Roma, una perla que le dieron sus "hijos Seris y Californios", y que… hacia 1808, Napoleón Bonaparte se la carranceó… ¡!¿?!!!!. Curioso continente Europa: hace monumentos al bandido de Napoleón, a la sinvergüenza Isabel de Inglaterra. Bueno, menos mal: no tenía nada que contar y… ya se acabó el papel.

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

Roma, 09 de octubre de 1986

Queridos amigos y ex alumnos:

Antier (o mejor dicho, ayer) a las 0:15 de la mañana regresé a la casa y me encontré nada menos que 32 cartas; de suerte que me acosté como hasta las dos de la mañana… Para eso como para todo lo que se quiere entender hay que hacer algo de historia. Es el caso que terminé mis vacaciones con una pausa de cuatro días de un congreso de Historia en Trento; luego una ojeada a Venecia, donde

antier, a las 5:45 de la mañana salí del hotel a la estación; tomé el tren del andén 7 con destino final en Bolonia –vía Padua y Ferrara–.

Salimos a las 6:30 y llegamos a la Ferrara a las 8:10, luego salía el tren a Ravenna; llegué a eso de las 9 con un programa muy detallado para aprovechar la visita: las dos maravillas bizantinas de la iglesia de San Vitale y la tumba de la reina Galla Placidia que en quinto de primaria en el maravilloso colegio Unión de 1943 el Sr. Madrid nos había enseñado en un libro, desde entonces se me quedó grabado en la memoria que en Ravenna estaban las tumbas de Placidia y de Teodorico; qué maravillas, pero… muy por debajo de lo que existe de arte bizantino en Sicilia sobre todo en Palermo con sus diversas iglesias, de las cuales la más bella es la capilla palatina (para mí una de las maravillas de todo el mundo) y la monumentalísima, bellísima, espiritualísima (monopolizadora de superlativos) catedral de Monreale.

Visité también San Francisco, con su cripta acuática y la adyacente tumba de Dante. Después de comer (spaghetti a la carbonara –humm– vitello arrosto con vino tinto Sangiovese di Romagna), me quedaba en el programa, la catedral (que en cualquier lugar del mundo –fuera de Italia– sería una maravilla) sin nada especial; y San Apollinare Nouvo y… la tumba de Teodorico. Para mi fortuna, San Apollinare estaba abierto, maravilloso también con sus mosaicos del siglo XVI, pero… muy por abajo de las maravillas griegas, bizantinas y normandas de la fabulosa Sicilia.

La tumba de Teodorico era de mis lugares soñados desde niño (en aquel curso de historia –de primaria– de quinto año: historia medieval), junto con la tumba del Cid Campeador en Burgos y de Carlomagno en Aquisgrán; cómo les debo a dos de mis maestros de historia (P. Madrid S. J. en la primaria; y en secundaria –en el Instituto Patria– al Lic. Ubaldo Vargas). A las 5:30 estaba yo en la estación consultando los horarios de trenes, saliendo a las 5:40 de Ravenna, llegaría a Bolonia a las 6:58 para correr a tomar el expreso Stuttgart-Roma de las 7:00, pero… a las 6:40 apenas estábamos en Castel S. Pietro (donde a fines del siglo XVIII vivieron varios jesuitas mexicanos desterrados por el Rey “Católico”, el sinvergüenza de Carlos III de España).

Llegamos a Bolonia a las 7:03 y en el andén 6 ya no estaba mi tren. Consulté los horarios y vi que en el andén 8 estaba por salir (a las 7:10) el expreso

Milán, Florencia, Roma, Nápoles, Catania y Palermo). Encontré un lugar entre braceros del sur de Italia y… llegué a Roma a dormir ya en mi cama, después de 15 días de gira… y ahora, a todo correr, escribo estas líneas para contestar a las susodichas 32 cartas. Muy probablemente sea esta mi última carta, porque D. M. regresaré dentro de dos meses al México lindo y querido…..

Los recuerda y los quiere:
Chuchín S. J.

Arrivederci Roma

A mediados de 1986, el director de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana, acompañado de otro historiador, me invitó a comer. Desde el principio me dijo: "queremos invitarlo a que se quede en Roma como director de la Facultad de Historia Eclesiástica". Proseguimos con la comida y, a la hora del café, le dije: "agradezco de veras la invitación y me siento muy honrado. Deme tiempo para pensarlo". Lo pensé el resto de la tarde. Yo veía en Roma a viejitos muy ilustres encerrados en su cuarto de la enfermería, muy bien atendidos, pero… solos.

El ofrecimiento era muy atractivo: quedarse en la maravillosa ciudad de Roma, en un ambiente internacional, con la perspectiva de muchos congresos y reuniones internacionales, con acceso a bibliotecas y archivos renombrados, codeándose con gente de la que mucho se podía aprender. Todo eso por 10, 15, tal vez 20 años, pero luego, lo reitero, terminar la vida en un cuarto solitario. Lo pensé y decidí: mi vejez… en México, con mi gente, en un mundo de seres muy humanos y cálidos, no como los fríos europeos.

Al día siguiente me invité a comer con la comunidad de la Gregoriana y busqué el director de Historia: "muy agradecido, por la amable y atractiva invitación; ya lo pensé muy bien; reitero mi agradecimiento, pero no puedo aceptar ese puesto". El cargo era mucho más atractivo que el que me habían hecho de quedarme en el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús. Después de comer en la Gregoriana, me fui al templo de San Ignacio: "Dios mío, gracias, nunca en mi vida soñé en andar en estos trances, gracias".

Mi regreso definitivo a México estaba señalado para diciembre de 1986; en las últimas semanas en la Ciudad Eterna, igual que me había ocurrido en La Ciudad Luz, en 1970, trataba de grabar bien en la memoria las imágenes del mundo en que había vivido cuatro años. De pronto descubría en una esquina, en algún rincón, algo en que no había reparado, a pesar de que había deambulado mucho por Roma. En octubre, del 86, hubo un Congreso en Trento, norte de Italia, en honor del Padre Kino; yo asistí representando al Instituto Histórico de la Compañía de Jesús de Roma, una distinción. Sobre eso escribí una carta a los jesuitas mexicanos.

Últimas semanas en Roma

En la última semana de noviembre, un día, después de comer, el superior, Frank Furlong, gringo amable y simpático, me invitó a su cuarto: "viejo, debes saber que tu estancia aquí fue una bendición para la comunidad; antes de que te vayas te vamos a hacer una comida de despedida, indica el menú; y ahora nos vamos a tomar una copa de Cognac para desearte muy feliz regreso a tu tierra". El día primero de diciembre, en el comedor me senté en el lugar reservado al superior de la casa, quien se sentó a mi derecha.

Al terminar la comida, Frank pidió silencio y dijo: "El profesor, así me decían *il professore*, se va a México y ya no va a regresar; viejo, dinos algo". Me tomó de sorpresa, unos 70 jesuitas de 30 países diferentes, ¿qué les digo? Lo pensé cinco segundos y recuerdo haberles dicho: "después de cuatro años aquí, me enteré por los historiadores de muchos chismes sobre la Iglesia en siglos pasados; por los de Radio Vaticano me enteré de los chismes de ahora, mucha historia y chismes. Al regresar a mi país, después de todo lo oído aquí durante cuatro años puedo decir que sigo creyendo en la Iglesia, creo que la fundó Jesús y eso me basta. En esta comunidad hice muy buenas amistades, que no podré olvidar. Me voy muy agradecido y enriquecido con el trato de Ustedes. Muchas gracias y ojalá un día vayan a México. La provincia jesuita de México es de las más antiguas, me atrevería a decir que de las que existen ahora es la más antigua. Gracias por todas sus atenciones".

Al día siguiente, día 02, el Director del Instituto Histórico, Charles E. O´Neill, otro gringo amable, quiso ir al aeropuerto a despedirme. Charly siempre fue muy amistoso, hablaba buen francés, buen italiano y español. A mí me hablaba habitualmente en español, con acento gachupín, para "molestarme" porque sabía que eso lo odiaba yo. En una ocasión, después de hablar un muy buen rato, se dio una palmada en la frente: "cáspita, si estábamos hablando en inglés".

Charly, lo dije arriba, fue a Guadalajara hacia 1980 a invitarme a trabajar en la redacción del *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* y en la casa me consiguió una excelente oficina con vista a la Via dei Penitenzieri. Solo Charly, un español que coordinaba los trabajos del *Diccionario* y yo teníamos oficina. Todos los demás trabajaban en su cuarto. El dos de diciembre salimos hacia el aeropuerto de Fiumiccino. Antes debo recordar que el año anterior, como ya lo indiqué, pasé una hora muy desagradable en el aeropuerto porque mi boleto, en lugar de quedar confirmado, había quedado suspendido y al regresar a Roma le reclamé a la señorita de la Agencia de viajes, quien se apenó y prometió reparar ese descuido.

El primero de diciembre me telefoneó: "al llegar al aeropuerto, busque usted a una empleada de Pan American, traerá un saco color tinto". Efectivamente, cerca del mostrador de registro vi a la empleada; al acercarme a ella: "¿usted es el padre Gómez?". "Sí". Casi me arrebató el boleto y me entregó mi pase de abordar…. en Primera Clase de Roma a New York. Charly O´Neill me acompañó hasta la entrada de la sala de espera y, cosa rara en los gringos, me dio un abrazo muy afectuoso.

Me embarqué en un lugar con ventanilla y al momento una azafata me preguntó qué bebida quería; "Champagne, per favore". Comenzaban entonces, 1986, las revisiones y tardamos más de la cuenta para despegar. Cuando el Boeing despegó me había terminado el segundo Champagne. A mi derecha venía una argentina con la que entablé conversación. Recuerdo muy bien cuando sobrevolamos la costa de Francia.

Poco después sirvieron la comida, cuyo menú no recuerdo; al terminar me preguntó la azafata si me agradaría "un coñaquito". "Sí, por supuesto". No sé si había observado con qué fruición había saboreado los Champagne y el vino de mesa, porque me sirvió el Cognac en una copa muy grande que llamó la atención

de la argentina, le pedí perdón por no seguir platicando y ponerme mis audífonos para escuchar música de Vivaldi: “Mira, le dije a mi vecina de asiento: esta mañana celebré la misa con mis compañeros, me siento feliz de mi estancia en Roma, si al avión se cae no me importaría morir escuchando a Vivaldi y paladeando un buen Cognac”.

Con los alcoholes en la barriga y la felicidad que sentía me quedé dormido. Al despertar noté que me habían quitado los zapatos y me habían puesto unas zapatillas; además me habían arropado con una cobijita muy abrigadora. En New York me sentí degradado cuando me embarqué a México en clase turista, después del largo y comodísimo viaje en primera clase.

Llegamos a México a las dos o tres de la mañana y me esperaban en el aeropuerto mi gran amigo Alfredo Garduño y su esposa Mari Tere con la hija María Eugenia, mi guapa “chofera” de todos mis viajes a Europa. Pasé varios días en México saludando amistades y me embarqué a Guadalajara. No recuerdo con exactitud a qué hora llegué a la Perla; lo que sí recuerdo es que cuando regresaba al fin de la tarde o en la noche, antes de llegar con mi mamá, pedía detenernos en la primera taquería de la calle para saborear los tacos. Nunca extrañé la comida mexicana, porque luego me adapté a la europea, pero eso no quita que al regresar a México deseara gozar de nuestras delicias.

Anexo Fotográfico

Años de Infancia

El Rincón. Rancho donde nació Gómez Fregoso.



Bebé 1934.



Infancia Bendecida Gómez Fregoso.



Gómez Fregoso, 3 años.



Gómez Fregoso, 3 años.



Gómez Fregoso. Con su madre, abuela y hermana.



En el Rancho, Jesús Gómez Fregoso 5 años.



Primera Comunion Gómez Fregoso.



Gómez Fregoso, 6 años.



Gómez Fregoso. Desfile 16 de Septiembre 1937.



Formación Intelectual

4to Primaria, Gómez Fregoso. 5 años.



Ibero. Licenciatura en Historia.



Compañeros de Jesús.



Jesuitas Mexicanos.



El Jesuita

Gómez Fregoso, Jesuita.



Alegría de servir. Gómez Fregoso Canta Misa.



Ordenación Sacerdotal. Gómez Fregoso.



Ordenación Gómez Fregoso.



Francisca Fregoso, Madre de Jesús Gómez Fregoso.



Sacerdote Gómez Fregoso S.J.



Familia Gómez Fregoso.



Primer Misa, Gómez Fregoso.



Jesuitas en Europa.



Gómez Fregoso y Pedro Arrupe S.J.



Misa con el Padre Pedro Arrupe S.J. y Gómez Fregoso S.J.



Gómez Fregoso con el Padre Pedro Arrupe S.J.



Boda de René Lara y Mirna Brajcich. 21-Dic-1980. Gómez Fregoso.



El Maestro

Maestro en Chihuahua.



Chihuahua. Maestro de bachillerato.



Ciudad de México.



Con alumnos Prepa 2 UDG.



Con alumnos Prepa 2, Centro de Guadalajara.



Poniendo orejas de burro. Prepa 2.



2012 09 01 Reunión compañeros Prepa 2.



En Tepotzotlán, Edo. de México.
Preparatoria 2. Viajes de generación.



El Viajero

Inglaterra.



Puente de Londres.



Cambridge.



Contemplación.



En Rusia.



Grecia.



Atenas.



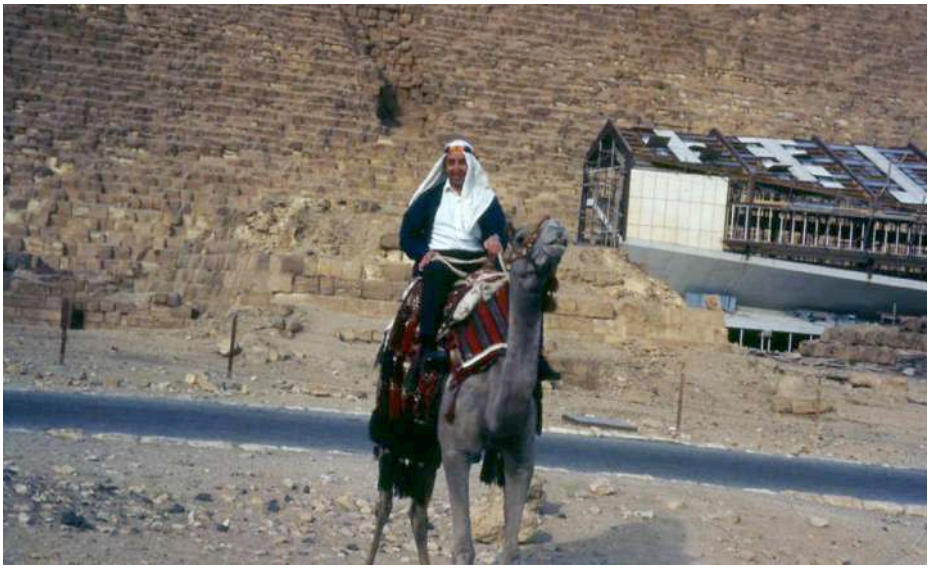
Gómez Fregoso en Roma, 1986.



Gómez Fregoso en Egipto.



Gómez Fregoso, Egipto.



Memorias de Egipto.



Memorias, Gómez Fregoso. Egipto.



Egipto.



París, 1968 Revolución Estudiantil

Gómez Fregoso en París, Mayo de 1968.



Gómez Fregoso en París, Mayo de 1968.



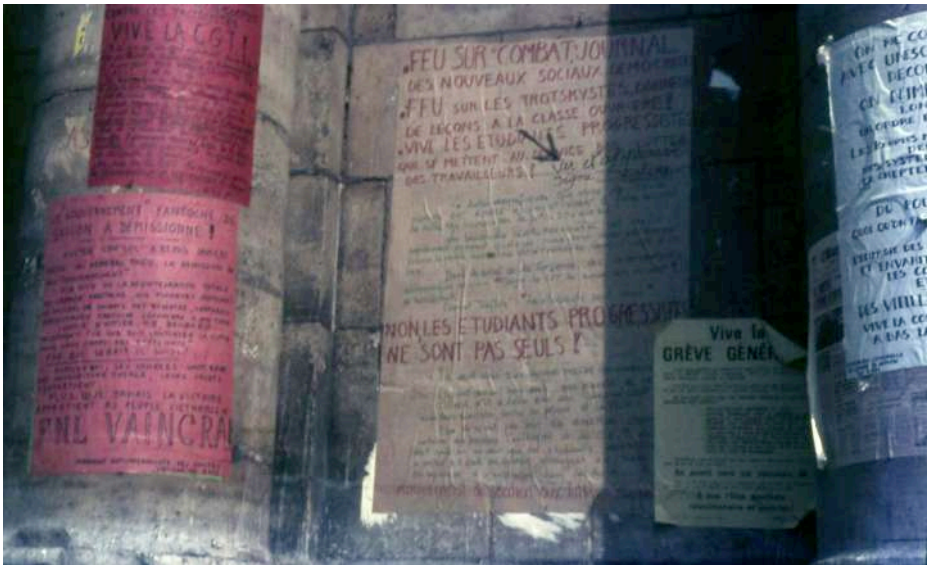
París, Mayo 68. Marx, Lenin y Mao.



Mayo 68, París, Francia. Foto tomada por Gómez Fregoso.



Panfletos. París, Mayo 68.



Movimiento estudiantil. París, Mayo 68.



Sorbonne de París. Mayo 68.



Barricadas de conciencia social. París, mayo 68. Tomada por Gómez Fregoso.



Sorbonne de París. Mayo 68.



Lemas Estudiantiles, París, Mayo 68.



Francia.
Versalles, París.



Versalles, París.



El Amigo

Con su mejor amigo Dr. Fajuri



Con Carmen Castañeda y amigas.



Gómez Fregoso con su chófer Satiago Franco (de pie), y con Lic. Vicente Viveros y Lic. Miguel Navarro, equipo de trabajo en el Consejo de Transparencia y Ética Pública de Guadalajara.







De izquierda a derecha Juan Manuel García de Alba S.J., Xavier Scheifler S.J. y Jesús Gómez Fregoso S.J.









Cumpleaños 80 Gómez Fregoso.





Un Erudito en la Universidad de Guadalajara

Acervo Gómez Fregoso en CUCSH de la Normal.



En el tesoro Biblioteca Pública del Estado de Jalisco.



Homenaje 2019 a Gómez Fregoso con el Rector Dr. Juan Manuel Durán.



De izquierda a derecha Ricardo Mora, Alejandra Franco, Rossana Magaña. Paulette González, Lic. Alfredo Peña y Jesús Gómez Fregoso. FIL 2019.



Chuchín, El Abuelo

Con su asistente y nieta (de cariño)
Maestra Alejandra Franco.








Coca-Cola





Dr. Jesús Gómez Fregoso S.J.



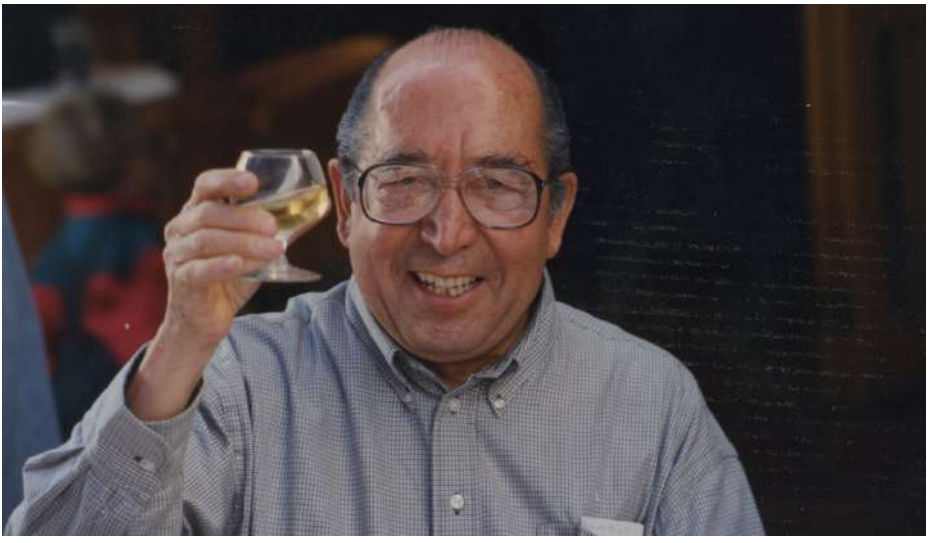
En Villa María residencia donde vivió sus últimos días.



En el Bordo, Atenguillo, Jalisco 2018.



Gómez Fregoso y su bebida favorita whisky Chivas Regal,
brindando por la vida.



J. Jesús Gómez Fregoso, SJ
Memorias, cartas y algo más...
Se terminó de editaren diciembre de 2022 en los
Talleres Gráficos de Prometeo Editores, S.A. de. C.V.
Libertad 1457, Col. Américana, C.P. 44160, Guadalajara, Jalisco

Tiraje: 1 Ejemplar.

Portada y diagramación: Carlos Andrés Cisneros Pérez
Corrección: Edgar Leandro Jiménez



J. Jesús Gómez Fregoso nació en el Ingenio de El Rincón, Zapotiltic, Jalisco, el 1 de junio de 1933. Fue Licenciado en Letras Clásicas, en Filosofía, en Teología y en Historia. Doctor en historia, por la Sorbonne de París. Profesor de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México de 1964 a 1967. Sacerdote jesuita desde 1964. Investigador del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, de Roma, Italia. Profesor Huésped de la Universidad Gregoriana de Roma, Italia, de1982 a 1986. Profesor del ITESO de 1970 a 2005. Profesor de la Universidad de Guadalajara de 1974 al 8 de enero de 2022. (Día de su fallecimiento).

Fue Premio Jalisco de Humanidades 2010 y recibió el Premio Medalla Ciudad de Guadalajara en 2014. Hombre simpático, culto, buen consejero, amiguero, platicador y sabio. Sus memorias fueron el último texto redactado por él; en ellas nos plasma lo más íntimo de sus vivencias y de su corazón.

Estás memorias dan testimonio vivo del gran hombre y del ser humano que partió de este mundo a sus 88 años, dejando un recuerdo inolvidable y un vacío en el corazón de los que tuvieron la fortuna de conocerlo, convivir y amarle.

CUCSH
CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ISBN vol.: 978-607-571-756-2
ISBN: 978-607-571-755-5